FINALISTA
PREMIO NADAL
2008

El Club de la Memoria

Eva Díaz Pérez

Finalista del Premio Nadal 2008.

Una restauradora de viejos documentales que trabaja en la Filmoteca Nacional encuentra una fotografía que despierta su interés y que va a trastocar su existencia. En ella aparece un grupo de componentes de las Misiones pedagógicas, un proyecto idealista de tiempos de la República que se proponía difundir la cultura por los pueblos de España.

Han pasado siete décadas, pero los rostros sonrientes del grupo de artistas y maestros, que se autodenomina El Club de la Memoria, ya no van a abandonar a la joven, de forma que sus miedos y sus sueños se van entrelazando con las peripecias y las emociones de aquellos otros jóvenes tan lejanos cuyas vidas fueron atravesadas por la guerra y el exilio.

Los miembros de El Club de la Memoria se comprometieron a dejar constancia escrita de su aventura vital, lo que nos permite revivir —a través de diarios, cartas y recuerdos que la narradora va recuperando a lo largo de la geografía europea— los amores e ilusiones, pero también las imposturas y traiciones, de unos hombres y mujeres que de otra forma habría borrado el tiempo.

Eva Díaz Pérez

El Club de la Memoria

ePub r1.0
Titivillus 26.08.2023

Título original: *El Club de la Memoria*
Eva Díaz Pérez, 2008
Colección: Áncora Delfín,
n.º
1116
Fotografía de cubierta: Misioneros del Teatro y Coro del Pueblo en El Pardo, Madrid, abril de 1936. Archivo Fabra Utay

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Un viento sucio y malo nos dispersó por el mundo.

PEDRO SALINAS

Yo quería refugiarme del negro de los libros.
Quería irme hacia la imagen luminosa.
Como las mariposas son atraídas por la luz.

VAL DEL OMAR, *Manifiesto de la Asociación Creyentes del Cinema*

I

LOS OJOS DE LA CIBELES

1

Me resulta difícil comprender cómo no sospeché nada de lo que vendría después…

Hoy, sábado 14 de enero de 1977, me dispongo a ordenar mis recuerdos. Quizás tenga que aprender a olvidar antes de poder contar quién fui. ¿Por dónde podría comenzar? ¿Por la historia épica de los héroes que conocí? ¿Por la amargura del vencido? ¿O por el diario secreto de aquel traidor?

Comenzaré con una confesión. O quizás la deje para más tarde.

Por ejemplo, podría decir que jamás pude olvidar aquellos ojos. En esos ojos está escrita mi vida. Son ojos como espejos en los que me miro y no me reconozco. Recuerdo el momento exacto en el que López les hizo las fotografías. Estaban riendo, sorprendidos, aterrados, felices. Los ojos de aquellos niños que ya no existen…

Fue en el otoño de 1932, en una de las expediciones de las Misiones Pedagógicas. Venía con nosotros Val del Omar y toda su cacharrería del cine ambulante. Qué odisea para llegar con los proyectores, las bobinas y los transformadores a aquel pueblo perdido… Creo que se llamaba Puebla de la Mujer Muerta, un lugar que parecía olvidado dentro de una estampa medieval, un paisaje donde no había llegado la luz eléctrica ni el automóvil. Un pueblo con luces de carburo y candiles de aceite. Un lugar al que sólo se podía llegar por caminos de herradura. El tiempo parecía congelado. Es curioso, pero apenas lo recuerdo. Se superponen otros lugares, otros escenarios miserables. Sólo vagan en mi memoria los ojos de aquellos niños y el recuerdo de que fue allí donde nos hicimos la foto. Aquella fotografía, *antes de la niebla*.

Estábamos todos. Quién nos iba a decir lo que había de ocurrir: José Val del Omar, Luisa Galán, Violeta Castro, Ernesto Mallo, Agustín Vayas y López, mi querido y buen amigo. Fue el que hizo la fotografía y quien ayudaba a José Val del Omar con aquellos

artilugios del cinematógrafo. Cuando la carretera se terminaba, teníamos que abandonar los camiones y seguir en mulos. En aquel viaje llovió a cántaros. Qué estampa la de aquella reata de acémilas llevando a unos señoritos cargados con telones del retablo de fantoches, los libros de la biblioteca popular, el gramófono y los proyectores. Era invierno y también sufrimos lo nuestro con el viento helado. Sí, ahora creo recordar que hacía frío. Pero ¿estábamos en invierno o no? Maldita y frágil memoria.

¿Quién se puede fiar de la memoria de un viejo? Ya sólo hablo con fantasmas y con los ojos de aquellos niños. Son los únicos que me siguen cuestionando cosas desde el otro lado, desde ese más allá que es el pasado. Ellos siguen riendo en mi álbum como si nada hubiera pasado, como si no se hubieran despertado de la siesta de verano a la que siguió el espanto. Como si no hubieran muerto.

Cuando López les hizo la fotografía, los niños estaban entusiasmados contemplando la pantalla. Jamás habían visto aquel ingenio del cine. No puede haber más inocencia que la de esas miradas. Val del Omar y López improvisaron una pantalla con unas sábanas viejas. Estaban amarillentas, todavía con las huellas de los viejos sueños de aquellos aldeanos, alguna chinche perdida atravesaba despreocupada por el trapo. Olía a zotal y a enfermedades antiguas. ¿Habría muerto alguien sobre esa sábana que ahora servía para reflejar las sombras mágicas? Quizás un niño que no pasó el último invierno por culpa de unas fiebres y del hambre. La muerte era una fiel visitante en los páramos de aquella España olvidada.

Colocamos la sábana ante la emoción de los niños, que corrieron a sentarse. Lo que más les divertía eran las escenas de Charlot. Cuántas veces habré visto a Charlot resbalando, evitando tartas, dando bastonazos, con su cara de hambre bajo las estrellas, desatando las risas colectivas de quienes no sabían sonreír. Con el cinematógrafo quisimos llevar la cultura a los pueblos de la España profunda, a una España de tinieblas. A veces lo importante no era aprender, sino divertirse. Abrir ventanas en aquellos desvanes olvidados. Charlot era sin duda el preferido y también las proyecciones donde aparecían las ciudades. Los aldeanos no habían visto nunca la gran ciudad. Se asustaban de los grandes edificios, de los automóviles, de la gente que andaba apresurada por las aceras,

de los trenes que se dirigían hacia ellos. Y tenían pavor a la muerte sobre la pantalla. Creían que todo era verdad. Al terminar la película, corrían a mirar detrás del proyector para ver dónde estaban aquellas personas que se habían paseado por las sábanas amarillentas llenas de sueños viejos. Incluso miraban, ya algo asustados, dentro del proyector, porque quizás allí podrían encontrar a unos seres pequeñitos que eran los que luego aparecían en aquel milagroso juego de sombras. Sí, creían que aquello era un milagro. Era entonces cuando, con la luz de magnesio que instalábamos en las veladas cinematográficas, López se volvía loco fotografiando aquellas caras que probablemente sonreían por primera vez. Los niños con su mirada pura y brillando de emoción, los viejos desdentados, las arrugas llenas de surcos, de veredas donde estaba escrita su biografía de cenizas.

En aquel viaje a Puebla de la Mujer Muerta, después de pasar la cinta de Charlot, Val del Omar cambió la bobina y les proyectó aquello. Una imagen que debió de cambiarlos para siempre. No era como cuando se asustaban al ver las figuras en primer plano, la muerte fingida o la velocidad del tren. No, era distinto. En aquella imagen estaba todo el mundo inalcanzable que no conocían; la vida más allá de la aldea, lo que les negaba el destino.

Val del Omar había tomado algunas impresiones de una playa de su Granada natal y la magia del cine trajo el Mediterráneo hasta aquel lugar perdido en medio de Castilla. En la sala no había ventanas, pero parecía que en el exterior bramaba de verdad el mar. Hasta olía a salitre y sol. Ahora comprendo los ojos de aquellos niños, aquellos ojos que no habían visto ni el cine ni el mar. Por esa razón, esos ojos siguen vivos, porque no se les ha muerto la sorpresa. Porque creían que esas sombras fantasmagóricas eran reales y que la vida merecía la pena si era capaz de mostrar cosas tan hermosas.

No sé por qué quiero recordarlos ahora ni por qué he empezado a contar mi vida a partir de aquellos ojos. Ni siquiera sé cómo presentarme a quien lea esto. ¿Quién soy? ¿Para quién escribo? ¿Hay alguien a quien le importe la triste historia de este viejo? Sólo sé que volví y que no pude encontrarme, que se me pasó la vida pensando en otra tierra y que cuando pude volver a ella comencé a añorar la que había dejado. Debe de ser eso que llaman la

contranostalgia. Regresé después de muchos años y sólo puedo sentir que mis pesadillas han envejecido conmigo. Están ahí, cansadas, llenas de polvo, apestando a moho, hartas de ir de un lado a otro, de no saber dónde descansar y morirse de una vez por todas. En realidad, estas memorias son el recuerdo de un recuerdo o quizás un sueño dentro de un sueño. Sí, son sólo el recuerdo de un muerto, de un muerto que murió hace mucho tiempo.

Fui joven y feliz. Luché, sufrí la guerra, llevo sobre mis espaldas a todos los muertos que pude haber sido y a todos los amigos que vi morir. La memoria los encadena a todos. Abandoné mi país. Tuve que exiliarme. Me quedé sin tierra y sin recuerdos. Soy como una raíz en el aire, una planta podrida que intenta sobrevivir con la débil luz que entra en los desvanes de la memoria. Un zapato sin raíces que no ha dejado de caminar. Y ya estoy exhausto.

Viví muchos años en México. Soy de esos exiliados que nunca soportó el destierro, obsesionado con volver cada año, la maleta siempre detrás de la puerta, sin querer comprar muebles ni cosas que me ataran a un lugar que sólo era eventual, sin casarme ni tener hijos allá, en el otro mundo, en la patria prestada, con la esperanza de que muriera Franco. Pero Franco nunca se moría. Enterraba a mis amigos y él nunca se moría. Ellos, los traidores, seguían viviendo felices en mi tierra. Yo no sabía que me había llevado a uno dentro de mí. Eso fue *antes de la niebla*.

Muchas noches me despertaba y recordaba los sueños. Recorría las calles de mi infancia y me topaba con los fantasmas. Yo, en mi cama de México, estaba en realidad paseando por la plaza Mayor, oteando el atardecer por la Carrera de San Jerónimo, resbalaba el último sol por las fachadas, y saludaba a mis vecinos y me tomaba un vino en la taberna de la esquina y aspiraba el olor que tienen de noche las calles de Madrid. Es ese sueño de un sueño al que me agarro para no perderme, ese sueño que apenas recordamos al despertar, un sueño viejo, pero que nos ha acompañado fielmente toda la vida. Ese sueño que sabemos que será el último, justo el que tendremos antes de morir. Por eso es tan familiar.

Pero me cansé de tanta nostalgia y amargura y regresé a España, aunque no había muerto Franco. Al principio, viajé de incógnito, alquilé un piso y esperé. Esperé y esperé, pero no pasaba nada. Entonces me di cuenta de que nadie se acordaba de mí. Nadie se

acordaba de nosotros. Nadie se acordaba de estas raíces lanzadas a las tierras de ultramar. No recuerdo si eso me hizo feliz. Me instalé sin problemas en un país que no reconocía, en una España que no era la misma que había abandonado después de la guerra. Sí, quizás yo me empeñaba en buscar un lugar que ya no existía, un lugar que no pudo ser, porque acabó destrozado como el resto de nuestros sueños.

Al regresar a Madrid, visité mi antigua casa en la calle de Toledo. Fue un choque tremendo. Aunque yo lograba intuir las calles antes de doblar las esquinas, cómo había cambiado el barrio. Las reconocía como reconozco a los fantasmas de mi viejo sueño. Habían construido casas donde antes hubo descampados, me topaba con plazas nuevas y avenidas. Yo creía atravesar las fachadas y pasear por salones desaparecidos, por alcobas de aire que ya sólo existían en mi memoria, porque recordaba las casas destripadas del Madrid de la guerra, de la ciudad que abandoné. Mi casa fue una de las que quedó destrozada por los bombardeos. Era lógico que ya no existiera, pero yo seguí buscando el lugar exacto donde debió de estar. Aquel Madrid que olía a sangre seca, de sótanos donde retumbaban las bombas, de gritos aterradores, era ahora un lugar alegre, bullicioso, felizmente olvidadizo, como si nunca hubiera ocurrido nada. ¿Era mi Madrid o era un lugar que habían construido de nuevo a partir de aquellas ruinas? ¿Dónde estaban las calles de los muertos? ¿Era posible que ya no quedara rastro de aquel horror? Tampoco recuerdo si entonces me alegré. ¿Era ignorancia o desmemoria?

Encontré un portal que reconocí o más bien creí reconocer porque no tenía nada que ver con la postal en blanco y negro, sucia y miserable, que yo guardaba en mi mente. Era un edificio moderno, pero aún conservaba la escalera enorme y un ascensor de madera enrejado que parecía una pieza de museo. En realidad, todo mi Madrid es como un inmenso museo, con calles atrapadas en ámbar, como insectos fosilizados hace mucho tiempo. Mi Madrid reposa en un álbum de fotos de antepasados que nadie recuerda. Y es un lugar enmudecido, espectral.

Penetré en el portal de aquel lugar redescubierto entre las telarañas de mis recuerdos. Pocos saben que en aquella casa, ahora tan moderna, estuvo colgada la famosa pancarta del «No pasarán»,

el símbolo de la ciudad antifascista. Yo mismo la anudé en los barrotes de mi balcón. Pero ¿quién recuerda el pasado? ¿A quién le importan ahora esas hazañas absurdas?

Al entrar en la casa me sacudió un aire familiar. ¿Cómo era posible? Entonces vi bajar por aquella colosal escalera a mi madre y a mis hermanos, a mis amigos, a algunos vecinos que recordaba fugazmente, pero que quizás se habían quedado atrapados en algún lugar de la memoria para aparecer ahora por los caprichos del recuerdo. No caí en la trampa. Yo ya conocía bien a estos fantasmas. No son los únicos…

No quise subir. Hubiera sido demasiado. Aunque era imposible, tenía miedo de encontrarme con la puerta de mi casa, con mi comedor, con la ventana desde la que veía el anochecer, la habitación, la cama, el balcón y a mí mismo anudando la pancarta. Yo, joven y confiado, arrastrando todos los sueños que nunca pude cumplir, porque ni siquiera me dejaron intentarlo. Tuvimos mala suerte. La guerra se cruzó en nuestro camino. Fue un huracán que nos arrastró a todos.

Y ahora volvía a aquel lugar quizás para descubrir que habían abierto los cajones de mi cómoda, que alguien se había mirado todos los días en el espejo de mi cuarto, tal vez un desconocido que había continuado con mi vida interrumpida. Alguien que podía haber sido yo mismo si no hubiera estallado la guerra. No podría soportar cruzarme con mi fantasma, con el otro, el que sigue viviendo en una habitación de una casa que ya no existe.

Ahora debería confesarle a quien quiera que lea estas líneas que yo soy un triste exiliado, un viejo lleno de amargura y nostalgia, incapaz de dejar de mirar el pasado, tan absurdo, tan obsesionado con lo que pudo ser y no fue que, desde entonces, guardo un reloj parado en el bolsillo. Y se preguntarán qué hora marca. Quizás me atreva a contarlo más adelante. Ahora estoy cansado. Necesito descansar. Sólo quiero recordar aquellos ojos y esta fotografía, cuando todos éramos felices. *Antes de la niebla*.

2

La fotografía estaba ajada, manoseada, las esquinas dobladas, algunos rostros parecían borrosos y gastados. Era como una de esas estampitas de santos, casi brumosas por el roce impaciente del creyente, agrietadas por el tiempo, con el olor rancio a cera y viejos rosarios de las mesitas de noche de las abuelas. Por detrás, se leía: «El Club de la Memoria. Misiones Pedagógicas. Ávila, octubre de 1932. Antes de la niebla». Y una firma: López.

La verdad es que, en comparación con el resto de objetos, no tenía nada de particular, pero no sé por qué me llamó la atención. Quizás fue porque era una fotografía que retrataba a personas felices. Todos eran muy jóvenes, bien vestidos, alegres, con toda la vida por delante. Y siempre he pensado en la desgracia de los jóvenes de aquella época. Cómo podían imaginar los niños del jazz, del cinema, del deporte y del automóvil lo que el futuro les tenía preparado. Ser joven en 1932 tuvo que ser algo hermoso, y terrible por lo que vino después. Yo miraba aquella fotografía de los tiempos alegres y pensaba en lo que les ocurriría sólo cuatro años más tarde. En el momento en el que se retrataron tendrían proyectos, sueños, que debieron romperse con la guerra. Por eso, la fotografía parecía estar rodeada por una niebla azul donde aguardaban ingrávidos todos los sueños. ¿Sería esa niebla a la que se refería la anotación detrás de la foto?

Es terrible pensar qué pudo ocurrirles poco después de esa fotografía. ¿Quiénes morirían en combate o fusilados o enterrados después de un bombardeo? ¿Quién perdería a su familia? ¿Cuántos tuvieron que marcharse al exilio como Adolfo Prieto, el escritor que a su muerte había donado esta magnífica colección?

Yo sabía que había luchado durante la guerra en el lado republicano, pero a pesar de estar en el bando vencido se quedó en España y se convirtió en un afamado autor teatral de posguerra

escribiendo mediocres comedias de vodevil y dramas para consumo burgués. Una fama que le permitió vivir holgadamente y que le llevó a frecuentar la carcunda oficial de la cultura franquista. Pero ese Adolfo Prieto al que yo creía conocer no era el que aparecía en esos cuadernos. Lo extraño es que en esa autobiografía hablaba como si en realidad hubiera sufrido el exilio. ¿Era una impostura o realmente había un periodo desconocido en su biografía que sólo se atrevió a desvelar en estas confesiones escritas? Tal vez Adolfo Prieto estuvo algún tiempo desterrado, pero había preferido ocultarlo para no levantar sospechas en la España franquista que lo había aupado como escritor de éxito. A su regreso, prefirió olvidar ese episodio, salirse de la tropa de autores del exilio, esa España errante y olvidada. Y quizás al final de su vida había decidido sincerarse, recordar y contar quién fue de verdad en esos cuadernos que había guardado entre sus papeles, sin atreverse a publicarlos. Para que alguien los leyera cuando él ya no existiese.

Entre su legado había una magnífica colección de fotografías, bobinas de viejas películas, ejemplares dedicados, varias cartas y algunos cuadernos de lo que parecían ser esas memorias autógrafas e inéditas. Yo tenía que catalogar las fotografías y las bobinas para el archivo de la Filmoteca. Los libros, las cartas y los cuadernos pasarían a la Biblioteca Nacional, pero mientras la burocracia cumplía con su cometido yo seguía leyendo aquellas memorias desconocidas y apasionantes de Adolfo Prieto.

Guardé la fotografía dentro del cuaderno y repasé por encima las cartas. Todas eran de una mujer llamada Luisa Galán y su remite era una dirección de Toulouse. Estaban ordenadas cronológicamente, pero se interrumpían a partir de una fecha: el 12 de noviembre de 1957. Las aparté para leerlas con detenimiento más adelante y comencé a ordenar las fotografías. Casi todas eran instantáneas de las Misiones Pedagógicas. Harían feliz a más de un compañero investigador de la Residencia de Estudiantes o de la Fundación Francisco Giner de los Ríos, que iban a ampliar con esta donación la extensa colección que ya tenían. Al contemplarlas me emocioné porque probablemente algunas podrían ser del personaje que Adolfo mencionaba en esas memorias: Val del Omar, un director de cine que yo admiraba y al que había dedicado parte de mi tesis sobre el cine documental durante la segunda república y la

guerra civil. Era una inesperada casualidad que apareciera como un fantasma en este extraño legado, ya que el próximo año se celebraba su centenario.

Durante años viví obsesionada con su figura, sus atrevidos montajes, los sorprendentes inventos cinematográficos, y la rabia de que fuera una figura olvidada. Val del Omar había sido uno de los misioneros republicanos y buena parte del material fotográfico de aquellas expediciones pedagógicas se debía a su cámara. ¿Por qué no podrían ser suyas estas instantáneas? Luego pensé que tal vez sólo fueran copias de las que ya estaban catalogadas. La verdad es que muchas me resultaban familiares.

En las estampas reconocí a algunos de los jóvenes de la fotografía del llamado Club de la Memoria, entre ellos a un jovencísimo Adolfo Prieto con gafitas redondas de concha y traje impoluto. Menuda facha para ir de excursión a las aldeas perdidas de la España profunda. Todos tenían apariencia de niños bien, de tropa estudiantil, de universitarios con ganas de conocer mundo. Guardaban en la mirada la inocencia de los sueños.

Debió de ser muy hermosa esa experiencia de las Misiones Pedagógicas. Cientos de jóvenes viajando hasta las miserables aldeas de la España de los años treinta, intentando enseñarles un mundo a los que ni siquiera tenían derecho a imaginar, pensar, soñar. Llevaban el cine, bibliotecas, un museo con copias de cuadros del Prado, gramófonos para escuchar música, un teatro ambulante para representar a Lope de Vega o Calderón y un retablo de fantoches. Siempre me he preguntado qué sentirían aquellos aldeanos al ver aparecer a jóvenes tan bien vestidos y modernos con unos aparatos mágicos de los que salían música y sombras.

En las fotografías, los misioneros enseñan un murillo a los niños, representan guiñoles en medio de tristes plazas mojadas de lluvia, proyectan películas en la escuela, accionan un gramófono ante los ojos asombrados de los vecinos. También aparecen cargando cajas y aparatos en camiones, atravesando en mulas campos desiertos y desfiladeros, enfangados de ilusión y barro.

Aparté las fotografías y comencé a sacar las bobinas de cine de las cajas. No aparecía ningún rótulo que las identificara. ¿Qué habría allí dentro? El corazón me latía muy deprisa. Siempre me ha emocionado descubrir tesoros. Es como una obsesión que tengo por

culpa de los libros de Enid Blyton y su pandilla de Los Cinco, esos niños que inexplicablemente siempre se veían envueltos en misterios. Deberían proteger a los menores de estas fabulaciones que no siempre se superan con la edad. Yo soy un patético ejemplo. Lo confieso. Creo que por culpa de Los Cinco me hice investigadora. Pero hasta entonces no me había ocurrido nada interesante. Trabajo en el archivo de la Filmoteca Nacional restaurando viejas películas halladas —por otros afortunados investigadores que sí cumplieron su fantasía infantil— en buhardillas, cajones y desvanes en los que vivió algún coleccionista curioso.

Sí, conocía historias de auténtico suspense, como la de un amigo historiador que viajó a Londres para investigar diversos papeles en la biblioteca del British Museum. El edificio había sido bombardeado durante la segunda guerra mundial y él sabía que los papeles perdidos de *lord* Holland, un prócer inglés que vivió en la España napoleónica, habían desaparecido con los pavorosos incendios causados por la aviación nazi. Aún recuerdo su fascinación al relatarme el momento en el que descubrió aquellos «papeles perdidos» en la parte de atrás de un inesperado archivo que nada tenía que ver con la época que buscaba. Uno de esos famosos «nidos» en los que aún es posible hallar documentos y legajos que se creían desaparecidos. Me confesó que si había sobrevivido a aquella emoción, su corazón estaba preparado para todo. Son las cosas absurdas que nos ocurren a los que vivimos fascinados por el pasado.

Pero ¿por qué no? Quizás entre los papeles de este Adolfo Prieto podía estar esperándome alguna buena historia. De momento tenía delante de mí unas bobinas sin etiquetar. ¿Qué contendrían? Las abrí, emocionada. Tenía la respiración entrecortada, pero pude percibir el inconfundible olor del acetato de celulosa de las viejas películas. Saqué el material con mucho cuidado. A simple vista, los fotogramas parecían mostrar imágenes de niños. Debían de ser filmaciones de las Misiones Pedagógicas. Entonces noté cómo el corazón amenazaba con estallarme de emoción. ¿Y si eran algunas de las cintas perdidas de Val del Omar? Llevé el material al proyector. Temblaba y temía que se me cayera, que se deshiciera en mis manos. Lo coloqué con mimo y ante mí aparecieron los fotogramas de lo que indudablemente tenía que ser parte de las

filmaciones de *Estampas 1932*, aquellas grabaciones realizadas por Val del Omar y otros camarógrafos sobre las expediciones de los misioneros. Era imposible hacer a estas alturas un hallazgo de tales dimensiones, pero allí estaban: siete bobinas con un material inédito. Hacía algunos años, un viejo amigo de Val del Omar había donado también a su muerte algunas cintas perdidas, pero sobre aquella experiencia cinematográfica aún había muchas lagunas. Por ejemplo, se desconocía qué había ocurrido con algunos originales que Juan Ramón Jiménez se había llevado por error a su exilio en Puerto Rico. Val del Omar había revelado en vida este episodio, pero a pesar de la búsqueda de varios investigadores no se había encontrado nada por el momento. Incluso existía una extraña historia sobre unas cintas que el cineasta había filmado durante sus viajes con las Misiones sobre las fiestas religiosas y profanas en la costa levantina. Al parecer, un sacristán había guardado celosamente el material, pero había muerto en plena guerra sin revelar a nadie dónde las había escondido.

Por eso aquel hallazgo era tan importante. Y yo lo tenía delante. No recuerdo cuánto tiempo estuve allí paralizada, sonriendo, sin poder decir nada. Había encontrado un tesoro. ¿Qué otras sorpresas me depararía el misterioso legado de Adolfo Prieto?

3

Quizás decida mentir, ¿por qué no? ¿Quién puede negar la invención a quien ha tenido que olvidar demasiado? Podría contar que yo viví en el tiempo de los héroes y que fui uno de ellos. O que elegí ser un vencido para un día poder contar mis memorias con dignidad.

Éstos son mis recuerdos, mi única patria. Y en esa patria de arenas movedizas y engañosas veo la sala de un enorme museo. Estoy a oscuras, pero parece que en los lienzos se esconde agazapada una débil luz. Hace mucho tiempo que descubrí que los cuadros atrapan la luz, la beben, la devoran para dejarla escapar poco a poco en la negrura incierta y envidiosa de la noche. Camino por esa enorme sala. Sólo hay oscuridad y silencio. Entonces escucho un ruido y me vuelvo. ¿Quién estará a mis espaldas? Y allí está, aguardando a que me quede mirándolo una vez más. Ese lienzo que me obsesiona.

Sí, estoy relatando un sueño dentro de un sueño o un recuerdo dentro de un recuerdo. Ya lo he dicho antes. En esa escena que no sé si viví o soñé aparece el cuadro de *Los fusilamientos del 3 de mayo*, de Goya. ¿Cuántas veces habré visitado el Prado en sueños? Quizás haya sido el sueño que más veces se ha repetido en la soledad de mis noches de desterrado.

En ese Prado imaginario paseo por las noches. Creo que allí es donde reside el alma de España. Por eso, es lo que más he añorado. El Prado y las calles de Madrid. En mi casa de México tenía pequeñas reproducciones de cuadros del Prado y las estancias estaban divididas como un plano invisible de mi querida ciudad. El salón era la Gran Vía, mi habitación la plaza de la Paja, en la cocina estaba Lavapiés. En las paredes colgué los viejos planos de los misioneros, aquellos caminos de rueda que recorrimos para llegar al

corazón miserable y costroso de España. He guardado siempre esos mapas porque en ellos veía dibujados los itinerarios de mi juventud. En El Barco de Ávila amé, en Ayllón brindé por la amistad, en Cifuentes gocé un instante de felicidad, en las Alpujarras descubrí por primera vez la mirada de aquellos niños que no he podido olvidar nunca. En esa geografía perdida está dibujada mi vida.

Y al recordar el Prado aparece mi amigo Agustín Vayas, el pintor del grupo. Qué maravillosas copias hizo de los cuadros del Prado para el museo Circulante. Las mejores eran sus reproducciones del *Retrato del príncipe don Carlos*, de Sánchez Coello, y *El Niño Dios Pastor*, de Murillo. Una de las escenas más estremecedoras ocurrió cuando una niña se acercó a tocar el lienzo creyendo que la carne pintada era de verdad. Nunca había visto un cuadro.

Si esos lienzos hablaran, dirían más cosas que los del Prado. Qué ojos sorprendidos los han mirado, ojos vírgenes que no sabían qué era el manierismo, ni el barroco, ni el romanticismo; que desconocían quién fue Velázquez o Goya; que ignoraban las técnicas de la pintura, que miraban de verdad, haciendo preguntas insospechadas.

Colgábamos aquel Prado portátil en locales del pueblo o en las aulas de las escuelas. La gente entraba como en un lugar sagrado. Se quitaban la gorra y alguno hasta se santiguó al ver las escenas religiosas de los lienzos. Muchas de aquellas copias las regalábamos a los pueblos y aldeas para que decoraran las escuelas. Parece que durante la guerra la pasión iconoclasta contra lo religioso hizo que se destruyeran algunas copias de tema sagrado que había pintado Agustín. Qué paradójico destino.

Sí, algo de sagrado tenían estas misiones. Los aldeanos pensaban que hacíamos milagros cuando veían las imágenes del cinematógrafo o cuando en las sesiones al aire libre una hermosa voz de soprano se escapaba del gramófono, ese aparato extraño que no habían visto nunca. Creían en los milagros. Una vez una señora, al terminar una velada cinematográfica, fue a colocar algo parecido a un exvoto debajo del proyector-sábana.

—Me ha curado la tristeza —dijo mientras señalaba el exvoto, una boca sonriendo recortada de un papel viejo.

Sí, probablemente, hacíamos milagros. Oficiábamos misas de romances viejos, liturgias de música, representábamos autos

sacramentales. De alguna forma, levantábamos altares a Goya, a Velázquez, a Calderón. Éramos misioneros, peregrinos de la romería más feliz, más alegre y bulliciosa. Veníamos a salvar con la cultura. Queríamos rescatar del infierno a aquellos infelices, aniquilar las tinieblas del alma. La Iglesia no iba a perdonarnos esa intromisión en sus asuntos. Éramos apóstoles con una buena nueva, evangelistas condenados a ser apócrifos, porque nuestra verdad nunca se sabría. Predicábamos en templos improvisados, en catedrales que eran las bibliotecas que dejábamos en los pueblos. Pero terminamos siendo herejes. Tras la guerra, quemaron aquellos libros, todo el legado de las misiones, cualquier rastro de los profetas de un mundo nuevo. Al final, nos convertimos en mártires olvidados. Qué triste historia la nuestra.

Nuestro martirologio nunca se supo… Agustín pintó a uno de aquellos mártires: el *San Bartolomé*, de Ribera. En una aldea, un viejo estuvo delante del cuadro una tarde entera. La verdad es que él mismo parecía un reflejo del *San Bartolomé*. La piel era un pellejo verdigris, los mismos ojos a punto de salir de las cuencas, el pelo cano, de un color impreciso de ceniza húmeda. Al día siguiente, el *San Bartolomé* había desaparecido. Estuvimos buscándolo hasta que por la tarde un niño del pueblo llegó corriendo y nos dijo que estaba en casa del viejo. Confesó que se lo había llevado porque quien estaba pintado allí era él mismo y que era como tener un espejo de esos que había en las casas de los señores y que si él se parecía, tenía derecho a quedárselo. Con gran esfuerzo lo convencimos para que devolviera el lienzo, le aseguramos que era patrimonio de todos y que se iba a quedar en el pueblo. Accedió, pero todas las mañanas estaba esperando en la puerta del improvisado museo para contemplarse durante horas despellejado como el mártir de Ribera. ¿Qué buscaría en el fondo de aquel espejo pintado por Agustín?

Agustín, amigo, ¿dónde estarás ahora?

Agustín Vayas, buen hombre y gran artista. Se exilió a México y allí sigue viviendo, según creo. Se embarcó en una insólita aventura también pedagógica por algunos pueblos indígenas, esta vez del México profundo. No sé qué habrá sido de él. No hemos vuelto a hablar desde que se marchó de nuevo con sus lienzos y pinceles a las tierras perdidas de Chiapas.

Qué poco había cambiado el Agustín Vayas desde las Misiones Pedagógicas. Creo que de nosotros es el único que siguió conservando sus sueños. Aún recuerdo su rostro feliz, su sonrisa impaciente en la primera exposición que hicimos en El Barco de Ávila por el año 1932. Los niños del pueblo nos habían recibido una legua antes con zambombas y palmas. Yo iba con Agustín en la camioneta que transportaba las reproducciones. Él mismo se había ocupado de embalarlas cuidadosamente durante varias noches. Cada dos por tres miraba hacia atrás para asegurarse de que no les había pasado nada.

Tengo ante mí su cara redonda, su bigote negrísimo, el rostro juvenil que estrenaba ilusiones. Los niños aparecieron en el camino y Agustín no pudo evitar la emoción. Disimuló las lágrimas. Estaban vestidos con sus trajes de domingo, el pelo peinado con aceite y el olor a higos secos que tienen los niños pobres.

Es curioso, pero el primer cuadro que desembaló fue el de *Los fusilamientos*, el lienzo de mis sueños. No podía ser otro. Recuerdo que Val del Omar lo colocó en el balcón del ayuntamiento de aquel pueblo y se puso a explicar el cuadro y la guerra que representaba, esa batalla lejana que sonaba a cuento antiguo de los abuelos. Cuando lo colgamos en el museo ambulante que improvisamos en una de las aulas del colegio, resultó estremecedor. Los niños se asustaron. No sabían que aquella escena era la que les tenía reservada el destino. Cuántas veces verían repetida esa misma imagen. Y qué bien conocerían las tripas de aquel cuadro, el vientre inmundo de la guerra.

Estos cuadros de nuestro museo ambulante han viajado más que los del Prado. Han recorrido las galerías subterráneas de España, conocen el secreto más terrible de sus paisajes. Sus itinerarios, sus rutas, son insospechadas. Los del Prado envidian su mundo, sus aventuras. Claro que la historia siempre tiene un revés inesperado. Años más tarde, Agustín Vayas fue uno de los encargados de trasladar el patrimonio artístico del Prado para protegerlo de las bombas franquistas que asediaban Madrid. Yo también participé en aquellas tareas de salvación, pero me dediqué al patrimonio bibliográfico. Una noche de guerra, embargados por un silencio pavoroso como el que precede a la tempestad, me confesó que no había podido evitar las lágrimas cuando le tocó embalar *Los*

fusilamientos, esta vez el cuadro verdadero. Lo había envuelto con cariño como hizo con su copia de las Misiones. Pero ahora, quién pudo sospecharlo, tenía que hacerlo con el lienzo de Goya. Me dijo que el cuadro parecía tener una luz diferente y desprendía un fortísimo olor a trementina, como si el lienzo sudara a causa del miedo.

Él conducía el camión que llevaba los cuadros de Goya y durante la noche de aquel insólito y estremecedor viaje de Madrid a Valencia, donde se encontraba el gobierno errante de la República, escuchó voces a su espalda. Llevaba la España negra embalada, todo ese odio que Goya había pintado un siglo antes y que ahora volvía a repetirse. Los miembros despedazados, la sangre coagulada en el cuadro, los gritos de los madrileños asustados. Todo eso escuchó Agustín en aquella noche de pesadilla.

Y es curioso y estremecedor pensar que los cuadros del Prado atravesarían la verdadera España, las cicatrices de sus campos, los barrancos llenos de muertos, las cunetas transitadas por espectros que ya no sabían por dónde caminaban. Este Prado, ahora itinerante como el de nuestras Misiones Pedagógicas, que pasaba por los pueblos que habían recorrido las copias, los cuadros apócrifos, los falsos, los lienzos que eran como ellos mismos reflejados en un espejo, pintados por Agustín Vayas, por Ramón Gaya, por Juan Bonafé y Eduardo Vicente, los otros artistas de las Misiones. No sé por qué me acuerdo ahora de aquel viejo que se parecía a san Bartolomé y que robó el cuadro de Ribera. ¿Sentiría cómo atravesaba España su verdadero reflejo, el apunte que hacía siglos había pintado Ribera del natural, de un viejo pobre y miserable que se parecía a él, pellejudo, verdigris y con canas de ceniza húmeda?

Qué triste es la historia de este país. Es la historia de un país interrumpido, con las piezas dispersas de un puzzle enloquecido, lanzado con furia. Es curioso que ahora recuerde a mi amigo Agustín Vayas y todo ese pasado que forma parte de mi mundo, ese pasado que es real porque lo estoy recordando en este mismo instante. Ese pasado que es como una ciudad que abandoné y por la que ahora vuelvo a pasear gracias a la estrategia del no-olvido. Quizás ésa sea la única patria de los exiliados. Y mi única arma es la memoria, aunque sepa que nuestras vidas son un cancionero que ni

los niños recuerdan.

Es la hora del traidor. Quizás esté llamando ahora a la puerta. Me levanto a abrir. Perdonen esta nueva interrupción de la memoria…

4

No podía creerlo, pero el resto de las cintas perdidas de Val del Omar sobre las Misiones Pedagógicas podría estar en la Casa de México en París. Eso era al menos lo que aseguraba Adolfo Prieto en sus memorias. Según relataba, se lo había confesado Violeta Castro en una carta enviada poco antes de morir. Violeta y Luisa Galán eran las dos mujeres del Club de la Memoria. En la fotografía aparecía la tercera por la izquierda. La joven espigada y muy seria, con el pelo corto y ondulado que posaba al lado de Adolfo y sus gafitas de concha. Adolfo contaba en sus cuadernos que Violeta había estudiado filosofía y letras y que tras la guerra se había marchado a París, donde tuvo un destacado papel en la Resistencia durante la ocupación nazi.

Era en el segundo cuaderno donde Adolfo relataba su paso por la frontera francesa y su permanencia algunos meses —admitía que eran los más miserables de su vida— en un campo de trabajo francés: la ayuda que el gobierno democrático «amigo» había ofrecido a los refugiados republicanos.

Allí era donde había coincidido con Violeta y otros compañeros del Club de la Memoria. Cuando pudieron salir del campo, Violeta se dirigió a París y se integró en las redes clandestinas de la Resistencia con sus viejos amigos del grupo, López, Agustín y Ernesto, que después de la guerra se convertiría en músico. Adolfo se embarcó entonces hacia México y algunos años más tarde afirmaba haber recibido una carta de su vieja amiga en la que le decía que había decidido dejar las cintas de Val del Omar en la Casa de México en París, en el
9-C
del Boulevard Jourdan. Una dirección que ahora me obsesionaba.

No sería descabellado plantear en la Filmoteca la posibilidad de buscar aquellas bobinas que se creían perdidas, ahora que existía

una pista sobre su paradero. Pero ¿seguirían allí? La carta de Violeta que Adolfo mencionaba databa del año 1954. Pero entre los papeles no encontré ni rastro de esa carta. ¿Podía entonces fiarme del dato que apuntaba Adolfo? Era probable que las cintas ya no estuvieran. Además, ¿desde entonces no habían catalogado e inventariado los archivos? Si lo hubieran hecho, a estas alturas la Filmoteca española tendría constancia de su existencia.

Por otro lado, ¿qué seguridad me daban aquellas seudomemorias? Además de mis dudas sobre la veracidad del exilio de Adolfo Prieto, recordaba una de las frases de los cuadernos. La busqué apresuradamente. Pasé las páginas y allí estaba: «Quizás decida mentir, ¿por qué no? ¿Quién puede negar la invención a quien ha tenido que olvidar demasiado?».

Todo parecía ser una fabulosa mentira ideada por un viejo sin recuerdos o por alguien que no estaba demasiado satisfecho con su vida. Era probable que todo fuera una farsa, una novela, una ficción. Sin embargo, cuanto más leía más me convencía de que parecía demasiado real. No podía ser una recreación literaria. Eran muchos los trucos, las molestias necesarias para componer un engaño tan limpio, una mentira tan impoluta. No, no podía ser una historia falsa. Además estaban las fotos. ¿Es que era falsa la existencia de ese grupo de amigos en las Misiones Pedagógicas, de ese Club de la Memoria? Creo que fue entonces cuando me di cuenta de que era la primera vez que pensaba en por qué se llamaban así. Un Club de la Memoria, ¿por qué? Probablemente sería un juego más de aquellos años de juventud.

Volví a repasar las páginas en las que Adolfo Prieto mencionaba la dirección revelada por Violeta:

9-C

del Boulevard Jourdan. Tenía que ir allí, proponer al director de la Filmoteca que me encomendase buscar esas cintas perdidas, aprovechando la dimensión que tendría el descubrimiento en vísperas del centenario. En este país la cultura funciona así. Se habla de un artista cuando se ha muerto, sólo entonces le dedican páginas en los periódicos. Eso en el caso de que sea conocido. Para el resto sólo hay silencio. Las crónicas culturales tienen siempre un aire de obituarios, un vaho necrológico, una tinta hecha con baba de cuervos. Qué se puede esperar si hasta las generaciones poéticas

nacieron al borde de las tumbas: la del 98 en la de Larra, la del 27 en la de Góngora, y la del 50 en la de Antonio Machado. Tenía que aprovecharme de la obsesión española por la gusanera artística. Un artista muerto siempre vale más que uno vivo.

Además tenía que hacerlo por José Val del Omar, que merecía mejor suerte de la que tuvo. No sé por qué no se marchó al exilio. Le hubiera ido mejor. Aquí no lo comprendieron. Fue un *enterrado*, como llamaba Blas de Otero a los que sufrieron el angustioso exilio interior en la España franquista.

Val del Omar había creado fabulosos inventos cinematográficos e hizo atrevidas investigaciones en el lenguaje fílmico: el sonido diafónico y su prototipo reproductor; el objetivo de ángulo variable o *zoom*; el desbordamiento apanorámico de la imagen, también llamado táctil-visión; la filmación con lentes de agua; la cámara acelerada. ¿Qué podía hacer un genio así en la España de Franco? Val del Omar seguía siendo un vanguardista incomprendido en un país que se rendía a los pies de José Luis Sáenz de Heredia, el director de *Raza* y *Franco, ese hombre*. Sólo algunos de los jóvenes artistas visuales de los sesenta y los setenta lo tuvieron como referencia. Se dieron cuenta de que era la conexión con el mundo perdido de la vanguardia y que, en realidad, era un poeta de la imagen, un artista que no dejaba de investigar las posibilidades del cine. Para el resto no era más que un técnico habilidoso, un inventor raro, otro más de esos heterodoxos y malditos que aparecen a veces en los arrabales de la historia de España.

Recordaba la impresión que me causó ver las fotografías del estado en que dejaron su laboratorio de Picto Lumínica Audio Táctil. Val del Omar lo había donado a la antigua Escuela Oficial de Cinematografía, pero sus responsables lo abandonaron en los sótanos de la calle Monte Esquinza. Aquellos ingenios, los aparatos sorprendentes, yacían en desorden, olvidados en el polvo. La memoria de Val del Omar en un desván. Todo un símbolo.

El director había fallecido en 1982 en un accidente de automóvil. Había dejado inacabadas muchas cosas, entre ellas un poema cinematográfico, *El color de mi Granada*. Hacía pocos años se había proyectado la filmación terminada de su obra maestra, *Tríptico elemental de España*. Fue una revelación. En aquella trilogía, formada por las películas *Fuego en Castilla, Acariño*

galego y *Aguaespejo granadino*, Val del Omar había filmado el alma de España. Era estremecedor ver en *Fuego en Castilla* las figuras religiosas que parecen crepitar en un incendio pavoroso, que gritan, que se agitan, tiemblan, intentan huir. Y todo por medio de la magia de la luz y de sus hallazgos con la cámara. Una fantasmagoría en la que exhibe las raíces telúricas y secretísimas de un país visceral y extremo.

En *Acariño galego* incluso introducía la voz de Tejero entrando en el Congreso de los Diputados mezclada con el sonido de una vieja grabación de un auto sacramental de Calderón. ¿Sería alguna de las que filmó para las Misiones Pedagógicas?

Val del Omar me había obsesionado durante la preparación de mi tesis sobre el cine documental. Siempre aparecía para sugerirme nuevas lecturas, para desvelarme que había hecho algo aún más curioso e insólito. Durante un tiempo, incluso había llegado a soñar en verde, afectada por la visión de su *Aguaespejo granadino*. Cuando entré a trabajar en la Filmoteca Nacional, me destinaron a la sección de digitalización y restauración de documentales de los años treinta que, inesperadamente, estaban surgiendo de los viejos armarios de las casas. En realidad, era como lo que le estaba ocurriendo a este país, un país condenado a cuarenta años de silencio y ocultamiento y a una transición en la que se había preferido olvidar. Ya era hora de recordar, de abrir los cajones de la memoria, de airear tanto armario de aire rancio, de cuestionar, de plantear, de dudar de las verdades oficiales. Al menos, así lo veía yo.

Yo quería saber, saber qué había ocurrido e intentar descubrir todos esos episodios oscurecidos durante demasiados años de desmemoria. Tenía ante mí la posibilidad de encontrar unas cintas perdidas, un misterio de aquel tiempo, un episodio que merecía el epílogo que Val del Omar daba a sus películas: «Sin fin».

5

Y esta ciudad por la que luchamos ¿es hermosa?

Fue su pregunta. Después, cayó muerto al suelo con una bala en la frente.

Puedo recordar perfectamente el color entre verde y ambarino de los ojos de aquel soldado de las Brigadas Internacionales. Era inglés y quería ser poeta. Lástima. Nunca llegó a conocer lo hermosa que era la ciudad por la que murió. Jamás vio la Puerta del Sol un domingo, ni el brillo de la Cibeles, ni el olor del Retiro por la mañana.

Aquel soldado luchó conmigo en la Ciudad Universitaria, detrás de barricadas formadas por libros preciosos, quizás incunables, obras rarísimas que sirvieron como parapeto para una guerra absurda. Cuando había una tregua entre la pólvora y la muerte, el poeta sacaba algún libro de la improvisada y valiosa barricada. Al azar, recuerdo obras de Quincey, Montaigne —si hubiera visto aquella biblioteca destripada—, Galdós —su libro *Trafalgar* parecía redivivo en aquel infierno de nuevas guerras—, Victor Hugo o los apreciados tomos de Voltaire, que por voluminosos salvaron más de una vida. La mía, por ejemplo. Durante algún tiempo llevé en mi guerrera uno de esos tomos de Voltaire con la bala que atravesó sus páginas y que se quedó frenada en la página 315. Memoricé aquella página y siempre que he sentido miedo he recitado el párrafo que me salvó como si fuera la oración más sagrada. Pero perdí el libro cuando tuve que atravesar la frontera francesa camino del exilio. ¿Dónde estará ahora mi libro salvador? Muchas veces he pensado en los caprichosos azares. ¿Por qué escogí ese libro que me protegió el corazón?

Pero estaba con mi poeta inglés. No recuerdo su nombre. Sólo la pregunta, sus ojos y que muchas veces cogía algún libro de la barricada y se ponía a leer. No sabía español, pero a él le daba

igual. Leía y leía. Supongo que para algunos leer es como rezar. Así lo he creído siempre.

Mi vida se llenó de muertos. Muertos que se anunciaban en aquella facultad de filosofía y letras desde la que luchábamos. Entre aquellos viejos libros salvadores se aparecieron muchos fantasmas. Muertos recientes que se levantaban de las trincheras y algunos espectros antiguos. Recuerdo que una vez vi a Galdós, que fue quien me desveló el triste destino de los episodios nacionales que aún estaban por escribir.

Galdós fue uno de los amigos fantasmales que me acompañó durante toda la guerra. También estuvo en cada una de mis intervenciones tratando de salvar bibliotecas. La primera vez que lo vi fue allí en la facultad de filosofía. Me contó que al cañón que llevaba tronando en la Ciudad Universitaria desde el comienzo de la guerra ya le llamaban «El Abuelo». Ahora que el pasado se presenta descarnado ante mí, vuelve a sonar en mis oídos aquella voz bronca que tenía el cañón que hasta Galdós llamaba «El Abuelo». Tan vieja era la muerte que escupía.

Creo que la segunda vez que se me apareció su fantasma fue con la incautación de una biblioteca nobiliaria en la calle Serrano. Me señaló los volúmenes más valiosos para que los salváramos de las bombas. Esa misma noche los libros reposarían en los sótanos de la Biblioteca Nacional. A salvo y a disposición de quien quisiera investigarlos porque gracias a aquellas incautaciones recuperamos tesoros bibliográficos que la nobleza había guardado en sus mansiones y que el clero había ocultado en los infiernillos de sus bibliotecas. Qué emoción saber que el pueblo podría leer joyas que permanecían guardadas por el celo egoísta de aquellos personajes.

… ¿Y qué le importarán al pueblo esos libros? Hubo un tiempo en el que creí en el pueblo. Ya no. He vivido demasiado como para ver que el pueblo se ha convertido en masa. Que ignora hasta su ignorancia. No hay salvación. No hay pueblo. Nada queda ya de aquel tiempo de inocencia. Perdimos todas las guerras…

Quiero seguir recordando, destejiendo el hilo de la memoria para ver aparecer otra vez al fantasma de Galdós subiendo la escalera de la casa de Pedro Salinas en Príncipe de Vergara. Allí nos aguardaba su magnífica biblioteca, al poeta le había sorprendido la guerra en Santander y de allí partiría al exilio. Ay, la biblioteca de

Salinas. Había que salvarla de las bombas y de otros azares. Hacía mucho frío en Madrid en aquel primer invierno, la casa estaba habitada por gente evacuada de los pueblos y había muchos papeles. La chimenea nos observaba como si ya hubiera saciado su hambre de biblioclastia. Aquellas bibliotecas del Madrid en guerra. Aquellas bibliotecas…

Pero salvamos muchos libros. Estoy orgulloso de ello. Nada había más emocionante que las salidas para recuperar libros y llevarlos a buen recaudo a los sótanos de la Biblioteca Nacional. A veces pienso que durante la guerra fui feliz en muchos momentos. Sé que en las últimas horas de mi vida recordaré aquellas jornadas rescatando libros. Esas obras que me emocionaban por su antigüedad, por sus historias secretas.

En el caserón de los Heredia Spínola, donde estaba la sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, hallamos una valiosa biblioteca. Una vez descubrimos una estancia secreta que nos llevó dentro de la mansión por pasajes laberínticos hasta una biblioteca con ejemplares de literatura pornográfica del XVIII. Fue un hallazgo fascinante. Creo que algunos decidieron «ilustrar» las historias de aquellos libros secretos en esa estancia. Sobre todo ocurrió en las últimas semanas de la guerra, cuando los fascistas estaban a punto de entrar en Madrid. Hubo quien se entregó a desenfrenadas orgías, a vivir el instante sin pensar en el mañana. Porque el mañana era la muerte segura. Yo lo sabía desde hacía tiempo. *Había visto la niebla antes*.

Al fantasma de Galdós lo enterramos una mañana de enero de 1939. Fue en su estatua del Retiro. Un homenaje discreto, unas palabras de recuerdo leídas por los presentes. Allí nos despedimos. Hacía mucha niebla. Apenas nos veíamos los rostros.

Y tendría que anotar ahora la frase de Nietzsche: «Escogerás el exilio para decir la verdad».

Pero yo no puedo mirarme en los espejos. No puedo hacerlo porque no me reconozco, porque veo a otro, el que ha envejecido con otra vida prestada, falsa, apócrifa. Quien se refleja en el espejo es un impostor. Tendré que hacer pedazos todos los malditos espejos de esta casa.

¿Cuándo fue la primera vez que tuve miedo de mirarme en un espejo? Creo que cuando abandoné mi casa para batallar en el

frente. Dejé de reflejarme en la luna de mi habitación, esa que no volví a ver hasta que no regresé muchos años más tarde. Pero ¿realmente pude volver a mi casa? ¿O sólo lo soñé? No, no puede ser un recuerdo, un recuerdo que se esfuma en cuanto intento pensar demasiado en él. Sueño de humo, memoria de aire, sombra de nada.

Yo dejé el espejo de aquella habitación y me fui al frente. Sólo veía reflejado mi rostro en los charcos de agua sucia y sangre que reflejaban las fachadas de mi ciudad herida. Madrid era un lago de sangre abstracta. Madrid olía a muerte. Madrid se llenaba de insectos. Madrid apestaba a gusanos de cadáver.

Veía mi rostro en los charcos, en las ventanas del tranvía que me llevaba al frente, en los ojos verdiambarinos de mi amigo el poeta inglés. Mi cara congelada en su pupila de muerto. Yo, ese estúpido joven llamado Adolfo Prieto subiendo las escaleras del palacio de los Spínola, haciendo cosas absurdas, quizás participando en una orgía —no lo recuerdo—, besando labios que sabían a pólvora, haciendo muecas en un espejo grotesco. Ése soy yo: un payaso reflejado en un espejo. ¡Señoras y señores, pasen y vean, descubran el horror que hay detrás de los azogues, el laberinto donde se esconden los falsos!

Al pasar la frontera y sufrir la reclusión en el campo de Saint-Cyprien me podía mirar en la playa sucia de arena y de mierda, de orines, de vómitos, toda la porquería de aquellos expulsados de España. Una España condenada a morir de manera miserable. Pero ¿alguien puede mirarse en el agua del mar? No, es demasiado falso. No puedo mentir. «Escogerás el exilio para decir la verdad». ¿O es que no estás diciendo la verdad?

Qué paradoja terrible atravesar el océano —mi nuevo e incierto espejo de desterrado, de expulsado, de víctima— y descubrir que en el otro lado del mundo también había lunas líquidas y traidoras. Allí estaba otra vez a punto de mirarme el rostro, en el revés de ese cielo, con una luna boca abajo, como si a todo le hubieran dado la vuelta y estuviera en la parte de atrás de un espejo, perdido en sus laberintos sin fondo.

Mi vida ha sido el reflejo de un perdedor en el espejo de una barraca de feria.

Qué se puede esperar de los que han vivido pendientes de las

sombras de una caverna de Platón. Nosotros, los exiliados. Obsesionados con un reflejo falso, mirando siempre hacia atrás, como condenadas estatuas de sal, observando estúpidos las paredes del interior de la cueva, sin salir afuera, sin saber que dentro de la cueva ya no había nada, que España estaba en otro lado.

Pobres amigos, pobres exiliados, desterrados, expulsados, peregrinos, errantes, fugitivos, apátridas, despojados, nómadas, desplazados, errabundos, siempre extranjeros…

Recuerdo a Lucio Martínez, brillante poeta que terminó vendiendo zapatos por los cafés de México; a Manolo Gonzálvez, que calmaba su nostalgia fabricando mazapanes envueltos con una imagen de la catedral de su querida Toledo; a Sebastián del Campo, que prefirió interrumpir su vida un domingo de primavera colocándose en medio del tráfico de la avenida de Insurgentes; a Pedro Gómez, que rompió su acordeón para que dejara de dolerle España; a Alonso Pérez, loco feliz que seguía charlando en los cafés de México con sus amigos de Madrid como si no les separara un océano y una guerra, con el tiempo parado, sin darse cuenta de que hablaba con fantasmas; a Mariano Soler, que el mismo día que regresó a España murió en medio de la calle y nadie sabía quién era; a Julián Domingo, náufrago de tabernas, noctámbulo y desmelenado de madrugadas, catedrático de cantinas y emérito del pulque, que dejaba escrita su biografía en las servilletas de las tabernas, la vida olvidada en las mesas pringosas de babas de alcohol.

Todos ellos fueron víctimas, pero son mis héroes. Aunque no lo sean más que para mí. Nosotros no tenemos geografía. Pero en el silencio siguen sonando nuestras voces.

6

Cada vez me inquietaba más el lado secreto de Adolfo Prieto. Seguramente porque empezaba a obsesionarme casi tanto como las cintas perdidas de Val del Omar. Fueran o no ciertas las memorias de Adolfo, el director de la Filmoteca me había autorizado para investigar el paradero de las bobinas. Pero tenía que preparar un informe concienzudo argumentando la verosimilitud de la pista, así como la importancia del documento. De todas formas, yo ya había decidido buscar las cintas por mi cuenta. Con permiso o sin él.

Tras algunos años ocupada en la digitalización y restauración de negativos y soportes originales, ahora podía hacer algo diferente. Una verdadera labor de investigación. En los últimos años estaban apareciendo algunos copiones, descartes de negativos y copias incompletas de muchos documentales que se creían perdidos. Lo más revelador era la recuperación de cintas de la guerra civil de las que se había perdido la pista tras el pavoroso incendio de los laboratorios Cinematiraje Riera en agosto de 1945. En aquel lugar fue donde el Departamento de Cinematografía del gobierno de Franco había guardado las películas de propaganda que se habían realizado en ambos bandos. Pero todo ardió.

Yo creo haber soñado muchas veces con aquel incendio. Imagino las cintas ardiendo, el olor del acetato en combustión, aquellas escenas de bombardeos, de fusilamientos, de cárceles, de banderas y héroes, de iglesias otra vez quemándose. Todos esos muertos volviendo a morir, la niña sepultada, el funeral de José Antonio, la sonrisa confiada de la miliciana, la exhibición obscena de las momias de las Salesas, el entierro de Durruti, los puños en alto, el saludo fascista. Todo repitiéndose antes de quedar reducido a cenizas, como una invitación al olvido, como si alguien hubiera querido que todo aquello desapareciera, que nunca más se supiera, que quedara aniquilada la memoria. Sí, yo he soñado muchas veces

con ese incendio.

Sin embargo, todo regresa. Lo sé muy bien.

Aquella memoria aniquilada se había ido completando como un puzzle gracias a que algunas copias incompletas o deterioradas se habían encontrado en el extranjero o incluso en algunos archivos de provincias. Eran las cintas que no habían llegado a tiempo a los laboratorios Cinematiraje Riera a pesar de la orden del Departamento de Cinematografía franquista. Gracias a la lentísima burocracia, la memoria visual de la guerra se había salvado.

Y de eso me ocupaba. Habían sido muchas horas de restauración, pero el resultado era muy satisfactorio, como el del rescate del documental *Bajo las bombas fascistas*, del año 1938, una cinta de propaganda anarquista producida por el Sindicato de la Industria del Espectáculo. Allí aparecía la locura feliz y delirante de la revolución libertaria vivida en la Barcelona de la guerra. Era el trabajo que me absorbía antes de que llegara el legado de Adolfo Prieto a la Filmoteca Nacional y desbaratara mi tranquila y aburrida vida cotidiana. De hecho, estaba a punto de terminar el trabajo de restauración de aquella curiosa cinta. Ya había concluido las escenas del lujoso hotel Ritz convertido por los anarquistas en el hotel Gastronómico número 1 con los obreros festejando que ahora era el pueblo quien comía en los salones alfombrados; de unas mujeres cosiendo una bandera en los talleres Calasanz, o del trabajo en la fábrica de galletas Victoria, donde se hacía el célebre postre del miliciano. Sentía en la boca un acre sabor a bizcocho rancio. Yo soy así: siempre incapaz de distanciarme de las historias que restauro.

A pesar de la lejanía, me gusta sumergirme en aquellas escenas, como si yo también pudiera deambular por los fotogramas. Muchas veces me imaginaba viviendo dentro del material fílmico, entre las motas de polvo, los rasguños y los rasponazos fruto del paso del tiempo.

El tiempo, eso que nos aniquila a todos.

Restauro los negativos que el paso del tiempo deteriora hasta no dejar más que una mancha abstracta, sin sentido ni forma. O los fallos del material en el que hay personajes a los que les faltan miembros y en el fotograma detenido aparecen cómicamente —o trágicamente, según se mire— mutilados y pasean por el celuloide

con simulacros de cojera o incluso decapitados hasta que yo los adecento para que sigan viviendo allí para siempre.

A resguardo del tiempo.

Pero ahora sólo me quedaba por terminar el ajuste de las imágenes del documental donde se mostraba la celebración de la Fiesta del Libro. Estaba ansiosa por concluir el trabajo para comenzar a preparar el informe de las cintas de Val del Omar. Me había propuesto acabar esa misma tarde, así que no me detuve como hacía otras veces en los detalles de aquellas escenas que volvían desde el tiempo a mis ojos. Sólo me limité a observar a un hombre que pasea por las Ramblas, tranquilo, una mañana de abril de 1938, poco antes de que las bombas de Franco hieran el cielo de Barcelona. No comencé a fabular, como solía hacer en tantas ocasiones, acerca de su desconocida y anónima vida, cómo se llamaba, adónde se dirigía, cuándo llegaría la bala definitiva. Y pasear con él por esa Barcelona en guerra. No, no miraría sus ojos que me atravesaban desde el otro lado del tiempo. Ni tampoco pasaría la cinta muy lentamente, con extremada pulcritud, casi fotograma a fotograma, para descubrir los detalles ocultos, los rostros fugaces, los lugares apenas vislumbrados con la velocidad normal, las voces que a ese ritmo se volvían extrañas, macabras, como si fueran una jaculatoria del más allá. Así que pasé con rapidez los fotogramas con el cuidado justo propio de quien hace un trabajo por inercia, casi por aburrimiento. Sin mancharme con las huellas del tiempo.

La escena mostraba las casetas de libros y a la gente paseando. Parecía un día cualquiera, de un año cualquiera en una ciudad alegre y confiada. Una ciudad sin preocupaciones. Pero era sólo apariencia. Lo veía en los rostros de los que paseaban. Son muchos años contemplando en estas películas las caras de los que han vivido una guerra. Nadie sigue siendo la misma persona después de una guerra. Se deja de ser inocente; los ojos se vuelven oscuros y mortecinos; aparecen surcos, caminos, senderos alrededor de la boca y en la frente surge una geografía del dolor que no podrá borrarse. Así eran las caras de aquellos que paseaban felices por la Barcelona primaveral de esa cinta. Disimulan, pero en su rostro está escrito el miedo.

Sin embargo, en la cinta ocurría algo más. De pronto, el paseo se

veía interrumpido por un bombardeo. En la cara de un tipo que antes no me había llamado la atención descubrí ese horror. Junto a él había otro hombre. Charlaban entre ellos y saludaban a quien filmaba las imágenes. Por un momento, ambos me parecieron familiares. Me sonaban esas gafas de concha, el aspecto algo desgarbado, la calva del otro personaje. Debía de estar algo trastornada, pero eran muy parecidos a Adolfo Prieto y a Val del Omar. Ambos miraban hacia arriba. Y desaparecían del plano. En la siguiente escena, el bombardeo había cesado y todo el mundo reemprendía el paseo interrumpido como si no hubiera ocurrido nada. Aunque en los ojos de aquellos transeúntes ya se había dibujado una nueva línea de dolor y angustia, que nunca se borraría. Había pasado otra vez la guerra.

Pero ¿dónde estaban Adolfo y Val del Omar? ¿Eran realmente ellos o era sólo mi obsesión? ¿A quién saludaban? ¿Sería ese López que había fotografiado al Club de la Memoria en los tiempos felices, ese tipo que siempre aparecía detrás de los objetivos, como grabando la vida o la memoria? López: un misterioso personaje.

Tenía que admitir que me invadía la curiosidad, pero no quería distraerme, así que terminé el trabajo sin confirmar si era Val del Omar o una más que probable alucinación. La verdad es que existía cierta posibilidad de que el cineasta deambulara por aquella vieja cinta. Yo sabía que el realizador se había ocupado de hacer algunas filmaciones ordenadas por el Ministerio de Instrucción Pública durante la guerra civil. También había elaborado carteles de propaganda para animar a los milicianos.

Val del Omar había grabado la historia de una derrota. Acompaña al gobierno hasta Valencia, filma sin descanso, quizás apurando en los fotogramas las últimas esperanzas. Hasta que llega el fin. Las tropas franquistas toman Valencia y Val del Omar rueda la entrada de los rebeldes en la capital el 30 de marzo de 1939. Y ése será su salvoconducto. Los vencedores aprovecharán sus conocimientos técnicos y Val del Omar salvará la vida. Pero ¿se salvó realmente?

Muchas veces he imaginado qué habría sido de él si se hubiera marchado al exilio, si hubiera huido a Francia o a América como hicieron otros. Como hicieron sus amigos del Club de la Memoria. ¿O no?

7

¿De dónde viene el relente de Madrid?

Cómo he añorado esa ventisca de las esquinas, ese aire madrileño que mata a un hombre y no apaga un candil. Cómo te he recordado mi vieja ciudad desde la distancia. Ya lo dice el chotis:

Madrid, Madrid, Madrid,
en México se piensa mucho en ti…

Allí en mi casa mexicana yo era el callejeador de la ciudad fantasma. Recorría las porterías oscuras, las hojalaterías, las tiendas de retales, los ultramarinos, los escaparates de los soportales de la plaza Mayor. Y añoraba el olor a garbanzos y a cuarto de plancha que tienen ciertas casas viejas de Madrid.

—Pero ¿usted qué pretende?
—Explicarles mi Madrid…

Yo he rozado las estatuas de Madrid. He deambulado por las noches acariciando todas sus esquinas, tocando el frío de la verja del Retiro al alba. Entonces, las calles terminaban en el campo, en misteriosos solares de traperos, con olor a cabra y lechería de establo. Ése era mi Madrid.

—Y usted ¿qué busca?
—Presentarles mi ciudad perdida.

No sé si Madrid es sólo un sueño que llevo dentro desde hace mucho tiempo. Pero me explicaré. En aquella época yo veía en mis noches de niño madrileño a caballeros con capas, gabanes, levitas polonesas y *carriks* de cinco cuellos. Era un Madrid de caserones con pinturas de Madrazo, habitado en las noches lúgubres por fantasmas de niños de leche y criadas tetudas, que eran las nodrizas

de esos niños difuntos. Madrid era un horizonte limitado por los alambres de las lavanderas del Manzanares y las buhardillas de pobres con mujerucas asomadas en las claraboyas. Madrid era el paraíso de las pulgas de las posadas de la Cava Baja.

Mi Madrid era un sueño atravesado por una procesión de muertos, un sueño que paseaba por casas que ya no existen, calles donde antes hubo conventos y palacios del Setecientos. Era un Madrid de jacas flacas que luego llevaban a destripar al coso de Las Ventas en domingos de sol, puro, salivajo y sangre.

Recuerdo el humo del café de Levante en la calle de Alcalá y una tarde en la que saboreé un vaso de leche helada en la botillería de Canosa, en la esquina de la Carrera de San Jerónimo. Por esa misma calle contaba Mesonero Ramos que iba la procesión de los madrileños muertos por los franceses. Y yo he visto tantas procesiones de muertos…

Cuando aún había ataúdes llevaban a los muertos con boato. Había ataúdes blancos y chiquitos. Había ataúdes destripados por los obuses, féretros marrones de caoba antigua, como la del mostrador de una tasca que había en Embajadores.

Recuerdo una verbena en la plazuela de la Cebada y el olor de la checa de Bellas Artes. Yo sé que en los sótanos de Madrid aún hay soldados napoleónicos que los madrileños enterraron a escondidas para disimular. Siempre hay uno justo debajo del lugar donde se colocan los braseros de estrado.

Nunca he podido olvidar mi ciudad y todas sus cicatrices en las fachadas: las granadas de los franceses y los costurones de la guerra. De mi guerra. La que me tocó. Todos tenemos una.

> —Pero ¿qué ciudad es esa que nos presenta?
> —Sí, han adivinado que es la ciudad que recuerda un viejo loco, un viejo que sobrevive por las memorias prestadas. Quizás un impostor.

Durante la guerra me acostumbré al sonido de los cañones. Casi todo el día me ocupaba de redactar las fichas de incautación de las bibliotecas. Llegué a ser perverso: acoplaba el sonido de las teclas de la máquina de escribir al de las bombas y los obuses. No tenía miedo. Jamás he podido acostumbrarme a escribir en silencio. Mis amigos piensan que estoy loco cuando me pongo a escribir con un

disco de percusiones. El sonido de un tambor puede parecerse mucho al de un mortero destrozando una ciudad con crueldad rítmica. La guerra deja esas facturas absurdas. Tampoco he tirado mi palo para los bombardeos. Lo colocaba entre los dientes y mordía con fuerza para que las bombas cercanas no me reventaran los tímpanos.

Creo que fue en el primer verano. ¿O quizás el siguiente?

Madrid se llenó de insectos y de mariposas grises. Se colaban por las ventanas, colgaban, criaban y morían en las cortinas, en los cajones de las cómodas, en las despensas vacías, en las tripas de los muertos a los que no daba tiempo enterrar. Pero una mañana desaparecieron. Fue después de uno de los estertores que dejó en el aire un proyectil lanzado por el cañón «El Abuelo» desde la Ciudad Universitaria.

En aquel Madrid de la guerra también sucedieron otras cosas extrañas. Algunas mañanas la ciudad amanecía con un intenso color de uva garnacha. Quizás era normal, porque olía a bodegas saqueadas. Los anarquistas vaciaron las del Palacio Real y algunas botellas las vendieron a los corresponsales extranjeros que se alojaban en el hotel Florida de la Gran Vía. Era célebre el borgoña saqueado del palacio del duque de Alba que el corresponsal soviético Koltsov tenía en su habitación del hotel Palace.

Muchas madrugadas la Gran Vía amanecía llena de charcos de alcohol. Salían de las fiestas de Chicote y del restaurante del hotel Florida, donde estaban Dos Passos, Saint-Exupéry —repartiendo pomelos—, y Hemingway y Martha Gellhorn besándose apasionadamente. En una de esas fiestas conocí a Marguerite. ¿O fue en la fiesta de los calatravos en el palacio de los Spínola? ¿Dónde estará Marguerite y su pelo rojo? Su boca sabía a pólvora.

Marguerite…

> —Vaya, ¿se enamoró en ese Madrid?
> —Pero ¿qué dice? Estoy hablando de una ciudad. No me interrumpa.

Yo he visto muchas procesiones de muertos en Madrid. Antes y después de la niebla. Cuando aún había ataúdes, vi el cortejo de los féretros blancos. Los niños bailando en una danza de difuntos, niños sin ojos, niños destripados por los obuses. Niños que habían nacido

en la guerra. Niños que no pudieron conocer otra cosa.

Cuántas veces he vuelto a sentir la ciudad estremecida, la ciudad temblando, la ciudad aterrada bajo las bombas. Por los respiraderos de los sótanos y las bocas de las salidas del metro salían los gritos y retumbaba la muerte. Las sirenas que avisaban de los bombardeos se parecen al sonido de violines heridos. Cuando cae una bomba, se oye primero un silbido, luego el estruendo que parece a punto de destrozar todas las cosas, como si después de ese ruido no pudiera existir ninguno más, porque es el fin, porque ya no existe más que la muerte. Luego llega un silencio sordo y pesado. Y surgen de nuevo los gritos, los aullidos, los llantos que habían quedado sepultados, agazapados, escondidos debajo de ese silencio tenebroso. Ésa es la sinfonía de la guerra. Ojalá no tengan que escucharla nunca.

No sé cuál fue la noche en la que vi por los cielos velazqueños de mi Madrid las espantadas estatuas ecuestres de Felipe III con su gorguera sucia de mariposas grises cabalgando desde la plaza Mayor, la de Carlos III con su peluca empolvada en la Puerta del Sol y la de Felipe IV con el caballo en corveta, funambulista y furioso en la plaza de Oriente. Muchos años más tarde, vería en un atardecer de color uva garnacha —como la de aquellas mañanas de guerra— la estatua ecuestre de Franco, culón, ridículo y con su voz aflautada por los cielos velazqueños de Madrid, aquellos cielos de batallas perdidas.

Lo que sí recuerdo es el horror en la Pradera de San Isidro. Allí donde olía a churros y aguardiente llegó el hedor de la sangre. Sangre de fascistas peligrosos, de víctimas absurdas, de desgraciados que estaban en el sitio equivocado. Aún guardaban en sus chaquetas el olor rancio de las checas. Los asesinados de la noche, las víctimas de la Brigada del Amanecer, que despertaba a los condenados para el último sueño. Una de esas noches, cerca de la pradera, salió un sonido extraño y estremecedor. Parecía que desde algún lugar alguien afinara acordeones. ¿Quién afinaría esos acordeones en una noche de guerra? Entonces, no sé por qué, me acordé de los ojos ciegos de la Cibeles.

—¿Quiere añadir algo más?
—No, por hoy es suficiente.

8

Me di cuenta de que yo también tenía mi Madrid, aunque no fuera mi ciudad, aunque estuviera allí por azar. Al terminar de leer aquellas enfebrecidas páginas de las memorias de Adolfo sentí el tictac de los relojes y me dormí profundamente. Estos letargos, esos sueños inesperados deben de ser por culpa de vivir en la calle Caballero de Gracia, junto a la casa Grassy, el edificio que el relojero francés Alejandro Grassy mandó construir en plena Gran Vía, detrás del edificio Metrópolis. La casa Grassy es ahora un simplón museo de relojes, un templo del tiempo algo absurdo y *kitsch* que en noches demasiado silenciosas deja escapar el secreto de los misteriosos mecanismos de los relojes. Yo suelo despertarme en mitad de la noche con la sensación rítmica de un diapasón que estuviera oculto bajo mi cama o de un péndulo que disimula su escondrijo tras la pared de mi dormitorio. Mi apartamento, aunque en un piso superior, conecta con las paredes del museo Grassy, por eso a veces confundo el sonido de las clepsidras y los relojes de arena con la monotonía de la lluvia y me obsesiona no saber discernir entre el viento y la danza de unas agujas horarias.

Duermo obsesionada por los relojes. Por eso sé cómo huelen. El olor de un reloj parado es el más inquietante. Casi tanto como la perfección de un cronógrafo, implacable y devorador con sus fracciones de segundo.

El tiempo que aniquila fotogramas y sueños…

Por culpa de estos dichosos relojes y de la memoria de Adolfo Prieto yo he soñado un Madrid imposible, un Madrid sin tiempo, una ciudad destripada que deja escapar a sus habitantes de todas las épocas, como los recuerdos desordenados y dispersos de este tipo al que cada vez conozco mejor, aunque haya aprendido a disimularse, a engañarme, a desmemoriarse.

En mi sueño, claramente influido por las frases de Adolfo, aparecía una plaza Mayor en la que paseaban, en dimensiones distintas, los muertos y los vivos. No se rozaban. Ni siquiera se cruzaban las miradas. La Gran Vía era también un fotograma gigante, habitada por todos los que alguna vez la recorrieron. Los cines de la Gran Vía —Callao, Coliseum, Palacio de la Música, Avenida— mostraban un *travelling* infinito en el que seguían andando todos los que ya murieron. De los palacios del paseo de Recoletos me llegaba el aire enrarecido de baúles alcanforados y el olor de trementina de lienzos olvidados en sus desvanes. Oía el estertor del metro en un Madrid subterráneo que tenía varios círculos infernales como el de Dante.

Todo era por culpa de los cuadernos de Adolfo Prieto. O eso creía yo. Sus descripciones de las estaciones del metro, repletas de gente refugiada por miedo a las bombas y de madrileños que habían perdido sus casas bajo los obuses, habían hecho que en el aire viscoso de mi sueño los cristales de los vagones del metro reflejaran aquellas escenas que quizás no se hayan ido del todo. Tanto dolor debe de seguir ahí guardado, oculto y esperando el instante para asomarse ante los ojos de los incautos.

Por culpa de Adolfo Prieto, soñé que paseaba sola por el parque del Oeste, cerca del frente de batalla. Había mucha niebla, como esa niebla en la que tanto insiste cuando la subraya en sus cuadernos. ¿Por qué hablará tanto de la niebla?

Paseo por el parque del Oeste —que a esa hora sufre la artillería de ambos bandos— y alguien me ofrece agua de cebada y un barquillo de canela en un vaso de agua con panales, pero de pronto yo estoy tomando una coca cola en la Puerta del Sol junto a mis amigos del instituto, como aquella primera vez que viajé a Madrid para ver una exposición en el Prado. A esta misma ciudad que no parece el infierno que me relata Adolfo en sus memorias. Esa ciudad que reconozco y que no reconozco, que es su ciudad y también la mía.

Se mezclan mis recuerdos con los de Adolfo. Tengo vértigo, tengo miedo de no saber diferenciar entre mi memoria y la suya, entre mi vida y sus sueños, o sus recuerdos. No lo sé. Es mi Madrid, pero también es su Madrid. Un Madrid de escenarios gigantes, un Madrid cruel y oscuro, sainetero y chulapón, carpetovetónico, de

damas-duende, goyesco, ilustrado y dieciochesco, pero también brumoso de grises franquistas, de corralas y despachos de vino, de rascacielos y aires europeos, de *graffitis* y extrarradios. Madrid enorme, indescriptible, infinito. Ciudad especular y engañosa.

Cuando llegué a Madrid hace cinco años, tuve la misma sensación que en este extraño sueño. Yo venía de Sevilla, ciudad llana, achaparrada, sin más ambición de alturas que la de la Giralda. Y apareció Madrid con su colosalismo que nos sorprende a los que venimos de provincias. En Sevilla hay un misterio en las casas, una belleza oculta en los patios de fuentes y columnarios. Pero Madrid… Madrid se exhibe descarada y monstruosa. Todo es grande: las columnas de orden clásico gigante, sus esquinas achaflanadas con torreones de cúpulas empizarradas, sus chapiteles tan madrileñísimos, los balcones volados, el aire de panteón que da a las casas el granito gris, los conjuntos escultóricos de aurigas y caballos míticos que coronan las alturas de los edificios, las cariátides con su lujuria de piedra, observando desde las alturas el ir y venir de las hormigas-transeúntes. Todo eso sorprende al incauto forastero que llega desde las pequeñas ciudades. Sé que el madrileño de toda la vida no se da cuenta de eso. Y otros que vienen de fuera no quieren confesarlo por temor a ser tachados de provincianos. A mí me sorprendió este gran Madrid lo mismo que los zaguanes oscuros de sus porterías —recordaba muy bien las narraciones de Adolfo cuando evocaba la ciudad—, los ascensores como cajitas enrejadas, subiendo con toda su cacharrería antigua, las enormes mirillas de las puertas de las casas viejas de Madrid. Y los carteles gigantes de los cines anunciando las películas. En mi ciudad los cines se disimulan, son pequeños edificios discretos y escondidos en el caserío. Yo amo el cine, por eso me apasiona pasear por la Gran Vía y extasiarme con esos rostros enormes de los actores. Nunca me canso de contemplarlos. El mejor momento del día es cuando regreso del trabajo y, antes de entrar en casa, me reciben los cartelones gigantescos de los cines de la Gran Vía. Los dioses hermosos de la ciudad.

Pero con el reloj invisible de mi sueño yo volvía a encontrarme con ese Madrid que descubrí cuando llegué a la capital, esa ciudad que ya no reconocía, porque la había dejado abandonada en alguna esquina de los primeros sueños.

… Cinco años en los que esperaba haber dejado atrás algunas páginas oscuras…

Cinco años en los que la ciudad había dejado de sorprenderme. Madrid me cansaba. La conocía demasiado bien. Nada podía haber nuevo. Eso fue antes de leer las memorias de Adolfo Prieto, antes de que Madrid volviera a meterse dentro de mí. Un Madrid que quizás estaba dentro de mí antes de conocerlo.

Creo que el sueño terminó de la forma más absurda porque me despertaron los relojeros de cámara de Carlos IV. O eso creo. Tuve que quedarme un rato en la cama pensando en el sueño más absurdo que he tenido en mi vida y también en si la lectura de esas memorias no me estaba afectando más de lo necesario. Pensé que la epopeya biográfica de Adolfo no había hecho más que empezar y que eran unas memorias sin concluir, porque los silencios decían mucho más que lo revelado. Había momentos que sólo se insinuaban, capítulos sugeridos y resueltos con apenas dos frases. ¿Era un olvido intencionado? En sus cuadernos Adolfo no seguía un orden cronológico. Iba hacia delante y hacia atrás, improvisaba historias, enlazaba según el azar que dictaban sus pensamientos, se dejaba llevar por el caprichoso camino de los recuerdos. Describía la guerra, luego regresaba a los tiempos de las Misiones, incluía sus sueños y delirios, relataba lo que algunos amigos le habían revelado en cartas, volvía a recordar la guerra, revivía sus padecimientos en los campos de refugiados franceses, el larguísimo viaje en barco hasta México. ¿Qué sería verdad y qué era mentira? Estaba fascinada, pero tendría que calmarme. Creo que nunca había leído una novela tan interesante. ¿Una novela? Indudablemente estaba cayendo en la deliciosa trampa de la memoria tejida por Adolfo.

La semana siguiente los de la Biblioteca Nacional pasarían a inventariar el legado y a llevarse los cuadernos, aunque en la Filmoteca se quedaría una copia. Yo, por supuesto, ya había hecho —a escondidas— fotocopias de estos papeles y otros documentos que me obsesionaban, además de las cartas enviadas con puntualidad por Luisa Galán al domicilio de Adolfo Prieto. Aún no las había leído, pero sospechaba que allí se escondían algunos de los episodios que el escritor no revelaba claramente en sus memorias. Un epistolario que podría ser la llave para abrir esas puertas de silencios. Aunque lo cierto es que en el legado de Adolfo sólo había

encontrado las cartas de Luisa desde Toulouse, a pesar de que mencionaba la existencia de las de otros amigos del club. ¿Por qué había conservado sólo ésas?

Volví a evocar el sueño y aquellos pasajes de la ciudad de Adolfo Prieto. ¿O era la mía? No recuerdo cuándo dejó de sonar en mi mente el ruido de las manecillas de esos malditos relojes de Grassy que nunca acoplan sus melodías.

Tenía que centrarme en el informe sobre Val del Omar con el fin de que el proyecto fuera definitivamente aprobado. Mi jefe me había dicho que ya tenía una confirmación no oficial del ministerio, pero que no debía fiarme. No parecía muy convencido. Me había citado por la mañana para confiarme algo. No debía de ser una mala noticia porque lo dijo con su indisimulada sonrisa de tipo bonachón. ¿O es que disimulaba la risa ante mis pretensiones de convertirme en buscadora de películas perdidas?

Al salir a la calle me di cuenta de que la Gran Vía ya no era la Gran Vía. Es decir, que ya no me parecía la calle junto a la que vivía sino un enorme escenario donde habían sucedido historias increíbles. En esa Gran Vía figurada estaban algunos de los lugares que Adolfo describía en sus memorias: el edificio de la Telefónica donde estaba la American International Telephone y se enviaban las crónicas internacionales de la guerra; el bar Chicote o el hotel Florida, donde relataba algunas fiestas vividas con Hemingway o Dos Passos. Pensaba que esa misma calle había sido destrozada por las bombas —avenida de los obuses se había llamado durante la guerra—, que en las habitaciones del desaparecido hotel Florida seguirían sonando las teclas de las Underwood —cubiertas de ceniza y pegajosas de noches de coñac— de los corresponsales que habían contado el horror. No podía ser la misma Gran Vía por la que paseaba todos los días. Ahora mismo, una masa de gente atraviesa la calle, observa los escaparates, entra en las oficinas, hace el amor en sus dormitorios. La gente es feliz y olvidadiza, no recuerda nada; se estresa en el atasco, observa sin mirar el suelo, los balcones, el breve cielo que se recorta desde este trozo de ciudad. Nacen, viven, se aburren y mueren. Pero mueren sin tragedia ni heroísmo. Sus muertes serán asépticas, blancas, impolutas como la sábana de sus mortajas. Nada que ver con la historia que me martillea dentro. Aún siento escalofríos al recordar la terrible

descripción de Adolfo sobre los bombardeos que sufrieron cuando intentaban atravesar la frontera francesa, poco antes de que perdieran la guerra. Para protegerse se tiró al suelo, empapándose de fango ensangrentado. Sintió entonces algo gelatinoso en el dorso de la mano. No muy lejos de él, una mujer yacía destripada. Adolfo creyó que aquella baba purulenta sería el hígado de aquella desgraciada. Allí mismo en la Gran Vía ahora soleada había visto sacar del vientre de las casas trozos negros que podrían ser cadáveres carbonizados. Una vez observó a unos hombres que sacaban por un agujero de la pared a varios muertos —también negros de brasas— que debían de ser miembros de una misma familia. El fuego los había sorprendido sentados a la mesa, quizás mientras comían, en el gesto congelado de probar la sopa. Se habían quedado rígidos en esa postura. Al sacarlos parecían muñecos macabros, maniquíes de la muerte. Los colocaron sobre un sillón desvencijado que habían rescatado de los escombros. Qué tétrica visión la de aquella familia que parecía observar la cara espantada de los transeúntes como si aún siguiera en su tibio saloncito de tranquilidad doméstica.

Todo eso es ajeno a esta Gran Vía de ahora. Parece increíble que pudiera ocurrir algo así. ¿Es posible que la gente no vea la misma Gran Vía que yo estoy contemplando, aturdida e impresionada por este relato de la guerra? ¿Es verdad que dentro de las ciudades hay otras ciudades? ¿Habrá una Gran Vía dentro de esta Gran Vía? Sospecho que por esta acera por la que paseo sigue ocurriendo una y otra vez la misma escena como le ocurría a ese realizador de la película *Madrid*, de Basilio Martín Patino, que confundía obsesivamente la ciudad del pasado y la del presente cuando grababa un documental con motivo de los cincuenta años de la guerra.

Continué camino de la Filmoteca intentando espantar las moscas ventrudas, ahítas, glotonas, de la guerra. Pero al llegar a la calle Peligros comencé a ver las cosas de otra forma. Era como si fuera Madrid el que ahora me observaba. Dejé de mirar para ser mirada. Sentí un rubor de timidez como si la ciudad me estuviera contemplando por dentro, entrando sin pudor en mis pensamientos, en mis recuerdos, en mis sueños. Las ventanas eran ojos con veladuras de visillos. ¿O eran ojos nublados por cataratas? ¿Ojos de

viejo a punto de morir, a punto de cerrarse definitivamente? Los portales exhalaban un aliento rancio, con olor a bajante y moho. Atravesaba esas casas del viejo Madrid que tanto me gustaban. ¿Y por qué me gustaban? Creo que porque antes de verlas por primera vez las había leído. Podía identificar claramente las calles escritas por Valle-Inclán, por Baroja, por Galdós, ese fantasma amable que había acompañado a Adolfo por el Madrid en guerra. Veamos…

En la calle Álvarez del Gato parece que estuvo el espejo deformado y grotesco de las noches bohemias de Valle. Incluso alguna vez, al regresar muy tarde a casa, algo ebria y soñadora, había creído ver a Max Estrella y a don Latino de Híspalis envueltos en sus capas pardas, apestando a ceniza y morapio. Podía situar perfectamente la casa del bohemio que había inspirado aquel drama, el gran Alejandro Sawa, un sevillano ciego y loco, sucio y genial que jamás se limpió la frente donde lo había besado Verlaine.

También sabía situarme con precisión en la casa de la Fortunata galdosiana. Hay charcos del viejo Madrid que siguen reflejando las mismas cosas. Al asomarnos a ellos podemos contemplar las mismas fachadas orinadas, con lágrimas de óxido por culpa de lluvias lejanísimas, fachadas tristes y centenarias, las mismas fachadas que rozarían los personajes de Galdós. Criaturas literarias más reales que las verdaderas, porque siguen vagando por Madrid.

Yo conozco muy bien Madrid. Porque lo he leído. El Madrid de verdad jamás podrá eclipsar mi Madrid leído. Hay un Madrid libresco más auténtico que el real. Igual que existe un Madrid formado por escenarios de películas. En mi Madrid cinematográfico se empalman fotogramas como en un montaje imposible. Está la plaza de la Paja de *La torre de los siete jorobados*, de Edgar Neville; el trasiego de postal sonora antigua de *El misterio de la Puerta del Sol*, de Francisco Elías; el poema documental de Giménez Caballero en *Esencia de verbena*, o los caballos de Álex de la Iglesia en *La comunidad*, aurigas de jacas enloquecidas, a punto de soltarse de los edificios y cabalgar por los cielos madrileños como las estatuas ecuestres de los sueños de Adolfo.

Pensaba en todo esto cuando alcancé la calle de la Magdalena. Sólo faltaban unos pasos para llegar a la Filmoteca. De pronto, huyeron todas mis ensoñaciones librescas y peliculeras, dejé de oler a vinazos de bohemios, a orines galdosianos, a una Gran Vía herida

de muerte y sentí nervios en el estómago. ¿Sería porque sospechaba que no podría conseguir el permiso del Ministerio para investigar el paradero de las cintas perdidas de Val del Omar?

Atravesé el patio. No sé por qué a veces siento un estremecimiento cuando entro en el edificio de la Filmoteca. Es como si me saludaran los personajes encerrados en los fotogramas de todo un siglo.

O quizás me piden ayuda.

O gritan.

O esperan que alguien los rescate.

O sólo quieren olvidar, hartos de repetir la misma frase.

Conozco el horror de recordar siempre una misma frase, una misma escena, una misma secuencia.

Pero esto sólo me ocurre a veces. Ese día no oía a nadie. Ni sentía ese temblor de los fantasmas de los fotogramas.

—¿Se puede? —dije con voz ridícula, casi inaudible, nasal, al llegar al despacho de mi jefe.

—Adelante, adelante —respondió tras una montaña de papeles—. Tengo una sorpresa para ti.

Sonreía. A lo mejor, al final tendría suerte y había conseguido la beca gracias a sus gestiones.

—El Instituto Cervantes nos ha pedido colaboración para exhibir en sus centros películas de… ¿a que no sabes quién…?

De pronto, Val del Omar apareció delante de mis narices, junto a mi jefe. Estaba ahí, enjuto, con su calva brillante y la mirada sincera. No dejaba de mirarme. Su sonrisa me pareció inquietantemente similar a la de mi jefe.

—Sí, se trata de tu realizador preferido. Quieren que hagamos préstamos de algunos documentales para preparar veladas cinematográficas con motivo de su centenario. Claro que alguien tendrá que cuidar las cintas, encargarse de que se exhiban correctamente. En fin, representar a la Filmoteca en el homenaje —se quedó en suspenso, sin dejar de mirarme. A su lado, la brillante calva de Val del Omar parecía reflejar mi rostro sorprendido—. Sí, es lo que sospechas…

Pero ¿este tipo no iba a terminar ninguna dichosa frase? ¿Es que estaba intentando decirme que me enviaba como responsable de la Filmoteca a la exposición itinerante del Instituto Cervantes? De un

momento a otro, esperaba el jarro de agua fría. Sin embargo, Val del Omar parecía no abandonar su amable sonrisa, como si ya supiera lo que iba a ocurrir.

—Tú sabes más que nadie de Val del Omar —creí ver una mirada tiernísima en el tipo, el espectro, la aparición o la broma fantasmal que se insinuaba junto a mi jefe—. Además de *Tríptico elemental de España*, el ciclo de proyecciones se centrará en sus trabajos documentales durante la Segunda República. Justo tu especialidad.

Si hubiera podido, habría comenzado a dar saltos o a bailar con aquella aparición de Val del Omar que no dejaba de sonreír. Hasta comenzaba a parecerme atractivo.

—Claro que tu investigación sobre las cintas perdidas queda en un segundo plano.

Al final, ahí estaba esperándome, de alguna forma, el impaciente jarro de agua fría.

—Entre tú y yo, la idea de esa búsqueda me parece un tanto absurda. Por lo que me has contado de ese Adolfo Prieto parece una historia inventada por un fabulador.

Me había dado donde más me dolía. ¿Cómo podía decir eso de mi querido cómplice de recuerdos y sueños? ¿De esa persona que me estaba descubriendo los posos de la memoria? ¿Un fabulador? Tal vez había sugerido lo que yo temía y sospechaba. Pero no iba a rendirme. Estaba decidida a buscar esas cintas.

—Creo que su legado es interesante, pero sospecho que casi todo es fruto de un saqueo o una apropiación. Ya sabes lo que ocurrió con las bibliotecas, manuscritos y objetos que quedaron abandonados por los que murieron o los que huyeron al exilio —añadió—. El caso es que me parece que esas memorias son un engaño. Ya sabes que no estuvo en el exilio. No sé a qué viene inventarse eso.

—No lo sé. Quizás haya un episodio de su vida que desconocemos —sugerí—. No puede ser mentira lo que cuenta. Es demasiado real.

—Está bien, pero yo no me fiaría mucho. Ni siquiera creo que esas páginas las haya escrito él. No tienen nada que ver con la obra del Adolfo Prieto que conocemos. Coincidirás en que fue un autor famoso, pero bastante mediocre.

En eso estaba totalmente de acuerdo. La hondura, la profundidad, la lucidez, la amargura con la que estaban escritos esos cuadernos no tenían nada que ver con las obras de teatro del célebre Adolfo Prieto, con ese atroz, torpe y amable costumbrismo burgués que triunfaba en su época de malas comedias de teléfonos blancos. Pero todo no podía ser una máscara. Tal vez el verdadero Adolfo Prieto era el que se confesaba en esas páginas escritas para ser leídas sólo después de su muerte.

—En cualquier caso, olvida ese asunto y prepárate para esto. Tienes que dejar bien alto el listón de la Filmoteca. En tu despacho tienes el calendario de trabajo.

No sabía qué responder. Daba igual, mi jefe se había sumergido de nuevo en sus papeles. Incluso me pareció que le guiñó un ojo al espectro de Val del Omar, antes de que desapareciese como una bruma traviesa en el suelo. No quedó ni rastro.

Me dirigí a mi despacho. Estaba emocionada, impaciente, nerviosa, pero la inevitable sombra de la decepción eclipsaba mi felicidad: no podría investigar el paradero de las cintas. Al menos de manera oficial. Sin embargo, ya intentaría buscarlas cuando llegara a París. En mi mesa me esperaban los documentos con los detalles de la exposición de Val del Omar, figura estrella del Instituto Cervantes la próxima temporada. Sobre el teclado del ordenador, el calendario de trabajo: Instituto Cervantes de Toulouse, Berlín, Bremen, Bruselas, París.

Los papeles cayeron al suelo. Sugerían un hermoso garabato. Quizás un sugerente mapa. Sobre los documentos, estaba también una de las copias fotográficas del legado de Adolfo. Era una imagen de Val del Omar fotografiando una aldea de las que visitaban durante las Misiones Pedagógicas. Era curioso: el fotógrafo fotografiado. Entonces, ¿quién era el fotógrafo final? Miré por detrás para ver quién firmaba. Era lo que esperaba. Leí: «Misiones Pedagógicas. Alpujarras, 1933. Val del Omar fotografiando». Y la firma escueta, lacónica, misteriosa:

L.

¿Sería el misterioso López?

9

Debería anotar la frase de María Zambrano: «Despertar sin dejar de soñarnos sería tener un sueño lúcido».

Porque ella era hermosa. Decididamente la más hermosa. Ahora que hace tanto tiempo que ha dejado de enviarme cartas, que me hiere con su silencio, con su desdén, con su olvido. ¿Por qué no quieres contestar mis cartas? ¿Es una venganza? ¿Quién te contó una mentira? No puedo olvidar aquella tarde de la tormenta dentro de la librería de don Anselmo, allí entre los libros viejos, libros antiguos, libros de segunda mano que nos miraban cansados de esperar que alguien los eligiera, aún con lágrimas y pelos y saliva de antiguos dueños, guardando la huella de ojos desaparecidos que pasaron por sus páginas y que hace tanto tiempo que yacen bajo tierra. La librería de don Anselmo, la trastienda, mi paraíso, tu voz y tus medias de seda. Tu voz inconfundible, que sonaba clara y perfecta en aquellas noches de teatro en las aldeas perdidas. Como aquel viaje en el que interpretaste a una dama herida por el desamor. Jamás he vuelto a escuchar una voz como la tuya. Aquellas jácaras, entremeses, mojigangas, pasos, aquellos pueblos que recorrimos con la carreta de Angulo el malo, como la compañía de recitantes que se topaba con don Quijote en esta misma España profunda y olvidada, telúrica, envés de sí misma y que dedicaba loas a las villas y quizás acababa de representar *Las cortes de la Muerte*, como habríamos de hacerlo todos unos años más tarde, *antes de la niebla*. Sólo me quedas tú ataviada con aquel vestido de mangas acuchilladas de damasco rojo y el pelo abuñolado. Una jovencita de los años treinta disfrazada de dama del XVI.

¿Tenías los ojos verdes o lo he soñado? ¿Cómo eran tus ojos?

López te hizo tantas fotografías y te filmó hasta provocarme algo más que celos. Pero en esas películas en blanco y negro no puedo

ver el color de tus ojos. Y la memoria de este viejo ridículo cada vez se enturbia más. Dime, ¿tenías los ojos verdes? ¿Por qué no me contestas? Sigo acudiendo a la trastienda de la librería de don Anselmo, donde me enviabas tus cartas en el correo clandestino, entre aquellos libros prohibidos. Pero ya no están tus cartas. Don Anselmo, ese maldito viejo, dice que no sabe nada. ¿Cómo renunciar a tus cartas, el único sosiego de mi alma, lo único por lo que sigo viviendo?

Maldito López, siempre con su cámara para arriba y para abajo, fotografiándolo todo, tan obsesivo con su manía de atrapar el tiempo, como un entomólogo ensimismado con insectos fosilizados. ¿Cómo era el rostro de ese mal nacido? Lo tenía siempre oculto tras el objetivo, de forma que ahora creo que no lo reconocería. Ni siquiera aparece en nuestras fotos. ¿Por qué López nunca salió en ninguna foto? Creo que ni siquiera quiso que Val del Omar lo grabara. ¿Por qué? Dichoso y misterioso hombre.

Un día me confesó que tenía una misión: grabar la vida, detener el tiempo, congelar el aire, hacer una fotobiografía. Ahora creo que lo consiguió. El tiempo está en sus fotografías. Todos estamos guardados en sus instantáneas. Parece que de un momento a otro dejaremos de posar para el objetivo y seguiremos charlando, reanudando la conversación interrumpida, continuando con la vida que se paró por un instante para quedar atrapada en esa fotografía. Esa fotografía que sigue hablando desde el otro lado del tiempo. ¿Qué ocurrió antes de que López nos robara el alma por culpa de esa fotografía? ¿Qué acababas de decirme? ¿Lo recuerdas, querida Luisa? ¿Verdad que lo recuerdas? Yo no lo he olvidado en toda mi vida. Esa fotografía se encarga de recordármelo todos y cada uno de los días de esta maldita y larga vida que me ha tocado en suerte.

Sí, López nos atrapó a todos los del club en esa fotografía perversa. Por eso seguimos ahí, detenidos, interrumpidos en un momento de una tarde del 14 de octubre de 1932. Y dentro de un instante volveremos a hablar y tú me negarás y correrás a ponerte tus ropas para la función —el traje de damasco rojo y mangas acuchilladas— y López seguirá detrás de ti para seguir fotografiándote. ¿Dónde guardó todas las fotos que te hizo? ¿Qué fue de este maldito López? ¿Tú lo sabes, Luisa? ¿Sabes qué le pasó a este brujo del tiempo? ¿Murió? ¡Dímelo, por favor! ¡Dímelo antes

de que despierte de este sueño lúcido de la memoria!

No quieres decírmelo, pero yo lo descubriré. Ya sabes que todos firmamos un pacto. ¿No lo recuerdas? ¿No cumpliste con tu promesa? ¿No me dijiste que sí lo habías hecho con las cartas que me enviabas? Yo sí, yo sí escribí mis memorias, nuestros evangelios apócrifos, los cuadernos perdidos de aquellos misioneros por las tierras de España. Mis memorias. Sí, las tienes delante, aunque nunca hayas querido leerlas.

Esa fotografía es el pacto, el pacto del Club de la Memoria. ¿Es que no quieres recordar? Todos nos comprometimos a escribir nuestras memorias…

Estúpidos jóvenes. Era un juego, pero terminó siendo nuestro destino. Entonces nos pareció un divertimento ingenuo. ¡Escribir nuestras memorias! ¡Éramos tan jóvenes! ¡Quién podía imaginar lo que nos iba a ocurrir! Una guerra, el exilio, la traición, el olvido. Aquel juego se convirtió en una necesidad. Nosotros, los exiliados, los peregrinos, los expulsados tenemos la obligación de escribir nuestras memorias, porque si no, quién se acordará de nosotros. ¿Qué seremos ante el peso de la historia? ¿A quién le importará la vida de unos insignificantes insectos aplastados por la historia?

Qué paradoja. El juego se convirtió en nuestra salvación, porque la memoria es ya nuestra única patria. Cómo podíamos pensar en este destino cuando sellamos aquel pacto una hermosa tarde de octubre, poco antes de que tú estrenaras aquel vestido de damasco rojo para interpretar a una dama del siglo XVI.

Sí, estabas hermosa aquella tarde. Y cómo te aplaudieron los niños. Creo que todos se enamoraron de ti ese día. Poblarías de sueños lúbricos las noches de los muchachos adolescentes, la de los viejos desesperados, las de todos nosotros, sí, también las de López. Por eso te hizo una fotografía en el lago de Sanabria, con traje de baño. Reíamos y éramos felices. Yo tuve que ocultarme en el agua al verte con ese bañador para que nadie se diera cuenta. Un rato en el agua para calmar mi emoción de joven fogoso.

Y al bañarnos, ¿recuerdas aquellas viejas beatas que fueron al párroco para denunciar la exhibición? Faltó poco para que nos echaran del pueblo. ¡Una joven en traje de baño, con los muslos torneados y blanquísimos, los tobillos de curva perfecta, los hombros brillantes, algo bronceados, y el pecho insinuado bajo el

brillo negro del bañador de sirena resbaladiza!

Dime, Luisa, ¿de qué color tenías los ojos?

Fue en la víspera de la salida de las Brigadas Internacionales de Madrid. De los armarios de aquel caserón comenzaron a salir capas, corbatas del Ochocientos, sombreros de copa, jubones, tahalíes y basquiñas. Al día siguiente comenzaba el fin, así que nos dispusimos a vivir gozosamente las horas que nos quedaban. Los fascistas estaban a las puertas de Madrid y «El Abuelo» parecía esputar sus últimos suspiros de fuego. Estaba a punto de morir, como todos nosotros.

Ellas llevaban camisas transparentes. Se habían pintado los pezones con carmín. Bebían sin parar. Comimos como si fuera la última cena, como hacían los soldados romanos pensando que esa misma noche cenarían en los infiernos, celebrando el instante por si era el postrero. Qué bien nos sabía el pan negro y las heces del vino y las manzanas podridas y la leche aguada. Qué importaba el mañana. No sé con quién bailé, no sé a quién besé, no sé con quién me acosté aquella última noche. Sólo sé que al despertar al alba seguían sonando los cañones, que cada vez estaban más cerca y amenazaban con meterse dentro de mi cabeza. ¿Dónde estaba mi cabeza? Supongo que me la había dejado abandonada en algún lugar de aquel inmenso palacio incautado. ¿Quizás en el salón de las alfombras? ¿En la biblioteca llena de graves y serios volúmenes enmohecidos?

Recuerdo, o creo recordar, que entre la vigilia y el sueño vi a una mujer de niebla pasear por la habitación y luego atravesar una pared. Seguramente sería un fantasma, pero era un fantasma con un rostro familiar. ¿Dónde había visto yo antes esa cara? Volví a dormirme, pero al día siguiente, bajando la escalera vi el rostro de la mujer brumosa en uno de los retratos que colgaban de las paredes tapizadas de damasco rojo. ¿Sería que yo era también un fantasma?

Muchas veces he vuelto a pasar delante de aquel palacio, pero no me he atrevido a entrar. Ahora es la sede oficial de una institución. ¿Habrá quedado algo de aquella última noche en medio de los enormes salones embrujados?

10

Había llovido durante todo el trayecto en tren. No hay paisaje que adore más que los lugares donde llueve, donde se derrama hermosa y tranquila una tarde nublada, machadiana. Y así era el horizonte que contemplaba desde la ventana del tren, pero los cuadernos de Adolfo Prieto me interesaban mucho más. Sólo de vez en cuando levantaba la vista de las páginas para contemplar el campo y los pequeños pueblos que se sucedían. Sin embargo, no me distraía y volvía a sumergirme en la historia para componer el puzzle en el que se había convertido la vida de este hombre. Seguía confundida porque no sabía cuándo era sincero y cuándo fabulaba, soñaba, imaginaba o contaba lo que creía o quizás le habría gustado vivir. De Madrid a Toledo el tren pasa cerca de pueblos que tal vez acogieron alguna misión en los tiempos de la República. Adolfo Prieto podría haber estado derrochando juventud y utopías por algunas de las villas que ahora aparecían insinuadas tras el velo húmedo de la lluvia. Y quién sabe si los viejos que paseaban por las estaciones de parada, que se sentaban en los bancos fríos cerca de los andenes a ver pasar la vida, eran esos niños de las fotografías, esos niños inmortalizados por López en el álbum de instantáneas conservadas por Adolfo. Todo lo que veía me parecía que tenía alguna relación con él.

La curiosidad me crecía cada vez que pasaba una página de aquellos cuadernos. Ni siquiera los preparativos para mi viaje con la exposición del centenario de Val del Omar enturbiaban la obsesión que tenía por la ambigua biografía. Por eso, había decidido hacer una fugaz visita a Toledo, donde residía la familia del escritor. Tenía que saber si lo que Adolfo narraba en el manuscrito era cierto o no.

Adolfo Prieto no se había casado ni había tenido descendencia, pero tenía una hermana y un sobrino que ahora gestionaban todos

sus derechos. Ellos eran los que se habían dirigido a la Filmoteca para entregar el legado tal y como el autor había dispuesto en su testamento. Recordaba que la situación no les había hecho mucha gracia porque aún pensaban sacarle algún beneficio a los papeles de Adolfo. Durante la época de éxitos teatrales del escritor, la familia había vivido bien, pero los buenos tiempos habían cesado y ya casi nadie se acordaba de aquel dramaturgo que escribió algunas de las piezas más célebres del teatro burgués de mesa de camilla, de aquellas comedias falsas y frívolas, con enredos previsibles y finales amables. Por eso, la familia de Adolfo Prieto esperaba que aquellos papeles viejos sirvieran ahora para recuperar las glorias perdidas. Quizás pensaran que mi visita se debía a un interés oficial por recuperar su figura. No quería despertar expectativas falsas y durante algunos días pensé en no acudir a la cita con la hermana de mi misterioso escritor, pero mi curiosidad era enorme. Tenía que preguntarle por determinados episodios de la vida de Adolfo. Confieso que también estaba fascinada por conocer cómo era la casa familiar en la que el autor había pasado sus últimos días y, por ejemplo, ver su biblioteca. Se trataba de un caserón que había pertenecido a su abuelo y que, al ser tan grande, permitía que vivieran bajo su techo varios miembros de la familia. También quise saber qué había ocurrido con el piso madrileño de la calle de Toledo —Toledo parecía ser un destino en su vida—, pero su hermana me dijo que lo habían vendido pocos años antes de la muerte de Adolfo. Yo creo que podría reconocer ese piso, con sus pasillos, el balcón con la pancarta y el espejo inquietante, después de haber paseado tantas veces con Adolfo y sus fabulaciones.

Al bajar en la estación ya había dejado de llover. Cada vez que visito Toledo me ocurre lo mismo. Es de esas ciudades en las que siempre parece que acaba de llover. Un velo azul caía sobre sus fachadas y me llegaba un sutil olor a vino dulce, que debe de ser el aroma que desprenden los humores de las ciudades viejísimas.

Había quedado a las cuatro de la tarde en la casa de Adolfo Prieto, muy cerca de la catedral, en la calle Hombre de Palo, delicioso y sugerente nombre toledano. El aire fresco de la lluvia reciente hacía especialmente agradable el paseo, así que como tenía tiempo decidí deambular por las cartografías toledanas.

Tengo una imagen muy concreta de Toledo. Una imagen surgida

por las lecturas medievales de mi infancia, por las leyendas de Bécquer y un Toledo de plazas oscuras y candiles, por una ciudad que continúa en subterráneos, criptas y sótanos que son la entrada a laberintos donde se siguen citando alquimistas, nigromantes, ocultistas y cultivadores de artes esotéricas. Siempre que paseo por Toledo me asalta la lectura de un cuento fascinante del conde Lucanor que marcó mi infancia de sugerentes relatos que suceden en una ciudad mágica, llena de cuevas y de sucesos fantásticos: *De lo que aconteció a un deán de Santiago con el mago don Illán de Toledo*. Se podría pasear por Toledo sólo leyendo este cuento. Al atravesar estas calles imagino que justo debajo hay otra vía subterránea exactamente igual a la que está en la superficie, como una ciudad boca abajo, un reflejo de espejos mágicos. Estoy segura de que Toledo es de esas ciudades telúricas en las que se cruzan varios caminos simbólicos. Hay un Toledo laberíntico que se esconde bajo las calles, como en los *pruchody* de Praga, esas calles escondidas dentro de casas viejísimas, de corredores ocultos, de urdimbres topográficas que no aparecen en los mapas, sólo en los sueños de sus habitantes más antiguos. Me apasiona pensar en ese Toledo del revés donde quizás aún siga paseando Adolfo.

En la tarde, suenan los pasos en las criptas que debe de haber bajo las calles, donde se citan otra vez el deán de Santiago y el mago don Illán para hacer esos juegos de alquimia y de tiempo, hacia delante y hacia atrás como en el relato de Adolfo. ¿Dónde estará el Toledo de Adolfo Prieto?

Recordaba que en los cuadernos había leído alguna breve alusión a la ciudad a raíz de una visita de Luis Buñuel y los caballeros de la orden de Toledo. Buñuel y algunos estudiantes de la Residencia habían sido amigos de Adolfo, según revelaba en sus memorias, y compartieron las juergas canallas de la vanguardia, juegos de cadáveres exquisitos y alguna que otra micción en las paredes de la Academia. Adolfo Prieto sólo había sido el invitado de un invitado de un escudero, que era lo último en la precisa jerarquía de la orden. Fue una noche de noviembre del año 1925 y el episodio había terminado de forma rocambolesca. Adolfo había amanecido dentro de un armario donde pensaron que se abría la puerta a un pasadizo secreto, como en ese relato del teósofo Mario Rosso de Luna en el que un judío se interna por un ropero para

encontrar un tesoro en un Toledo sumergido.

Era fascinante el Toledo de la orden noctívaga. Yo había leído algunos episodios en las memorias de Buñuel, maestre de la orden, y en las de Alberti. Había que amar a Toledo por encima de todo y emborracharse con vino de Yepes para así saber guiarse por el otro Toledo, la misteriosa y hermética ciudad subterránea. Aquellos juegos de noctámbulos con disfraces de caballeros de la vanguardia habían convertido a Toledo en el escenario preferido para ciertas bromas surrealistas. La ciudad solariega y antigua, de leyendas de alquimias medievales y secretos hondísimos se mezclaba a la perfección con aquel callejero de juegos transgresores y modernos de los niños del 27.

Y ahora yo paseaba por el lugar donde estuvo la posada de la Sangre, que sirvió de alojamiento a aquella tropa de la alocada vanguardia. El mismo sitio en el que Cervantes situaba una de sus novelas ejemplares, *La ilustre fregona*, el llamado mesón del sevillano en el que alguna vez durmió. También recordaba un texto de Blasco Ibáñez en el que, antes de que la posada de la Sangre se convirtiera en antro de las gamberradas de Buñuel y sus caballeros, ya era el templo preferido de cierta bohemia de letraheridos. Blasco era uno de los asiduos de esta antigua posada de arrieros y gustaba de almorzar buenos cocidos castellanos y tortillas de torreznos con vino de Yepes, tan litúrgico y de tradición tan literaria. Pero, al parecer, Cervantes, Blasco Ibáñez y la generación del 27 no eran suficiente pasado como para convertir la posada de la Sangre en un lugar de referencia literaria. En cualquier otro país, por mucho menos, la posada habría sobrevivido y ahora sería lugar de peregrinaje e idolatrías literarias. Pero eso sería en cualquier país que no fuera España.

Ya no existe la posada de la Sangre, aunque se sabe dónde estuvo. Después de la guerra, que utilizó a Toledo como lugar estratégico y simbólico, la posada quedó en ruinas. Luego llegó el tiempo, el olvido y sus ruinas. Ahora el emplazamiento de aquel sitio literario acogía un edificio frío y oficial. Nada parecía recordar su historia. Sin embargo, en Toledo siempre quedan las huellas indelebles del pasado. No sé si sería un vaguísimo olor que a mí me pareció el que debió de tener una posada para arrieros: aceite refrito, pan mohoso, alas de moscas, boñiga y tufo de velones de

sebo. Sí, algo quedaba en el aire. O eso me pareció.

Seguí caminando por las viejísimas calles de Toledo, contemplando la aguja de la catedral y las torres del Alcázar, admirada por esa verticalidad de cuadro del Greco que tienen ciertos perfiles de la ciudad. El secreto: ver la ciudad tras unas gafas mojadas de aceite. Es como si la mirada especular del Greco se colocara dentro de nuestra retina. Toledo se convierte así en una sucesión de lienzos del pintor.

Una luz visigoda parecía resbalar por las fachadas aún húmedas. Ya se sabe que el Tajo al pasar por Toledo se permite escapadas en forma de caprichosas neblinas o lluvias imprevistas. El Tajo recorría aquellas calles dejando un aroma fluvial en la plaza de Zocodover. Allí mismo observé una tienda de ortopedia que me recordó el mundo buñulesco de *Tristana*. Era una de mis películas preferidas, también rodada en este Toledo mágico. No sé por qué cuando paseo por las ciudades necesito conocer qué ha ocurrido en sus calles, qué secretos se esconden en sus dimensiones invisibles. Y, sobre todo, cómo quedaron atrapadas en las redes del celuloide.

Por ejemplo, si ahora paso cerca del puente de Alcántara, me fascina recordar algunas historias sobre los artilugios hidráulicos de Juanelo Turriano. Lo mismo me ocurre al atravesar el callejón de San Ginés e imaginar que bajo sus adoquines yace el monstruo de las leyendas, nutrido de mentiras y de charcos sucios, un monstruo al que no le importa devorar páginas históricas y demostrar que es el guardián de la mítica cueva de Hércules por la que se adentró don Rodrigo. Y ahora me parece recordar el olor del aula de mi colegio cuando leí por vez primera aquel cuento fascinante en el que aparecía una ilustración de un rey tristísimo con la barba rubia que se atrevía a perderse por ese Toledo prohibido para toparse con su destino terrible.

Está claro que no puedo pasear de forma normal, como cualquier persona que simplemente ve las calles como el trecho hasta llegar a su destino, como un simple tránsito. Yo veo otras cosas e imagino qué ocurrió detrás de las fachadas que nadie se detiene a contemplar porque siempre tienen prisa y no les merece la pena observar algo tan absurdo como una pared. Sin embargo, yo me detengo y fabulo como me ocurre ante este escaparate de tienda provinciana donde me asomo para descubrir cuántas mocitas con

olor a rosas marchitas perdieron su juventud pasando por estas calles, haciéndose cada vez más viejas mientras se reflejaban en este mismo escaparate que quizás lleva ciento cincuenta años siendo un espejo de este trozo de Toledo. Reflejando a todos sus fantasmas.

Por fin llegué a la calle del Hombre de Palo, un nombre inspirado en el misterioso autómata ideado por Juanelo Turriano, una especie de muñeco viviente toledano semejante al Golem praguense recreado por Meyrink y que Paul Wegener convirtió en criatura cinematográfica. Praga y Toledo son tan parecidas. Creo que de un momento a otro aparecerá tras esa esquina el mismo Wegener interpretando al monstruo de barro.

Las películas siempre se cuelan en mi vida.

Creo que me ayudan a olvidar.

Me detuve ante el caserón de Adolfo Prieto. Era de esas casas típicas de Toledo, con piedras de color broncíneo en las que parece atrapado el sol de hace muchos siglos. Me paré durante un momento para observar las ventanas. ¿Cuál sería la de la habitación de Adolfo? ¿La más alta, junto a la esquina desde la que seguro se veía la catedral? ¿Moriría en esa misma estancia? ¿Fue allí donde escribió parte de sus misteriosos cuadernos? Pensaba en todo eso mientras imaginaba que en ese caserón vagaban muchos de los fantasmas de la memoria que atormentaban a mi autor.

Llamé al timbre. A los pocos segundos abrió un hombre de mediana edad, robusto, casi gordo, pelo algo canoso y rizado, bastante alto. En realidad, tenía una pinta muy vulgar. ¿Sería el sobrino de Adolfo Prieto?

—Pase, pase, la estábamos esperando. Mi madre está en el salón.

Quise ver en sus ojos algún recuerdo de su tío. Traté de imaginarlo con las mismas gafas de concha con las que aparecía en la fotografía del Club de la Memoria. Pero no lo hallé por ninguna parte. Decididamente era el descendiente del Adolfo mediocre, no del héroe de mis cuadernos. Sólo había heredado el caudal de simplezas de su teatro costumbrista y burgués.

Atravesamos varios pasillos. La casa olía a café, pastillas de anís y sábanas rancias. En la casa debía de haber algún fumador, aunque era un aroma de tabaco dulzón y, desde luego, también vivía un gato. Tengo el olfato muy desarrollado, lo que unido a mi delirante imaginación provoca asociaciones inverosímiles: café + anís +

sábanas rancias + tabaco + gato. Ésa era la fórmula olorosa de la casa de mi difunto Adolfo Prieto. Me pareció que era un aroma muy similar al que desprendían las páginas del cuaderno al pasarlas, pero no me había dado cuenta hasta ese momento. Aquel caserón también parecía estar atrapado en las memorias.

La sala estaba en penumbra y olía, efectivamente, a sábanas rancias como si los muebles hubieran estado tapados durante muchos años por telas, para preservarlos de arañas y polvo. En un sillón me esperaba doña Adelaida, la hermana de Adolfo.

Bajo la máscara de los años, doña Adelaida era muy parecida a su hermano. Su vivo retrato, como si a aquella vieja fotografía del club le hubieran llovido los años, las arrugas, la piel amarillenta, el pelo blanco y gris, el rastro del tiempo. Incluso sus gafas eran muy parecidas a los anteojos del joven Adolfo.

Adelaida Prieto estaba tomando café y me ofreció una taza con chorrito de anís incluido. Su hijo se quedó de pie, sin poder disimular su curiosidad.

—Usted dirá —dijo mientras se encendía una pipa. Sólo faltaba que apareciera el gato para completar la fórmula aromática de aquel caserón que parecía habitado por espectros galvanizados.

Le expliqué que entre los documentos de su hermano habían aparecido unas memorias inéditas. Se le abrieron los ojos con indisimulada sorpresa, gesto que confirmaba mis sospechas sobre su interés.

—Supongo que viene a pedirnos permiso para que se editen, ¿no? —espetó.

Me di cuenta de que doña Adelaida era de esas señoras de modales postizos y poca educación. Interrumpía casi todas mis frases. Tenía muy claro lo que quería y no estaba dispuesta a que su hermano dejara de ser una fuente de ingresos. Sobre todo ahora que había muerto y que su obra debía revalorizarse de forma proporcional a la gusanera que se criaba en el cadáver de su hermano. Conocía bien las claves de la cultura española.

—No, no hemos pensado en publicarlos. Yo sólo quería hacerle unas preguntas sobre su vida.

No pudo disimular su disgusto. No hay nada que moleste más a un heredero de derechos de autor que la curiosidad de los especialistas por la vida privada de su gallina de los huevos de oro.

En particular, los temas relacionados con las supuestas buenas costumbres. Lo más terrible siempre es la sospecha de ser homosexual.

—No entiendo qué quiere que le cuente. La vida de mi hermano fue muy decente.

Le planteé mis dudas sobre ese apartado de su existencia que tanto me intrigaba. Fui directa.

—¿Su hermano estuvo en el exilio? Es lo que cuenta en sus memorias, pero yo creía que después de la guerra se había quedado en España.

Doña Adelaida y su hijo bebieron al mismo tiempo un trago largo del café + anís. Se hizo un silencio. ¿Qué contestarían? Aprovechando el suspense apareció en escena el gato. Era un gato gris y gordo que arrastraba una pata.

—¿Mi hermano en el exilio? Por Dios, pero ¿qué dice? Mi hermano jamás salió de España. Nunca fue un cobarde.

Me sorprendió la forma absurda en que doña Adelaida había entendido el destierro republicano. En realidad, tampoco difería mucho de lo que aún pensaba mucha gente.

—Pero en estos cuadernos lo cuenta. Dice que estuvo en un campo de internamiento en Francia, tras atravesar la frontera al terminar la guerra. Y que vivió un tiempo en México…

—¡Eso es absolutamente imposible! Mi hermano se equivocó al luchar en la guerra en el bando rojo, pero luego se arrepintió, se hizo perdonar. Sufrió mucho para que comprendieran que había sido un error de juventud. ¿Sabe? Mi hermano, antes de la guerra, tenía muchos pájaros en la cabeza.

Pensé que con lo de los pájaros se refería al Adolfo misionero, a ese jovenzuelo que se aventuró por los pueblos perdidos de España para llevar cultura y consuelo en tiempos de la República. Imaginé a su recta y pragmática hermana matando de un solo tiro a los pajarillos que volaban por encima de la cabeza de ese Adolfo Prieto de antes del horror.

—Mi madre tiene razón, tío Adolfo nunca estuvo en el exilio, fue un español muy español.

Ésa era otra típica explicación, la de los que prefieren los esquemas simples para zanjar el pasado. Siempre el olvido (o el no-recuerdo) antes que el rescate de un pasado demasiado incómodo.

Decidí no entrar en ninguna discusión. No merecía la pena. Sentí una infinita lástima por Adolfo Prieto. Qué solo había vivido. Creo que en ese momento me di cuenta de que yo lo conocía mucho mejor que su familia. Aunque no sé si a quien yo conocía era a la criatura creada por Adolfo, a una especie de *alter ego*, quizás al personaje que a él le hubiera gustado ser.

—Perdonen, pero ¿a qué se refieren con eso de hacerse perdonar?

De nuevo bebieron al unísono. La sala se impregnó aún más del olor a café anisado. Otro silencio y un merodeo del gato gris por la sala completaron la escena.

—Pues lo que hicieron muchos. Reconciliarse, confesar, purgar los pecados. Ya me entiende. Así salvó su puesto en la biblioteca, donde trabajó muchos años. Le sirvió para no pasar hambre antes de que tuviera éxito con sus comedias —respondió doña Adelaida sin dejar de mirarme a los ojos.

El silencio se hizo aún más denso. Comprendí que Adolfo Prieto debía tener más de una página oscura en su biografía. Nada de eso se mencionaba en sus memorias. ¿Por qué? No sabía si sentir piedad por él.

—¿Quiere decir que borró todo su pasado republicano? —sugerí.

—Digamos que sí, como hizo tanta gente —respondió escueto e incómodo el sobrino de Adolfo.

Parecía que no iban a contarme mucho más. De todas formas, la visita me había confirmado lo que sospechaba sobre ese agujero negro en su biografía. Silencio, silencio y mentiras.

—Me gustaría aprovechar mi visita; ¿les importaría que viera su biblioteca? Creo que en una biblioteca es donde se esconde la verdadera biografía de un hombre —les propuse.

Nos dirigimos a la planta superior del caserón. Comenzaba a atardecer y la oscuridad convertía las estancias en inquietantes paraísos donde debían de deambular los fantasmas de Adolfo. Incluso creí sentir que una mano de niebla me tocaba la espalda. ¿Sería él?

—Aquí la tiene. No hemos tocado prácticamente nada —señaló doña Adelaida, orgullosa del tesoro bibliográfico que su hermano había acumulado durante años. Pensé en las bibliotecas perdidas de los exiliados, abandonadas, dispersas, saqueadas. Ésta no tenía nada

que ver con esas bibliotecas.

Me acerqué a leer los lomos. Casi todos eran títulos de obras de teatro, pero en los anaqueles superiores algo me llamó la atención. Parecía un ejemplar especialmente deteriorado. Les pedí permiso para cogerlo. No podía creerlo, pero era un libro de Voltaire atravesado por una bala.

—Ese libro salvó la vida de mi tío —respondió el sobrino antes de que yo preguntara.

—Sí, lo sé. Era un libro de la facultad de filosofía, de cuando estuvo luchando en la Ciudad Universitaria. Lo cuenta en sus memorias.

Ambos se miraron. Supongo que lamentaban no haber leído esos cuadernuchos que habían despreciado creyendo quizás que eran anotaciones sin sentido. Temían que en esas memorias hubiera revelado demasiados secretos. No sabían hasta qué punto eran una fabulación. Dejé el ejemplar en su sitio. En un estante cercano sobresalía una carpeta llena de papeles.

—Son dibujos de un amigo pintor que tuvo Adolfo en su juventud —se apresuró a explicar doña Adelaida— igual de loco que él. Creo que después de la guerra se marchó a México. Mi hermano recibía cartas suyas. Sinceramente, nunca me gustó.

Naturalmente sabía que era Agustín Vayas, el copista de los cuadros de las Misiones.

—Le enseñaré un regalo que le hizo a mi hermano. Sígame.

Atravesamos un largo pasillo. Doña Adelaida parecía un espectro más de los que deambulaban por el caserón, una sombra que desprendía un intenso olor a tabaco dulzón y a gato.

Penetramos en la que indudablemente era la habitación de Adolfo. Sentí un estremecimiento. Era como si me hubiese sumergido en las tripas de sus cuadernos, en sus secretos más inconfesables o quizás en el taller de un impostor, en su factoría de mentiras. Doña Adelaida señaló un lienzo que colgaba en una pared junto a la ventana. Aún entraba la débil luz de la atardecida. Parecía una pequeña copia de un cuadro del Greco.

—Es *El expolio*, del Greco, ese cuadro en el que se muestra el momento del despojo de las vestiduras a Nuestro Señor Jesucristo. Lo hizo ese pintor —explicó doña Adelaida santiguándose—. Pero si se acerca, verá que es una broma de lo menos apropiada para un

cuadro sagrado. ¿Ve las caras de los personajes? Pues son las de los amigotes de mi hermano. Los que tuvo antes de la guerra.

Era fascinante. Agustín Vayas había pintado los rostros de los amigos del Club de la Memoria en el lienzo de la escena sagrada. Era una deliciosa transgresión. Allí estaban Adolfo Prieto como verdugo, adiviné a Ernesto Mallo, el músico, como el sayón barrenero e incluso a Luisa Galán y a Violeta Castro como María Magdalena y María, respectivamente. También creí reconocer a Val del Omar en el personaje del soldado con armadura renacentista. Señalé para que doña Adelaida o su hijo me lo confirmaran.

—Sí, creo que ése es Val del Omar, el director de cine. Fue muy buen amigo de mi hermano. También se carteó durante algún tiempo con él, pero no sé por qué un día ese hombre dejó de contestarle. Nunca supe qué ocurrió realmente. Era un hombre muy raro, ¿sabe?

En ese momento —ignoro por qué— recordé también el súbito silencio epistolar de Luisa Galán desde Toulouse. ¿Casualidad? ¿Por qué habían dejado de escribirse? ¿Por qué había terminado aquella amistad?

Sin embargo, en el cuadro seguían siendo amigos. Unos amigos que protagonizaban una insólita escena religiosa. Me detuve en la figura de Jesús con la túnica rojísima. No parecía el rostro pintado por el Greco. Pero ¿quién era? No lograba reconocerlo. Traté de recordar los rostros de la fotografía.

—¡Sí, aunque parezca mentira pintó a otro de sus amigotes con el rostro de Nuestro Señor! ¡Qué blasfemia! ¡Que Dios lo haya perdonado! Menos mal que mi hermano cambió de amistades después de la guerra. Este al que pinta de Jesucristo era uno que se pasaba todo el tiempo haciendo fotografías.

—¡López! —dije rápidamente, feliz por adivinarlo.

—Sí, creo que se llamaba así. No sé qué ocurrió con él. Tal vez murió en la guerra. Adolfo nunca quería hablar de él.

López, el gran y misterioso López estaba ahí, pintado como el mismísimo Jesucristo al ser despojado de sus vestiduras. Qué hallazgo. Al fin podía ver el rostro del personaje que siempre estaba detrás de las fotografías. Tenía unos ojos de mirada curiosa, creo que grises, con las cejas muy pobladas, el mentón audaz, el rostro un poco azulado por la barba incipiente y grandes entradas. Su pelo

era de color rubio ceniza y muy liso.

Doña Adelaida se quedó un rato más contemplando el cuadro. Suspiró. Era evidente que daba por terminada la visita. Hizo un ademán para acompañarme de nuevo al salón. El gato se me cruzó entre las piernas y comenzó a arquear el lomo en un rincón. Los ojos parecían brillarle en medio de la oscuridad de la casa. Ya era de noche. No sé por qué la mirada del gato me recordó la del Adolfo Prieto de la fotografía. ¿Estaría sugestionada por aquella casa embrujada? ¿Era Adolfo que hacía su aparición a través del gato toledano? Creo que comenzaba otro episodio absurdo de mis delirios. En mi maletín, donde guardaba las copias de los cuadernos, algo parecía respirar entrecortadamente. ¿Llevaría algo vivo dentro?

—Espero que le hayamos sido de ayuda. Ya sabe, si necesita algo más, no dude en llamarnos —dijo doña Adelaida volviendo a encender su pipa.

El sobrino hizo un ademán para que me dirigiera a la puerta. Salí a la calle y agradecí el olor a lluvia reciente, pero mi ropa aún estaba impregnada de café + anís + tabaco + sábanas rancias + gato. Toledo me pareció más misterioso que nunca, seguramente porque yo sabía que tenía dentro una apasionante historia. Creía oír susurros tras las viejas paredes. Rilke decía de Toledo que era una ciudad que existía igual para los ojos de los muertos, de los vivos y de los ángeles. Pensé en ocultos gabinetes de momias de niños expósitos, en la cripta del deán de Santiago de mis lecturas del conde Lucanor, en dementes del Setecientos que lamían las paredes saladas de un antiguo hospital de locos y en un grupo de jovenzuelos que iban de movida creí identificar al maestre, caballeros y escuderos de la noctívaga orden de Toledo. La ciudad me hablaba. Los transeúntes que pasaban a mi lado parecían tener, inexplicablemente, el rostro de los del Club de la Memoria. En la calle me esperaban mis fantasmas y todos los de Adolfo Prieto. Toledo olía a lluvia + charcos de orines + piedras antiguas.

11

Recuerdo el olor de las casas en las que nunca viví. Esas casas frágiles y portátiles de los desterrados. Esas casas que siempre guardan algo del pasado que nunca florece porque es un recuerdo disecado. Mi casa de exiliado en la que nunca viví habría sido una casa pequeñita, simple, llena de recuerdos, esa casa que les he sugerido e inventado para estar tranquilo con mi conciencia. ¿Recuerdan? La del salón que era la Gran Vía y donde estaban colgados los mapas de los caminos de herradura que recorríamos en los tiempos de las Misiones.

Antes de la niebla atraviesa mi memoria una araña de esas que habitan en los desvanes. Es una araña sucia y vieja a la que le falta una pata. Arrastra polvo y su propia telaraña como si llevara un castigo divino encima. Es una araña condenada. Una araña que será devorada por un escorpión, que ganará en esta batalla de recuerdos falsos y verdaderos. Mi araña vieja y polvorienta lucha ahora contra el escorpión vengativo y rencoroso, suicida por culpa de su lógica absurda.

La araña vieja atraviesa este desván polvoriento que es mi memoria y vuelven a surgir los recuerdos. Recuerdo una tarde bailando el charleston en un pueblo, Garganta de los Montes, en el otoño de 1932. Nos habíamos llevado los discos de música clásica para las sesiones al aire libre con el gramófono, pero también nuestros propios discos, así que nos pusimos a bailar con los aldeanos. Qué bien bailabas, Luisa, y qué verdes eran tus ojos. Pero ¿eran verdes? No lo recuerdo por culpa de esta araña que avanza ciega entre la niebla.

La memoria es como esa maldita fotografía. Como si esa instantánea del pasado tan feliz hubiera estado demasiado tiempo en el agua del revelado y se volviera cada vez más oscura. Por eso cuanto más recuerdo, más olvido, más negro es todo.

Creo que algo se ha movido en la fotografía. Es indudable que López tarda mucho en hacer la foto y todos nos movemos y seguimos charlando. Somos jóvenes e impacientes y queremos continuar bailando y ya hemos olvidado esa promesa, ese pacto de tener que escribir nuestras memorias. A quién le importa el pasado. Somos presente. No me acuerdo de ayer. Sólo sé que ahora estoy otra vez bailando este charleston y que tus ojos son verdes.

Pienso que ahora se me ha nublado la memoria por culpa de aquellas semanas en el campo de Saint-Cyprien. Esa playa gris, la arena sucia, la basura coloreando de asco la espuma del agua hicieron que tus ojos se volvieran grises. ¿Recuerdas? Estuviste a punto de morir por culpa de la disentería. Pero yo te salvé. Te salvé dándote mi agua y mi ración de sopa. Y alguna vez me escondí y volví a ponerme en la cola cambiándome de chaqueta o quitándome la gorra para que el gendarme —ese maldito francés que nos escupía— no se diera cuenta y volviera a llenarme la escudilla. Así te salvaste. En esa maldita playa francesa que te tornó los ojos grises.

A todos nos cambió el color de los ojos. Yo ya no sé si los míos se han vuelto blancos, cubiertos por una vaharina como esta maldita niebla que nos envuelve a todos. Acabo de acordarme de aquel niño de Casas del Castañar que se animaba tanto cuando se trataba de letras. Nuestra visita de misioneros le cambió la vida. Le sorprendió ver el cine, escuchar una voz mágica que salía del gramófono y el retablo de fantoches con aquellas farsas de guiñol. Pero con lo que se emocionaban de verdad sus ojos casi glaucos —como si todavía alguien tuviera que terminar de darles color— era con las lecturas al aire libre y los recitales de viejos romances. Él recitó el *Romance de la loba parda* y jamás he vuelto a ver un rostro más feliz que el de aquel niño al que aplaudían por recordar ese poema que le había enseñado de pequeño su abuela.

Pocos años después, cuando ya había estallado la guerra, lo vimos vagando por las calles de Madrid. Se había hecho poeta y deambulaba por los cafés en busca de alguien que publicara sus poemas. Cuando nos vio se le salía el corazón por la boca como cuando recitó la tragedia de aquella loba parda acosada por los perros. Y ahora estaba exhausto huyendo de los perros de la guerra. Se creyó salvado, porque estos señoritos de la ciudad tendrían en

cuenta que él era uno de esos niños de las misiones, un aldeano rescatado por ellos de la miseria. Pero ¿qué íbamos a hacer nosotros sino decirle que ya no había lugar para la poesía y que era absurdo pensar en los sueños de otros tiempos? Entonces nos siguió y decidió empuñar un fusil. Estuvo pegando tiros en la Universitaria conmigo durante una semana hasta que una bala le atravesó la cabeza y rompió todos los sueños. Sí, todos esos sueños que nosotros habíamos hecho crecer para nada, para que ahora estuvieran rotos y derramados en ese charco de sangre, sangre de un niño salvado absurdamente por la cultura.

Quiero seguir recordando el olor de esa casa de desterrado. En esa casa, cada rincón sería una imagen del pasado. Por ejemplo, el papel pintado del comedor me recordaría el Retiro, un Retiro suspendido en el tiempo, inmortal, imperecedero, como la memoria de los exiliados. Las flores del papel me recordarían los parques perdidos. ¿Cómo seguiría esa fuente de mi juventud? ¿Y el banco en el que me sentaba a leer? Y cada vez que me visitara un amigo, también compañero de desdichas, pensaríamos juntos en las fuentes del Retiro que seguirían colmadas de la misma agua, aunque yo no estuviera allí para beberla.

Pero yo no viví en ninguna casa de errante, de desposeído, de apátrida. Mis casas siempre estuvieron aquí: en Madrid y en ésta de Toledo en la que escribo y en la que sé que moriré, porque ya sólo me resta morirme. No me quedan amigos ni pasado, mi memoria está llena de vacíos que lleno con fabulaciones. Ya se han dado cuenta, ¿verdad? Así que tendrán que conformarse con esta historia simple de cobarde o de traidor. Sé que está a punto de sonar la hora del traidor. ¿Recuerdan que aún no les he desvelado la hora en la que se paran las manecillas de mi reloj, la hora que obsesiona a este traidor?

No puedo recordar lo que no he olvidado porque ni siquiera lo he vivido.

Mi casa madrileña de la calle de Toledo, donde estuvo la pancarta del «No pasarán», se estremecía cada vez que pasaba por debajo el metro. Pero ¿pasaba realmente bajo mis pies? La ciudad temblaba como dicen que tiemblan o se mueven o se estremecen otros lugares de Madrid. Los lugares embrujados de mi Madrid están en esta calle de Toledo, cuando horadan su vientre negro los

vagones veloces y ciegos del metro; en las cercanías del hotel Palace, porque allí se construyó una efímera plaza de toros que aún espantan con sus bufidos de morlacos fantasmales del tiempo; en la antigua Casa de Correos en la Puerta del Sol, porque en sus calabozos, donde estuvo la Dirección General de Seguridad, siguen sonando gritos atroces, y en el lugar exacto hacia el que miran los OJOS DE LA CIBELES. ¿No se han dado cuenta? No conoce Madrid quien no sabe hacia dónde miran los ojos de la Cibeles.

Yo lo sabía. Cuando salíamos de viaje con las Misiones, quedábamos muy temprano delante del palacio de Telecomunicaciones, enfrente de la Cibeles. Pero yo sé que sólo a mí me miraba la Cibeles. Luego llegó la niebla y taparon sus ojos, la ocultaron con ladrillos y sacos terreros para protegerla de las bombas fascistas. Así estuvo toda la guerra. Por eso no pudo ver el horror, sólo la niebla. Estuvo ciega en la batalla. Es la razón de que siga siendo inocente. Tardó mucho en poder ver colores de nuevo. La época franquista es gris, porque la Cibeles aún no había recuperado la visión del todo. Incluso seguía adormecida en su sueño apacible de niña mimada. Luego, las primeras revueltas la despertaron. Las calles de Madrid tienen una gran reverberación cuando hay gente que corre sobre ellas. Es una ciudad poco silenciosa. Es en ese tiempo cuando surgen los colores desvaídos de la Transición, esos matices que aparecen en las fotografías de aquella época. El color llega cuando Madrid se hace adolescente y los jóvenes se suben desnudos, borrachos y felices a las estatuas madrileñas. Pero todo eso se ha acabado. Ahora abrazan a la Cibeles las masas aborregadas del fútbol. Por eso la Cibeles prefiere estar ciega.

Aquel día, aquel preciso día, yo anduve delante de la Cibeles y estuve un rato mirándola. Luego me fui a encontrarme con mi destino. Eran las dos de la tarde de un día de noviembre. Ésa, señoras y señores, es, como habrán adivinado, la hora del traidor.

12

Estoy nerviosa porque el taxi está a punto de llegar a la plaza de la Cibeles. ¿Hacia dónde mirarán sus ojos? Llevo en la maleta —impacientes, respirando casi vivos— las copias de los cuadernos de Adolfo, algunas fotografías y las cartas de Luisa Galán para leerlas durante el viaje a Toulouse. Toulouse es la primera escala de mi viaje a las sedes del Instituto Cervantes, aunque antes haré una escala en Barcelona para recoger un material que se encuentra en la Filmoteca de Cataluña. Luego, tomaré un tren hasta Toulouse para inaugurar las proyecciones del ciclo dedicado a Val del Omar. Y de Toulouse partieron estas cartas. ¿Encontraré a Luisa Galán? ¿Estará viva? ¿Tendrá hijos que me cuenten qué ocurrió con ella? ¿Por qué no siguió escribiendo a su amigo Adolfo Prieto?

Está ahí. ¿Mirándome? ¿Me miran los ojos de la Cibeles? Es increíble, pero en todos estos años viviendo en Madrid nunca había reparado en la mirada de la Cibeles. Qué hermosa metáfora de Madrid escribió Adolfo. Y cuánto amaba su ciudad. Creo que sólo los que han perdido las ciudades, los que la recuerdan en la distancia, son capaces de hacer un retrato tan hermoso de sus paraísos perdidos. Pero él no la perdió, no tuvo que abandonarla. Fue un vencido que sobrevivió disfrazado de vencedor. ¿O fue al revés?

Ahora paso justo al lado de la Cibeles. Quizás el taxista me observa intrigado desde el espejo retrovisor. ¿Quién se fija así en la Cibeles? Sí, sé que lo está pensando, pero me da igual. Yo sigo mirando a la Cibeles mientras rozo mi maleta y siento el temblor de esos papeles de la memoria. ¿Adónde mirarán los ojos de la Cibeles?

II

EXILIATURA

Toulouse, 15 de febrero de 1957

Calle de Toledo, 50
Madrid

Estimado Adolfo:

Qué alegría recibir noticias tuyas. No te puedes imaginar la cantidad de veces que me he acordado de ti y de nuestras hazañas misioneras. Sobre todo en los momentos de miedo y soledad, que han sido muchos.

Supe de ti por Ildefonso Cuesta, aquel maestro de Segovia a quien conocimos en uno de nuestros viajes con el retablo de fantoches. Él también vive en Toulouse como yo. Me dijo que cuando terminó la guerra decidiste quedarte en Madrid y que seguías viviendo en tu casa de siempre en la calle de Toledo. Eso me animó a escribirte. No recordaba el número de la calle, pero sabía que poniendo tu nombre en la carta, el cartero terminaría encontrándote.

He sabido que te han ido bien las cosas y que incluso tus obras de teatro han tenido éxito. Me alegro mucho.

Sólo te digo que pude cumplir mi sueño de ser maestra y que hasta he seguido haciendo teatro como en aquellos tiempos de las Misiones. También me casé y tengo una hija preciosa. Escríbeme.

Un saludo,

Luisa Galán

P. D.
Me han dicho que la librería de don Anselmo sigue en pie. Si nos volviéramos a ver, tendría que ser allí, ¿verdad?

Toulouse, 20 de marzo de 1957

Calle de Toledo, 50
Madrid

Querido Adolfo:

Espero que haya llegado a tus manos esta carta. No ha sido nada fácil conseguir contactos para el correo clandestino. Pensé que censurarían mi primer envío por eso incluso pensé en poner un «¡Arriba España!» o «¡Viva Franco!» como sé que hacen muchos para engañar a los censores, pero sentí un profundo desprecio y decidí disimular de otra forma. Parece que funcionó ese tono como de carta de una prima lejana o una amiga de la infancia, ¿verdad? Recuerda que soy, o quise ser, actriz profesional. Ahora podré escribirte sin fingimientos, contándote de verdad lo que ocurrió. Fue una suerte saber que la librería de don Anselmo era uno de los lugares de la red. Fíjate, qué casualidad. Nuestra querida librería. Sabía que entenderías mi advertencia en clave, ese guiño al pasado. Cuántas tardes hemos pasado allí, como ese día de la tormenta. ¿Te acuerdas? Bueno, espero que lo recuerdes, aunque esto no debería decírtelo una mujer casada.

Has tenido suerte de que no te ocurriera nada. Alguien me dijo que te recluyeron en la cárcel y que incluso estuviste en capilla, a punto de ser fusilado, pero que al final salvaste la vida. Menos mal.

Yo ahora estoy bien, aunque lo he pasado muy mal. Pude cruzar la frontera cuando la caída de Barcelona, pero terminé en un campo de internamiento francés en Saint-Cyprien. Allí pasé hambre y frío. Incluso tuve disentería, pero me salvé. Ya ves, siempre he sido muy fuerte.

Cuando estalló la guerra contra los nazis, fue otra pesadilla. Creí que no iba a poder soportar otra guerra, pero al final he sobrevivido. Ya te contaré en otra carta mis vicisitudes, que han sido muchas.

A Ernesto, Agustín, Violeta y López los vi después de la guerra. Coincidimos en el campo de Saint-Cyprien. De Agustín, Ernesto y Violeta supe que estuvieron en la Resistencia, pero no he vuelto a saber de López. ¿Sabes algo de su suerte?

Sí, es verdad, ha pasado mucho tiempo, pero a veces me parece que todo ha sido un mal sueño, que voy a despertar y que hemos quedado a las nueve como siempre en Telecomunicaciones frente a tu querida Cibeles. Cómo la mirabas. Te confieso que alguna vez estuve celosa. Qué tontería, ¿verdad? Hay tantas cosas de aquel tiempo que ahora me parecen ridículas. Supongo que es porque la vida

empezó de verdad con la guerra. Lo de antes fue un juego de adolescentes que creían que podían cambiar el mundo. No sé tú, pero yo pensaba que cuando recorríamos aquellas aldeas haciendo teatro íbamos a cambiar la vida de aquellos desgraciados. Qué estupidez. Qué ingenuos fuimos. Cada vez que me recuerdo maquillándome con coquetería para que las luces no me apagaran el rostro y vistiéndome con esas ropas de dama antigua. Pero ¿adónde quería llegar con mis hermosos zapatos acharolados pisando el fango de España? ¿Es que íbamos a salvarlos de la tragedia que se avecinaba? Por Dios, si no pudimos ni salvarnos nosotros.

Perdona, pero comprenderás que a estas alturas de mi vida ya no crea en nada. Yo nací de verdad cuando salí de aquel maldito campo de internamiento en Saint-Cyprien, cuando me salvé de la disentería y pude comenzar a vivir en Toulouse. Antes, antes no era más que un proyecto, un ensayo de vida.

Querido Adolfo, te vuelvo a pedir excusas por mi pesimismo. Otro día te contaré más cosas, pero hoy estoy deprimida. ¿Sabes?, quizás estas cartas podrían ser como esas memorias de nuestro pacto. Sí, tal vez estos papeles sean las memorias que nunca escribiré, porque supongo que después de leerlas destruirás estos papeles, ¿verdad? ¿Qué pasaría si descubrieran estas cartas? Por favor, destrúyelas.

Ten mucho cuidado al recoger este correo en la librería. No me perdonaría ser culpable de que te ocurriera algo por culpa de unas absurdas cartas en las que te cuento mi vida.

Besos,

Luisa Galán

P. D.

Te volveré a mandar otra carta dentro de dos o tres semanas. La red clandestina de envíos postales depende de muchas eventualidades. Qué suerte hemos tenido de que don Anselmo esté en el ajo (¿se decía así?, ¡se me han olvidado tantas cosas!). Dale saludos de mi parte.

1

Luisa Galán… ¿Estará viva? ¿Podré encontrarla en Toulouse? Sería fantástico conocer a algún miembro del Club de la Memoria. Pero no puedo hacerme ilusiones. Las cartas se interrumpen en noviembre de 1957. ¿Será a causa de su muerte? De todas formas, al llegar a Toulouse intentaré encontrar a su familia. La dirección estaba en el sobre de estas cartas que huelen a violetas. Podría buscar su casa durante la semana que estaré en la ciudad para preparar las proyecciones en el Instituto Cervantes.

El tren atraviesa los campos que yo imagino heridos de trincheras de otros tiempos. Está cerca de la frontera y pienso en el éxodo de los vencidos, en esas imágenes tantas veces contempladas, escenas de hambre, frío y derrota. ¿Cuántos muertos sin nombre estarán aún enterrados bajo esta tierra que tiembla al paso del tren? Ese árbol, por ejemplo, el que parece más grande, el más saludable, el de las hojas más verdes. Ya acaba de pasar en esta mirada fugaz, pero seguro que es el más fuerte porque debajo tiene una tumba de muertos antiguos.

Cuántos paisajes olvidados. ¿Pasarían cerca de aquí los camiones de las Misiones? ¿Y Adolfo y Agustín con los cuadros del museo del Prado también camino del exilio en Suiza, huyendo de la guerra? ¿En qué cementerio de chatarra estarán esos recuerdos? ¿Contemplarían estos paisajes alguna vez los ojos verdes de Luisa Galán?

Toulouse, 2 de mayo de 1957

Calle de Toledo, 50
Madrid

Querido Adolfo:
Me gustaría revelarte más cosas que me sucedieron al final

de la guerra. Tendrás que disculpar mi desorden al relatarte estas historias. Supongo que me falla la memoria, como a todos.

Sí, ya te he contado que estuve en el campo de Saint-Cyprien y que lo pasé muy mal, que estuve a punto de morir, pero no todo fueron horrores. Allí me di cuenta de que hay cosas que pueden salvar a la gente, que la cultura, por ejemplo, puede salvar a la gente. Ya ves lo voluble que es mi memoria: hoy pienso que lo que hicimos en nuestras Misiones no estuvo tan mal. Lo confirmé en aquel maldito campo. Es impensable, pero esa gente a punto de morir de hambre, enferma, con frío, sucia y humillada fue capaz de hacer cosas hermosas. Yo he visto con mis propios ojos cómo un hombre mutilado en una batalla conseguía hacer una escultura con arena, hierros de la alambrada del campo, basura, conchas que recogía de la orilla y maderas que quizás provenían de antiguos naufragios.

No fue el único. Otros desgraciados, muertos vivientes que deambulaban entre la arena sucia de aquella playa, desechos de España, apátridas a quienes nadie quería, consiguieron montar una exposición. ¿A que es increíble? ¡Una exposición en un campo de refugiados! La desolación y la ruina te hacen ver cosas increíbles.

Qué hermosas eran aquellas esculturas, los cuadros improvisados con carbón, que siguen apareciendo en mis sueños.

En el campo estuve dando clases a los niños refugiados. Qué triste es enseñar a leer a un niño que tiene la muerte en sus ojos. ¿Para qué sirve? Tuve entonces la misma sensación que cuando hacíamos teatro ante aquellos niños de las aldeas sin futuro, niños condenados a la nada, al hambre, al frío, a la muerte. Otra vez siento el peso de la amargura. Es como si nada de lo que hicimos hubiera tenido sentido, todo ese mundo antes de la niebla, como me dices en tus cartas, antes de que la niebla nos borrara a todos. La niebla. Siempre la maldita niebla…

Besos,

Luisa Galán
Toulouse, 12 de junio de 1957

Calle de Toledo, 50
Madrid

Querido Adolfo:

Siento haber caído en el pesimismo en mi anterior carta. Lo siento de veras. Pensarás que estoy loca, que el tiempo no me ha curado las heridas. Quizás sea cierto. Algunas veces mis recuerdos son tormentosos y, sin embargo, en otras ocasiones son mi único refugio.

Ahora, mientras te escribo esta carta, veo a mi hija jugando en el pequeño jardín de la casa. Es una niña preciosa. Cómo me gustaría que la conocieras. A veces pienso que quizás, si la guerra y tantas cosas no se hubieran cruzado en nuestro camino, nosotros podríamos haber tenido una hija como ésta. Quién sabe…

La verdad es que soy muy feliz con Tomás, mi marido. Es un buen hombre que me ha ayudado a comenzar de nuevo, aunque a veces el pasado me asalte con las viejas pesadillas mientras escribo estas letras. ¿Recuerdas? Mi forma de cumplir con nuestro pacto. Por cierto, ¿escribiste tú tus memorias? Seguro que sí. He leído en los periódicos que te has convertido en un famoso autor de teatro. A ti siempre se te dieron bien las letras. Por eso, seguro que has escrito tus memorias. Es lógico.

¿Lo habrán hecho los otros? Con la vida agitada y terrible que nos ha tocado vivir no ha sido fácil tener un descanso y poder reflexionar sobre nuestra existencia. Ni siquiera hemos tenido papel donde escribir nuestra vida.

En el campo de Saint-Cyprien los vecinos del pueblo nos entregaron algunos papeles con los que hicimos un pequeño periódico. Teníamos exposiciones de arte hecho con basuras, una escuela para niños casi difuntos y un periódico con papeles de limosna.

¿Sabes dónde conocí a Tomás? Creo que no te he contado mi experiencia en el hospital Varsovia. Durante algún tiempo estuve como voluntaria en un hospital que crearon algunos refugiados republicanos. Estaba en la calle Varsovia de Toulouse y sirvió para curar a muchos heridos de la Resistencia. Allí fue donde conocí a Tomás, que ingresó con una herida de bala por culpa de aquella absurda operación Reconquista de España que intentaron los comunistas en el valle de Arán. Fue terrible cómo llegaron aquellos hombres al hospital. Más de uno se murió en mis brazos, como aquél al que le salían las tripas por una herida mientras me decía que no quería morirse. Aún puedo recordar su mirada de

agonizante.

El olor del hospital Varsovia me ha acompañado siempre. Cuando paso algunas veces por la calle Varsovia, me asaltan otra vez aquellos ojos y los de todos los que vi morir. Juan Casado, aquel hombre que llegó con una herida en el hígado, pero que sobrevivió algunos días escribiendo poesías que yo guardo en un cajón. O José Cruz, un guerrillero ya entrado en años, pelirrojo y bajito al que se le descubrió un tumor en el páncreas mientras le curábamos una herida de bala que no parecía ser demasiado grave. Recuerdo que yo le tomaba la temperatura todos los días: siempre marcaba 35 grados y bromeábamos con que debía de ser un reptil disfrazado con peluca roja. Pobres muertos del hospital Varsovia. ¿Seguirán recorriendo aquellos blancos pasillos que no he podido olvidar?

Besos,

Luisa Galán

2

Esta última carta parece oler diferente. No sé, es como si desprendiera un olor a ácido fénico, a heridas purulentas, a medicinas guardadas mucho tiempo en un cajón. ¿Dónde habrá estado guardada? ¿Quizás será por los recuerdos del hospital Varsovia?

No falta mucho para que lleguemos a Toulouse, la tierra de acogida de Luisa Galán. Pero me gustaría quedarme siempre en este tren, no bajar del vagón, pasar de largo las ciudades, conformarme con ver el cartel que las anuncia e intuirlas, adivinar qué me podría pasar en ellas al recorrerlas. Viajar, ser siempre una pasajera en tránsito…, como alguien que nunca pudiera retornar, como un eterno errante…, como un exiliado.

Me gusta leer en los trenes con la débil luz del vagón mientras afuera muere la tarde en los paisajes fugaces que desaparecen de mi retina. Qué raro, nadie me ha interrumpido la lectura, aunque sospecho que algún pasajero se ha dirigido a mí, pero no recuerdo haberle contestado.

Las cartas de Luisa Galán son mucho más interesantes.

> Toulouse, 10 de septiembre de 1957
>
> Calle de Toledo, 50
> Madrid
>
> Querido Adolfo:
>
> En la carta anterior en la que te hablaba sobre el hospital Varsovia no te conté que un día me encontré allí con López. Iba, por supuesto, con su querida cámara de fotos. Le había perdido la pista cuando nos dispersaron en los campos. De Agustín, Ernesto y Violeta supe por otros conocidos que habían estado trabajando para la Resistencia en París, creo

que te lo comenté. Me dices en tu última carta que sabes que Agustín se marchó a México. ¿Sabes su dirección? Me gustaría cartearme con él. Desconocía la muerte de nuestra querida Violeta. Cuánto lo siento. No sabía nada de que estuviera tan enferma.

¿Y de Ernesto? ¿Sabes algo? ¿Habrá seguido con su música? Ojalá, era un genio.

Bueno, como te iba diciendo, López llegó una mañana al hospital Varsovia. Venía herido. Al parecer, después de su paso por el campo también se introdujo en las redes de la Resistencia. Se había herido durante la preparación de un sabotaje a los nazis, pero no era grave. Yo me ocupé de cuidarlo el tiempo que permaneció en el hospital. Durante su estancia, en cuanto pudo levantarse, se dedicó a hacer fotografías de los enfermos, sobre todo de los que tenían las heridas más atroces. El doctor Pareja, uno de los fundadores del Varsovia, tuvo que llamarle la atención, porque parecía no tener respeto por la intimidad de los pacientes. Ya sabes cómo es su obsesión patológica por las fotografías. De hecho, había traído escondidos en el pecho negativos y alguna película de lo que había rodado durante la guerra. Qué hombre.

En el hospital Varsovia fotografió sobre todo a enfermos mutilados. Un día me confesó que le intrigaban los miembros fantasmales de aquellos heridos. Contaba que a veces en el revelado aparecían los brazos y las piernas amputados. Qué imaginación tenía. Decía que él también era un mutilado y que su miembro fantasma era España, y que a veces la sentía y le dolía cuando iba a llover, como duelen o se sienten esos brazos y esas piernas que faltan.

España era el miembro mutilado de López. Qué hombre tan loco.

¿Sabes que le echo de menos?

También a ti, no te pongas celoso.

Besos,

Luisa Galán

Toulouse, 12 de noviembre de 1957

Calle de Toledo, 50

Madrid

Querido Adolfo:

Después de enviarte mi última carta recordé un asunto que

había olvidado por completo. Con estas cartas me he dado cuenta de que la memoria es frágil y caprichosa. Tras echar al buzón tu carta fui a una cafetería cercana. En una pared había un almanaque con cuadros de Goya. En el de septiembre estaba el lienzo de *Los fusilamientos*, que sé que tanto te gusta. Entonces, recordé el proyecto que comenzaste con Ernesto para escribir el guión de un documental sobre el Prado que se mostraría en las Misiones. ¿Qué fue de aquel hermoso trabajo? ¿Lo terminaste o se lo llevó también el viento de la guerra? López me preguntó por él durante su estancia en el hospital Varsovia. Él y Val del Omar estaban preparando las imágenes de ese documental, ¿verdad? López aún guardaba algunas notas, pero ignoraba el destino del guión. Espero que no terminara en manos franquistas, como pasó con tantas cosas nuestras de las Misiones. Creo que muchas las quemaron, ¿no es así? Cuando terminó la guerra, yo sentía a veces escalofríos sin sentido. No sé por qué me dio por pensar que era porque en ese mismo momento esos fascistas estarían destrozando libros de las bibliotecas de Misiones, o parte de nuestro *attrezzo*, o aquellos gramófonos que llenaban de alegría la miseria de las aldeas.

¿Sabes? Estas cartas me están curando el olvido. Por las noches me despierto porque me asaltan recuerdos que habían quedado agazapados, ocultos, escondidos a la espera de un resorte que los incorporara a la memoria. Hace un par de noches me desperté recordando un olor, el de la vieja manta de la mula en la que monté en aquel viaje a Puebla de la Mujer Muerta. Era una manta raída, que olía a humedad y sospecho que estaba llena de chinches porque sufrí terribles picores todo el día. El caso es que a partir de ese olor llegaron otros. Recordé cómo olían aquellos pueblos de candiles de carburo, de paneras de mimbre, de cestos de varetas de olivo, las noches con cine al aire libre y vientos de estiércol, las alpargatas sucias de los campesinos, su olor a leche agria y piel de garbanzos y el aliento de aquellos perros que ladraban en las noches de verano. Lo siguiente llegó de forma instantánea: el blusón viejo que llevé en Madrigal de las Altas Torres. Me lo prestó una campesina aquella noche en la que los titiriteros nos robaron la ropa creyendo que les quitaríamos el trabajo. Creo que fue una hermosa noche de luna en la que recitábamos la *Égloga pastoral* de Juan de la Encina. Todo bucólico, trascendente, pero yo olía a sudor

viejo y a miseria. Qué lección. No sé quién aprendió más, si ellos o nosotros. Aquella vieja campesina también me enseñó a hacer platillos de su tierra, un recetario de pobre con harina, sal y aceite que he guardado y que me ha servido, quién me lo iba a decir, durante los malos tiempos, porque yo también pasé hambre. Aquella señorita coqueta, de cabello peinado al agua, zapatos acharolados y medias de seda pasaría hambre, llegaría a arrastrarse por el suelo para comer mondas de patata, chupar raspas de sardina, esconder el pan rancio para no compartirlo. Pero esa señorita desapareció arrastrada por la guerra, la muerte, el hambre. Y ya no existe. Yo soy otra Luisa Galán, inesperadamente distinta a la que podría haber sido.

Somos viejos desde nuestra juventud por culpa de esa maldita guerra, jóvenes que todo lo supimos demasiado pronto, jóvenes que no escuchamos a nuestros abuelos porque sabíamos más que ellos. Jóvenes ilusionados condenados a ser viejos olvidados.

Querido Adolfo, siento otra vez que haya asomado la negrura de mi memoria. Creo que es inevitable. Es lo que llevo dentro y nada puedo hacer. Hubo un tiempo en el que creía que la tristeza que arrastraba eran las maletas de pena que nos llevamos de aquellos pueblos, las tragedias prestadas de los aldeanos. Luego la maleta se fue llenando de amarguras propias hasta no poder arrastrarla. Siempre he querido abandonarla en algún camino, pero no es posible. Esconde las tinieblas de mi alma.

Sin embargo, ahora creo que comienzo a ser feliz. Me libera escribir estas cosas, aunque sean tan tristes. Sí, me libera. Gracias, Adolfo, por permitirme cumplir con nuestro pacto. Ahora soy feliz. No puedo quejarme. Soy libre, amo a mi marido, tengo una hija sana y preciosa, trabajo como profesora en lo que quiero. Sólo me falta una cosa: volver a España. Pero no es una pena lo suficientemente terrible como para eclipsar mi felicidad. A veces, en los días claros, creo ver los Pirineos desde Toulouse, como un muro terrible que no podré atravesar. España ingrata, tierra maldita en la que murió mi juventud…

Sí, ahora soy feliz. Esta misma tarde volveré al local de ensayos donde sigo haciendo teatro. Creo que te apunté en una de mis cartas que había seguido siendo una apasionada de las candilejas. La Luisa Galán, actriz de las Misiones, no murió con la guerra. Está aquí, viva y feliz para seguir

paseando por los escenarios. Ese indescriptible vértigo en las entrañas, las luces del escenario, el silencio antes de que suenen las voces, el aroma del telón, como aquel telón de cartón de las Misiones, el que dibujó Agustín. No he podido olvidarlo. Ha sido incluso el fondo de algún sueño del pasado.

En Toulouse, unos refugiados hemos formado una pequeña compañía de teatro. Incluso hacemos giras por pueblos cercanos. Hace un par de años, repusimos algunas de las farsas que representábamos en las Misiones. Cómo sonaron aquellos romances, ese aire de mojigangas españolas en nuestros oídos después de tantos años.

Estos días, estamos ensayando una obra muy especial, *Don Juan Tenorio el Refugiao*. Es muy divertida. Si la vieras… Tiene muchas críticas a los exiliados que se han vendido. Cuántos han perdido la dignidad y cuántas son las divisiones, las traiciones. Ya no sé en qué creer, por eso me gusta tanto esta obra. Es tan grande el desencanto.

Bueno, te dejo. Mi hija está esperando que le prepare el almuerzo. Ya te escribiré.

Un abrazo,

Luisa Galán

3

La estación de Matiabiau de Toulouse se encuentra enfrente del canal du Midi. Adoro las ciudades con ríos. Tienen un olor diferente. El viento que roza el río Carona arrastraba un aroma de truchas y sol, aunque en el cielo aparecieran hermosas nubes blancas. No sé por qué pensé en las excelentes fotografías que podía haber hecho López con esta luz blanca y fluvial. Quizás es la misma luz que quedó atrapada cuando hizo las instantáneas del hospital Varsovia. Cómo me hubiera gustado ver la colección de fotografías de la vida de López, esa fotobiografía en marcha: las Misiones, la guerra, el exilio. Me parecía algo misterioso y emocionante y la revelación sobre esas imágenes de los mutilados, las heridas atroces de los derrotados convertían al personaje que estaba detrás del objetivo en un tipo admirable al que me habría encantado conocer.

Pero, de momento, lo que me interesaba era instalarme en el hotel y acudir cuanto antes al Instituto Cervantes para organizar los detalles del ciclo sobre Val del Omar. Después, si tenía tiempo, me detendría en buscar alguna pista sobre Luisa Galán. Antes de llegar a la estación, había terminado de leer la última carta, que estaba fechada el 12 de noviembre de 1957. Era extraño que la correspondencia concluyera en ese punto, ya que la propia Luisa Galán anunciaba un próximo envío tras la interrupción de su relato. ¿Qué habría pasado después de ese día?

Me dirigí al centro de la ciudad, donde se encontraba el hotel. No esperaba nada especial, me conformaba con que estuviera en un sitio céntrico y bien comunicado. Tampoco soy muy exigente con los hoteles, sencillamente porque son lugares que me gustan. Me fascinan esas habitaciones efímeras, que guardan vidas en tránsito y cuyas almohadas son testigo de sueños fugaces y anónimos. Podría recordar casi todas las habitaciones de los hoteles en los que he estado. Creo que el recuerdo de todas ellas forma una especie de

puzzle: las cortinas amarillas de aquel hotel en Berlín; el inmenso espejo del New Otani de Tokio; la pensión de Florencia con ese olor a sopas y cañerías; el azulejo verde del cuarto de baño en Lisboa, con aquella ventanita de madera; el balcón de hierros forjados en Roma; aquel cuadro en la habitación de Ginebra, frente al lago Leman, cuyas corrientes subterráneas creía escuchar por las noches.

Creo que las habitaciones de los hoteles esconden extraños secretos, miles de historias que nunca serán reveladas porque cuando un cliente las abandona es como si ese espacio que ha guardado tantas intimidades olvidara de repente sus recuerdos, listo para albergar nuevas vidas. Las habitaciones de los hoteles me sugieren una especie de río Leteo atravesado por viajeros que son como muertos cuya historia se borrará al abandonar la estancia y la ciudad. Sólo algún detalle olvidado en un cajón, una sospechosa mancha en la alfombra, algún papel que la limpiadora no recogió, rastros de pelos o la mala ventilación de la estancia, podrían rescatar o insinuar esa historia del viajero anterior no suficientemente borrada por las aguas del río del olvido. El caso es que el hotel no estaba mal. La habitación tenía una ventana con vistas a la plaza del Ayuntamiento. La del cuarto de baño daba al habitual patio oscuro que tienen tantos edificios, con sus fachadas lloradas por el óxido de las cañerías y la diversa conjunción de aromas-hedores que se suelen concentrar en la parte de atrás de las postales. Por el ventanuco del patio se colaba una luz muy triste y subía de las cocinas un olor a chucrut y leche de gato.

La habitación era pequeña, pero con suficiente espacio como para no agobiarme durante la semana de estancia que tenía prevista. Además, no pensaba quedarme dentro de la habitación mucho tiempo. Me gusta pasear y practico el arte curioso de divagar por las ciudades.

Camino de la Rue des Chalets, donde se encuentra el Instituto Cervantes, fui repasando mis notas sobre la ciudad: capital del Languedoc, lugar de herejías cátaras, llamada la *ville rose* por sus ladrillos vistos, algunos datos sobre la catedral de Saint-Étienne, fabricas de caramelos y agua de violetas y, lo más importante, Toulouse había sido centro clave de los refugiados republicanos tras la guerra civil. Es una obsesión que tengo: leer la historia de las ciudades antes de visitarlas. Hay gente que piensa que es una

tontería matar la mirada virgen, las sensaciones sin disfraz, sin máscara ni definiciones previas que tienen las ciudades antes de que las paseemos. Pero no puedo evitar leerlas antes de contemplarlas. Si no las leo, me da la impresión de que no llego a conocer el lugar del todo. Por ejemplo, no me hubiera perdonado pasar por el número 1 de la Rue
D'Arcole
y no mirar —aunque ya no quede nada— el lugar donde estuvo la Librairie des Éditions Espagnoles, ese lugar emblemático que fundó Antonio Soriano de inevitable peregrinaje para los que buscaban los libros que no se podían leer en España y que luego se trasladó a París. Si no hubiera leído antes ese dato, habría pasado por esa calle como si nada, sin entrar en la dimensión de los invisibles, esos espacios telúricos que esconden las ciudades y que sólo saben leer unos pocos. Supongo que a la mayoría de la gente le importará bien poco saber que allí hubo un lugar en el que se podían leer libros prohibidos, pero a mí me emociona saber que en la trastienda se ocultaban volúmenes y que partían en cajas con doble fondo las obras malditas, como había ocurrido en otros siglos con los libros heterodoxos que llegaban a la España contrarreformista, cerrada y reaccionaria de siempre, ocultos en cajas de arenques o en odres de vino de Borgoña. Será absurdo, pero a mí me encanta.

Muchas veces he tenido sueños, más bien pesadillas, en los que viajo a ciudades no leídas, es decir, lugares sobre los que antes no he asimilado su historia, las cosas que allí ocurrieron o dónde vivieron importantes personajes. Son ciudades vírgenes, como dibujadas en cartografías en blanco. Luego, conforme se va desarrollando el sueño, con sus vagas claves simbólicas, termino identificándolas con ciudades importantes: me ha ocurrido con Nueva York, México o Pekín. Tengo entonces una sensación desasosegante, como si anduviera por un mapa sin sentido y en el que estoy condenada a desorientarme. En mis sueños de ciudades no leídas termino perdida por lugares que no puedo reconocer. Es como si la verdadera ciudad se me escapara irremediablemente como la arena entre los dedos.

Al llegar al Instituto Cervantes, comenzó a llover. Parecía que el río Garona se hubiera vuelto del revés y cayera del cielo. En la fachada, un enorme cartel rojo anunciaba el ciclo dedicado a Val

del Omar. El agua resbalaba sobre la calva de la figura gigante del cartel. Incluso me pareció que mi querido camarógrafo sonreía desde las alturas.

4

¿Podría ser esa anciana que se asoma al balcón?

Era la dirección indicada: el número 43 de la Rue Lafayette. En un segundo, atravesaron mi mente las cartas con olor a violetas en las que Luisa Galán, aquella actriz de las Misiones, aquel personaje de la fotografía del Club de la Memoria, contaba su historia. Yo imaginaba a una anciana cansada, los ojos casi velados, la piel macilenta y un aura de nostalgia y desencanto en el rostro, pero aquella mujer que se asomaba al balcón de una casa de Toulouse más de setenta años después de haber sonreído en aquella fotografía *antes de la niebla*, parecía una persona feliz y alumbrada por el mejor de los destinos. Cuando se retiró del balcón, respiré hondo y llamé al timbre.

Cómo di con la pista de Luisa Galán es el resultado de un cúmulo curioso de azares, pero tampoco era tan extraño. Lo sorprendente es que aún estuviera viva y que la hubiera encontrado. La primera tarde de mi visita al Instituto Cervantes asistí a la proyección de un interesante documental sobre la labor de la guerrilla antifranquista en la Francia dominada por los nazis. El guionista era el nieto de una exiliada que había sido maestra en Toulouse y que en tiempos de la República participó en el olvidado proyecto de las Misiones Pedagógicas. Se llamaba Luisa Galán. Que yo encontrara a su nieto se puede interpretar como una casualidad, como un azar bienaventurado, pero en realidad era perfectamente lógico. Es lógico que el nieto de una persona con semejante epopeya biográfica termine teniendo curiosidad sobre el asunto histórico que cambió el destino de su abuela y, en definitiva, de él mismo. Lo que sí pertenece a ese incierto mundo de las coincidencias es que Tomás Mirbeau Sánchez estrenara su documental *Les guérrilleros espagnols* justo el día en el que una curiosa impertinente que lleva

en su bolsillo copias de cartas que envió su abuela a un viejo amigo esté allí, precisamente allí, para inquietarse al ver el nombre de Luisa Galán en la dedicatoria de los títulos de crédito y corra a preguntar por el guionista con la emoción de la sospecha.

La directora del Instituto Cervantes de Toulouse me presentó al joven Tomás Mirbeau Sánchez y yo le pregunté directamente por su abuela.

—Mi abuela se llama Luisa Galán y vive aquí en Toulouse desde el año cuarenta —me contestó, sorprendido, antes de que le contara la curiosa historia del Club de la Memoria.

—¿Quiere decir que está viva? —pregunté casi sin voz.

—Claro, ¿le gustaría conocerla? A ella le encanta contar sus batallitas de la guerra.

Y allí estaba yo, llamando al timbre de la casa número 43 de la Rue Lafayette para hablar con Luisa Galán. Estaba contenta de mi buena suerte porque ésa no era la dirección del remite de las cartas. Hacía años que se había mudado, así que el azar de haberme topado con su nieto hizo que yo pudiera estar en la casa de aquella exiliada cuyos secretos conocía tan bien.

Me abrió ella misma y fue como si hubiera abierto una puerta de la memoria, un viento de insomnes que llegara desde el otro lado del tiempo, de arcones y baúles de mimbre —con el *attrezzo* de aquellos misioneros— cerrados muchos años.

—Mi nieto me anunció su visita, adelante, por favor —dijo amablemente.

La Luisa Galán anciana sugería sólo levemente a la joven de la fotografía. Era como si hubiese quedado algo del pasado en la veladura de sus ojos gastados. Había tenido un hermoso pelo blanco, pero casi lo había perdido. Era absurdo, pero recordé otra vez la calva de Val del Omar —que parecía seguirme en todo este viaje como una obsesión— y también pensé que dentro de esa cabeza casi sin pelo de Luisa deambulaban los recuerdos de un tiempo perdido. Estarían las noches en las aldeas de España, los textos de los romances recitados, la mirada de los campesinos, el horror de la guerra, el vientre de las trincheras, el frío en la frontera con Francia, la arena sucia de los campos de internamiento, los muertos del hospital Varsovia. Todo lo que había contado en sus cartas.

—Pero no se quede ahí, joven, pase, pase —me dijo aquella viejecita perdiéndose por el pasillo de la casa.

La casa olía como las cartas: a violetas. En ese momento, sentí pudor por haberlas leído. Naturalmente, no había revelado a su nieto que yo tenía copias de las cartas que su abuela había enviado hacía mucho tiempo a un amigo de su juventud. Pensé que a Luisa no le habría gustado saber que una desconocida había indagado en sus memorias epistolares.

No sabía cómo empezar. Decidí preguntarle por los tiempos de las Misiones Pedagógicas.

—A veces pienso que esa época no existió. Es como si formara parte de un sueño anterior a mi nacimiento. Creo que fue porque en las Misiones yo era una joven feliz, con toda la vida por delante. Ni siquiera podía imaginar que viviría una guerra y, por supuesto, nada de lo que vino después.

Era increíble que la anciana que tenía delante, acariciando sus mantelitos de croché en el respaldo de un coqueto sillón y oliendo a violetas, fuese el resultado final de una época que arrebató el futuro a sus jóvenes, que los condenó a ser títeres de caprichoso destino, héroes o villanos. Aquellas frases amables parecían prestadas, como si en realidad quisiera distanciarse y contara la vida de otra persona de pasado apacible y simple. Resultaba difícil imaginar que aquella viejecita delicada y dulce, con cierto toque de vida vulgar y tediosa en el rostro, era la mujer derrotada que yo había leído en las cartas. Tal vez era el resultado del tiempo más una máscara bien trabajada para poder sobrevivir después de tanto sufrimiento.

—Fue muy hermoso lo que hicimos. Y nosotros, a fin de cuentas jóvenes ingenuos, aprendimos muchas cosas. Fue una lección para una señoritinga remilgada, como era yo en aquella época, dormir en posadas infectas o en jergones llenos de chinches.

Luisa Galán me relató sus experiencias en el teatro de las Misiones y un episodio que desconocía, las pruebas que realizó ante Federico García Lorca para entrar en La Barraca.

—Él anotaba las virtudes y los defectos que tenían sus actrices: la voz, la presencia, el tipo de papel que podía realizar. Recuerdo perfectamente lo que escribió sobre mí: «Voz suave. Sabe leer verso. Hermosa. Algo baja. Papeles de dama». Ésos eran papeles muy secretos, pero su ayudante, Eduardo Ugarte, que creo que estaba

algo enamorado de mí, me lo reveló, muy sorprendido de que yo decidiera al final no entrar en La Barraca.

Allí estaba yo, ante alguien que miró los ojos de Lorca y que además rechazó trabajar con él en La Barraca. Era como si un viejo libro me hablara desde el más allá, la historia hecha carne.

—Yo quería ser una gran actriz y pensé que La Barraca podía ser un buen comienzo, pero no quería dejar a mis compañeros de las Misiones. Así que me quedé en el teatro misionero que dirija Alejandro Casona, que estaba destinado a las pequeñas aldeas y era más pedagógico, menos artístico que el de La Barraca.

—Pero usted estudiaba para maestra, ¿no?

—Sí, es cierto, pero tenía mis sueños. En aquella época todos teníamos sueños. ¿Adónde habrán ido? ¿Le apetece un té?

Vi una sombra de amargura y de sarcasmo cruel en sus palabras. Aquella mujer comenzaba a parecerse más a la Luisa Galán, que yo había creado en mi mente. Aprovechó para levantarse y disimular las lágrimas que asomaban provocadas por el recuerdo. El Leteo parecía haber dejado de cumplir con las tareas del olvido, permitiendo que asomaran rastros del pasado, como si esta conversación fuera esa huella mal borrada de antiguos viajeros que queda en las habitaciones de los hoteles. Luisa Galán había abierto la puerta de la memoria, de la vida pasada y no borrada del todo. Y, a veces, las habitaciones cerradas largo tiempo huelen mal y hay que dejar que salgan los fantasmas aburridos, cansados o aterrorizados.

Mientras preparaba el té, observé la estancia. Había pensado muchas veces en cómo serían las casas de los exiliados: ¿olería a saudade, a añoranza, a carcoma y hambre de polillas del recuerdo? La lectura de los cuadernos de Adolfo Prieto me había advertido sobre el aire inquietante que se guarda en esos lugares donde las maletas están siempre detrás de las puertas y todo tiene un aire de paso. Pero los objetos de la casa de Luisa Galán tenían una clara voluntad de permanencia. Recordé la carta en la que confesaba que su vida había comenzado al establecerse en Toulouse y que España era una herida que apenas le dolía, al contrario que ese país abandonado que para López era un miembro dolorosamente mutilado.

Los muebles estaban llenos de libros y de fotografías. La mayoría

eran imágenes de una niña pequeña, que debía de ser su hija, la madre de Tomás Mirbeau Sánchez, el guionista del documental. La niña aparecía retratada en todas las edades. También había una fotografía de la boda de Luisa Galán con Tomás. Estaba muy guapa, aunque vestía pobremente. La boda debió de celebrarse en los primeros años de la posguerra mundial.

—Me gustan mucho las fotografías —apareció de pronto de la cocina con el té en una bandeja—. Yo tenía un amigo que era fotógrafo, pero le perdí la pista durante la segunda guerra mundial.

¿Se refería a López? Pensé que si le preguntaba por él, no tendría por qué pensar que había leído las cartas. Diría que lo conocía por los cuadernos de Adolfo Prieto, de quien, por cierto, aún no le había hablado. Pero Luisa Galán, la mujer del pasado, había comenzado a hablar. Aquello no era un diálogo. Era alguien que se confesaba, que relataba sus memorias. Desde luego, yo no iba a interrumpirla.

—Le llamábamos el brujo de la fotografía. Él quería atrapar el tiempo, la vida. Un día me confesó que no pararía hasta fotografiar la muerte, aunque fuera la suya. Qué loco era. ¿Quiere que le cuente lo que se le ocurrió un día?

Pensé que relataría cuando él fotografiaba a los heridos del hospital Varsovia. Naturalmente, yo aparentaría que no conocía la historia, aunque cada vez me apetecía más delatarme.

—Descubrí entre sus fotografías unas que había hecho en el cementerio de Toulouse. Tenía algunas que mostraban nichos vacíos —Luisa se dio cuenta de que su relato se estaba volviendo demasiado tenebroso—. Perdóneme, querida. Supongo que no le interesará esta vieja historia.

—Al contrario, cuénteme. A mí me fascinan la fotografía y el cine, como a ese amigo suyo, ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—No lo he dicho. Se llama, bueno, o se llamaba, porque murió. Se llamaba López —dijo para quedarse durante unos segundos perpleja como si algo anduviera lentamente por los laberintos de su memoria sin decidirse a salir del todo.

Luisa Galán continuó narrando las obsesiones de aquel fotógrafo-brujo, pero con la voz más oscura, más lúgubre, como si hablara desde un fondo inesperado de su garganta, un lugar por el que no salía ningún sonido desde hacía mucho tiempo. Me contó

que su amigo López le había confesado que había hecho fotografías de muertos y que lo más terrible fue cuando descubrió en una zona más abandonada del camposanto un nicho abierto con un ataúd destrozado dentro. Asomaba un zapato que había sido de color marfil. No muy lejos, López pudo ver un panteón con la puerta abierta. Descendió a la cripta y descubrió que también había algunos féretros abiertos. Uno de ellos era blanco. Dentro estaba el esqueleto momificado de un niño. De un pie aún colgaba una sandalia.

—López decía que los muertos volvían del más allá cojeando, porque a todos los difuntos a los que había fotografiado les faltaba un zapato. Le gustaba mucho el humor negro, ¿sabe?

Luisa Galán volvió a levantarse. Cogió un álbum de fotos y pasó algunas páginas hasta que se detuvo en una. Sonreía.

—Algunas de las fotografías que tengo las hizo él. Mire, ésta es una de mis preferidas. Qué felices éramos y qué jóvenes. ¿A que no me identifica en esa foto?

Era la fotografía del Club de la Memoria, esa imagen captada por López durante uno de los viajes de las Misiones Pedagógicas, la instantánea que había obsesionado a Adolfo Prieto, ese retrato *antes de la niebla*.

Señalé el lugar donde se encontraba la joven Luisa, tan feliz, tan ingenua, tan inocente. Noté que se le quebraba la sonrisa y la apacible y serena apariencia del rostro de anciana que me había mostrado al comienzo de la visita comenzó a transfigurarse. Parecía que la máscara amable desaparecía de su rostro. Estaba a punto de ver a la verdadera Luisa Galán. La memoria cumplía con su objetivo; arrancar todos los disfraces del disimulo. Luisa volvió a observar detenidamente la fotografía para deambular en el aire de aquel instante que regresaba viscoso y agridulce desde el pasado. No quería interrumpir sus pensamientos, pero deseaba con toda mi alma que me relatara la historia de aquella amistad rota por culpa de la guerra. Sin embargo, levantó la vista y continuó hablando de López.

—Mi amigo López hizo una cosa muy curiosa después de la guerra. Filmó a las tropas derrotadas en retirada y a los desgraciados que abandonaban España en busca del auxilio de Francia. Fue el camarógrafo de los vencidos.

—¿Y usted vio esas imágenes? —pregunté, intrigada.

—Sí, me las proyectó cuando volví a verlo en el hospital Varsovia, aquí en Toulouse, donde trabajé un tiempo como voluntaria.

Luisa Galán narraba con pasión y estremecimiento las grabaciones de López. Yo imaginé el temblor del camarógrafo al filmar el avance desesperado, torpe y pavoroso de las tropas republicanas, de los pobres desgraciados, mutilados, muertos de hambre y frío avanzando entre la nieve, recorriendo los Pirineos, buscando la frontera.

—Recuerdo perfectamente una imagen. Había un grupo de ciegos cogidos de la mano; avanzaban con temor entre la oscuridad. López me dijo que a cada instante preguntaban dónde estaba Francia.

La imagen me recordó uno de esos cuadros de Brueghel que parecen reflejar las tripas de una pesadilla o una danza macabra medieval, una danza de la muerte, con difuntos prematuros que caminan bailando hacia la última oscuridad.

—Hizo algo insólito hacia el final de la cinta. Proyectar aquel éxodo en negativo y pasar la película al revés —añadió Luisa suspirando y con el vello de los brazos erizado.

Era inquietante pensar en esas filas de vencidos como figuras blancas sobre un paisaje negro, caminando hacia atrás, retrocediendo, volviendo a la patria que los escupía, regresando en vez de partir hacia el exilio. Parecía que con ese experimento fílmico, López hubiera abofeteado a la historia y traicionado su propio destino haciendo una deliciosa ucronía. En aquella misteriosa filmación, el cortejo de fantasmas en blanco sobre negro no iba hacia el destierro. Regresaba.

Luisa Galán volvió a observar la fotografía de las Misiones. Parecía mirarlos con detenimiento a todos, intentando indagar cuál había sido el destino de sus amigos tras haber abandonado España al final de la guerra. Iba señalando y desvelando la historia de cada uno, al menos de lo que había podido saber desde ese rincón de su exilio con el paso de los años, las cartas y los relatos orales de tantos compañeros de destierro desperdigados por el mundo. De Ernesto, el que había sido músico, me dijo que la policía francesa de los colaboracionistas de Vichy lo había entregado a la

Gestapo y que sobrevivió a su estancia en el campo de concentración nazi de Mauthausen. Ernesto había mantenido correspondencia con Luisa pocos años antes de morir y fue quien le contó que López había coincidido con él en aquel infierno de hambre, muerte y alambradas, pero que, al parecer, había logrado huir. Según contaba Ernesto, los
SS
habían fusilado a López después de atraparlo en un bosquecillo cercano a Mauthausen. Ernesto había vivido en Alemania y consiguió remontar su vida de músico trabajando como chelista para la Filarmónica de Dresde. Desgraciadamente, decidió acabar con su vida una triste primavera de 1973, arrasado por los negros recuerdos del pasado, incapaz de asimilar tanto horror, como tantos supervivientes de aquel infierno imposible de soportar.

De Violeta sólo sabía, por lo que le contaron algunos conocidos, que había participado en la resistencia antinazi durante la ocupación de París y que había fallecido pocos años después enferma de cáncer. Sobre Agustín, el pintor, contó que gracias a un amigo común supo que había logrado huir a México después de residir algunos años en París. Nada más sabía. Al señalar a José Val del Omar, sonrió y comentó que había conseguido verlo en los años setenta, cuando el director había viajado a Toulouse para participar en un festival de cine.

—Lástima, a José le habría ido mejor si hubiera salido de España. Ahogaron su genio. Si supiera qué cosas tan maravillosas hacía con la cámara.

—Lo sé, dediqué parte de mi tesis a estudiar su obra. Aun así, consiguió hacer películas estupendas. Fue un gran artista, aunque secreto —añadí, dudando sobre si debía plantear el asunto de las bobinas perdidas. No quería interrumpir su relato.

Luisa guardó un largo silencio. Sentí la frialdad de sus ojos, un leve temblor de pena y rabia en los labios cuando su dedo se acercó a la imagen de Adolfo Prieto. ¿Qué habría ocurrido entre ellos para que Luisa Galán lo recordara de esa forma? ¿Me desvelaría por qué había interrumpido su relación epistolar?

—Es Adolfo Prieto, el dramaturgo, ¿no? —decidí intervenir ante la incomodidad de su silencio.

—Sí, una mala persona de esas que cría la guerra. Quisiera

olvidarme de que lo conocí —respondió volviendo a meter la fotografía dentro del álbum.

No supe cómo continuar. ¿Debía decirle que lo conocía muy bien? ¿Que había leído su cuaderno de memorias? ¿Que tenía su correspondencia? ¿Que en realidad había llegado a ella gracias a los recuerdos de quien una vez fue quizás más que un amigo? Decidí explicarle que Adolfo había donado sus papeles a la Filmoteca y que me habían sorprendido algunas cosas como su amarga y desconocida experiencia de exiliado.

—¿Exiliado? ¡Pero si ese desgraciado estuvo toda su vida en la España de Franco! Jamás se atrevió a marcharse, a truncar su brillante carrera. ¡Era un cobarde!

Le mostré la copia de uno de sus cuadernos. Se quedó sorprendida, sin saber qué hacer. Parecía que hasta tenía temor de leer lo que había escrito ese fantasma del pasado. Finalmente, cogió la copia y de la mesa tomó sus gafas. Comenzó a leer olvidando que yo estaba allí. Después de hojear algunas páginas, levantó la vista de las páginas como si hubiera despertado de un sueño pegajoso, oscuro e incómodo.

—Vaya, al final decidió cumplir con el pacto tal y como imaginé. ¿Sabe que durante aquel tiempo de las Misiones juramos escribir nuestras memorias? —comentó reanudando la lectura de aquellas páginas con cierto temblor.

—Sí, lo he leído en esos cuadernos.

Luisa Galán me miró sin poder disimular sus nervios. Era evidente que temía lo que Adolfo hubiera podido escribir en sus memorias. Continuó la lectura intentando disimular su zozobra. Conforme avanzaba, negaba continuamente con la cabeza.

—¿Está segura de que esto lo escribió Adolfo? —me preguntó tras terminar el primer capítulo.

—Por supuesto. No cree lo que dice, ¿verdad?

—Naturalmente, todo es mentira. Nunca se exilió. Sólo fue un maldito traidor.

Traidor. Resultaba lógico. Ésa era la palabra más repetida en los cuadernos, la obsesión que aparecía y desaparecía para interrumpir el relato de la memoria. Como supuse, Adolfo había intentado reinventar su vida, engañándose sobre su destino, afrontando quizás la decisión que debería haber tomado. En cierto modo, esos

cuadernos, esa novela de su vida, eran como las imágenes grabadas por López: una sucesión de escenas al revés. Un engaño, una impostura, una hermosa impostura, porque en pocas ocasiones había leído algo tan hondo, tan íntimo.

—Traicionó a muchos amigos para conseguir quedarse en su puesto, como bibliotecario, pero no quiero hablar más de él. Ya es sólo un mal sueño lejano de mi vida.

Estaba ansiosa por preguntarle en qué había consistido la traición, pero Luisa Galán se levantó y cambió radicalmente de expresión. Me di cuenta de que había decidido cerrar la puerta de la memoria. Volvía a tener el rostro de anciana amable apenas azotada por la vida.

—Sabe, querida, me ha caído usted muy bien. Si le apetece, me gustaría invitarla mañana por la noche a cenar. Preparo muy bien el *cassoulet* y mis tardes son muy largas. ¿Qué le parece?

Me pareció una estupenda idea. Al despedirme de ella, pensé en Adolfo Prieto y en todo lo que aún me quedaba por saber de él. Me sentía mal, porque aquel *traidor* al que se refería Luisa Galán no parecía ser la persona que yo Había conocido a través de sus memorias. Luisa me dio dos besos en la mejilla dejándome un vago olor de violetas. Me hubiera gustado decirle a Adolfo Prieto que, efectivamente, Luisa Galán tenía los ojos verdes.

5

No puedo dormir. Abro la ventana de mi habitación y observo un Toulouse oscuro e inquietante. Nada que ver con la ciudad por la que hace apenas unas horas he paseado: *brasseries*, terrazas, sol. No hay nadie en la calle. Parece imposible tanto silencio. Puede que sea en estos momentos oscuros cuando las ciudades aprovechan para revelar sus viejas historias a quien sepa leer en sus libros invisibles. Ahora mismo, por ejemplo, puede volver a estar sucediendo todo: la guerra, el temor a la policía de Vichy, el suelo que tiembla cuando se acercan los tanques, los muertos sobre estos mismos adoquines, en estos días despreocupadamente inocentes y emocionados por las torpes pisadas de los turistas.

No, no puedo dormir. La visita a Luisa Galán me ha inquietado, como si me hubiera mostrado dónde está la puerta del pasado para después cerrarla. Decido encender la televisión. Bingo: en el canal internacional dan un documental de producción española sobre el desenterramiento de una fosa anónima de la guerra civil.

Veo las escenas: familiares llorando al ver cómo vuelve a darle el sol a la calavera de su padre, de su tío, de su hermano, de su abuelo. Alguien muestra una calavera con un agujero en la frente, un Yorick con la mueca congelada y macabra. Uno de los arqueólogos que se ocupa de sacar la osamenta intacta de tanto ruido del pasado coge una alpargata del difunto y una gorra y una foto que ha quedado guardada entre las costillas. Es de una mujer con un niño en brazos.

Siempre el dolor de las fotografías.

Después, un antropólogo que se ocupa de asignar la identidad de los cadáveres aparecidos empieza a desvelar las particularidades físicas ante los familiares: «Éste cojeaba de la pierna derecha; a este otro le faltaba un dedo de la mano izquierda, ese hombre estaba mellado». Y surgen las lágrimas y los recuerdos al identificar al

abuelo cojo, al padre que perdió un dedo con una hoz en el año 29, al hermano que se quedó sin parte de la dentadura por culpa de unas fiebres de la infancia. Imagino esos fantasmas —cojos, mancos y desdentados— volviendo del otro lado para pedir cuentas a un país que los ha olvidado. No puedo evitar emocionarme al ver los objetos que llevaban aquellos desgraciados en su último día, cosas que los han acompañado en la larguísima noche de la desmemoria, que saben el secreto de su putrefacción, que conocen por qué las flores crecen más fuertes y amarillas en ese lado de la carretera.

Clic y apago la televisión.

Sigo sin tener sueño. De pronto, veo sobre la mesilla de noche la copia de los cuadernos de Adolfo cuya lectura interrumpí para devorar las cartas de Luisa Galán. Aún me quedan por leer varias páginas. Quizás Adolfo se confiese al final, incapaz de asumir tanta mentira. Así que abro de nuevo el cuaderno y las hermosas fabulaciones de Adolfo Prieto vuelven a colarse en mi vida.

6

La guerra, ¿qué es la guerra? Yo he visto crecer flores en una trinchera donde no había dado tiempo de retirar los cadáveres. Ellos nutrían las flores rebeldes que han nacido en esas cicatrices de la tierra. Ellos, quiénes serían, que no pudieron terminar una carta, ver al hijo, besar a la madre, concluir un sueño, porque murieron en un alba azul e imprevista.

¿La guerra? Yo he colgado una camisa en una rama que salía de una de esas trincheras, hasta que la lluvia arrastró el fango y me di cuenta de que era la pierna de un soldado muerto con la bota puesta. Qué abstracto puede llegar a ser un cadáver, un insospechado garabato de podredumbre.

Sí, la guerra es caminar por encima de esos cadáveres que no pudieron escribir su última carta, como ese día que, después de una victoria, llegamos a una zona abandonada por el enemigo en retirada. Aún había moribundos que rematamos movidos unos por el rencor y otros por la piedad. En una caseta que había servido como base de comunicaciones vimos unos sacos llenos de cartas. Abrimos algunas por si había algún mapa o dato revelador de las operaciones, pero lo único que encontramos eran sobres que llevaban las últimas frases de los que acabábamos de matar. Comencé a abrir con curiosidad aquel epistolario truncado, ese diálogo de los muertos:

«Querida madre: Le envío estas palabras para que sepa que estoy bien. Recibí las suyas y me puse muy feliz. ¿Cómo está? Espero que me den pronto un permiso para…». «Querida esposa: Tú ya sabes que eres lo que más deseo en el mundo. Si supieras cómo pienso en ti por las noches. Espero…». «… Y estaré pronto en casa…». «… Dales recuerdos a los primos y a la sobrina…». «Querida Carmen: Ya verás cómo nos veremos muy pronto y cumpliré la promesa que te hice…».

No pude soportarlo. En mi mente escuchaba las voces metálicas de esos soldados muertos que leían las cartas que nunca llegarían a su destino. Ahora mismo, mientras escribo estas líneas tantos años más tarde, sigo oyendo esas voces, que retumban en mi memoria sin dejarme dormir en las noches en las que el alba se insinúa azul, como aquélla en la que matamos a los soldados que seguían habitando en esas cartas que nunca llegaron a su destino.

7

Me desperté inquieta, aún agitada por una pesadilla. No recordaba dónde estaba. El perfil de los objetos de la habitación del hotel se fue haciendo más preciso: «Estoy en Toulouse… Preparo el ciclo sobre Val del Omar para el Instituto Cervantes… En la víspera he conocido a Luisa Galán, la actriz de las Misiones, la enamorada de Adolfo Prieto, el traidor…». Conforme voy volviendo a la realidad, olvido la pesadilla, que se va borrando, dejándome sólo cierta sensación de angustia en la que vagamente recuerdo la foto del club *antes de la niebla*, un Adolfo Prieto que charla conmigo en una de estas *brasseries* de Toulouse y una Luisa Galán que aparece completamente desnuda sobre un escenario viejo, lleno de telarañas, en el que está a punto de picarle un escorpión, pero ella no se mueve, sólo espera impaciente la próxima escena. Siento como ella la lógica del escorpión cuyo veneno, que es agridulce como la desmemoria y el olvido, sube por mis piernas, los brazos, la cabeza…

Poco antes de levantarme de la cama llega otra imagen vaga del sueño: recuerdo haber sacado de una caja de habanos unas fotografías —con el olor amaderado de tabaco— en las que aparezco a lo largo de toda mi vida, como en una fotobiografía que hubiera hecho López y donde aparecen escenas al ritmo de una película antigua de Segundo de Chomón con fogonazos de magia: un bebé agitando un bote de polvo de talco junto a una muñeca del viejo programa infantil *Un globo, dos globos, tres globos*; con tres años dando de comer a las palomas del parque de María Luisa; con el uniforme del colegio; posando con mis compañeros del instituto con una horrible camiseta de hombreras; en unas vacaciones en la playa con mis padres, pelo corto y rebelde de adolescente; con un novio imbécil y baboso que tuve a los dieciocho años; rodando un

corto en la facultad; de viaje de fin de curso en Italia y así en una sucesión de imágenes que van desde los pálidos colores de los años setenta a los chillones rojos de los noventa.

Como esos estridentes colores que habitan en el álbum de días tan llenos de muertos que no quiero recordar…

También aparezco de anciana, una anciana que aún no soy, pero que espero llegar a ser, y escenas de una vida que no es la mía, o que, al menos, todavía no lo es. Deduzco, dentro de esa lógica imposible de los sueños, que son fotografías con memoria, cargadas de vida. Por eso, las fotografías me hablan, me habla ese yo del pasado con el que me reencuentro en este sueño extraño que no sé si es una pesadilla. Son fotografías que al intentar recordarlas se vuelven negras como si se hubieran quedado demasiado tiempo expuestas en el líquido del revelado. Igual que sucede cuando al despertar intentamos recordar lo que hemos soñado. Cuanto más lo pensamos más pronto se desvanece. La memoria repele el exceso de líquido fijador. Creo que es algo que leí en los cuadernos de Adolfo. Pero ahora no lo recuerdo.

Alguien en el sueño me dice que la culpa de todo la tiene López y veo su rostro, que, naturalmente, se parece a la imagen del cuadro del Greco pintada por Agustín y que vi en la casa de Adolfo. Pero el misterioso López tiene ahora el pelo muy blanco, los ojos pequeños, está muy delgado y es estrecho de pecho, algo encorvado y con las manos llenas de manchas. Y pienso si López habría sido así si hubiera llegado a viejo, si una bala de rencor nazi no le hubiera arrebatado la vida, convirtiendo su final en un estremecedor fundido en negro.

Al incorporarme se cayó de la cama la copia de los cuadernos: esa novela de una vida que pudo ser, aunque parecía indudable que este ejercicio de la memoria-ficción era también un ensayo para curar del horror. ¿Quién me podía discutir que Adolfo no había padecido la guerra, que el episodio que había leído por la noche sobre las cartas de los muertos no era cierto? Sí, era verdad que Adolfo Prieto no había sufrido el exilio, pero sí la guerra y el desprecio de sus amigos. ¿Por qué? ¿Cómo fue esa traición? ¿Tanto dolor había causado además de la desconfianza en quienes lo creían íntegro y digno, éticamente irreprochable? Esa noche en la cena preguntaría más cosas a Luisa Galán. No podía marcharme de

Toulouse sin conocer ese episodio que era como una elipsis de olvido consciente en el pacto por la memoria.

Salí del hotel camino del Instituto Cervantes. Tenía que ultimar unos detalles de las fichas del ciclo sobre Val del Omar. Antes de llegar a la Rue des Chalets ya se veía la calva brillante del cineasta desde el cartel que colgaba en lo alto de la fachada. Parecía sonreírme de nuevo y me entraron ganas de decirle que había conocido a una buena amiga suya. Pero creo que él ya lo sabía. Era el santo patrón que guiaba mi extraño viaje. Y allí estaba, quizás esperando que tuviera suerte y recuperara sus cintas perdidas y, sobre todo, los memoriales de sus amigos.

Recapitulemos:

1. Siguiendo el itinerario posible de las bobinas perdidas de Val del Omar, creo que los rollos tuvieron que ser trasladados de Madrid a Valencia en el primer trimestre de 1937 con el archivo fotográfico y fílmico de las Misiones Pedagógicas. El gobierno de la República se había instalado en Valencia el 6 de noviembre de 1936.

2. El 14 de enero, Val del Omar sale en un convoy con obras del Prado con la Junta de Incautación del Tesoro Artístico. Se ignora si en este cargamento estaba incluido también el material misionero. Lo que sí se sabe es que el archivo se encontraba en Valencia en el mes de abril.

3. Este archivo fue entregado a las autoridades franquistas al concluir la guerra.

Claro que en toda esta rocambolesca historia habría que añadir que existen algunos objetos inventariados que pertenecieron al Patronato de Misiones Pedagógicas que se encuentran dispersos y que no entraron dentro del lote entregado a los vencedores de la guerra, que se ocuparon bien pronto de destruirlo o de utilizarlo para fines distintos.

La posibilidad más terrible es que parte del archivo se hubiera quedado en Madrid y fuera destruido durante los bombardeos o bien que alguien perteneciente a las Misiones se encargara de custodiarlo y que incluso saliera de España camino del exilio.

Éste era hasta el momento el itinerario lógico de esas cintas desaparecidas que, según el delirante relato memorialístico de Adolfo Prieto, se encontraban en la Casa de México en París después

de que Violeta las legara al morir. Pero ¿qué podía esperar de una pista tan frágil, revelada en unas memorias falsas y confesada a través de cartas y rumores entre amigos separados por los años y las guerras?

De todas formas, rezaría al santo patrón Val del Omar para que las bobinas perdidas de las Misiones aún se encontraran en París esperándome. Tenía previsto llegar en un mes, después de pasar por Berlín y Bruselas para preparar allí la exposición del centenario. Ahora recordaba algunas de las imágenes que había visto proyectadas en las cintas halladas en el legado de Adolfo Prieto. Qué extraño era pensar en esas escenas por los pueblos de una España perdida mientras caminaba por las calles soleadas y azules de Toulouse. Yo pensaba en la gente hambrienta, riendo con sus bocas desdentadas mientras veían películas de Charlot en las noches oscuras y a mi lado pasaba una de esas excursiones de viejos turistas gordos y rosados que vienen de los países nórdicos, con sus caras bobaliconas, gozosos de que les lloren los ojos por el exceso de luz del sur.

En el Cervantes ya estaba todo preparado. Al día siguiente se iniciaban las proyecciones y unos operarios se ocupaban de colocar los carteles expositivos. Mostraban las fotografías realizadas por Val del Omar en las Misiones. Yo venía cargada con la historia de esas imágenes por las calles de Toulouse y tenía la sensación de haber recorrido aquellos pueblos en algún momento lejano de mi vida. Era como si esas vivencias se hubiesen incorporado a mi biografía. Sentí incluso el olor de los lugares que mostraban aquellas fotografías tal y como lo describía Luisa en sus cartas: los vientos de estiércol, las alpargatas sucias, la leche agria, la piel de garbanzos y el aliento de los perros en las noches de verano.

Val del Omar volvía a sonreírme desde una fotografía que colgaba de la pared.

8

Desconozco a qué sabe el *cassoulet*. Parece que es la comida típica de Toulouse. Es un plato estofado de judías blancas con ganso o con pato y Luisa Galán sabía prepararlo de maravilla. Hablaba y hablaba en su pequeña y acogedora cocina sobre recetas de gallina a la tolosana, empanadas y truchas, otra especialidad sobre la que me detalló mil trucos.

—Algunas veces, desde esta cocinita francesa, salen viejos olores castellanos. ¿Sabes el secreto? Guardo las recetas que me dieron viejas campesinas de nuestra época de las Misiones. Qué cara ponían cuando me veían anotar lo que ellas habían hecho toda la vida y que nadie había valorado.

Lo sabía. Lo había leído en sus cartas, como también que había pasado hambre, que había comido mondas de patatas y pan rancio. Pero ésa era otra Luisa Galán. La de ahora se dirigió a una pequeña alacena adornada con otro mantelito de croché de los que existían varias decenas insufribles por toda la casa. Estaba llena de tarros de cristal para mermeladas tapados coquetamente con paños a cuadros. De un cajoncito sacó algunos papeles perfectamente ordenados. Estaban amarillentos como si una harina vieja y sucia los hubiera ido impregnando año tras año. Las recetas estaban escritas a lápiz. Apenas se podían leer. Pensé que Luisa deducía las palabras que faltaban acudiendo a su memoria.

—Fíjate, aquí tengo la receta del *malcocinao*, que se hace con la casquería del chivo; los guisos de perol y alcachofados; las pitanzas; las torrijas; las lentejas pastoriles; las migas canas. Qué hermosas palabras. A veces releo este recetario sólo para saborear las palabras. Azumbre de vino, alcuza de aceite, cántaros, pucheros, peroles, lebrillos…

Saborear las palabras, claro, la lengua perdida. Luisa prefería

cocinar los verbos que ya no conjugaba, guisar los adjetivos, aderezar artículos y adverbios y sazonar al gusto. Tal vez era su curiosa forma de recordar España, que ya sólo era un cortejo triste de palabras perdidas.

—Léame alguna receta, por favor. Son nombres muy bonitos. Parecen versos —sugerí mientras comenzaba a salivar ante el aroma que salía de la olla del *cassoulet*.

—Escucha la de las rosquillas de sartén. Yo las llamaba flores de aceite e incluso apunté los comentarios que me hacían las campesinas —Luisa se preparó como si lo hiciera para un recital de romances viejos—. «Las rosquillas de sartén se fríen con el aceite no muy caliente para que suban y no salgan *arrebataos*». Pero ¿tú te imaginas lo que es una rosquilla *arrebatá*? —bromeó sin parar de reír.

Luisa leía con cariño aquellos sofritos de ajo, los secretos de la sopa morena, el ajo carretero, el refrito extremeño o el gazpacho, y era como si compusiese una imaginaria geografía perdida de sabores y de aromas.

—Luego llegó el hambre —dijo dejando de leer y colocando las recetas en el cajón de la memoria—. ¿Sabes? Cuando estuve en el campo de Saint-Cyprien, pasé tanta hambre que hasta se me retiró la regla. Si te contara qué utilizábamos de compresas: ¡papeles viejos! Los jóvenes no podéis ni imaginar lo que ocurrió en aquel tiempo. Comí de todo. Creo que una vez me metí en la boca un trozo de cartón. Y lo peor es que hasta me supo bien.

Luisa Galán era capaz de relatar la escena más horrible y al instante reírse de la situación. Quizás el humor negro era la única medicina para curarse de tanto horror.

—Ya cuando llegué aquí comencé a trabajar de friegaplatos en el hotel Mont Blanc, que estaba enfrente del hotel Oso Blanco, la sede de la Gestapo —añadió con un significativo cambio de voz, como si se le hubiera quebrado algo por dentro—. El *cassoulet* ya está listo. Pongamos la mesa.

Me desconcertaba ese cambio de humor, pasar del relato sobre la casa de los horrores de la Gestapo en Toulouse a advertir que la cena ya estaba lista. Luisa Galán sacaba el agua negra de su pozo de los recuerdos sin mancharse o, al menos, eso era lo que intentaba aparentar.

Con el delicioso guiso nos trasladamos al comedor. Luisa había puesto un disco de vinilo con piezas de *chanson française* para la velada. Me di cuenta de que había sacado del álbum la fotografia del club y la había colocado en la parte central del mueble principal como si fuera el objeto más preciado de aquella casa, el altar doméstico o un demiurgo que cuidaba y observaba el lugar. Incluso había enmarcado la instantánea. Tal vez mi presencia había conseguido reavivar el pasado, traer hasta el presente las historias que habían quedado reposando en el fondo de un tranquilo estanque.

No dije nada. Esperaba que fuera Luisa quien decidiera rescatar los fantasmas del Club de la Memoria. Mientras ella servía el *cassoulet*, aproveché para contarle el asunto de las películas perdidas de las Misiones. Luisa Galán me dijo que no sabía nada, pero que era muy emocionante que estuviera buscando aquellas cintas. Al hilo de la descripción que yo hacía de las cintas que sí habían sido recuperadas, ella iba recordando los momentos de aquellas filmaciones. Entre cucharada y cucharada pasaron los fotogramas narrados de los jóvenes misioneros que llevaban la risa y la música, las charlas olvidadas, las tertulias sobre Cervantes que improvisaban en las tascas de las aldeas, un impresionante río de recuerdos que afloraba en la memoria de Luisa Galán, sorprendida por la fuerza de recuerdos que creía desaparecidos. Me ofreció unos caramelos de violetas de Toulouse en los que identifiqué el olor de sus cartas.

De pronto, se levantó y se dirigió a una de las habitaciones. Regresó emocionada con una caja que parecía ser de zapatos. Pensé que serían fotografías.

—Guardé algunas cosillas de aquella época. Mira, un trozo del telón de las Misiones y este disco. ¿Quieres que lo ponga?

Luisa parecía una niña grande que hubiera encontrado en un desván olvidado sus viejos juguetes. Las manos le temblaban al poner el disco de pizarra. Cuando comenzó a sonar aquella música —creo que era la obertura del *Tannhäuser*, de Wagner—, la sala se transformó en una página del pasado. Qué extraño era aquel sonido rasgado del vinilo que daba vueltas lentamente, como si también fuera un anciano que arrastraba su cansancio.

—Cierro los ojos y vuelvo a estar bajo aquel cielo. Huele a

pueblo y ahora mismo está sonando la campana de la iglesia en una tarde de lluvia —dijo Luisa Galán cerrando los ojos y perdiéndose por los paisajes que traía su memoria.

Yo estaba también emocionada al escuchar un disco de aquel tiempo y trataba de imaginar qué sentirían aquellos aldeanos que jamás habían oído música. Luisa abrió los ojos y sonrió. Sacó otro objeto de la caja. Se quedó mirándolo sin poder evitar las lágrimas. Parecía poder leer en el alma de aquel objeto.

—Es un trozo de la alambrada de Saint-Cyprien. Qué macabro, guardar eso, ¿verdad? —añadió otra vez pasando de la amargura a la risa congelada—. Guardaré estos asuntos del pasado. Me duele el recuerdo. Una vez estuve a punto de tirarme desde el Pont Neuf al río Garona por culpa de estas cosas.

Y regresó a la habitación. Tardó en volver al comedor. Mientras, yo sentía los ojos de los amigos de la fotografía. Estaba decidida a preguntarle por la traición de Adolfo. Luisa me sorprendió observando la fotografía. No me di cuenta de que había regresado de la habitación y que estaba a mi espalda.

—Nos la hicimos cuando aún no había llegado la niebla hasta nosotros —dijo con un temblor de nostalgia en la voz.

—¿La niebla? ¿A qué se refiere con eso de la niebla? —le pregunté aún sobresaltada por su aparición.

—La niebla es la guerra, la muerte, el hambre, la traición, el olvido. Todo lo que ocurrió para que dejáramos de ser eso, un grupo de amigos, el viento que nos arrastró, que nos deshizo —añadió.

—«Antes de la niebla» es lo mismo que puso su amigo en el dorso de su copia de esa fotografía. Su amigo… Adolfo Prieto —dije titubeante.

Luisa sonrió con sarcasmo y se sentó en su amable sillón con pañolones de croché. Me hizo un gesto para que la acompañara y me sentara a su lado.

—Lo sé. Él me escribió en varias cartas eso de la niebla. Quieres saber cómo nos traicionó Adolfo, ¿verdad? —me preguntó cogiéndome cariñosamente las manos—. No entiendo cómo te puede interesar esta historia de viejos olvidados.

Luisa Galán comenzó a contar la verdadera vida de Adolfo Prieto y era como si estuviese mostrando la otra biografía del farsante, la

historia que había quedado congelada en el espejo que Adolfo tenía en su casa de la calle de Toledo. Porque él no había sido el hombre que huyó de ese reflejo para convertirse en un exiliado tal y como contaba en sus memorias. Él se había quedado dentro de ese espejo de la calle de Toledo. Su casa de desterrado era su casa de Madrid. Así de simple.

Adolfo había luchado durante la guerra en el bando republicano y era cierto que colaboró en el traslado de las obras de arte del museo del Prado y de las bibliotecas. Sin embargo, al terminar la guerra algo cambió. Cerca de la frontera con Francia, con las tropas franquistas pisándole los talones, Adolfo Prieto decidió no salir de España y regresó a Madrid. Lo detuvieron y durante algún tiempo permaneció en la cárcel. Estuvo a punto de ser fusilado.

—Pero se salvó. Yo me enteré porque un amigo me contó su odisea. Me alegré muchísimo, así que reanudé mi relación con él a través de cartas que enviaba por medio de correos clandestinos —explicó la anciana.

Ya conocía por las cartas cómo habían conseguido entablar la relación epistolar por medio de estas redes, pero me sorprendió saber que dentro de la España franquista había una compleja red de entrada de libros prohibidos y de personas-correo que entregaban cartas que así evitaban la censura franquista. Y fue, desde luego, una suerte que un librero de la calle de Toledo, que Adolfo y Luisa conocían de antes de la guerra, perteneciera a esa red clandestina. También me explicó que durante la segunda guerra mundial las redes incluyeron misiones mucho más peligrosas, como la de los pasadores en las que incluso había participado su marido Tomás. Los pasadores llevaban de la Francia ocupada a España a los aliados que huían de los nazis para escapar a Portugal o Gibraltar y allí embarcarse hasta Inglaterra.

—Adolfo y yo mantuvimos una hermosa correspondencia. Yo le contaba todo lo que me había pasado en los años amargos y me servía para curarme de tanto dolor. En cierto modo, era como si cumpliese con nuestro pacto de escribir las memorias.

Me sentía algo incómoda. Yo ya conocía esas confesiones epistolares. Estuve a punto de revelarle el secreto, pero me contuve. Probablemente habría interrumpido su conversación y me habría echado de su casa por fisgona.

—Después, en el otoño de 1957 me enteré de la verdad, ¡la razón por la que había salvado la vida! —señaló con rabia.

Era el momento de la revelación. Pensé que en ese mismo momento, Adolfo Prieto estaría en su tumba inquieto, enloquecido, arañando el féretro de su memoria traicionada, asistiendo al derrumbe de su meticuloso edificio de mentiras.

Todo ocurrió así: poco antes de la guerra, Adolfo había entrado a trabajar en la Biblioteca Nacional. Se ocupaba de la elaboración de fichas de catalogación dentro de un proyecto ambicioso impulsado por el Centro de Estudios Históricos que se había iniciado en los tiempos de las Misiones Pedagógicas: la recogida de datos sobre las músicas populares de los pueblos de España. Adolfo pertenecía a un equipo multidisciplinar en el que también estaba Ernesto, el músico misionero, que se había implicado en el trabajo como si fuera lo más importante de su vida.

—Eran tan amigos que hubiera sido imposible imaginar semejante traición —siguió Luisa repasando la negra página de sus recuerdos—. Adolfo, ya instalado en la España de Franco, hizo todo lo posible para echar tierra sobre el trabajo de Ernesto y lo peor es que se apropió de las notas de su amigo. Parece que publicó un libro sin mencionar en ningún momento a Ernesto. También hizo pasar por suyo un guión sobre el museo del Prado que habían hecho a cuatro manos. Así ganan los traidores.

Adolfo el fingidor, el impostor, el mentiroso, era mucho más que eso. Era un traidor que no había dudado en robar el trabajo de un amigo. En realidad, era lo que habían hecho muchos vencedores después de la guerra. Yo conocía casos de plagiadores en las universidades de la España franquista. Copiaron los libros de los que ya no existían porque habían muerto o porque estaban muy lejos, con un pie en la fosa abismal del olvido.

Pero Adolfo no había sido un vencedor. Era un perdedor que cambió su triste —y digno— disfraz de derrotado por un impostado traje de victorioso, de triunfador, de célebre.

—¿Comprendes ahora por qué odio a ese traidor? Traicionó a su amigo, a Ernesto, que años más tarde decidió suicidarse, borrarse en la lejanía del exilio. Y ahora, ¿te apetece una taza de café? De todas formas, esta noche no voy a poder dormir.

Luisa Galán se levantó y se dirigió a la fotografía antes de la

niebla. La sacó del marco y la guardó dentro de un libro. Había cerrado de nuevo la puerta de la memoria.

9

Sí, tenía ante mí un interesante tesoro filmográfico, pero yo aún guardaba el sabor amargo del café que tomé con Luisa, ese café de memorias y olvidos que seguramente no la habría dejado dormir en toda la noche. Me seguían pasando las imágenes del relato de la traición de Adolfo como en un documental: en *flashback*, en cámara lenta y con trágica música de fondo (adivino que era el *Tannhäuser* del disco de las Misiones), con un *zoom* del rostro del Adolfo impostor, cámara hacia delante y hacia atrás, como en las grabaciones que López había hecho del paso de la frontera de los republicanos derrotados tras la guerra. Y un desasosegante *The End*, que se quedaba congelado en una imagen. No, desde luego esta historia no había terminado. Al contrario, sabía que no había hecho más que comenzar y era tan fascinante que no iba a dejarla por la mitad: la historia de unos amigos traicionados entre ellos y por la historia. De fondo, en los títulos de crédito del documental que se proyectaba en mi mente surgía, entre unos efectos de niebla, la fotografía del Club de la Memoria. Fue entonces cuando decidí que aquella historia con la que me había topado casi por casualidad merecía ser contada. Tenía que escribir un guión para un documental sobre la historia del Club de la Memoria, quizás una docuficción o una documentira en el que para el descrédito de la realidad se invita a pasar a la ficción, a la literaturización de la historia. Contaría esta historia real como si en realidad fuera una ficción. La verdad atrapada por las trampas de la memoria. La estrategia del impostor Adolfo estaba haciendo su efecto.

De pronto, volví a poner los pies en el suelo. Estaba en el número 31 de la Rue des Chalets ante la directora del Instituto Cervantes, que me explicaba los detalles de un reciente descubrimiento en la buhardilla de una casa en un pueblo cercano a

Toulouse. Mi sueño sobre la realización de un documental se fue esfumando a medida que me narraba la suculenta historia de la aparición de unos fotogramas de cintas anarquistas que el Sindicato Único de Espectáculos Públicos había filmado durante la revolución libertaria en Barcelona. Sin duda, muy interesante, pero mis personajes del club aún tiraban de la manga de mi chaleco para que siguiera atendiendo a su historia por desvelar. Sentía los profundos ojos verdes de Luisa Galán observándome en medio de la niebla.

—Parece que eran las películas que los anarquistas distribuyeron en Francia, pero que cayeron en manos de los servicios alemanes.

Oía la voz de la directora del Instituto Cervantes, pero al mismo tiempo se me colaba el relato falso de Adolfo y la ira de Luisa Galán. Mientras, López hacía fotografías de mi desconcierto y cada vez se iba haciendo más claro el rostro de Ernesto, el músico traicionado, ese personaje que sufrió en un campo de exterminio y que finalmente se suicidó. Después de la próxima escala del proyecto Val del Omar en el Instituto Cervantes de Bruselas tenía que viajar a Berlín. Por supuesto, tenía claro que seguiría la pista de Ernesto. Luisa Galán, que se había carteado con él, me había dado las señas de la familia del músico, ya que hacía años había recibido una carta en la que le anunciaron el trágico desenlace de su amigo. Ernesto había residido sus últimos años en Dresde y allí había decidido acabar con su vida, en el frío olvido de las aguas del río Elba.

—Fíjese, hay fotogramas del saqueo de las momias de las Salesas. Seguramente los anarquistas pensaban utilizar las películas como documento de su proyecto de revolución, pero los nazis lo mostraron como propaganda contrarrevolucionaria.

Sí, aquel hallazgo era muy interesante, sobre todo porque demostraba la importancia del material documental durante la guerra como arma de propaganda, mi tema de investigación preferido. Antes de la aparición del Club de la Memoria yo hubiera atendido fascinada al descubrimiento, pero López, Luisa, Ernesto, Adolfo, Agustín, Violeta y, por supuesto, Val del Omar seguían tirando de la manga de mi chaleco.

—Y mire esto. Ya he informado a su jefe de lo más revelador de este tesoro: los descartes de *Las Hurdes*, de Buñuel. ¿A que no lo esperaba? En la Cinemateca ya teníamos los copiones, pero ahora se

añade este nuevo material.

Buñuel… De pronto, recordé mi visita al Toledo de la orden de caballería andante de tintorro y juegos putrefactos creada por Buñuel. Y pensaba en la casa de Adolfo en ese Toledo soñado por los surrealistas. Era inevitable, todo lo que me había ocurrido en los últimos meses estaba tocado por aquella extraña historia. Estaba atrapada en las redes de la memoria.

—¿Se sabe quién guardó este material durante años en una buhardilla? —se me ocurrió preguntar para simular interés.

—Cualquiera sabe, parece que en esa casa ha vivido mucha gente. Los dueños actuales lo descubrieron por azar, debajo de unas tablas de madera en el suelo de la buhardilla.

Extraña época ésta en la que el pasado escapaba de sus escondites. Películas, fotografías, cuadernos manuscritos, libros, cartas… Todo parecía salir de los armarios de la memoria. ¿Por azar? ¿Quizás porque ya era hora de conocer el pasado? Yo había entrado en un desván de recuerdos, estaba envuelta de polvo y niebla, pero empezaba a entrar algo de luz después de tantos años de oscuridad. Sí, tenía que seguir el itinerario del Club de la Memoria. Y después, después, tendría que contarlo. Era lo lógico. Era lo justo.

10

Ya había estado antes en Berlín, pero ahora me parecía una ciudad diferente, en realidad, absolutamente desconocida. Creo que Berlín es un lugar que ha sido reinventado en multitud de ocasiones. Sería casi imposible descubrir que algo se ha repetido de forma exacta en distintos siglos: se construye, las guerras y el tiempo lo derrumban y se vuelve a construir. Berlín: construcción-deconstrucción. Sí, de acuerdo, hay un Berlín del siglo XVIII, con sus estatuas de reyes a caballo en ese bronce verde prusia, color desmayado por la lluvia, un Berlín de grandes avenidas dieciochescas, de polvo de arroz de pelucas de pensadores ilustrados, de gabinetes de curiosidades de arqueólogos, de Goethe y Humboldt paseando animadamente por Unter den Linden. De la misma forma, puedo reconocer un Berlín del XIX, un Berlín de poderío prusiano, de cascos de acero bismarckiano, un Berlín orgulloso dando saltos en los libros de historia en mis años de bachillerato. Y por fin el Berlín de las guerras del siglo XX. Berlín parece una ciudad siempre en guerra. Lástima, porque es extrañamente hermosa.

Nada más llegar a la ciudad, tras mi breve estancia en Bruselas, paseo por la cicatriz más doliente de Berlín: el camino que señala el lugar donde estuvo el muro. Unos niños juegan a la rayuela y saltan sobre la cicatriz, que se encuentra exactamente en el cuadrado número cinco del juego infantil.

Cinco y salto.

La última vez que visité Berlín ya había caído el muro, pero aún quedaban algunas zonas en pie, con *graffitis* y trozos de ladrillo que se vendían como *souvenir*. La historia puede ser un recuerdo portátil, la historia en el 60×80 de la maleta, lista para llevar. Recordaba los mercadillos bajo la puerta de Brandenburgo en los

que se vendían cosas absurdas, como los uniformes del antiguo ejército de la
RDA
, colgados en perchas que se movían al capricho del viento en una danza de carnaval trasnochada y ridícula; o los carteles de Marx, Lenin o Stalin junto a objetos de escritorio de mobiliario de despachos de la guerra fría —marrones sucios y verdes apagados y tristes— y algún documento con el membrete macabro de la Stasi. *Souvenirs* de una ciudad agotada, mil veces devastada. Había leído que en la misma puerta de Brandenburgo que ahora atravesaba habían estado antes del mercadillo con los despojos del muro otros tenderetes en los que la ciudad ya había vomitado sus ruinas: ropa agujereada de balas —¿quién compraría una chaqueta con la muerte escrita en un dibujo macabro?—, gafas rotas para ojos que ya no existen, tabaco de hebra con salivajos de hambre. Toda la miseria de la guerra. También a la venta.

Acababa de llegar a la ciudad y ya me había devorado con sus historias. Recordaba *Alemania, año cero*, de Rossellini, con ese escenario de muerte, de escombros, de niños suicidas que no habían conocido más que la guerra, de horror mal enterrado, e imaginaba el Berlín que amaneció después del último bombardeo, antes de la capitulación, sin que la halitosis de Hitler hubiera desaparecido de las calles. Un Berlín de sombras mutiladas, incompletas por culpa de los edificios que faltaban. Imaginaba el primer amanecer con una ciudad que estrenaba nuevas sombras y añoraba las que faltaban, las de los campanarios que ya no existían.

Y el silencio de las ruinas…

En el libro se narraban episodios de las postrimerías del Tercer *Reich*: los suicidios de los
SS
en las trastiendas de las cervecerías, las orgías en la Cancillería mientras aún se oían las canciones de moda de aquel tiempo atroz en el que fueron felices, las jóvenes que se ofrecían entre los matorrales oscuros del Tiergarten. Una ciudad en ruinas.

En esta ciudad reinventada mil veces, un lugar que había sido un cementerio judío, el Hamburgerstrasse, se había convertido en el centro del que partían los deportados a los campos de exterminio y un parque que idearon los nazis para borrar las pisadas de aquellos

judíos errantes que ellos se habían encargado de aniquilar. Pero, ay, la traicionera historia. Al final de la guerra, muchos de aquellos SS
suicidados y los soldados de la defensa de Berlín fueron enterrados con prisas allí, en el Hamburgerstrasse, junto a judíos de los siglos XVII y XVIII que ahora se vengaban y los asustaban en sus pesadillas de muertos.

Berlín parecía un palimpsesto con huellas mal disimuladas. Creo que en Berlín aún se pueden oír los ladridos de *Blondi*, el perro de Hitler en el parque de la Cancillería, y en el espejo del aire aparecen en las noches de luna los labios fruncidos de Eva Braun, labios arrugados en una mueca espantosa por culpa del cianuro o del ácido prúsico, como ese verdiazul del bronce de las estatuas de la ciudad poderosa y derruida. Ni más ni menos que el verdiazul de las alas de las moscas del final de los tiempos, las moscas del Tercer *Reich*, esas moscas con alas azul prusia que aparecieron tras la guerra junto a gusanos, cucarachas y ratas jamás vistas, una legión de ratas, blancas de tanto hurgar en la oscuridad de los sótanos-tumba, ajenas por completo a la luz, pobres ratas arias, que nunca dieron tan gordas y felices como en aquel tiempo.

En fin, éste es el escenario del capítulo en el que debe aparecer el siguiente personaje de esta docuficción: Ernesto, el músico. Alguien que ya veo en el aire de esta ciudad ahora tan brillante y moderna donde nadie se acuerda de las derrotas, sólo los fantasmas de los viejos de la Volksturm, los guillermines de la primera guerra mundial, los otros ancianos vencidos, que se suicidaron en las frías y grises aguas del Spree para no aceptar el fracaso del imperio.

Camino hacia el antiguo Berlín Este. Atravieso la hermosa isla de los museos y la Alexanderplatz, la de la novela de Alfred Döblin, un lugar que no me gusta nada porque resulta desasosegante y ahora está lleno de tiendas de este mundo occidental de hamburguesas y *jeans*. Muy cerca está la Rosenstrasse, la calle de las rosas, donde se encuentra el Instituto Cervantes, mi próxima parada. Y otra vez se me aparece desde la cartelería de la fachada el calvo Val del Omar para recibirme en territorios prusianos y presentarme a su amigo Ernesto, al que estoy deseando conocer.

Aquí, en esta Rosenstrasse también tengo un recuerdo cinematográfico —qué le voy a hacer, mi vida parece una

biofilmografía, ya no diferencio entre mis recuerdos vividos y los vistos en una pantalla de cine—: la película *Rosenstrasse*, de Margarethe von Trotta. Creo recordar que trataba sobre un acontecimiento real que ocurrió en esta calle, en pleno centro de la antigua comunidad judía de Berlín, la historia de las mujeres que pidieron a Goebbels que liberara a sus maridos en 1943. Pero la verdad es que no me suena nada de esta calle ni de sus alrededores. Hay pocas huellas del pasado. Parece un lugar nuevo, sin historia, un decorado.

Sólo reconozco a Val del Omar, que otra vez me saluda desde las alturas y que ahora se pone un sombrero para aliviar la calva del frío berlinés. A la entrada del instituto, unas hermosas escaleras que me llevan sin remedio hasta la historia de Primo Levi, que se suicidó arrojándose por el hueco de unas escaleras, incapaz de asumir el recuerdo del horror del campo de exterminio. Pienso en Ernesto y en la culpa del superviviente.

Esta noche en el hotel repasaré los cuadernos de Adolfo. Echo de menos el alivio de sus mentiras.

11

Ya es hora de que les cuente mi historia en la Resistencia francesa. Atiendan, por favor. Intentaré no distraerles.

La estancia en el campo de Saint-Cyprien fue terrible, pero conforme avanzaba la guerra mundial, los malditos gabachos decidieron cambiar su actitud con nosotros, los desgraciados refugiados españoles, esos asquerosos rojos expulsados por Franco. Así, de internarnos en los campos de las playas del sur de Francia, los arenales del infierno los llamábamos, nos propusieron que nos presentáramos como soldados voluntarios en la legión para luchar contra los alemanes. Ahora sí que nos querían, ¿eh? Otra posibilidad fue ofrecerse como trabajador voluntario. Yo opté por integrarme en una compañía de trabajadores extranjeros. Así comenzó mi colaboración con la Resistencia francesa, con la que teníamos contacto. Mi nombre en la clandestinidad era Alberto.

Estaba empleado en una fábrica de artillería. Robábamos pólvora y armas para pasarlas a la Resistencia. También hacíamos escaramuzas y una vez incluso participamos en un sabotaje: volamos la línea férrea por la que iba a pasar un convoy alemán. Aún recuerdo los miembros mutilados de aquellos cabrones volando por los aires. Cómo brindamos aquella noche por nuestra victoria. Pensábamos que no sería la última. Luego llegaría la liberación de París y, más tarde, Madrid.

Ja, qué risa, qué ingenuidad… ¿Cómo pudimos pensar que los aliados nos ayudarían a vencer a Franco? El caudillo gordo y cruel tuvo suerte, esa gallina culona con voz de vicetiple fue un instrumento contra el comunismo. Una llave, un muro, una defensa. Interesaba tener a un dictador en España. ¿Qué importaban esos rojos vencidos una y otra vez, esos derrotados que volvían a quedarse sin patria?

Vuelvo a repetir con más sarcasmo: Já, qué risa…

Pero, claro, mientras luchábamos creíamos en la victoria. Un día, mientras dormía en una covacha, derrotado por una jornada de trabajo en la fábrica y tras una noche de discusiones sobre cómo podíamos robar armas, se me apareció una figura. La verdad es que ahora no recuerdo si aquello lo soñé, pero creo que el personaje era muy parecido a Jean Moulin, sí, seguro que lo han visto en algún libro de historia. Jean Moulin era el jefe de la Resistencia francesa, ese personaje que aparece en las fotografías con un sombrero ladeado como si fuera un galán de cine negro. Pues bien, Moulin se me apareció en la covacha y me pidió ayuda. Decía que se acababa de escapar y que la Gestapo lo había estado torturando esa misma noche, pero él no había desvelado ningún nombre. Me contó que querían llevarlo a Alemania para internarlo en un campo de exterminio, pero aprovechó un descuido y saltó del tren. Había llegado bajo la lluvia y exhausto hasta ese lugar. Entonces, me despertó… o mejor tendría que decir que me desperté, porque Jean Moulin fue sólo un sueño, otra nueva criatura de mis pesadillas.

Al día siguiente me enteré de que esa misma noche la Gestapo había torturado a Moulin hasta matarlo, el mito, el jefe de la Resistencia que había soportado todo el horror antes que confesar alguno de los nombres de los implicados en la red. ¿Se me habría aparecido otro espectro como los que había visto durante la guerra?

Qué importa. A fin de cuentas son mis fantasmas y yo los manejo a mi antojo. Leo los periódicos, las cartas de los que fueron mis amigos, las historias ajenas y anoto en qué batalla quiero ser el héroe. Da igual si vivo o si muero. Lo que me importa es ser un héroe, un mito, una leyenda, como esos hombres que me hubiera gustado ser, pero que sólo puedo imaginar.

Sí, del mismo modo que les he contado esta historia podría contarles otra. Por ejemplo, qué les parece si les confesara que yo participé en la batalla de la Madeleine: 36 guerrilleros contra 1.500 alemanes para liberar aquella localidad francesa. Y un milagro: la imposible victoria y el suicidio del teniente nazi Konrad Nietzsche. Yo, Adolfo Prieto, el impostor, podría estar ahora mismo pudriéndome en un nicho del cementerio de la Madeleine con una inscripción que dice: «A los héroes de la batalla de la Madeleine…».

Pero no es así. Claro que allí pueden encontrar a un buen amigo mío.

¿Adivinan quién?

Sí, han acertado. En el nicho 14 del cementerio de la Madeleine reposan los restos de aquel fotógrafo que quiso retratar su propia muerte. Allí está, señoras y señores, el cadáver de López. Llamaremos a ésa su primera tumba. Pero ya verán que no es la única. Yo me encuentro a veces con su fantasma. ¿No lo creen? Les invito a seguir leyendo.

12

El tren a Dresde salía a las once y media. Esperaba llegar a tiempo a la estación. Me había levantado demasiado tarde por culpa de los cuadernos de Adolfo, cuya lectura me había mantenido despierta hasta poco antes del alba. Luego caí rendida en un duermevela. Las últimas páginas de su relato habían sido delirantes. ¿Sería real lo de la tumba de López en el cementerio de la Madeleine? Luisa Galán me había dicho que las noticias sobre López se perdían en el campo de exterminio nazi donde había sido fusilado, según le había contado Ernesto. ¿No vagaría aún el espectro del fotógrafo entre las cenizas olvidadas de alguno de aquellos paisajes del horror? Pensé que si en algún momento de su vida Ernesto también había decidido cumplir con el pacto del Club de la Memoria, quizás hallaría entre sus papeles más datos sobre la verdadera muerte del misterioso López.

A estas alturas ya no creía lo que Adolfo relataba en sus cuadernos. Leía sus páginas como quien lee una novela. Una novela de apariencia testimonial, pero que en realidad era un inventario de recuerdos prestados, tomados de las epopeyas verdaderas de sus amigos, cuyas cartas destruía después para no desvelar su juego de mentiras. Ésa era la razón por la que no había encontrado entre su legado las cartas de Violeta ni las de Agustín ni las de Ernesto. Sólo las de Luisa. Porque Luisa había sido su gran espina. La mujer que no pudo amar. Su pasión por Luisa es la que hace temblar su castillo de falsedades. A partir del recuerdo de Luisa, Adolfo flaquea y en sus cuadernos aparece la verdadera imagen que reflejaba el espejo de la calle de Toledo. El espejo del fabulador, el espejo del traidor.

Eran las once y el tranvía seguía su camino hacia la estación. Estaba nerviosa ante la posibilidad de perder el tren, pero confiaba en llegar a tiempo. Los alemanes pueden estar orgullosos de su puntualidad. Y el tranvía tardaba exactamente veintitrés minutos en

llegar a la estación. Así sería. No podía romperse de pronto tanta fama sobre los relojes perfectos. En ese momento, tuve cierta nostalgia de mis relojes de la Casa Grassy. Cuánto echaba de menos su ritmo desacompasado y siniestro.

Ese tictac que acompaña mis sueños y también mis pesadillas.

Las once y diez. Traté de tranquilizarme y pensar en Adolfo, al que abandonaría definitivamente tras este viaje de Berlín a Dresde. Me quedaban sólo unas hojas para concluir la lectura de sus cuadernos. Ahora me encontraría con la historia del amigo traicionado, que me esperaba impaciente en la antigua ciudad de la Alemania Oriental.

Los cuadernos de Adolfo Prieto eran cada vez más sarcásticos, más hirientes, más cínicos, una mentira cada vez más cruel por descarada. Era un farsante reinventado con los jirones de vidas ajenas que sólo pudo haber leído. Aunque no podía ser tan dura con él. Me aterraba, pero también me fascinaba su juego perverso. Tenía que permitirle el beneficio de la duda. Darle una oportunidad y redimirlo por medio del artificio de la lectura. Quizás había escrito esos cuadernos apócrifos pensando no en liberarse o salvarse por medio de esa invención, sino para plantear un juego enloquecido a un posible lector que alguna vez los leyera. Un juego revelado en esos últimos capítulos salvajes e imposibles, que eran en realidad una confesión. Adolfo se presentaba ante su público confesando ya sin rubor el resultado de su pacto de la memoria: una autobiografía de ficción. Sabía que no podía competir con las memorias de los demás. Por eso había decidido inventarlas. Pero fue débil, frágil y había preferido quitarse la máscara. Y ya no había vuelta atrás.

No sé por qué en ese momento pensé en el espejo de la casa madrileña de Adolfo en la calle de Toledo, esa descripción que aparecía al comienzo de los cuadernos cuando yo aún creía que era un exiliado que había tenido que abandonar España. Gracias a la versión de Luisa Galán —una circunstancia con la que Adolfo no contó al pensar en su hipotético lector—, había podido conocer la versión del otro lado del espejo: la confirmación de su verdadera naturaleza, el error trágico con el que cargó durante toda su vida y que quizás quiso borrar con el exorcismo de esta autobiografía de engaños.

Yo sentía como si estuviera leyendo esa escena en que el Quijote

se encuentra con el caballero de los Espejos, que acaba de vencer a un don Quijote falso. Un juego de impostores descubierto, porque ahora sabía que Adolfo Prieto había decidido ser la figura borrosa que no huyó del espejo de su casa de la calle Toledo, aunque él se empeñara en contar la historia del otro, el que pudo haber sido, el que sí prefirió marcharse.

Sí, leía una novela…

En las últimas páginas —que me habían costado el retraso que ahora sufría por culpa de la noche desvelada—, Adolfo Prieto había seguido contando más episodios de su imposible estancia en los campos de internamiento en Francia y de cómo se había enterado de la muerte de Antonio Machado: una sola voz, la de los republicanos allí internados, había ido difundiendo la terrible noticia de campo en campo, de boca a oído hasta llegar al último rincón de aquellos negros arenales donde se pudrían los vencidos. Parece que incluso hubo algunos que se escaparon de los campos para acudir a su entierro en Colliure.

Adolfo aseguraba que en una noche en vela había hablado con Antonio Machado, que aún creía estar en la torre Castañer del paseo de San Gervasio en Barcelona, donde había permanecido los últimos días antes de atravesar la frontera. En su locura delirante, pues Adolfo no hacía más que toparse con fantasmas absurdos que le relataban historias imposibles, Machado creía seguir paseando por aquel palacete —el último lugar en España donde había dormido— lleno de salones y corredores y con un jardín que pensó que era el del palacio de Dueñas de la Sevilla donde nació.

Adolfo Prieto, el gran traidor, aquel fabulador, aseguraba que muchos años más tarde cuando se encontraba en el exilio en México —ese territorio de imposturas por el que tanto le gustaba deambular— volvió a hablar con Antonio Machado. Bueno, con el retrato del poeta sevillano, símbolo de todos los exiliados, que colgaba de la sala de juntas del Ateneo Español de México. Era el penúltimo acto de esta gran farsa a la que sólo le quedaban unas páginas.

Próxima parada: la estación de tren. Tengo que bajar. Hasta luego, Adolfo.

13

Carta de un autor a sus personajes

Me resulta difícil comprender cómo no sospeché nada de lo que vendría después…

Ya estoy mirando mi esqueleto. Ser o no ser. Yo era, yo fui, ¿yo seré?

Mi cadáver me está buscando. Qué triste fue nuestra historia. Somos viejos de tumbas equivocadas. Nuestros fantasmas se levantan todas las noches porque no reconocemos este cementerio tan lejano del patio de nuestra infancia, porque hemos muerto en otro país y nuestra eternidad —la noche sin tiempo— está marcada por el ritmo de otros relojes y otras lunas.

Supongo que todo empezó con un «Ahora voy a contar quién fui». Quizás entonces fue cuando apareció el Otro. El Otro al que dicto estas palabras. Yo, que robé palabras o tuve que inventarlas.

Ahora que me miro no reconozco estas arrugas. Parece como si pertenecieran a un rostro prestado. Claro, no debo olvidar que yo sólo soy el que escribe la historia, a mi antojo, a mi capricho.

¿Cuántas lluvias me quedan para morir? Sí, una, dos, tres, ya está.

Me siento a contemplar mi autorretrato o mejor, mi epitafio. Ha quedado bien, ¿verdad? Es lo que me dice el aire pegajoso de los espejos. O los ojos que se me aparecen en esta oscuridad, una pupila que se va dilatando como en un fundido en negro en el que finalmente me reflejo.

Ese fundido en negro en el que tú también desapareces, mi querido López. Yo hice todo lo posible por escogerte varias tumbas. Y en esta ficción te he elegido algunas. No te quejarás, eres mi personaje preferido.

Bien, ahora le toca a Val del Omar. Contigo, amigo, recuerdo un

último paseo por Madrid. Aquella tarde olía a cuarto de planchadoras, manzanas de domingo y garbanzos en remojo. Así me huele Madrid. ¿Recuerdas el sonido de los tranvías?

Quiero hablaros a todos, mis queridos amigos, mis queridos fantasmas, mis queridos monstruos. Estáis congelados en esa fotografía, pero yo sé que ahora sois una sucesión de difuntos. ¿Habéis muerto o aún estáis vivos? ¿Me reconocéis? ¿Quiénes sois que os confundís con mi sombra?

Sí, estoy satisfecho. Soy todos los amigos que tuve y los que dejaron de serlo. Soy los viajes que no hice, los sueños que no tuve, las mujeres a las que no amé.

Querida Luisa, hueles como mis pesadillas. Guardo tu recuerdo en una reliquia anudada en este cuello sucio y fatigado de viejo miserable. Ahora soy un viejo que huele a leche agria como cuando era un niño olía a leche tibia y dulce. Y ya veo mi entierro sin haber muerto, como hicieron todos los grandes hombres de España.

Violeta, tú lo sabías. Yo también escribiré para no morirme.

Agustín, ¿qué paisaje de fondo le pinto a este autorretrato?

Ernesto, no me mires. Tú desapareciste disuelto en el aire, en el sueño, en esa niebla viscosa que se empeña en perderse en este espejo.

¿Y tú? ¿No me oyes? Tú, que me miras.

Estas últimas líneas son para ti, para ti, que ahora me estás leyendo, que recorres con tus ojos estas palabras de quien ya ha muerto. Recuerda que ahora mismo me estoy reflejando en tus ojos. Tú eres mi nuevo espejo, como aquel que abandoné o en el que me perdí y que aún refleja mis noches de insomnio en una casa de la calle de Toledo. Ten cuidado, porque quizás al atravesar o destrozar este espejo de engaños no me veas a mí, ni al otro que pude haber sido, sino tu pupila negra, el fundido en negro de esta historia.

La negra historia que también llevas dentro.

Aunque hayas preferido olvidarla.

14

A veces huele a cenizas en Dresde.

Creo que el horror no se puede borrar del todo. La ciudad sugiere un lugar de cuento, con fachadas de cartón-piedra, un escenario que en cualquier momento parece a punto de derrumbarse para mostrar su verdadero rostro, un rostro horriblemente quemado. Un plano secuencia que esconde algo siniestro.

Hay un juego terrible al llegar a la hermosa Dresde. Sólo hay que comprar una postal del antes y del después, como en esos folletos de adelgazamiento o de cremas milagrosas. Existe una tarjeta postal muy famosa en la que aparece una de las estatuas de la fachada de la Frauenkirche con una mano extendida como señalando la bella ciudad que se extiende bajo sus pies de piedra. Ésa es la postal del presente, la postal inocente, una postal como otra cualquiera. Pero si tienen suerte, buscando en el rincón más escondido del postalero de esta tienda de *souvenirs*, en la parte de atrás, oculto tras un montón de hermosas panorámicas de la ciudad, está la otra postal, la postal del antes, la imagen del pasado. En ella aparece la misma estatua ennegrecida. A sus pies se extiende una ciudad en ruinas, aniquilada, devorada por el fuego. Ésa es la verdadera Dresde. Aunque ahora parezca mentira.

Sí, quizás Adolfo tenga razón. Yo he intentado esconder en la parte de atrás de mi memoria la postal de mi pasado, esa que sigue llena de sombras y de pesadillas.

Paseo por las calles alegres de Dresde, la bella. Pero no puedo evitar estremecerme, como si los adoquines, las limpias fachadas, las ventanillas con visillos blancos, el puesto de flores frescas o las cúpulas de barroco alemán no me distrajeran de la verdadera imagen de la ciudad, la que está detrás de este velo falso.

Dresde murió el 13 de febrero de 1945. Era martes de carnaval.

A las diez de la mañana del día siguiente, paradójico miércoles de ceniza, comenzaron a aparecer sobre el cielo azul los primeros aviones aliados con sus panzas llenas de rencor. Alemania tenía que pagar por su prepotencia guerrera. La Alemania hitleriana, herida ya de muerte, tenía que desaparecer, ser borrada del mapa.

Por eso, el martes de carnaval de 1945 fue diferente. Aunque nadie supiera qué es lo que iba a ocurrir al día siguiente, porque ya no existiría el día siguiente: ¿qué cenarían?, ¿sentirían algo extraño al darse las buenas noches?, ¿cómo sería el primer sueño, el de la duermevela? Aquel 13 de febrero la gente aún dormía. Por eso, dicen que hay fantasmas que vagan por las noches en pijama. No saben que aún no han despertado. Y que nunca lo harán.

Una ciudad así no puede tener una cartografía inocente.

Me doy cuenta cuando llego al palacio Zwinger y a la Semperoper y observo las fotografías de la guía de la ciudad. El macabro antes y el después, como en las filmaciones de López: hacia delante y hacia atrás. No, este lugar no puede ser inocente.

Supongo que esta guía española debe de ser algo diferente a las guías turísticas alemanas, que intentan borrar las huellas, no mostrar el rostro quemado de Dresde, la bella. Los niños en Dresde crecen sin ver la cara terrible de su ciudad. Hasta que un día, por azar o en un juego siniestro, alguien les enseña la postal del pasado, hallada en la parte de atrás de los expositores de postales para turistas. Y es entonces cuando se les hiela la sangre y recuerdan el horror, aunque no lo vivieran, porque el horror ha seguido viajando por la sangre de sus abuelos y de sus padres, y por la de ellos mismos, y seguirá viajando siempre. La memoria no se olvida. Se estremecen porque reconocen en esas ruinas terribles las calles en las que jugaron, la catedral fastuosa que visitaron en una excursión escolar, la Gemaldgalerie cuyos cuadros tuvieron que aprender casi de memoria para aprobar el examen. Y no reconocen ni esas calles, ni esa catedral, ni ese museo. O sí.

Observo otra vez mi siniestra guía española y reconozco el lugar donde quemaron los cadáveres después del bombardeo. Ahora hay un alegre mercado.

En otra fotografía se ven las piedras de la Frauenkirche inventariadas, catalogadas en una burocracia del horror, no sé si como macabro monumento-testimonio o con el fin de dejar las

ruinas organizadas por si alguna vez se decidía reconstruir, cosa que al final se hizo. Leo que en esta misma Frauenkirche se quemaron en el sótano varios rollos de películas que guardaba la *Luftwaffe* y que la combustión del celuloide hizo que la temperatura fuera más alta de lo normal, de manera que se fundió el órgano, el órgano que una vez tocó Bach. Y pienso en la música quemada y también en esa imagen tan repetida en mis sueños: el incendio de los laboratorios Cinematiraje Riera en Madrid cuando ardieron los documentales de la guerra civil. Parece que el mundo se hubiera empeñado en borrarse después de aquellos años oscuros. ¿Por qué recordar entonces esta pesadilla?

Suena en mi mente la música quemada del 14 de febrero de 1945. ¿Alguien se atrevería a componer semejante partitura?

15

Desde la habitación del hotel contemplo la Frauenkirche y oigo cómo suenan sus campanas. Son campanas nuevas, su sonido parece inocente, pero no es así. He leído en la guía que hay una campana vieja llamada María, la campana del recuerdo. Es una campana superviviente del bombardeo, anterior a la segunda guerra mundial, que se salvó porque había sido enviada a un campanario de pueblo antes del bombardeo. El azar la salvó. Y ahí sigue para recordar el pasado, como las piedras negras de la vieja iglesia que se alternan con las blancas utilizadas para la reconstrucción y que, en cierto modo, forman un macabro juego de ajedrez. Jaque mate a Dresde.

Sobre mis manos tengo papeles de pentagramas, destinados a una partitura que nunca se escribió.

Érase una vez un hombre sin historia…

Es lo que se lee en la primera página de este nuevo episodio del pacto por la memoria. Son las confesiones de Ernesto Mallo, el músico que sobrevivió a Mauthausen, el amigo traicionado, el héroe que prefirió suicidarse.

Acabo de regresar de la casa de Ernesto. He pasado una tarde muy agradable: té y bizcocho de pasas. Los nietos me han enseñado con cariño el violonchelo del abuelo, un álbum con recortes de periódico sobre sus conciertos en la Filarmónica de Dresde y una fotografía de juventud en la que posa con unos amigos españoles. A los nietos, la juventud de su abuelo les parece algo lejanísimo y ajeno. Dicen que el abuelo recorría los pueblos de España para enseñar música a los niños pobres. No saben muy bien qué fue eso de las Misiones Pedagógicas ni tampoco saben explicar esa guerra española que apenas se mencionaba en sus libros escolares de historia en Alemania.

Me han enseñado también unas curiosas fichas de canciones antiguas que el abuelo guardaba. He deducido que son parte del trabajo que Ernesto llevó a cabo para el Centro de Estudios Históricos sobre la grabación de voces y músicas de la España campesina durante los años de la República. En una habitación tienen a resguardo una colección de gramófonos y una interesante discoteca de vinilo: Händel, Saint-Saëns, Wagner —«¿Sabe que Wagner estrenó aquí en Dresde su ópera *Tannhäuser*?», me apunta uno de sus nietos y yo recuerdo el disco de las Misiones guardado por Luisa Galán—. Cada vez me producen más fascinación estos objetos de abuelos heroicos que se encadenan por misteriosos azares.

—El abuelo adoraba a Sainte-Colombe, el músico obsesionado con la viola de gamba, porque una vez dijo que la música era la voz de los muertos y de los que aún no han nacido —explicó una nieta mientras me enseñaba las múltiples grabaciones que Ernesto tenía del músico admirado.

Al final me han mostrado estos papeles confesando que habían estado a punto de tirarlos porque, pese a ser papeles pautados como pentagramas, no tenían música sino frases dispersas, apuntes, fragmentos de pensamientos y algunos garabatos. La misma nieta que me apuntó el dato sobre Wagner ha confesado que los había leído, pero que no los entendía muy bien.

Yo he deducido al instante que son su compromiso con el pacto de la memoria. Sólo que Ernesto Mallo, el músico, el superviviente, el amigo traicionado, escogió unas confesiones para poder explicarse, para poder contarse, para no borrarse por dentro antes de decidir poner el punto y final a su historia.

Suenan las campanas de la Frauenkirche…

16

«Érase una vez un hombre sin historia…

»Quisiera oír otra vez esas voces del pasado. Voces de lluvia, voces que suenan a ríos, a viento, a valles, a todos los paisajes perdidos. Suenan en este viejo gramófono las voces de unas niñas que juegan a la rueda en una tarde de luz enferma. Cae la tarde en ese pueblo con voces de bronce. Se enciende una farola amarilla, pero las niñas siguen jugando y nosotros grabamos sus voces.

»¿Dónde se habrán quedado esas voces? Tendría que componer un oficio de difuntos. Es la única forma de liberarme de estas voces. Son voces difuntas, voces cansadas, voces de metal. Traen el aire de otra época. Las voces son como un vino que sabe como el tiempo de su añada: guarda aquel otoño lluvioso y también la ventisca traicionera de principios de enero que quedó atrapada como un mal recuerdo en la entraña de la uva.

»En aquellos vinilos grabábamos las voces de las canciones infantiles, a los ancianos recitando viejos romances o a alguien que tenía la particularidad del acento de una región. Qué hermoso Archivo de la Palabra hicimos. Pero llegó la guerra y el silencio.

»¿Dónde habré puesto las notas sobre aquellas voces españolas?

»Luego también grabamos las voces de los grandes hombres. Azorín la tenía nasal; Baroja muy grave, había acudido a grabar con un resfriado; Valle-Inclán ceceaba y arrastraba en sus palabras los bosques húmedos de su Galicia; la Xirgú no podía evitar la voz impostada. A otros no les pudimos grabar, como a Lorca, a quien dejamos para más adelante para registrar a un viejo titiritero que recorría las calles de Madrid y que tenía unos timbres y un temblor muy curioso en la voz. Pensamos que el viejo titiritero moriría pronto, herido por los fríos y la lluvia de tantos caminos de herradura, de tanto campo, de tantas plazas y solares. Por eso dejamos a Lorca para más tarde. Era el verano de 1936…

»¿Cómo era la voz de Lorca?

»Creo que la escuché una vez. Tenía una voz como si la lluvia se riera por dentro. Una lluvia que tenía que ser azul.

> La lluvia allí no era azul sino amarilla. Todo lo recuerdo amarillo. Cuando vi que las alambradas eran de alta tensión pensé muchas veces en arrojarme contra ellas. Esperaba la noche, pero siempre regresaba al barracón.
>
> En el barro seguíamos las huellas de los que habían pasado antes para no perder energías. Parecíamos grotescos borrachos andando por el fango del infierno.

»Estas confesiones que he decidido escribir son en realidad como una *consolatio latina*. Una *consolatio* antes del final.

»Recapitularé…

»Cuando atravesé la frontera por Port Bou, llegué a un pueblecito en el que me puse a trabajar en una granja, pero pronto nos reunieron a los españoles en un campo de internamiento, en Saint-Cyprien. Durante el tiempo que estuve allí vi pasar a algunos buenos amigos de los tiempos de las Misiones: López, Agustín, Violeta, Luisa.

»Cuando nos liberaron del campo, decidimos marchar a París. Trabajamos en lo que salía: de recaderos, transportando frutas, de camareros. Pronto nos unimos a la Resistencia en la que ya participaban varios españoles republicanos. Todos esperábamos liberar París y luego Madrid.

»No recuerdo cómo ocurrió todo. Sólo que en un pueblo en el que preparábamos sabotajes fuimos delatados y que la policía de Vichy nos entregó a los nazis.

»Cuántos traidores he conocido en mi vida.

> En Mauthausen conocí a muchos. Aunque quizás yo también fui uno de ellos. ¿Lo fui? ¿Cómo pude permitir que mataran a aquel muchacho?

»En el cuartel de la Gestapo en París nos torturaron. Tengo una cicatriz aquí, en el hombro. No recuerdo si revelé algún nombre. Supongo que es lo normal. ¿O no? Quiero pensar que fue así, pero ¿qué puedo hacer si no lo recuerdo?

»En el canto IX de la *Odisea* se relata la aventura de Ulises

cuando llega a la isla de los lotófagos, esos comedores de olvido… Así soy yo. Es la única forma de sobrevivir».

17

Hasta ahí las primeras páginas de este extraño pentagrama de la memoria. Me resultaba extraño asomarme a las páginas de esta confesión o *consolatio*, como él mismo la llamaba. Había leído en muchas ocasiones testimonios de supervivientes de campos de exterminio, pero Ernesto tenía una forma singular de recordarlo. Parecía escupir los recuerdos, escribirlos a modo de trallazos en medio del relato de la memoria, sólo era capaz de soportarlos un momento, un segundo, como un fotograma que pasa fugaz, casi desapercibido y subliminal para el ojo del espectador.

Recordé una película, *El prestamista*, de Sidney Lumet, en la que el protagonista, también superviviente de un campo nazi, intentaba olvidar tratando de volverse insensible al recuerdo. Pero la memoria del horror era demasiado fuerte y las imágenes de aquel infierno se colaban en su vida cotidiana como pesadillas entrecortadas. En la película, aquellas escenas aparecen como *flashes* vertiginosos que simulan el pensamiento del protagonista, *flashbacks* en los que vomita el pasado, instantáneas de la realidad, y de la amable vida cotidiana. Una imagen vulgar, simple, de la mano de una clienta a la que atiende —se había establecido en Harlem como prestamista— era capaz de provocar el conjuro de la memoria y recordar la mano muerta de un amigo interno en el campo y asesinado. La memoria arrastraba al pasado, lo traía hasta el presente para que se fundiera macabramente con las tranquilas costumbres diarias de un hombre que sólo quería olvidar. Pero era imposible.

Siempre es imposible. Lo sé.

Había conseguido, con el permiso de la familia de Ernesto, hacer una copia de aquellos pentagramas. Ahora viajaba a Bremen, la siguiente escala de la exposición de Val del Omar. Luego regresaría

a Berlín. Recorría Alemania con las historias de dos amigos: Adolfo, el gran fabulador con sus historias inventadas, y Ernesto, el amigo traicionado, alguien que había querido olvidar. Sin conseguirlo.

18

Decidí quedarme en Alemania, quizás para asistir en primera fila al concierto de su desolación, al último acto de un país que había conseguido hacerme tanto daño. Me recuerdo paseando por aquel Berlín en ruinas. Qué colosal lección. Hasta que llegó el día en que comencé a habituarme a aquella luz, a la placita en la que jugaban unos niños con las rodillas costrosas y caras de hiena hambrienta. Pobres niños de todas las guerras.

Sí, comencé a habituarme al país que me había enjaulado, que me había convertido en un animal.

> Sólo nos daban una *wassersuppe*, una sopa de agua sucia. ¿Cómo pude resistir? Comí velas, cartones, cucarachas y hasta mis propios piojos. Cuando quemaban a los judíos en los hornos, olía a cerdo, como cuando las matanzas de mi pueblo. Y yo tenía hambre… ¿Qué me diferenciaba de un lobo?

Decidí establecerme en Leipzig. Es la ciudad ideal para un músico. No me importó vivir en la
RDA
, encerrado en un país opresivo, en una dictadura que perseguía el pensamiento. Yo amaba la música y eso era lo único que me importaba. Y Leipzig era la ciudad de Bach. Cuando hace viento por las noches suenan las *Bagatelas* de Bach, el vecino venerable. Me hubiera gustado componer una partitura dedicada a esa ciudad, pero nunca pude. Creo que no he podido componer más que el silencio. Ese silencio amarillo…

> Sí, probablemente la partitura estaría compuesta por un coro a varias voces: aullidos de perros, lamentos, las liendres rastreando nuestra cabeza, nuestros hígados hinchándose por

> falta de comida, las piedras de aquella escalera de Mauthausen; 186 escalones… Recuerdo todos y cada uno de ellos: el que estaba roto en una esquina, el de la piedra roja, el que tenía grabado el nombre de un desgraciado, de una de las víctimas que devoraba cada día aquella maldita escalera.

Me centré en el instrumento que siempre había adorado: el violonchelo. Cuántas veces he tocado ese cuarteto de cuerda con fantasmas. Yo y mi violonchelo más el silencio multiplicado por la ausencia. Muchas noches escuchaba a Boccherini y su *Música nocturna de Madrid* para recordar la ciudad perdida. Madrid es un recuerdo dieciochesco, de músicos de corte y minuetos. Qué hermoso era oír aquella música tan madrileña. Tan alegre…

Luego hice unas pruebas para entrar en la Filarmónica de Dresde. Y lo conseguí.

> Una noche cualquiera en el campo. Da igual. Todas eran iguales. Por las noches, vagando entre las pesadillas miserables, escuchaba en mi mente las voces de los niños en aquellos pueblos y el sonido de un violonchelo. Pensaba que había alguien en el bosque cercano al campo que interpretaba para nosotros aquella música. ¿Cómo no pude evitar la muerte de aquel muchacho, que también era músico como yo? Y todo porque no quiso hacer aquella indignidad con un SS. Tendría que haberlo hecho. Ahora tal vez estaría vivo… Como yo.

Algunas veces, durante algún concierto me temblaban las manos. No podía controlar el arco. Parecía que dentro del violonchelo habitara alguien a quien yo conocía muy bien. Vivía encerrado en el instrumento y sólo salía a través del sonido, muy de tarde en tarde.

Le gustaba Bach.

> A aquel muchacho le gustaba Bach. Solía tararear sus sonatas mientras limpiaba el barracón. Yo no me atrevía. Sólo he sido valiente con el silencio.

Bach suena bien en las tardes de tormenta. Lo oigo atravesar los cielos de Dresde, mi ciudad. Dresde, Dresde herida, qué bien suena Bach en tus tardes de tormenta. Me gusta cuando el viento lleva las

sonatas de Bach hasta el Elba, río siempre helado, de aguas azulgrises.

Ay, esos ríos de España. Ríos de sol, ríos que huelen a azúcar. Ríos que iban en las voces que grabamos. ¿Dónde habré puesto las notas sobre nuestro Archivo de la Palabra?

En ese pueblo —¿Madrigal de las Altas Torres? Qué bien suena tu nombre tan español en mis oídos de exiliado—, ese pueblo que estaba a la orilla de un río grabamos a unas niñas que jugaban a la rueda poco antes de que cayera una tormenta. Una tormenta para sonatas de Bach.

A aquellos niños les enseñamos varios discos con música de Bach. Se quedaron maravillados al oír los violines. Creían que eran pájaros atrapados en el vinilo. Ay, esa España perdida de ríos y niños.

> A los pocos días de morir aquel muchacho llegó mi amigo López, el camarógrafo de los tiempos de las Misiones Pedagógicas. También lo había detenido la Gestapo. Estuvimos en el mismo barracón, pero él intentó escaparse. Yo no pude. Siempre he sido un cobarde. Huyó, aunque lo atraparon a la semana. Alguien me dijo que lo habían fusilado como escarmiento. Yo estaba demasiado débil para entender nada. A la semana siguiente, unos soldados americanos nos liberaron. ¿Cómo salí de allí? No puedo recordarlo.

Con la Filarmónica de Dresde he recorrido muchos países. Pero nunca he vuelto a España.

19

Según el mapa de vuelo, creo que ahora el avión debe de estar sobrevolando lo que fue la Línea Maginot, esa frontera de fortificación y defensa creada por Francia en la primera guerra mundial y que en la segunda sirvió como absurdo parapeto, incapaz de frenar al imparable y feroz ejército de Hitler. Qué curiosas son las cicatrices de la historia. Y cómo es posible, al sobrevolar estos paisajes verdes, de ríos apacibles y montañas pensar que aquí sucedieron batallas y que aún hay tumbas por descubrir, trincheras adormecidas por el sueño de la historia.

En este viaje llevo el dolor de un nuevo fantasma, otro luchador por y contra la memoria. No sé si Ernesto quiso olvidar o recordar. Tampoco sé si decidió suicidarse por no ser capaz de olvidar o por no poder recordar.

Hay una frase inquietante, apenas legible, en un pentagrama con la clave de sol que quizás lo explica todo: «No se puede vivir en las ruinas del recuerdo».

Vuelvo a mirar por la ventanilla del avión. Ahora atravesamos una nube, una niebla mágica que parece mantener el aparato en una suspensión imposible. Parece no existir el tiempo ni el espacio. Me encuentro vagando en una niebla espesa, como los espectros a los que persigo. Dentro de la fotografía hay una niebla viscosa que me impide avanzar. Es como una telaraña que se me adhiere en las piernas y en los brazos, que me tapa el rostro hasta que parezco un personaje de cuadro de Magritte. Vuelvo a contemplar la escena repetida: una araña gigantesca, que arrastra babas y redes de la memoria, y que lucha contra un escorpión. Siempre gana el escorpión con su lógica pavorosa.

Estoy dentro de la fotografia. Me doy cuenta de que los amigos del Club de la Memoria van envejeciendo muy lentamente, casi de forma imperceptible. El tiempo avanza sutil y silencioso, como

ocurre al mirarme en el espejo: soy incapaz de ver el paso del tiempo, porque me contemplo todos los días. Pero ellos sí se van convirtiendo en ancianos y dentro de esta fotografía comienza a oler a fermentación. Huele a viejo, ese olor inconfundible como de cerveza y coles muy amargas. Como a veces huelen algunas iglesias románicas.

Una turbulencia del avión me despierta.

He vuelto a soñar sin darme cuenta. Ya no diferencio mis sueños de los de ellos. Su tragedia es también la mía. Por eso, no puedo abandonar esta historia. ¿Quién vendrá después de Ernesto Mallo?

Una nueva turbulencia del avión me devuelve a la realidad definitiva. Tengo ante mí las últimas páginas del pentagrama. Las letras parecen danzantes temblorosos. Hay miedo en estas palabras. ¿Qué dirá Ernesto?

Antes de comenzar estas últimas líneas, recuerdo lo que he leído nada más despegar el avión. Son notas interesantísimas acerca de personajes exiliados. Ernesto Mallo se dedicó a recopilar noticias sobre desterrados, quizás para crearse una estirpe o una genealogía de apátridas.

Comienza con Ovidio en su destierro de Tomos —la actual ciudad de Constanza— en Rumania, cerca del Danubio, otro río del olvido. Sigue con el ilustre Séneca en la isla de Córcega y escribe la frase del sabio para que le sirva de alivio en su *consolatio*: «¡Qué sufrimiento intolerable es el vivir fuera de la patria!». De Plutarco escoge uno de los textos de sus *Moralia*: «Aún después de muertos son recordados en todos los lugares. Sin embargo, no ha quedado ni una sola palabra de aquellos que los expulsaron y formaron parte de la facción triunfadora». Y Ernesto añade palabras estremecedoras: «¿Será así con nosotros? ¡Maldita sea esta broma de la historia! ¿Quién se acordará de nosotros?».

Luego repasa el linaje heterodoxo de la desgraciada España: judíos, moriscos, herejes protestantes, afrancesados, liberales. Y añade a los republicanos como el último eslabón de esta cadena desdichada.

Me entero de las curiosas historias de ilustres expulsados: Jonathan Swift, *lord* Byron, Victor Hugo y su piedra de los proscritos, madame de Staël, Blanco White, Joyce, Thomas Mann, Hermann Bröch, Bertolt Brecht, una auténtica EXILIATURA, que

debería ser el género de los desafortunados. Una exiliatura para escribir vidas de epopeya como la del creador de *Vida de don Gregorio Guadaña*, el español Antonio Enríquez Gómez, refugiado en la comunidad sefardita de Amsterdam y quemado en efigie en Sevilla, y autor de hermosas elegías del destierro; o como la del polaco Witold Gombrowicz, que saltó con su maleta del trasatlántico que lo devolvía a su tierra, recién invadida por Hitler, para quedarse en el puerto de Buenos Aires, y que decidió escribir una novela en una lengua perdida de su país, la *gaweda*, como refugio de los fríos del destierro; o la de Juan Luis Vives, quien, lejos de su tierra, al final de su vida, recordaba las calles que llevaban a su casa; o Garcilaso de la Vega, exiliado por Carlos V de España a una isla del Danubio. Una estirpe de malditos desterrados por reyes caprichosos al cuarto oscuro de la historia.

Pronto llegaré al aeropuerto Charles de Gaulle. Sólo me quedan dos pentagramas por leer. Y creo que son los más terribles.

20

He tomado una decisión.

No sé cómo llamar a esta composición. Bien pensado no sé si es una cantata, un motete, un oratorio, un madrigal. Lo que sí sé es que dejaré al intérprete que toque *ad libitum*. Se trata a fin de cuentas del mayor acto de libertad.

Sólo apuntaré un par de cosas para quien se decida a interpretar esta partitura: los armónicos por encima del quinto o sexto son inaudibles, pero es importante saber qué es el silencio amarillo para comprender mi decisión; y un secreto, recordar que dentro del violonchelo se encuentra el bastidor, que sirve para controlar la vibración y el alma. Probablemente, el alma huirá después de este concierto.

Sólo sé que la desmemoria es de cobardes y que yo, al menos, me atreví a escribir mis recuerdos, aunque fueran tan terribles, aunque la tinta desaparezca con el tiempo y nadie lea estas líneas. Quizás esto sólo sea un pentagrama escrito por uno de esos insectos hidrómetras, que patinan sobre el agua. Sí, uno de esos mosquitos escribanos del agua, que dejan brevísimas palabras sobre la superficie sin que a nadie le dé tiempo de leerlas.

Y ahora me retiro en silencio de escena, como hacían los que se iban a suicidar en las tragedias de Sófocles.

Cuarteto para instrumentos de cuerda y ataúdes

Primer y segundo violín (*Allegro*)

Sá-Carneiro se tomó cinco frascos de estrictina en el hotel Nice de París.

Guy de Maupassant dijo: «El suicidio es la fuerza de quienes ya no tienen nada, la esperanza de quienes ya no creen, el sublime

valor de los vencidos».

Gabriel Ferrater se asfixió con una bolsa de plástico.

Horacio Quiroga ingirió cianuro.

Tadeusz Borowski se gaseó en su casa de Varsovia. Había sobrevivido a la cámara de gas en Auschwitz. Su fin sólo se había retrasado.

(*Andante*)

Jack London se inyectó morfina.

Heinrich von Kleist hizo un pacto de suicidio con su amante Henriette Vogel y se disparó un tiro junto al lago Wannsee.

Entra la viola (*Adagio*)

Sylvia Plath metió la cabeza en el homo.

Gérard de Nerval se ahorcó en una oscura calle de París.

Hemingway se disparó con una escopeta de caza.

Stefan Zweig tomó narcóticos.

Y el violonchelo (*Minueto*)

Virginia Woolf decidió ahogarse en el río Ouse.

Paul Celan se tiró al Sena desde el puente Mirabeau.

Ángel Ganivet se lanzó desde un vapor a las heladas aguas del Duina… siempre los ríos…

21

Ernesto Mallo se suicidó un hermoso día de abril de 1973. Después de haber anotado en sus confesiones diversos métodos suicidas, había optado por arrojarse a las frías aguas del río Elba. Igual que había escrito una saga de exiliados, de errantes por los senderos de la historia, había anotado otro linaje ilustre de suicidas. Un epílogo a modo de memoria-partitura para incluirse en una dinastía de olvidados.

Y me pregunto qué le llevaría a tomar esa decisión. Tras haber sobrevivido a una guerra, al hambre y las enfermedades de un campo de internamiento en las playas del Mediodía francés, a la peligrosa clandestinidad de la Resistencia, a las torturas de la Gestapo, al horror de un campo de exterminio… elige suicidarse. Quizás no pudo finalmente soportar la culpa del superviviente o tal vez no asimiló la traición de su amigo. Optó por el mes de abril en Dresde, el mes más cruel, como escribió Eliot, en la ciudad hermosa, aunque es probable que ese día descubriera de pronto el rostro de todas las mentiras, que abril no era el mes más hermoso ni Dresde la ciudad más hermosa. Así de simple.

Creo que Ernesto se dio cuenta de que nunca regresó de Mauthausen, que su sombra se había quedado allí y que quien había vuelto, quien había sobrevivido era otro. No había podido soportar a ese otro yo, quizás tan diferente del que seguía habitando en la negra sombra de aquel campo de muerte. No pudo resistir al otro, como Adolfo. Uno intentó inventarse y el otro anularse, borrarse y desaparecer. Ambos rompieron un espejo, el mismo espejo de imposturas.

Primo Levi también fue incapaz de asumir el horror de Auschwitz. Y el día más inesperado, un día como otro cualquiera, poco después de que su portera le subiera el correo, se lanzó desde una escalera que, probablemente, también sería una hermosa

escalera de caracol con forja de hierro, como la de la sede del Instituto Cervantes en Rossenstrasse en la que, precisamente, recordé su trágica decisión. Primo Levi confiesa en su desgarradora trilogía sobre la experiencia en los campos nazis que es imposible traducir en palabras aquel infierno, sencillamente porque nadie es capaz de entenderlo. Lo intenta, pero con su suicidio proclama al mundo que no llegó a conseguirlo.

Hace poco vi un documental sobre el Holocausto y Hollywood. Tras repasar la gran cantidad de películas que han intentado reflejar la pesadilla nazi, pensé en Primo Levi y su sincera confesión de la imposibilidad de retratar algo tan terrible. Al final de la película, un productor interesado por el tema reflexionaba sobre ¿qué pasará cuando sólo quede un testigo de aquel episodio, cuando ya no exista más que él y la palabra escrita, fotografiada o filmada para contarlo, cuando Auschwitz o Buchenwald o Mauthausen ya no tengan voz? El tipo concluía con frialdad: el último superviviente no podrá soportar tanta presión. Y me pregunto: ¿se suicidará?

He llegado a Pans.

Hace rato que camino hacia un lugar muy especial: la Casa de México. Voy en busca de la pista que apuntó Adolfo Prieto en sus cuadernos sobre el paradero de las bobinas de Val del Omar, pero no puedo desprenderme de la sombra de mi último fantasma. En una rienda de música he comprado dos discos compactos. Uno es de Boccherini, con la pieza que a Ernesto le recordaba su Madrid perdido: *Música nocturna de Madrid*. El otro incluye las *Sonatas* de Bach. Ojalá cayera ahora una tormenta sobre París para ver el efecto de esta música que durante un tiempo había salvado a Ernesto del vientre negrísimo de su memoria.

En el Boulevard Jourdan, sede de la Casa de México, me encuentro con las absurdas historias de la burocracia: «Para esa consulta tiene que rellenar este impreso… lo siento, pero la persona encargada no se encuentra… ese archivo quizás esté en la sala 4, pero desgraciadamente está en obras…». Ha pasado una hora y he intentado buscar un posible rastro sobre documentos sonoros y audiovisuales que estuvieran guardados en este centro. Hay una videoteca, pero todo el material fue donado a partir de la década de los ochenta. Ni rastro de las bobinas de las Misiones Pedagógicas.

No entiendo por qué Violeta Castro decidió dejar sus cosas en

este lugar. Supongo que los testamentos de los exiliados que mueren sin descendencia son tristes. ¿A quién dejar sus legados? ¿A las instituciones españolas franquistas en territorio francés? ¿O al itinerante e incierto gobierno de la República agonizante en el exilio?

Por fin encuentro un hilo que podría conducirme a una estantería con documentos de exiliados españoles que residieron en París. No esperaba encontrarme con un archivo semejante. Quizás los desterrados quisieron agradecer a México la fidelidad que tuvo con el gobierno republicano. Hay cientos de documentos, cajas con fotografías, libros. Busco en la lista hasta dar con un nombre conocido. Tengo la estremecedora sensación de estar buscando mi propio nombre. Ya no son sólo sus sueños los que se cuelan en mi vida: Castro, Violeta Leg-345621
E.
Caj 145.

—Aquí pone que la señora Violeta Castro estuvo realizando un catálogo colectivo de los libros españoles que se encontraban en las bibliotecas de París. Esos papeles fueron legados al departamento de Literatura Española de la Sorbona —me explica el bibliotecario mientras lee la ficha—. Pero el resto de sus documentos y libros los donó a nuestra biblioteca. También tenemos algunas notas de ese catálogo que no concluyó, pero no están inventariados. En realidad, la Casa de México no es un archivo.

La letra de Violeta es delgada, elegante, de trazo seguro. Puedo adivinar cómo era y qué sentía en el momento en el que anotaba los libros españoles que había en la biblioteca del Arsenal o en la de Mazarine. Hay cientos de fichas que forman un desconocido mapa español en París: *Quijotes* descansando en el sueño eterno de los estantes de Sainte-Geneviève mientras cae otra tarde sobre el Barrio Latino; *La Celestina* y *El buscón* perdidos en los laberintos de la Biblioteca Nacional.

Pero sólo hay papeles. No queda rastro de las cintas de Val del Omar, tal y como imaginaba.

—Consultaré en otro apartado. Puede que no todo esté aquí —apunta el bibliotecario al ver mi rostro de desaliento.

Mientras, repaso las notas de Violeta y descubro un cuaderno negro de lomo fatigado, con manchas de humedad en la portada de

cartón con un título, *Los días de la Rue Rivoli*. Y en la primera página:

22 de febrero de 1944

> Ayer los fusilaron. París ha amanecido de un color ceniza. En la buhardilla parece que hay de todo: una despensa, un sillón algo desvencijado, un aparato de radio, una estantería cargada de libros, y algunos cuadros con hermosas vistas de la ciudad. Supongo que servirán para distraerme. ¿Cuánto tiempo tendré que permanecer aquí encerrada? Hoy comienzo a escribir este diario para curarme de tanta soledad.

—He encontrado un dato que le puede servir —interrumpe mi lectura el bibliotecario—. Parece que alguien retiró las bobinas que usted busca, además de algunas fotografías y libros, poco después de la muerte de la señora Castro.

Cierro el cuaderno como si temiera que alguien penetrara en la intimidad de mi siguiente fantasma, el que ahora mismo acaba de llamar a la puerta.

—Aquí han anotado que el paquete salió de nuestro archivo el 14 de noviembre de 1955. La persona que lo retiró se llamaba Agustín Vayas. Parece que era legatario de la señora Castro y que estaba autorizado.

Pienso en el itinerario incierto de las cintas de las Misiones. ¿Estarán ahora en algún lugar de México? ¿Quizás en la casa de Agustín Vayas, el exiliado que nunca volvió?

—Lo siento, pero no hay ningún dato más —me advierte.

—Muchas gracias, ¿podría hacer copia de este documento o sólo se puede consultar en sala?

Para mi suerte, pude hacer copia. El cuaderno de Violeta Castro me intrigaba. Era un diario en el que relataba sus vivencias durante la ocupación nazi en París.

22

25 de febrero de 1944

Esta noche he soñado con Alfonso, Grzywacz, Manouchian y los otros camaradas. Puedo recordar perfectamente sus voces. ¿En qué fosa los habrán tirado esos cerdos alemanes? Ya no importa que diga sus nombres. Están muertos.

Tengo que olvidar y concentrarme en sobrevivir. Poco puedo hacer ya por la causa. Han descubierto la red y los miembros del grupo de Manouchian, el querido y valiente poeta armenio, han sido asesinados después de permanecer encarcelados varios meses. El escondrijo de las catacumbas fue nuestra salvación, pero ellos…, ellos se arriesgaron demasiado. Quizás sea cierto que nos salvamos los cobardes. Y aquí está esta cobarde, escondida en una madriguera, aterrada, mientras ellos vagan como fantasmas por las calles de París. Creo que no escribiré más en este estúpido diario.

1 de mayo de 1944

He conectado la radio, pero sólo escucho las mentiras de Radio París. El infame viejo Pétain estará feliz en Vichy, en su patética Francia libre, limpiándole las lustrosas botas al monstruo de Hitler. Maldita Francia, pobre Francia… Hace un momento he intentado sintonizar la

BBC

, pero apenas escucho un susurro ininteligible. No debo hacer ruido. Probaré mañana.

Entre los libros he encontrado varios poemarios, novelas y una guía de la ciudad. Me ha distraído deambular por un París que sólo puedo contemplar desde esta pequeña ventana. En la buhardilla de *monsieur* De Ville, hay una interesante panorámica de la ciudad. No podía imaginar que desde una buhardilla de la Rue de Rivoli pudiera tener esta perspectiva. Poco a poco, voy reconociendo los rincones, los bulevares, las

iglesias, las torres, las fachadas. Es un París insólito, extraño. A veces creo que oigo respirar la ciudad, cuando todo se vuelve oscuro y silencioso tras el toque de queda. Desde esta buhardilla olvidada, apenas visible en la suntuosidad del edificio, descubro el corazón agonizante de la ciudad. Ahora reconozco las manchas de las paredes; el cernícalo que se posa todas las mañanas en el torreón de la esquina después de haber sobrevolado el jardín de Luxemburgo; los estorninos que se refugian en el alero del edificio de enfrente; un solar con un jardín abandonado en el que crece un robusto tejo; el dibujo caprichoso que forman en las grietas de las paredes los helechos, que aquí llaman ruda de los muros. No he podido evitar continuar escribiendo este diario.

Ahora escucho ruidos en la escalera. Me he acostumbrado a guardar absoluto silencio. ¿Quién será? Hasta mañana no viene Marienne con la comida. ¿Será esa maldita portera? Esta tarde, por si acaso, ni siquiera me asomaré a la ventana. Adiós, París, hasta mañana.

4 de mayo de 1944

Me he dado cuenta de que la portera ha subido y ha estado un rato escuchando tras la puerta. Debe de sospechar algo. Seré más precavida. Ella sabe que *monsieur* De Ville se marchó a comienzos de año harto de este París que apesta a nazis. Desconoce que el amable *monsieur* De Ville es uno de los miembros de la Resistencia y nos ha dejado usar su buhardilla de la Rue de Rivoli para esconder a los sospechosos buscados por la Gestapo. Hay varias casas-refugio en las entrañas de París, un París de madrigueras que oculta a perseguidos, a asesinos terribles que quieren matar a vuestras mujeres y a vuestros hijos, como difunden esos nazis en su propaganda. A los de la banda de Manouchian los acusaron de terroristas, de criminales, de peligrosos individuos que sólo intentaban acabar con el orden impoluto y ario, con la paz implacable conseguida en medio de la guerra atroz. Los alemanes nos han salvado de esta maldita guerra, piensan los inocentes y cobardes parisinos, que prefieren esta paz amable de traidores. Los nazis nos han limpiado el país de la escoria judía y además han organizado París con su paz ordenada y puntual. ¿Quién quiere otra cosa que esta paz de Hitler? Que mueran esos malditos ingleses que se empeñan en embarcarnos en una guerra que sólo les beneficia a ellos…

Pobre Francia, cómo agoniza en su charco inmundo de mentiras…

6 de mayo de 1944

Al repasar las páginas de esta guía me estremezco. Dietrich von Choltitz, el general jefe del gran París, ha amenazado con bombardear la ciudad. Quizás la *Luftwaffe* está a punto de interpretar su coreografía macabra sobre los cielos de París. Y ahora que reconozco cómo respira la ciudad puedo notar su angustia, el terror de los cimientos de Notre Dame; la fatiga gris del Sena, donde estos días se asoman todos sus suicidas; los tesoros del Louvre, nerviosos como niños atemorizados por el lobo feroz que los arrasará; las hileras de tilos del jardín del Palacio Real; los alegres *bistrots* de Montparnasse, ocupados por las borracheras nazis. Tengo la terrible sensación de que este mundo desaparecerá. La guerra avanza y los alemanes, obsesionados con el frente ruso, mandan a sus soldados al este, pero no dejarán París sin antes haberla destruido. Tengo miedo de ver París arrasada, hundida, quemada, asesinada como mi querido Madrid. No podría soportar el bombardeo de otra ciudad.

Por esa razón escribo. Escribo y escribo para poder sobrevivir. Necesito hablar conmigo misma a través de estas páginas absurdas. Tendría que temer que me descubrieran y que hallaran estos papeles, pero sé cómo destruirlos. Ya lo he pensado todo. No me importa el riesgo que corro. Intenté no seguir escribiendo, pero no pude.

Son papeles absurdos que sólo yo entiendo. Da igual. Nadie más los leerá. Me sirven para pasear por un París por el que probablemente nunca pueda volver a pasear. Será mi despedida de la ciudad. La guía de ese París y este diario serán mi salvación. Lo que impida que me vuelva loca por culpa de tanto miedo y tanta soledad.

En la página 84 de la guía leo que la columna de Vendôme está hecha con el bronce de la artillería de los ejércitos ruso y austríaco, derrotados por Napoleón en la batalla de Austerlitz. La columna fue derrumbada años más tarde por los *communards* arengados por Courbet. Qué osadía salvaje y decisiva la de aquella Comuna de París que pretendía acabar con el orden del viejo mundo. Y sigo leyendo más historias de este París victorioso y de cómo cada plaza, cada calle, cada bulevar tiene una historia de valentía. Aún deben de

retumbar en sus viejos adoquines, oscuros de sangre antigua, los gritos en las barricadas de todas las revoluciones: 1789, 1830, 1848, 1871. ¿Qué fue de aquella Francia? ¿Es posible que esta ciudad arrodillada bajo la bota nazi sea la misma patria victoriosa de estas páginas?

Me he asomado con disimulo a la ventana. Me he acostumbrado a mirar tras los visillos. Es como si contemplara la ciudad detrás de una niebla, un vaho, una veladura. En el otro extremo, al final de esta Rue de Rivoli, se encuentra el hotel Meurice, el cuartel del general Von Choltitz. Estoy tan cerca de la boca del dragón… Desde hace semanas me busca la Gestapo, y yo estoy en la cola del monstruo, observando sus movimientos, atenta a sus bostezos. Tan cerca que es imposible que me vea.

Ahora cae la tarde. He cerrado la ventana para seguir leyendo. En la página siguiente de la guía, hay un texto dedicado a los cementerios de París. Descubro que en el Père-Lachaise está enterrado Chopin y busco su tumba entre la avenida de las Acacias y la de la Chapelle. Incluso puedo oler las flores que reposan —con ese dulzor pesado de la muerte— en el más tranquilo y siniestro de los silencios. Paso la página y ahora camino por el camposanto de Montmartre y dejo un ramo de margaritas en las tumbas de los ilustres del lugar: Berlioz, Degas, Vigny, Stendhal y Fragonard, que aún espera descubrir a pícaras damas dieciochescas columpiándose bajo los árboles. Es curioso pasear por París a través de las páginas de un libro.

En Montparnasse está enterrado Baudelaire, el poeta que paseaba a la deriva por la ciudad, como ahora hago yo, saludando a todos los muertos de París, descubriendo los escondrijos de sus espectros, quizás convirtiendo en familiares los camposantos de este lugar lejano a mi patria por si tuviera aquí mi último reposo. A fin de cuentas, ése es el destino triste de todos los exiliados, yacer en tumbas distantes, tumbas del azar, tumbas que no tendrían que haber sido las suyas. O la mía…

8 de mayo de 1944

En la estantería hay un ejemplar de *Memorias de ultratumba*, de Chateubriand. En uno de los capítulos, el escritor recuerda cómo un día vio en Versalles a María Antonieta y se fijó en la particular forma de su rostro al

sonreír. Esa imagen quedaría tan marcada en su memoria que cuando en 1815 se descubra la fosa con los cadáveres de los reyes decapitados, entre ellos el de María Antonieta, el poeta identificará rápidamente el de la reina destronada tan sólo contemplando la calavera. También encuentro otro curioso relato de Alejandro Dumas, *Las tumbas de Saint-Denis*, en el que relata el descubrimiento de los despojos reales a finales del siglo XVIII con el hallazgo del cadáver de Luis XIII gracias a su bigote o el de su hijo, el Rey Sol, reconocible por sus grandes rasgos, a pesar de estar negro como la tinta a causa del proceso de putrefacción.

La lectura de Chateaubriand y de Dumas se mezcla con nuevas páginas de la guía parisina que devoro con obsesión. Esta noche he leído algunos pasajes dedicados a la revolución francesa y a todo el fascinante siglo XVIII en París. Por un momento he sentido que esta noche de mi encierro parecía que la ciudad regresaba a aquel tiempo. Me he asomado a la ventana apartando con mucho cuidado los visillos. La ciudad parecía más hermosa que nunca. Estaba a oscuras salvo por algunas luces débiles y amarillas tras las ventanas de un edificio cercano, un antiguo palacete que vivió tiempos mejores. He creído ver una deliciosa escena de interior, un cuadro de intimidad burguesa tras una de las ventanas, y en otra, una especie de orgía libertina con damas de pieles blanquísimas, con muslos nacarados y pechos untados con polvo de arroz. Hay quien se entrega en estas noches del final de los tiempos a fiestas desenfrenadas, con esa agonía de las postrimerías, de lo que se acaba y jamás volverá.

No recuerdo cuándo me he retirado de la ventana para seguir contemplando, ya en el secreto de mis sueños, más historias de tiempos ilustrados. En mi duermevela he creído ver dentro de la buhardilla las calaveras de Voltaire y Rousseau discutiendo por un asunto intrascendente. He descubierto sin problemas cuál era la calavera de cada uno, con una sagacidad propia de Chateaubriand o de Dumas. Al rato he reconocido detalles de esa conversación de ultratumba. Hablaban sobre la casualidad de haber muerto el mismo año, 1778. Voltaire comentaba cómo había fallecido en el Hôtel de Villette, cerca del que hoy es el Quai Voltaire e inexplicablemente hablaba de escenas contempladas tras su muerte como que en ese mismo lugar habían estado los talleres de los pintores Ingres, Delacroix y Corot. Y añadía que

allí, además, Baudelaire había concluido *Las flores del mal* y Wagner, *Los maestros cantores*. Es lo que ocurre en París, cualquier calle está llena de pasajes memorables. Después ambos se distraían hablando de cosas nimias como las particularidades de los insectos necrófagos de la cosecha de 1778, los insectos que habían devorado los sesos exquisitos de ambos ilustres.

Luego creo haberme detenido en la explanada de los Inválidos, uno de los sitios que más me sobrecogen del gran París. Bajo la sombra enorme de la cúpula ha desfilado la danza de esqueletos de los mariscales del ejército francés que reposan en la cripta junto a Napoleón. Olía intensamente a hierba mojada después de la lluvia.

Me he despertado con las campanas de la cercana iglesia de

Saint-Germain-l'Auxerrois.

Parecían más jóvenes, más nuevas, como si en realidad tocaran un día cualquiera del París del Setecientos.

23

Descubro a Violeta Castro y me sorprende la aventura terrible de aquella jovencita que se embarcó en las Misiones Pedagógicas y que terminaría escribiendo su particular versión del pacto por la memoria, encerrada en una buhardilla del París ocupado. Qué extraño el destino de estos jóvenes que quisieron cambiar el mundo. Las páginas del diario estaban llenas de estremecimiento, de miedo, de realidad, pero al mismo tiempo eran un fabuloso ejercicio de imaginación, de artificio de la memoria libresca. La ficción había ayudado a Violeta —como a Adolfo para construir una autobiografía imaginaria— a escapar de su encierro, a huir de aquellas cuatro paredes y deambular por un París construido por la magia de la lectura. Violeta paseaba por una ciudad-libro que se dibujaba en su mente a su antojo.

En realidad, Violeta se refugiaba en la escritura, se escondía de la soledad, de la muerte y de la guerra, buscando el amparo de los libros y una ciudad que en realidad no existía más que para ella. Libros, memoria y ciudades. Me sentía tan identificada con Violeta que a veces sentía miedo de toparme con unas líneas demasiado parecidas a mis obsesiones, porque yo también había intentado huir, esconderme, refugiarme, agazaparme en la memoria de las películas y en los sueños. Libros o fotogramas. Daba igual.

La voz de Violeta se parecía a mi voz. Temblaba, sufría, gozaba, recordaba, temía, lloraba.

Sí, demasiado parecida a la madriguera en la que se ocultan mis pesadillas.

Naturalmente, además de leer el diario de Violeta tuve que hacer otras cosas durante mi estancia en París. Entre otras, organizar la exposición de Val del Omar en la sede del Instituto Cervantes. Gustó mucho la muestra dedicada al realizador. Al público parisino le sorprendió la aventura vanguardista emprendida

por el cineasta granadino entre la soledad y la incomprensión. España es un país de genios solitarios, de sorprendentes empresas de riesgo creativo realizadas por individuos. En París, cada esquina esconde la historia de un grupo, de una tertulia, de un movimiento colectivo: desde las tertulias del café Procope hasta las largas noches de Saint-Germain-des-Prés, entre el café Flore, la *brasserie* Lipp o el café de Deux Magots, bajo la sombra de la torre pueblerina y románica. Hay una atmósfera sugestiva claramente inspiradora. Es difícil no ser alguien especial en ese ambiente. Pero en España es un asunto de raros, de locos y malditos condenados a la inevitable soledad.

Val del Omar fue recibido con entusiasmo por los parisinos. Sus inventos técnicos sobre la táctil-visión fascinaron a un grupo de estudiantes de cine. Y su *Tríptico elemental de España* dejó boquiabiertos a los espectadores, sobre todo, *Fuego en Castilla*, con esas imágenes sagradas ardiendo, moviéndose como extraños autómatas gracias a estudiados efectos de la luz, agonizando entre terribles estertores. A los franceses les encanta esa España desmedida, negra, cruel, excesiva.

Al día siguiente de la inauguración compré la prensa. La exposición había encontrado un hueco en las secciones de cultura de los periódicos, algo que no era fácil. Llamé a mi jefe y se alegró muchísimo. La exposición itinerante de Val del Omar había sido un éxito. Después de París, la muestra viajaría a otras sedes del Instituto Cervantes, pero en pequeño formato. No tendría que ocuparme de la supervisión directa, porque sólo se exhibiría la cinta *Tríptico elemental de España* en una sesión por las tardes de lunes a jueves. La Filmoteca había cumplido con la difusión en el extranjero del centenario de Val del Omar, así que mi trabajo había terminado. Tendría que volver a España, aunque ahora contaba con algunas semanas de vacaciones que, desde luego, ya sabía cómo emplear. Notaba la presencia de Val del Omar, feliz por el paseo por el mundo que hacían sus fotogramas. El cineasta se había convertido en el santo patrón de mi viaje hacia esta historia de memorias. Y yo estaba segura de que él me seguiría acompañando. Aunque aún no sabía adónde.

Me senté en un *bistrot* de Montparnasse, ese Montparnasse que Violeta citaba en su diario con sus noches de bacanales nazis. Ella

no lo sabía, pero aquel Montparnasse perdería su encanto tras la guerra, ya que sería Saint-Germain-des-Prés y sus cafés el lugar que ocuparía las preferencias de los artistas y la bohemia de la Rive Gauche. Cuando Violeta escribe su diario no sabe qué le va a ocurrir a la ciudad. Ni, por supuesto, a ella. Pasa del optimismo y la euforia al desaliento. Quizás sea ésa la razón de sus extraños sueños con curiosas historias de los antiguos habitantes de París despertando de su mórbido letargo.

Mientras tomo un típico *kir* parisino, leo en *Le Monde* un artículo interesante al lado de la reseña de la exposición de Val del Omar. Habla de la actividad editorial en París durante la ocupación de Hitler en la ridiculamente llamada Francia libre. El periodista cuenta la historia clandestina de las Editions de Minuit (Ediciones de Medianoche) y de François Mauriac como el misterioso autor de *Le cahier noir*, ese ejercicio secreto y arriesgado de libros impresos en las tripas de París, bajo las sombras, al amparo de la noche, páginas que debían de oler a tabaco y miedo.

Todas esas historias de la Resistencia tienen un halo casi mítico. Los franceses han sido listos y han rescatado aquella epopeya arriesgada y valiente, quizás el único capítulo digno de Francia durante la segunda guerra mundial. Hay países que saben explotar su historia y otros como España que viven entre el olvido y la ignorancia, el ejemplo definitivo de un pueblo memoricida y patético.

En el penúltimo párrafo, leo algo sobre un episodio sucedido en los Inválidos, ese lugar del gran París que inquietaba a Violeta. Parece que Gerhard Heller, responsable alemán del sector literario de la Propagandastaffel y, por lo tanto, de todo el negocio editorial durante el periodo de la ocupación, era un auténtico francófilo. Adoraba la cultura francesa, porque para él representaba la quintaesencia de Europa. Y es verdad que los nazis respetaron hasta cierto punto a los intelectuales que residían en el París ocupado. Los respetaban, aunque en realidad estuvieran vigilándolos obsesivamente por si se excedían. No querían mártires. Ésa es la razón de que durante ese periodo se permitiera la publicación de obras, el rodaje de películas e incluso se representaran obras de teatro de los principales intelectuales de la época. Era una libertad controlada fruto de la admiración y el respeto que provocaba la

cultura francesa en los crueles, educados y exquisitos artífices de la solución final.

Cuando los aliados liberan París, Heller, de regreso a una Alemania que poco a poco se acerca a la derrota, sufrirá el desprecio de sus paisanos, conscientes de que había permitido demasiadas libertades a los intelectuales franceses que ahora esperaban con impaciencia la caída de las ciudades alemanas.

El artículo del periódico relataba que Heller había escrito un diario de sus días en París, un documento que había intentado ocultar en un lugar inverosímil para que sus heterodoxas costumbres no fueran descubiertas. Antes de abandonar París, Heller vaga un día por la explanada de los Inválidos para intentar esconder su diario. Lo hace en un lugar cuyas coordenadas memorizar explanada de los Inválidos, entre las calles Talleyrand y Saint-Dominique. Años más tarde, terminada ya la guerra y convertido en editor, decide regresar a París para intentar recuperar su manuscrito. Naturalmente no lo encuentra, pero durante algunos días vaga por la explanada intentando encontrar su diario perdido.

Cerré el periódico y pensé en la hermosa historia.

No estaba muy lejos de los Inválidos y recordaba bien la imagen surrealista de Violeta con la danza de la muerte de los mariscales de Francia bailando sobre la explanada en la que quizás aún se hallara el diario de Gerhard Heller. ¿Cómo rechazar un paseo tan delirante como ése?

No tenía prisa, podía ir paseando, pero decidí tomar el metro. Temía que si durante el trayecto pensaba demasiado en la razón de mi paseo, desistiría, así que cogí la línea que me dejaba en pocos minutos en los Inválidos. Me emocionaba llegar a ese lugar y contemplarlo de una manera diferente. Mi paseo no tenía nada que ver con el de los turistas que acuden a ver la tumba de pórfiro rojo de Napoleón —verdadero monumento a un loco exagerado e histriónico— ni la hermosa cúpula ni el antiguo hospital de los soldados mutilados; ni siquiera me movía un interés similar al de los parisinos que atraviesan los alrededores con prisas, sin observar las bellas postales con que deslumbra su ciudad, esa costumbre de los que miran sin ver porque han vivido demasiado tiempo en el mismo sitio.

Yo estaba allí en los Inválidos guiada por la extraña historia de

dos diarios que citaban este lugar de una cartografía insólita de París: la explanada entre las calles Talleyrand y Saint-Dominique. Me dirigí a una hilera de árboles altos que no sé por qué supuse que pudo ser un buen escondite para unos diarios de guerra. Cada vez que lo pensaba, me sentía ridícula, pero me divertía. Descubrí que estaba embargada por la misma ilusión que tenía en mi infancia cuando leía las aventuras de Los Cinco. Miré a todos lados por si alguien me había visto e incluso pensé si no habría algún loco más que, después de leer el artículo de *Le Monde*, hubiera decidido acercarse a los Inválidos para ver si encontraba el «tesoro». De pronto, me di cuenta de que detrás del matorral había unos papeles semienterrados. No, no podía ser. Era demasiado irreal, pero de todas formas me acerqué. Eran papeles viejos, amarillentos, páginas de un periódico fechado hacía tres meses, con huellas clarísimas de una de las infames funciones de los papeles condenados a la muerte diaria. Me sentí ridícula por intentar buscar un diario escondido durante la segunda guerra mundial y terminar hallando un periódico usado para las urgencias del esfínter. Creo que estaba demasiado obsesionada por el París absurdo y maravilloso de Violeta.

Después de tirar el dichoso papel busqué un pañuelo en mi bolso. Vi entonces en la fachada de los Inválidos una pancarta que anunciaba los museos que alberga el monumento. Uno de ellos está dedicado a la liberación de París. Desde luego, era una buena forma de intentar salvar con dignidad mi insólita visita a los Inválidos.

Entré en el museo cuyo capítulo relata ese trozo de historia que aún le queda por narrar al diario de Violeta: la victoria contra los nazis. El museo de la Orden de la Liberación está escondido entre la ostentación frívola y cruel de los museos de la guerra que Francia enseña orgullosa. En los largos pasillos se sucedían cañones heridos por una herrumbre verde desde la guerra de la Independencia, aún con aire antiguo de encinares y olivos españoles; espadas con olor a óxido y sangre de la guerra de los Cien Años, uniformes con manchas de sudor y muerte en las guerreras. En algún momento, casi creí ver paseando por uno de los enormes pasillos a un soldado moribundo ataviado con remiendos de uniformes de todas las guerras. Pero indudablemente fue una alucinación producto del cansancio y las emociones.

A pesar de la frialdad burócrata de los museos me parecía sentir el aire de aquella época. Era evidente que el diario de Violeta estaba ejerciendo sobre mí la misma fascinación que las memorias de Adolfo, Luisa y Ernesto. El legado de aquel Club de la Memoria cumplía con su destino. Alguien estaba poseído por la fuerza de recuerdos que regresaban después de muchos años de olvido.

Las fotografías, los documentos, los objetos me arrastraban a aquellos años de epopeya y terror. No me sentía como una visitante que observa, con la seguridad de la distancia, las vitrinas de un museo que muestra lejanísimas páginas históricas. No, parecía que en realidad me asomara a mis propios recuerdos, a una vida que había olvidado, pero que ahora retornaba por los senderos inesperados de mi memoria. Pero ¿eran mis recuerdos o los de ellos?

El museo cuenta con las donaciones de los miembros de la orden de la Liberación, que De Gaulle creó en 1940 en Brazaville para recordar la gesta de aquella gran patada a los nazis al final de la segunda guerra mundial. En la galería norte se muestran detalles de la gran farsa de la Francia libre y su capital Vichy, gobernada por el general Pétain, el héroe de la primera guerra que se transformó en el fantoche, la marioneta cruel manipulada a su antojo por los nazis.

En este museo hay demasiado culto a la gloria militar: demasiadas medallitas, demasiado fetichismo de uniformes, demasiadas banderas devoradas por los vientos de la guerra, demasiada leyenda de papel y palabras, demasiados fantasmas muertos *pour la France*. Es como si algo en la conciencia no hubiera quedado del todo resuelto. Pero es interesante pasear asomándose a sus vitrinas de imágenes apolilladas, de relatos de abuelos ya muertos que aún parecen susurrar sus gestas.

La galería sur está destinada a los episodios de la Resistencia. En una de las vitrinas se muestran el abrigo, el sombrero y la bufanda de Jean Moulin, el líder de la Resistencia, otro espectro que se le apareció a Adolfo Prieto en sus delirantes pesadillas de farsante. También había algunos documentos dedicados a los héroes del grupo Manouchian. Por lo leído en el diario, parece que Violeta colaboró con estos resistentes dirigidos por el poeta armenio Manouchian y a los que Louis Aragon dedicó una hermosa oda. Un

grupo de turistas pasa a mi lado y el guía les explica detalles sobre aquel grupo cuyos miembros fueron fusilados en febrero de 1944. El guía apunta una historia que no conocía: el asesinato correctivo de Olga Bancic, una muchacha judía polaca que perteneció al grupo y que fue decapitada con un hacha en Stuttgart. Tras ser detenida, fue deportada a Alemania. Estaba encinta, pero daba igual. Su ejecución estaba prevista como un espectáculo ejemplarizante. A esas alturas, los nazis no podían permitirse ningún rasgo de debilidad.

Pienso que es extraño que una historia tan trágica como la de Olga Bancic no aparezca en el diario de Violeta. Seguramente la conoció, compartiría confidencias con aquella muchacha, miedos, alegrías. El guía cuenta que el asesinato de Olga se produjo el 10 de mayo de 1944 y entonces comprendo que en las páginas que ya he leído Violeta aún no conoce el destino terrible de su amiga. Para Violeta nada de eso ha ocurrido. No sabe qué ocurrirá con las redes de la Resistencia; no sabe que sólo faltan tres meses para que la novena compañía dirigida por el general Leclerc, compuesta en su mayoría por guerrilleros republicanos españoles, recorra las calles de París para liberarla de las botas nazis; desconoce cómo terminará la guerra, con el suicidio de Hitler y el bombardeo definitivo de las ciudades alemanas. Tampoco sabe que casi nadie conocerá la labor de esos guerrilleros españoles en la victoria aliada, porque no habrá ningún país que los recuerde, porque pertenecen a una patria desmemoriada y miserable.

He dejado el diario de Violeta en la página en la que narra cómo fue el 8 de mayo de 1944 y todavía no ha ocurrido nada de eso. Ni siquiera la cabeza de Olga Bancic está aún separada de su tronco. Todo es posible y, al mismo tiempo, todo es terrible, porque Violeta desconoce qué le deparará el destino ni tampoco si se salvará finalmente gracias a su escondrijo parisino. Es el pavor que encierran los diarios en los que todo es incierto presente.

Sigo paseando por la galería dedicada a la Resistencia y me detengo en otra vitrina que detalla los lugares donde se ocultaban los que formaban parte de la red. Hay un mapa de las catacumbas de París, las tripas de la ciudad que sirvieron como refugio de muchas actividades clandestinas. Hay una fotografia tétrica de la llamada Rotonda de las Tibias, formada por los huesos anónimos de

miles de parisinos de todos los siglos, como las osamentas del cementerio de los Inocentes, trasladados en un macabro cortejo en una noche lúgubre de 1786. Las catacumbas acogen los restos de los cadáveres que yacían en cementerios antiguos y que comenzaron a ser trasladados por falta de espacio cuando se producía alguna epidemia. Allí estaban las calaveras, mirando desde el fondo de los siglos, tiritando aún víctimas de alguna fiebre mortal, muertos devorados por las bubas purulentas de la peste, por los bacilos negros y terribles de enfermedades antiguas. Imagino a Violeta deambulando por la Rotonda de las Tibias, por los osarios convertidos en pasillos laberínticos, por el Lavatorio de los Canteros, por la cripta de la Bastilla, que alberga a las víctimas de las revoluciones de 1830 y 1848, esos parisinos que se desangraron en las barricadas, sobre los adoquines de una ciudad que no olvida. ¿O sí?

En una esquina de la vitrina un documento explica que el puesto de mando del jefe de la red Rol-Tanguy se encontraba a poca distancia de un búnker alemán. Es curioso, quizás tan cerca como se hallaba la buhardilla de Violeta del hotel Meurice, cuartel de Von Choltitz, el general encargado de París, que finalmente desobedeció las órdenes de Hitler y decidió no bombardear la hermosa ciudad. Sonreí al pensar en la felicidad de Violeta cuando comprobó que París no fue otro Madrid bombardeado casi hasta su total destrucción. Respiraría tranquila al asistir a la salvación de la ciudad. La ciudad que fue su refugio y su escondite, la ciudad donde vivió, donde murió y donde se encuentra su tumba.

Cada vitrina es un nuevo recuerdo, un episodio que escapa del pasado. Quiero regresar al hotel para continuar con el relato de Violeta, interrumpido el 8 de mayo. Pero antes tengo que pasar por la galería dedicada a la deportación y es entonces cuando no puedo soportar los recuerdos. Mis recuerdos… Son recuerdos amarillos y atroces que evocan el campo de Mauthausen y los ciento ochenta y seis escalones de la cantera y aquel muchacho que tarareaba las sonatas de Bach dentro de uno de los barracones.

24

12 de mayo de 1944

Marianne ha traído algunas provisiones.

Olga ha muerto. La han decapitado.

Esta noche he visto la sombra de la guillotina en la Place de la Concorde. Suenan relojes de casas desaparecidas como si siguieran respirando.

No puedo dormir.

30 de mayo de 1944

He vuelto a «pasear» por París gracias a la guía. La primavera recorre las calles de la ciudad como si no se diera cuenta de que es imposible la vida, que parece cosa de magia que salgan las flores y que la brisa sea cálida y agradable. Esta belleza no es posible entre tanto horror. De día todo tiene una apariencia tranquila, falsamente amable, pero cuando cae la noche la ciudad se vuelve siniestra, como si su rostro se volviera grotesco. Parece que por la noche París no puede disimular sus ojeras, su cansancio, su respiración de ciudad moribunda, que ya no puede con tantos muertos y con tanta mentira.

Ya no existen los ojos en la calavera de Olga Bancic.

3 de junio de 1944

Extraño sueño. Creo que me aturde la lectura de esa guía de París. ¿Tendré fiebre? ¿Estaré enferma?

He soñado:

Que Luis XIV participaba de niño en la caza del zorro en los jardines del Palacio Real, muy cerca de esta Rue de Rivoli. Se escondía de mí detrás de una hilera de tilos.

Que las abejas del jardín de Luxemburgo me picaban y yo escapaba por callejones oscuros del París del siglo XIX.

Que asistía a un baile en los antiguos pabellones galantes

del Bois de Boulogne.

Que Comus, prestidigitador y maestro de física de los infantes de Francia, me desvelaba el secreto de los autómatas.

Que me emborrachaba en una bodega del siglo XIV descubierta bajo el refectorio de un antiguo convento de bernardinos en la Rue de Poissy.

Que continuaba ebria hasta el siglo XVIII con los jacobinos en el café Corazza y con los *sans-culottes* en el Caveau des Aveuges. Sin distinción. En el Corazza entablaba amistad con el abate Marchena, sevillano revolucionario, traductor de Voltaire y Rousseau, que cantaba una plegaria dedicada a la santa Guillotina.

Al despertar, sonaban en medio del silencio terrible unos violines lejanos y la herrumbre de la fachada de enfrente se tomaba de un color pavoroso de sangre cuajada y abstracta.

6 de junio de 1944

Magníficas e increíbles noticias. En la BBC, han anunciado que el ejército aliado ha desembarcado en las costas de Normandía. He colgado de la pared un mapa de Francia para señalar el lugar. ¿Estará cercano el fin?

10 de junio de 1944

Hoy no he podido sintonizar la radio. Se oye un bisbiseo que hace imposible la escucha. Me desespero sin noticias.

15 de junio de 1944

La portera ha vuelto a subir. Debe de ser por el susurro de la radio. He improvisado con los libros y el sillón un rincón en el que intento oírla. Sigo sin noticias. He tenido una pesadilla, pero no consigo recordarla.

20 de junio de 1944

Marianne me ha traído provisiones. Me anuncia que han sido detenidos algunos compañeros. Philippe Rentoit, que estaba escondido en un piso de la Place des Vosges, fue descubierto hace un par de días. No saben nada de él, pero sospechan que está siendo interrogado por la Gestapo. Espero que no delate a nadie. Philippe conoce, entre otras cosas, los lugares donde estamos escondidos algunos camaradas, así como el escondite de las municiones. También detalles sobre

la emboscada planeada contra Choltitz.

Parece que el ejército aliado sigue su avance, pero Marianne afirma que no pasarán por París. ¿Cuánto durará esto?

28 de junio de 1944

Hoy tengo mucho miedo. Pensaba que sólo escribiría algunas cuartillas, pero este cuaderno ya contiene varias páginas. Debería destruirlo. Escribir y destruir, pero me siento tan reconfortada cuando leo algunas páginas de este París por el que he paseado en mis fabulaciones… Sí, debería destruirlo, pero no puedo. Debería hacerlo porque todo está escrito, incluso el nombre de algunos compañeros. Si me encuentran, ni siquiera tendrán que torturarme para revelar mis secretos. Es absurdo. Me busca la Gestapo y yo confieso mis secretos en un diario. Pero no puedo dejar de escribir. Y además está mi memoria, que ha empezado a llamar a la puerta de esta buhardilla.

Esta tarde he recordado cosas del pasado. Al asomarme a la ventana, tras ese visillo que cada vez me asfixia más, me ha llegado un olor a estiércol, a campo, a aldea. Sin darme cuenta, he evocado uno de nuestros días de las Misiones Pedagógicas. Hacía mucho tiempo que no recordaba aquella experiencia. He echado en falta la fotografía que nos hicimos aquel día. ¿Dónde estará? ¿En qué lugar quedó abandonada? ¿Dónde estarán mis amigos?

Sólo tengo noticias de Agustín, que sigue trabajando en una red de resistentes que opera en el sur de Francia; y de Ernesto y López, detenidos por la Gestapo y deportados a un campo alemán. ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Seguirán vivos? ¿Y Luisa? ¿Y Val del Omar? ¿Y Adolfo? ¿Habrá sobrevivido en las cárceles franquistas? ¿Lo habrán fusilado?

Recuerdo aquella tarde en la que nos hicimos la fotografía y en la que prometimos escribir nuestras memorias. Es curioso, sin habérmelo propuesto, yo las estoy escribiendo. De hecho, son mi salvación en medio de esta angustia y esta soledad terrible. No, no destruiré este diario. Si me detienen, todo estará perdido. Qué más da todo…

3 de julio de 1944

Desde hace varios días me distrae pensar en nuestra época en las Misiones. Sobre todo recuerdo a López. Me divierte mucho recordar sus experimentos fotográficos y sus

filmaciones, como aquella broma de la novia congelada. Un día nos reunió a todos en una sesión privada para presentarnos a su novia. Estábamos expectantes. Nadie la conocía y la imaginábamos bella y misteriosa, porque nunca había hablado de ella y porque la obsesión de López con la armonía de la forma humana indicaba que esa mujer no podía ser vulgar.

Nos sirvió unas bebidas, un licor amargo que un aldeano de Talamanca del Jarama le había regalado en una de nuestras visitas, y apagó las luces. No era extraño que López preparara toda esa parafernalia para presentar a su novia. Era algo perfectamente lógico. La vida para él era un espectáculo digno de ser filmado y su novia debía de ser la principal estrella de su mejor grabación.

De pronto comenzó a sonar una voz dulcísima que entonaba una canción. No veíamos nada, pero parecía salir de un gramófono. Empezamos a impacientarnos. Entonces un ruido familiar quebró nuestro silencio. Era su viejo proyector, que escupía imágenes en blanco sobre la pared. Poco a poco fue surgiendo un paisaje y después la figura de niebla de una mujer. Pero ¿qué broma era ésa?

López no paraba de reír. Ésa era su novia. Bailaba con ella, se sentaba a su lado, charlaba con esa imagen proyectada, con esa alma de celuloide que olía a acetato y a aire de una tarde antigua. ¿Cómo habría filmado a aquella mujer de niebla?

Su novia filmada…

López quería grabar la vida. Con sus bártulos quería atrapar, congelar, domesticar el tiempo, pero puede que el tiempo lo haya devorado. ¿Qué habrá sido de mi buen amigo?

10 de julio de 1944

Hoy he tenido otro sueño extraño. López aparecía en la buhardilla contándome que había conseguido atrapar el alma de París. Había filmado todos sus secretos. La lectura de la guía y su recuerdo trastornan mis sueños de encerrada. No me resisto a narrar mi sueño de la aventura de López en este París en guerra.

Primero decía que junto a Ernesto había conseguido grabar la voz de Richelieu, enterrado en la capilla de Santa Úrsula en el Barrio Latino. Tenía una voz de caverna, líquida, como de río negro. Guardaron la grabación psicofónica para el Archivo de la Palabra, en el que ya vagaban las voces de

Baroja, Valle-Inclán o Margarita Xirgú.

Había filmado cada detalle del tronco de la acacia blanca de la Place Viviani, el árbol más antiguo de París. Yo recordaba haber leído este dato en la guía de la buhardilla poco antes de caer rendida en las trampas de este sueño raro.

Quizás la escena más increíble se producía cuando López me enseñaba fotogramas de la demostración que el físico Léon Foucault hizo con su péndulo para explicar la rotación de la Tierra bajo la cúpula del Panteón.

Mi amigo me mostraba además diversas fotografías de una fiesta especial: la que se celebró en 1914 en el Carrefour Vavin. Afirmaba que había sido el último baile antes de la gran guerra. Era emocionante ver imágenes de la cantante Kiki, la reina de Montparnasse. También me enseñaba fotos de la famosa tertulia de la Closerie des Lilas, que apostolaba todos los martes el poeta Paul Port. Aquí tengo que añadir que esa misma mañana yo había leído en uno de los volúmenes de la estantería el pasaje que Francis Carco dedica a estos encuentros en sus *Memorias de otra vida*. Ay, las trampas de la memoria emborrachada con los sueños y el miedo…

López detallaba con pasión cómo era el azul de París. Lo había descubierto grabando la luz de la tarde derramada sobre las estatuas del jardín de Rodin. Yo también creo haber descubierto ese azul imposible.

Había recorrido los cementerios de Père-Lachaise, Montmartre, Montparnasse y Paissy saludando a todos los ilustres yacentes a los que, por supuesto, había inmortalizado con su cámara. Me mostró todos los detalles de aquellas fotografías en un álbum que había titulado «Almas de camposanto».

Sin embargo, la filmación de la que estaba más orgulloso era la del salto que un día de febrero de 1912 realizó Reichelt, el sastre de Longjumeau, con un ridículo impermeable desde la torre Eiffel. En la grabación, que me proyectaba sobre la pared en la que tengo colgado mi mapa del avance de las tropas aliadas, se veía el hermoso salto del sastre, el momento imposible en el que logra volar y la caída vertiginosa y terrible de garabato ridículo sobre el cielo.

Finalmente, el mismo López me decía que tomara su máquina fotográfica, su querida leica, y lo inmortalizara dando el mismo salto definitivo desde la ventana de mi

buhardilla. Al ver que abría la ventana y saltaba, yo gritaba. Al asomarme, la oscuridad de la Rue de Rivoli en esta noche de guerra se lo había tragado en medio de un pavoroso silencio.

20 de julio de 1944

La radio anuncia que algunos militares alemanes han atentado contra Hitler. No lo han conseguido.

Desesperación.

22 de julio de 1944

Esta vez la portera ha estado aporreando la puerta. Ya no son sólo sospechas. Creo que hablo en sueños, pero ¿cómo controlarlos?

En la radio sigo oyendo sólo un zumbido.

Me he despertado al alba. Un amanecer malva teñía la ciudad.

31 de julio de 1944

En la radio he escuchado la gran noticia: el tercer ejército estadounidense al mando del general Patton se dirige a París. Hoy la ciudad me parece más hermosa que nunca.

10 de agosto de 1944

Llevo varios días sin noticias. Creo que he leído todos los libros de la pequeña biblioteca. He paseado mil veces por París con la guía que conozco a la perfección. Saludo a todos los pájaros que se posan en el edificio de enfrente. Podría detallar cada una de las sombras de este trozo de la ciudad, que conozco mejor que a mí misma. Y las campanas de todas las iglesias de París.

Esta pequeña buhardilla es una geografía que he estudiado a la perfección. Cada rincón es como un pequeño mundo que incluso tiene nombre: el archipiélago de cenizas (una mancha gris sobre la pared), la biblioteca de Montaigne (la estantería con los volúmenes que me salvan de tantas horas de soledad), la baldosa de las caras (con dibujos que sugieren rostros), la ventana de las nieblas (la visión tras el visillo).

Sólo me quedan unas judías en la despensa. Espero que no le haya ocurrido nada a Marianne y venga pronto con más alimentos, si no, tendré que salir a la calle para buscarlos. No tendré más remedio que vender los libros o las reproducciones de los cuadros para conseguir comida. Espero

que *monsieur* De Ville me lo perdone algún día.

25

«La vida para él era un espectáculo digno de ser filmado…», apunta Violeta en su diario *Los días de la Rue Rivoli*. Naturalmente habla de López, el camarógrafo, el fotógrafo, quien quiere beberse la vida para poder grabarla, para proyectar las sombras, las imágenes, el tiempo.

Pienso en Violeta y pienso en López mientras paseo por París. Pienso en Violeta que deambula por la ciudad a través de las páginas de un libro y se pierde, y divaga y duerme y suena. París en un libro. ¿En qué página estará esta plaza? Intento sumergirme en los ojos de Violeta, mientras intuye París tras las paredes de la buhardilla. ¿Vagaría por la Place de la Bastille, por Vendôme, por Pigalle? ¿Dónde me encuentro? ¿Existiría esta calle así, tal y como la leo en *Los días de la Rue de Rivoli*?

Claro que no. Ya no existe. Pasó, quizás quedó atrapada por el objetivo de un fotógrafo. López, claro.

Ahora estoy en Belleville y me propongo vagar por París, sin rumbo, sin destino, sin saber por dónde voy o quizás sí. Walter Benjamin dijo que para perderse por una ciudad era necesario cierto entrenamiento. Benjamin lo intentó a partir de su *Libro de los pasajes*, un intento de atrapar la ciudad. Un libro que se sale de las páginas, de las cubiertas, e invita a pasear por las fronteras: saltar del libro a las calles.

Mi París sería muy parecido al de López. El paseo de un cinéfago. Mi vida está construida a partir de toneladas de rollos de celuloide. Mis recuerdos son las películas que he visto. Soy las películas que he visto. Por eso veo unos charcos color *nouvelle vague* a los que me asomo como en los espejos destrozados por Adolfo el impostor y Ernesto el suicida. Una señora pasa con cara de Jeanne Moreau y recuerdo que no muy lejos está enterrado Léon

Gaumont, uno de los pioneros del cine, con sus estudios en Belleville, hermoso barrio de este París.

Paseo, deambulo, divago en este errar de cinéfagos por las casitas de la villa Castel, donde Truffaut rodó escenas de *Jules et Jim*. *Jules et Jim* es también París. Puedo reconocer perfectamente qué aire desprende o se mueve en esa película y sé que es el que ahora mismo descubro en estas calles de París. Cierro los ojos y aparece en mi memoria cinéfaga ese París donde Jules despide las cenizas de Jim y Katrine en el columbario mientras suena *Le tourbillon de la vie*. Justo aquí.

Los Campos Elíseos son Jean-Paul Belmondo y Jean Seberg paseando a lo Godard de *Al final de la escapada*; el Boulevard des Capucines, donde alguien se ríe por primera vez con *El regador regado*, es París, y la escalinata de la basílica del Sacré-Cœur es también París cuando baja a toda prisa el niño Antoine Doinel, *alter ego* de Truffaut en *Los cuatrocientos golpes*, que se sirve de él para hablar de su triste y desarraigada infancia. Cine autobiográfico, cine para la memoria. La memoria siempre.

Pienso en López intentando filmar la vida, su memoria y, por qué no, las ciudades, como París. ¿Intentó grabarla? Quizás exista otra cinta perdida que muestra el París de López, su ojo-cámara devorando estas calles, estas plazas, la lluvia, los gestos de sus habitantes. Como Dziga Vertov, el documentalista que filma San Petersburgo en *El hombre de la cámara*, una de mis cintas preferidas con ese ojo-cámara que todo lo graba. Admirables todos los que intentaron atrapar el alma de una ciudad en el vientre de los fotogramas.

En París paseo como si contemplara la ciudad proyectada en una gran pantalla en blanco impoluto, para mostrar esos colores limpios e imposibles de la *nouvelle vague*, como el de estos charcos. O recuerdo la inquietante cinta de René Clair *Paris qui dort*, en la que todos los habitantes de la ciudad se quedan dormidos excepto el vigilante de la torre Eiffel. París dormido, soñando extravagancias como las de Violeta en su duermevela de pavor, como hacían los surrealistas con sus veladas hipnóticas en las que el poeta Robert

Desnos se perdía en los laberintos del sueño sin saber si despertaría y con una obsesión que seguro también tendría López: la posibilidad de filmar las pesadillas.

Siempre que viajo busco en las ciudades los lugares secretos de su historia fílmica. ¿Deformación profesional? ¿Obsesión patológica? De Londres recuerdo el Museum of the Moving Image con aquellas sombras chinescas y una mano enorme con hormigas que evocaba a Buñuel y la vanguardia. De Moscú el Gosfilmfond, la cinemateca de Rusia, en la ciudad de Belye Stolby a cincuenta kilómetros de la capital. De Viena me quedo con el museo del Tercer Hombre, un pequeño museo con cierta tendencia *kitsch*, pero entrañable, porque está dedicado a una sola película. Una ciudad que recuerda una película que intentó retratarla.

Ahora paso por el Faubourg Saint-Honoré y *voilà*, la sala Pleyel. Mi memoria cinéfaga abre el cajón de su archivo para recordar que éste fue el lugar donde en los años veinte se celebró un homenaje a Georges Méliès. Alguien había encontrado, viejo y casi derrotado, al gran genio del cine vendiendo golosinas en un quiosco de la Gare de Montparnasse. Otra víctima del olvido. Nada quedaba en aquel anciano del mago del cine que fue capaz de convertir en espectáculo el gran invento que aún no había salido de los barracones de feria.

Y ahora mismo estoy delante de la sala Pleyel, ajena quizás a su pasado. Si ahora pregunto a alguno de los ajetreados transeúntes si recuerda que aquí tuvo lugar ese homenaje a Méliès, probablemente contestaría que no, negando con una sombra de sospecha en el rostro, desconfiando de quien le habla, buscando donde está la cámara que filma la broma. Pero no se trata de una broma, sino de algo inquietante. El mundo no resiste a los que se empeñan en recordar, a los enfermos de la memoria.

Sí, es mejor olvidar, quizás más sano y saludable.

En esta sala Pleyel se proyectaron las películas del viejo Méliès, pero hay una muy especial, una que me recuerda a López y sus misteriosos fotogramas e instantáneas que intentan atrapar el tiempo. Los que asistieron a aquel espectáculo contemplaron sobre la pantalla una película realizada precisamente para aquel homenaje en la que aparece un Méliès que recorre París sin poder encontrar la sala Pleyel. No puede hallarla y divaga, pasea, se

pierde como un viejo que no puede recordar.

Pero Méliès no encuentra la sala porque apenas puede andar. Tiene las piernas enredadas con rollos de celuloide. Y apesta a acetato, aunque eso lo añado yo. Aún no se ha inventado el cine que desprenda olores, pero yo sé cómo huelen algunas películas.

Las de Murnau huelen a ámbar y en Fritz Lang he descubierto un extrañísimo olor de tierra mojada.

Méliès pasea y pasea, perdido y enredado, hasta que hace su aparición sobre la pantalla de la sala Pleyel ante el sorprendido auditorio. Atravesando la pantalla. Otro delicioso truco de ilusionismo. ¿Qué se puede esperar de un arte que se crió en los barracones de feria y cuyos pioneros eran ilusionistas, magos, artistas del escapismo, trucadores?

Ahora pasa por esta calle —¿Faubourg de Saint-Honoré o ya recorro los grandes bulevares?— una mujer con la cara de Lillian Gish o quizás sea más parecida a Estelle Taylor en *When New York sleeps*: boca pequeña y rostro ovalado. También cruza la calle un joven con la frente y la barbilla audaz de Robert McKim en *The silent man* o en *La marca del zorro*. Y otro con bigote a lo Adolphe Menjou. Hubo un tiempo en el que estaba obsesionada por relacionar los rostros de la gente con los de las estrellas del cine mudo. No sé por qué ahora vuelven estos rostros de las *silent movies*. Mary Pickford y su carita de mosquita muerta, la rubia melena de Thelma Tood en *Her private life* o Rex Ingram, apuesto y bellísimo en *Scaramouche*. Todos son fantasmas ancianos, espectros que siguen deambulando por las pantallas de cine, perdidos y vagando por los fotogramas del *silent movie*, intentando recordar qué hacen atrapados en ese instante si ya hace mucho que murieron, que deberían estar en sus tumbas y no así, jóvenes y hermosos, felices y atractivos. Tendrían que oler a viejos, a piel fermentada, a copias ya imperfectas y deterioradas de lo que fueron en su juventud, como mis fantasmas del club que recorren este Bois de Boulogne entre espejos rotos, charcos con color de *nouvelle vague* y flores vencidas.

Devorados por cinéfagos.

26

15 de agosto de 1944

Me he despertado en mitad de la noche y he creído ver unas sombras en la pared, pero eran sombras con relieve, como personas que estuvieran atrapadas dentro de la pared. Quizás sean los antiguos habitantes de esta buhardilla que siguen ocultos dentro de la casa, esperando que yo me reúna con ellos cuando se acerque mi último día.

17 de agosto de 1944

Radio París ha suspendido sus emisiones.

Cada vez entran ambulancias con más frecuencia. El frente debe de estar cerca y los heridos aumentan. Se oyen bombardeos aún lejanos. Parece que hay huelga de correos, de tranvías y del metropolitano. París por fin se rebela.

19 de agosto de 1944

Desde la ventana se pueden ver columnas de humo en las afueras de París. Se oyen disparos por todas partes. Los alemanes están evacuando a los heridos. ¿Será el principio del fin?

22 de agosto de 1944

Mi sueño ha sido estremecedor. Tal vez provocado por ese horizonte de fuego en los suburbios de la ciudad.

Primero entraba por la pequeña ventana de la buhardilla un olor de nenúfares de la Orangerie, el antiguo invernadero de naranjos, que muestra la sala de los nenúfares de Monet. Advierto que el pintor tiene las piernas verdes, llenas de musgo, y el pecho arrugado de estar demasiado tiempo en el agua.

De pronto, comienzan a surgir las más extrañas escenas. Arden los teatros de París y el Louvre. De sus puertas

aparecen la Gioconda sin cabeza, la Venus de Milo agitando sus brazos fantasmas, mientras que la Victoria de Samotracia muestra un hermoso rostro que pide auxilio y desprende un aliento con olor a aguas del Egeo.

Estoy asomada en la ventana, no me importa que me descubran. Veo arder París y los tejados adquieren un color de cuadro de Veronés, como si los personajes de *Las bodas de Caná* también hubieran huido del Louvre y ofrecieran la tonalidad de sus vestidos a las calles aterradas de París.

En la ventana de enfrente veo a la encajera de Vermeer, que deja de atender a su labor, asustada por las botas nazis que recorren esta Rue de Rivoli desalojando a la gente de sus casas para fusilarlas contra las paredes.

Los autorretratos de Rembrandt repiten obsesivamente: «Mirad la ciudad por última vez» y en el patio del Palacio Real, Molière agoniza en el último acto de su vida.

Me he despertado temblando de terror.

27

Es curioso leer el diario de Violeta Castro. Me parece estar leyendo una novela en la que en realidad soy la narradora omnisciente que todo lo sabe. Comprendo su miedo, pero sé lo que va a ocurrir. Sé que sólo faltan dos días para que el ejército aliado libere París, para que en el cuartel de Von Choltitz en el hotel Meurice —a un tiro de piedra de la buhardilla secreta de la Rue Rivoli— ondee una bandera blanca, para que se celebre la primera noche de la victoria en la Place del Hôtel de Ville, para que los blindados suban por la Rue des Archives en la victoria definitiva. Yo sé todo eso, pero ahora leo estas líneas y puedo entender su horror, su miedo, la pesadilla de ver París destruido, ese París por el que pasea gracias a la guía liberadora.

Violeta pudo celebrar esa victoria, beber y besar a los soldados que habían liberado la ciudad, creyó durante algún tiempo que después llegaría el turno de Madrid, vivió en París esperando ese milagro, sufrió asistiendo a la muerte de un sueño, esperó y esperó hasta que un mal la devoró por dentro. Falleció en 1955 de un cáncer de ovario. Y ahora busco su tumba en el cementerio de Père-Lachaise, donde reposa desde entonces, donde quizás me esté esperando para que charlemos sobre el París que vio aquellos días encerrada en la buhardilla de Rivoli.

Recuerdo parte de su historia por el relato que Adolfo incluía en sus cuadernos a raíz de que ella le desvelara en sus cartas el paradero de las cintas de las Misiones. Esas cartas a partir de las cuales construye su vida apócrifa, su meticulosa mentira. Después de la guerra, Violeta decidió quedarse en París. Conocía bien el francés y comenzó a trabajar como ayudante del departamento de Literatura Española de la Sorbona. Durante años se dedicó en cuerpo y alma a elaborar un catálogo de los libros españoles en las bibliotecas de París. No se casó ni tuvo hijos y la muerte se la llevó

demasiado pronto. Antes de terminar su inventario, antes de ver cómo Madrid volvía a ser libre, antes de tantas cosas. Por eso busco su tumba prematura, esta tumba de exiliada que ella presintió en su diario.

Paseando por este lugar apacible recuerdo la ciudad de los muertos de Italo Calvino, Laudomia, la ciudad que era como un espejo, con habitantes que eran como los dobles de la ciudad de los vivos. He consultado el registro de enterramientos y busco la tumba de Violeta Castro, exiliada española. En este insólito itinerario me topo con más turistas que familias en duelo. En realidad, el Père-Lachaise parece un gran tablero donde los turistas juegan a buscar las tumbas de celebridades. La trivialidad gana la partida a lo macabro, sobre todo, al pasar por la tumba de Jim Morrison, la estrella del camposanto, que maldice a los que no le dejan oír el silencio de su sueño de muerto-estrella. O la también visitada tumba de Victor Noir, el periodista muerto en duelo por Pierre Bonaparte, al que las mujeres atribuyen propiedades fecundativas si acarician sus genitales de bronce, gastados y brillantes por tanto roce como de santo en besamanos.

Me alejo de las giocondas de este cementerio para adentrarme en la Division 47, donde están las tumbas y monumentos memoriales dedicados a los muertos en los campos de concentración y durante la liberación de París, muy cerca del llamado Muro de los Federados, donde fusilaron a los supervivientes de la batalla del Père-Lachaise en los últimos días de la Comuna de París. ¿Cómo debió de ser esa noche en la que se vivió el horror de una batalla entre las tumbas y los panteones?

Pasear por los cementerios, por las Laudomias de todas las ciudades, es como descubrir ese otro lado del espejo, el mundo viscoso en el que pasean los dobles de cada uno de nosotros, esperándonos. El lugar en el que se perdieron los dobles de Adolfo y de Ernesto, esperando su turno para saltar al otro lado y hacer desaparecer al otro, al farsante, al impostor dentro de la luna de los espejos.

Recuerdo los cementerios de Lisboa, de Roma, de Amsterdam, de Tokio, de Lima, de Venecia, de Praga. He paseado por ellos para descubrir el alma dormida de las ciudades, quizás no sea más que otra forma de atrapar el tiempo, como intentaba hacer López con su

cámara. En las Laudomias de todas las ciudades hay alguien que te espera. En el cementerio de Venecia busqué las tumbas célebres de Diaghilev y Stravinski y la del barón Corvo, después de haber tomado un vapor hasta el camposanto de San Michelle. En Praga busqué incansablemente a Kafka.

Es un extraño turismo fantasmagórico. Quizás busco fantasmas para no pensar en los que me persiguen.

Goethe cuenta en su libro *Viaje a Italia* que también visita en Venecia el cementerio judío y el protestante, totalmente abandonados. Y yo he recordado un paseo por el cementerio protestante, de los herejes, del cementerio de San Fernando en Sevilla. Qué miedo, qué paz y qué fascinación al pisar aquella tierra de heterodoxos, de desterrados en los arrabales del camposanto, de exiliados hasta en la muerte. Recuerdo, o creo recordar, que allí crecía la hierba como en los lugares del norte. El cementerio de San Fernando es un lugar seco, de tierra y cal, con ese horror de sol que tiene la muerte en el sur. Sin embargo, allí había hiedra y musgo y una niebla parecía acariciar las tumbas.

Como en esa tumba que se llena de lluvia, de tierra, de insectos, del aire enrarecido de los cementerios. Ese aire que vaga en estos fotogramas que no puedo olvidar.

Aux morts de la Comunne de mai 1871
21-28
, se lee en una placa del Muro de los Federados. Paseo por Père-Lachaise como si estuviera dentro de uno de los sueños de Violeta. Creo que mis sueños se parecen demasiado a los de ella. Y yo paseo por donde ella me indica desde el otro lado del tiempo. Mi voz se confunde definitivamente con la suya. Es un itinerario a la deriva, casi con la intención de perderme, de extraviarme para no pensar demasiado en la realidad. Salvada por la ficción, por las páginas de aquella guía de París. La ciudad dentro de un libro. Otra vez.

Y en una página aparece el recuerdo inevitable, que nunca podrá borrarse, ese recuerdo amarillo que ahora parece teñir los memoriales dedicados a las víctimas de los campos. Con el granito de la cantera maldita está hecho el de Mauthausen, que incluso muestra una escalera simbólica: «10.000 republicanos españoles muertos en deportación; 25.000 caídos al lado de las tropas aliadas en los maquis o fusilados». ¿Por dónde vagará el espectro de

Ernesto?

Y el memorial a los voluntarios franceses de las Brigadas Internacionales. ¿Cuántos de ellos hablarían con Adolfo, con Ernesto, con López en aquella guerra lejana? Veo las tumbas de los pilotos de la escuadrilla España, mandada por André Malraux, el batallón Domingo Germinal, el Henri Barbusse, el grupo Ana Paukr… Y la tumba de Gerda Taro, la compañera de Robert Capa, destrozada por un tanque en la batalla de Brunete.

¿Dónde estás, Violeta? Ya desespero en esta Laudomia llena de recuerdos españoles.

28

23 de agosto de 1944

Durante más de una hora he estado observando estas pinturas de París que cuelgan de la pared del atardecer, que es el nombre que le he puesto al muro donde resbalan las luces anaranjadas de la tarde.

Hace días que por la noche cortan la luz y el gas, aunque yo hace mucho que escribo a oscuras. Sigo observando todos los detalles de las pinturas de la pared. Ahora, en la oscuridad de la noche parece que guardaran dentro una luz imposible.

Me he quedado casi dormida, entre la vigilia y el sueño, y he paseado por un París que ya no existe, contemplando esas casas que se construían sobre los puentes para dar un falso aire veneciano a una ciudad que desapareció hace siglos.

He visto París en el vientre de los lienzos, como si la verdadera ciudad hubiera desapareado y ya sólo pudiéramos mirarla a través de las pinturas que en un tiempo se hicieron copiando del natural.

He contemplado la estación de San Lázaro, según la visión de humo y vapor de Monet; la torre Eiffel de colores imposibles pintada por Delaunay o la avenida de la Ópera que inmortalizó Pissarro.

Desde hace días no cesan los bombardeos, el fuego de artillería, las balas perdidas. He recuperado todas las pesadillas del Madrid de la guerra. Vuelvo a tener ese sueño ligero, con las bombas que me despiertan en mitad de la noche. Tengo la sensación de no haber despertado y que la vida no es más que un sueño interrumpido entre bomba y bomba.

Con Madrid han vuelto todos mis recuerdos. Los recuerdos de mi vida. ¿Será que sólo puedo mirar hacia atrás porque mi fin está cerca? He sentido un dolor intenso por perder mis recuerdos españoles y estos días saboreo las palabras y los

nombres de los lugares, como los que recorríamos en los tiempos alegres de las Misiones: sierra del Rañadoiro, valle de Arán, sierra del Guadarrama y Somosierra con sus caminos de herradura y aquellos romances de flor de leyendas. Qué hermosos aquellos días en que repartimos la biblioteca itinerante por los faros de Menorca. Los libros iban circulando por aquella geografía marina de los faros, oliendo a mar, a gaviotas, a salitre. Aquel faro de Caballería en el que leí los poemas de Antonio Machado mientras olía a mar y a viento.

Ahora mismo, en este preciso instante, vuelven a sonar las bombas. Huele a muerte en París. Pero también, justo ahora, bailan los niños de aquella aldea cuyo nombre no recuerdo. Ernesto les cuenta historias del niño Mozart mientras suena *La flauta mágica* en el gramófono. Ahora mismo, en este preciso instante bombardean París, pero también bailan los niños de las aldeas, todo es posible, porque López nos fotografía y congela el tiempo. Y esto no es más que un sueño interrumpido tal y como imaginaba.

O quizás un trassueño: ¿Quién ha abierto este escondrijo de los recuerdos? ¿Dónde está la llave, que quiero cerrarlo? No puedo, se escapan, huyen por esta buhardilla los pueblos dormidos, los cantizales, el retablo de fantoches, las luces de carburo, Charlot resbalando, los viejos candiles, los grabados de Goya, un encaje a la aguja, anafes y olor a aceitunas, el barro del Tajo, el conde Lucanor, el vino dulce, un billete de tranvía Gran Vía-Sol, mantas traperas, el *Romance del conde Olinos*, almirez y tinajas, cantigas serranas, nuestra amistad errante, el pacto por la memoria, el sueño, este sueño, mi sueño…

24 de agosto de 1944

No puedo creer lo que acabo de oír por la radio: «Los tanques han entrado en la Place de l'Hôtel de Ville».

Me acabo de asomar a la ventana y hay un gran júbilo en las calles. No hay luz y parece que los tanques han entrado con antorchas. Suenan las campanas de París. Las conozco tan bien que podría detallar cuándo suena cada una: Notre Dame, las cercanas de Saint-Roch y

l'Auxerrois,
la Savoyarde del Sacré-Cœur, la campana más grande de París con su voz profunda, de caverna de bronce.

La gente se agolpa, grita, aplaude, ríe, llora…

Aún hay combates en otros distritos de París, pero voy a bajar. No puedo más. No me importaría morir esta noche. Tengo que celebrar esta noche. Aunque sea la última.

25 de agosto de 1944

Era cierto. Es cierto. El ejército aliado libera París. Anoche, en la Place de
l'Hôtel
de Ville hubo una fiesta interminable. No sé a quién abracé, no sé a quién besé, no sé con quién me emborraché en las bodegas secretas que parecen haber surgido de los sótanos de la ciudad para celebrar el fin de la pesadilla.

Me he despertado al alba en los jardines de las Tullerías abrazada a un joven soldado norteamericano. Me ha dado un beso y un cigarrillo que nos hemos fumado juntos. Aún siento el sabor de su boca y el del vino de la victoria. Me he despedido de él. Probablemente, no nos veamos nunca más. Es raro, ni siquiera sé su nombre y tampoco recuerdo habérselo preguntado.

He subido a la buhardilla y allí he descansado un poco. Parece que los soldados se dirigen hacia los Campos Elíseos rumbo al Campo de Marte. Acabo de verlos subidos a los blindados, con los rostros felices, aún con el polvo de la batalla, con ese asomo de furia y rencor que nunca borrarán de sus ojos. Unos blindados que tienen nombres españoles, porque son guerrilleros republicanos los que han ayudado a liberar París, como harán con Madrid. Los blindados con nombres que me suenan a escalofrío porque llegan desde el fondo de mi memoria: *Don Quijote, Brunete, Madrid, Belchite, Guadalajara…* Qué bien suena *Guadalajara*.

He saludado desde la ventana a los soldados que miran hacia arriba. Parece imposible, pero en uno de los carros de combate que besan los adoquines de París acabo de verlo, acabo de ver cómo saludaba feliz y eufórico, detrás de su cámara leica, inmortalizando este momento, congelando el instante de la victoria. Es López, mi amigo López está vivo…

III

LA LÓGICA DEL ESCORPIÓN

1

He decidido buscar los últimos eslabones de esta historia. Desde que terminé la lectura del diario de Violeta Castro no he podido dejar de pensar en López y su sorprendente aparición sobre uno de los blindados de Leclerc que liberaron París. Yo pensaba que López era el fantasma de esta historia, un espectro que aparece y desaparece sin irse del todo; que me muestra su álbum secreto, su fotobiografía en marcha, un itinerario de instantáneas en el que busca inmortalizar su propia muerte. Pero su muerte se multiplica, juega —quizás sin querer— a exhibir sus tumbas, las fosas que arrastra sin decidirse a yacer del todo. Quiere ser un muerto viviente, un espíritu que sigue repitiendo una y otra vez aquella fotografía *antes de todas las nieblas*, antes de los traidores, antes de los cobardes.

Buscaré los últimos eslabones de esta historia para saber qué fue de López y si cumplió con su sueño de congelar el tiempo como método para escribir sus memorias, su pacto con el club de aquellos jóvenes que tuvieron que dejar de serlo tan pronto.

López es un fantasma con demasiadas tumbas. Lo veo dibujado como Jesucristo en aquella copia del Greco que pintó Agustín y proclamando que él será carne de resurrección y que, por lo tanto, morirá y volverá a vivir, que ningún sepulcro es suficiente para él.

Lo busco en las cartas de Luisa Galán que hablan de los días grises en los campos franceses, poco después de la derrota; aparece filmando a las tropas vencidas de los desterrados —hacia detrás y hacia delante—; proyecta las imágenes en el hospital Varsovia ante los ojos atónitos de su amiga; vuelve a desaparecer para surgir en las redes de la Resistencia; es detenido por la Gestapo; deportado a Mauthausen; burla de nuevo el destino y logra escapar, aunque según el relato de Ernesto es fusilado. Pero no importa, López es una anguila escurridiza para la muerte. Su fotobiografía no

terminará en un campo de exterminio. Quizás Ernesto se confundió, divagaba porque estuvo enfermo en las últimas semanas antes de la liberación de aquel *lager* de la muerte. Tal vez no presenció cómo López volvió a escapar o cómo consiguió con habilidad engañar a la muerte de glaucos ojos nazis. Sí, es probable que Ernesto en la nebulosa en la que permaneció en los últimos días no asistiese a la penúltima epopeya de López y se conformó con los rumores, con la leyenda del héroe fusilado por haber intentado escapar. ¿Qué ocurrió realmente con López? ¿Libera París y, al mismo tiempo, muere fusilado en Mauthausen? También es posible que fuera detenido por los nazis tras la liberación de Francia, en el otoño de 1944, cuando el ejército alemán se retira hasta Berlín, resistiendo hasta la última derrota. ¿Qué te ocurrió, López? ¿Dónde está tu verdadera tumba?

Quizás fue Adolfo quien mejor lo conoció. Conocía su habilidad para engañar a la muerte. Por eso, le inventó tantas tumbas, como ese nicho 14 en el cementerio de la Madeleine, donde lo dejó yacer como héroe de guerra. Sí, temía su capacidad para escapar de todos los finales, por eso le inventó tantos, por eso jugó a aplastar a ese insecto escurridizo que nunca dejó de hacerle fotografías, señalándolo como un traidor. Y escribió en sus memorias de farsante la venganza contra su amigo, contra su personaje favorito: «Llamaremos a ésa su primera tumba. Pero ya verán que no es la única. Yo me encuentro a veces con su fantasma».

Y yo.

Desde hace días busco su rastro y el de Agustín Vayas en varios foros de internet dedicados a desvelar el destino de los desaparecidos en la guerra civil. Sé, gracias a la vaga precisión de los papeles del pacto de la memoria, que Agustín se marchó a México y que siguió pintando allí. No sé si aún vive. Ni siquiera me importan ya las cintas de Val del Omar, que parece que Agustín se llevó en el viaje a su nueva patria. Ya tengo claro que viajaré a México en cuanto descubra algún dato sobre él. Sé que allí está el final de esta historia. Pero ¿y López? ¿Habrá alguna tumba en este París donde quizás aún se pudre junto a los rollos de celuloide y sus álbumes de fotografías que le sirvieron como sudario para una inmortalidad de espectro que no murió del todo? Buscaré en todos los cementerios de París. Y después, después…

Es curioso buscar la huella de unos desaparecidos, de estos náufragos que no pudieron regresar, en los vastos océanos de internet. Lanzo una botella con mensaje por si alguien pudiera darme la limosna de una pista. Pero nadie contesta. Descubro una red cibernética sobre el estudio y la difusión del exilio republicano de 1939 creada por investigadores interesados en el tema. Se llama REDER y existe la posibilidad de incluirte en una lista de correo electrónico múltiple con el fin de estar informada al instante de todo lo relacionado con este asunto. Es como una comunidad virtual de personas interesadas en este episodio de la historia todavía vivo. O casi.

También aparecen mensajes desesperados con historias increíbles de hijos que nunca volvieron, de padres sin epitafios, de nietos que rescatan los fugaces y frágiles recuerdos familiares para recrear los últimos días de sus abuelos sin tumba. En otra página electrónica encuentro una sección dedicada a microbiografías de desaparecidos con relatos pavorosos: «No encuentro a mi abuelo. Ni entre los vivos. Ni entre los muertos».

Hay un apartado dedicado a los exiliados donde se relatan sus epopeyas y cómo casi todos sufren el mismo final para su historia: el olvido. Los hay que mueren en tierras lejanas y que nunca se pudieron adaptar a las costumbres, a la patria prestada, que siguieron siendo como plantas inconstantes con las raíces al aire, viviendo sin vivir, como si su otro yo se hubiera quedado en el lado opuesto. Cómo puedo entender a Adolfo y su obsesión con el otro yo, el que pudo ser, pero no fue porque escogió la vida de los vencedores.

Hay otros exiliados que lograron regresar a España, pero se encontraron con un lugar que no reconocían. Otros, la mayoría, reposan en cementerios de países extraños, cansados de saludar a muertos que no reconocen.

Pero el exilio no termina, continúa escribiendo nuevas historias como las de inmigrantes que llegan a nuevas tierras y explican su tormento, el desexilio, la contranostalgia. Encuentro mensajes amargos en un *blog* a modo de Moleskine que es como un eco, una versión contemporánea de las memorias del club de mis fantasmas.

—«¿Exiliado? No sé, quizás cuando lloro a solas».

—«No extraño a mi país, sino a mí mismo cuando estaba allí,

echo de menos una parte de mí con un fondo. Es difícil de explicar».

—«No puedo soportar que aquí atardezca tan pronto».

Un *fotoblog* de un exiliado en París —otro que intenta domar su nostalgia con la fotografía— detalla la etimología de la palabra exiliado, quizás para liberarse del lastre del desarraigo. Y afirma que, aunque la palabra viene del latín, fueron los griegos quienes inventaron el castigo de expatriar a los indeseables. Estos «indeseables» que ahora busco en los océanos de internet donde quizás navegue aún uno de esos barcos del exilio —el *Sinaia*, el *Méxique* o el *Ipanema*— para llevarlos a todos hasta ultramar como apestados que sólo merecen el olvido.

Pero *eureka*.

De López he encontrado otro rastro al consultar la edición digital de la revista *Triunfo*. O tal vez sea una fantasía mía.

Veamos: En uno de los números de 1975 leo un amplio reportaje sobre los españoles que liberaron París y es como si descubriera otras páginas cómplices del diario de Violeta, el revés de *Los días de la Rue de Rivoli*. La revista cuenta la batalla de París protagonizada por nombres españoles, como el que tenían los blindados que llegaron hasta el Arco del Triunfo para rodear al De Gaulle victorioso que se fotografía ante la tumba del soldado desconocido.

Leo el nombre de José Barón Carreño, *Robert*, que cae en una barricada de París en ese agosto de 1944; leo el nombre de otro héroe olvidado, Antonio Gutiérrez, que será quien llegue al despacho de Von Choltitz; leo los nombres en las tumbas de un cementerio en el que reposan miembros de la Novena Compañía de Leclerc, que liberó la capital, y que también tienen apellidos españoles: Roberto Helio, José Reinaldo, Constantino Pujol, Manuel Sánchez, Pascual Vidal, Luis del Águila… Más fantasmas olvidados.

Pero no encuentro a López.

Me detengo en un plano en el que se muestra el recorrido victorioso por París: Rue des Archives, Place del Hôtel de Ville, Campos Elíseos y la Rue de Rivoli. Casi podría ver en el minúsculo mapa la buhardilla de Violeta mientras relata esta historia.

En la última página hay varias fotografías de algunos de los españoles que liberaron París. Posan eufóricos sobre los blindados, borrachos de vino y victoria. Sonríen, están abrazados, les une la

complicidad de una epopeya que pocos se han molestado en escribir. Están en el Bois de Boulogne, el lugar donde acampó la Novena, dos días después de la batalla. En el pie de foto, leo sus nombres: «Federico Moreno, alférez del *Don Quijote*; Ramón Gualda, el chófer-mecánico del *Madrid*, y el teniente Amado Granell fotografiados por otro camarada».

¿Sería López?

2

Son las dos de la mañana. No puedo dormir. Hoy he visitado la Cinemateca de París. En mi absurda obsesión, he buscado fotografías, documentales, filmes que estuvieran realizados por un tal López. No sé, quizás se convirtiera en un aficionado que legó sus experimentos fílmicos a esta Cinemateca antes de morir, si es que ha muerto. O tal vez pertenece a la asociación de amigos del cine, o es uno de los cientos de suscriptores de la publicación oficial de la institución. Mi búsqueda ha entrado definitivamente en el territorio de la desesperación.

Aún tengo en la mente el sonido del arrastre de las películas antiguas en las que he buscado a López. Es un sonido familiar. Es lo que he hecho toda la vida: restaurar cintas demasiado viejas, fotogramas heridos de tiempo, que pasan como viejos cansados, haciendo ruido por su material achacoso. El sonido del arrastre de las películas lo llevo dentro desde hace mucho tiempo. Pero no es un ruido de material deteriorado por el paso de los años. El arrastre de las cintas de mi vida es lento y pesado porque lleva demasiadas sombras dentro. Quisiera borrarse, aligerar tantos recuerdos. Pero no puedo. ¿Cómo podría restaurar la vida que pasa ante mis ojos desde hace tantos años?

La vida que no quiero recordar.

Continúa en mi mente el arrastre de esas películas en las que no está López. Ni delante ni detrás de las cámaras. También he recorrido el Memorial de Leclerc y el museo de Jean Moulin, aquel héroe de la resistencia asesinado por la Gestapo y que Adolfo Prieto en su delirio de impostor afirmaba haber visto una madrugada febril de miedos y mentiras.

Estoy obsesionada con el fantasma de López. He creído verlo en los documentos, en las fotografías de aquellos días, en las escenas en las que las autoridades francesas victoriosas colocan medallas al

valor en el pecho a los camaradas patriotas. Casi ninguna cuelga en la solapa de los héroes españoles. Preparaban una nueva guerra contra Franco. Pensaban que los aliados, los vencedores de la segunda guerra mundial los ayudarían a barrer España de la escoria franquista. Pero no fue así. Ellos fueron los barridos por la historia, tanto que se quedaron sin patria. Al terminar todas las guerras no sabían adónde volver, ni siquiera tuvieron la suerte de Ulises, navegando durante años en busca de Ítaca. ¿Dónde está la Ítaca de los exiliados españoles? Desde entonces, estos personajes de las fotografías que veo posar felices en el museo Jean Moulin han desaparecido de la historia o quizás siguen vagando en ella, como si vivieran en el vientre de una historia apócrifa.

Esta mañana he paseado junto a todos los fantasmas que han fotografiado París. Allí estaban el fotógrafo Nadar con sus retratos de personajes célebres, el misterioso Atget y su fantamasgórica visión de la ciudad en sepia, Robert Doisneau y los soportales de la Rue Rivoli, el refugio de Violeta. Hacía las fotografías que ellos me iban indicando, pero yo sabía que el álbum de instantáneas estaba dedicado a López. Es como si hubiera mirado la ciudad a través de sus ojos. Los ojos de López atrapando París. Ahora tengo un pequeño álbum de fotografías sobre aquel París de la Resistencia. La ciudad está llena de placas conmemorativas: en la Rue au Marie está la dedicada al grupo Manouchian, los amigos tan queridos de Violeta —*à la mémoire de ceux de Rouge l'Affiche*—; en el Quai de la Tournelle, frente a Notre-Dame, inmortalizo otro homenaje a los héroes de las barricadas de aquel agosto de 1944. Anoto los nombres, fotografío la placa y la última imagen de París que tuvieron los muertos.

Las tumbas de París que habría fotografiado López.

Son las dos de la mañana y París está en silencio. Casi parece que guarda el silencio de aquellas noches del toque de queda que tanto asustaban a Violeta. Confundo el murmullo de los insomnes con los gritos que se escapaban de las cámaras de tormento de la Rue des Saussaies, donde los nazis establecieron el cuartel de la Gestapo. Y alguien, una muchacha como Violeta, quizás perdida en la niebla sin tiempo de la guerra, sigue paseando de madrugada por las calles, sin saber que la guerra ha terminado, que sólo suenan las

suelas de madera de sus zapatos sobre el pavimento.

Me asomo a la ventana y veo la ciudad hermosa, llena de luces. Por un momento la he imaginado oscura y siniestra, apestando a muerte, llena de agujeros, de madrigueras, de cuarteles para las borracheras nazis. Otra alucinación.

Acabo de recibir un correo electrónico.

Fecha: Sat, 9 de junio 2004 02:01
De: «Mariano Vayas Martínez» marvay@yahoo.com
Asunto: Re: [REDER] Fw: Búsqueda del pintor Agustín Vayas
Para: REDER@LISTSERV.REDIRIS.ES

Estimada señora:

Saludos desde México. Leí su petición sobre el pintor español Agustín Vayas, exiliado en México. Es mi abuelo. No se imagina cuánta ilusión me ha hecho pensar que alguien en España, su patria, está interesado en saber de él. Con gusto podría contarle muchas cosas. Es más, mi abuelo aún vive. Me agradaría mucho poder establecer comunicación con usted. A la espera de su pronta respuesta, le dejo mi número de celular: 5554001234.

Reciba un saludo,
Mariano Vayas Martínez

3

1927. Charles Augustus Lindbergh atraviesa el Atlántico sin escalas en su monoplano *Spirit of Saint Louis*.

Amelia Earhart desaparece en 1937 en algún lugar del Pacífico. Nunca se encontró su cuerpo.

Günther Lützow, aviador y militar alemán que participó en el bombardeo de Guernica con la Legión Cóndor, desapareció en combate sin dejar rastro en abril de 1945, pocos días antes del hundimiento del Tercer *Reich*.

Julio de 1944. Se pierde el rastro de Antoine de Saint-Exupéry en las aguas de Córcega.

Es curioso. Mientras Violeta Castro escribe *Los días de la Rue de Rivoli*, el piloto francés, que remonta los cielos camino de la Francia ocupada, se precipita desde las alturas. Antes había escrito dos novelas relacionadas con la literatura del aire: *El aviador* y *Vuelo de noche*. Jamás se recuperó su cadáver. Otra tumba anónima. Otro fantasma incansable.

Me gusta la literatura aérea, todas esas historias relacionadas con los pioneros, con los héroes del aire. Y mucho mejor si el final es inquietante: desaparecidos, no hay rastro de ellos, se desconoce dónde murieron…

Como desapareció la avioneta española *Cuatro vientos* en las aguas del golfo de México que ahora sobrevuelo. Aquella osada expedición había cumplido su objetivo: partir desde Sevilla y llegar a Cuba, pero faltaba una escala en México. Durante años, se ha rastreado en busca de pistas. Sin fortuna. Su historia es ya leyenda.

Me gustan los héroes sin tumbas.

En algunas librerías de viejo he buscado a veces crónicas que relatan estas historias de *raids* y epopeyas aéreas. Me parece que en ellas se resume la osadía del siglo XX con todos los riesgos de sus

inventos, pero es una audacia un tanto ingenua, un ejemplo de ese espíritu despreocupado antes de la segunda guerra mundial, antes de que el mundo comience a escribir sus páginas más negras. Las páginas del terrible siglo XX con sus inventos para la muerte.

Esos héroes aéreos —Lindbergh, Earhart, Saint-Exupéry— parecen ahora semidioses de la mitología, vagan en el limbo de la leyenda, en un mundo inventado, anterior a las crónicas históricas. Nadie podría decir que existieron realmente porque parecen inventados por capricho para una hermosa historia mitológica. Ni siquiera podríamos llevar flores a sus tumbas. No existen.

Leo un reportaje sobre héroes del aire en una revista que alguien olvidó en la bolsa de mi asiento entre las indicaciones de seguridad y emergencia. Vuelo hacia México. En busca de Agustín Vayas.

Corpus Barga y Manuel Chaves Nogales escribieron crónicas sobre este mundo de *raids* aéreos. Reconocieron pronto cuál era el medio de transporte que revolucionaría su tiempo. Se me olvida añadir que ambos tienen algo en común con mi historia: murieron en el exilio. Barga en Perú y Chaves Nogales en Inglaterra. Los dos eran escritores y periodistas. Pensaban demasiado. Y eso siempre ha sido peligroso. Me gustaría buscar sus tumbas.

Chaves Nogales, que tuvo un accidente en un avión y se perdió en una aldea del Cáucaso durante semanas, cuenta en sus crónicas aéreas la sensación de vértigo, miedo y fascinación que tiene el hombre contemporáneo ante las nuevas experiencias de volar a semejante velocidad y a tanta altura. Y afirma que nacerá una nueva música, una nueva pintura, una nueva literatura cuando los hombres comiencen a viajar todos los días en aviones. No sé si ha sido así.

Miro por la ventanilla el inmenso océano. ¿O es una nube? No, es la niebla o el misterio de las contranieblas. La niebla que envuelve al Club de la Memoria. A los amigos dispersos por el mundo por culpa del caprichoso azar de la guerra. ¿Qué habría sido de ellos si no hubiera sucedido la maldita guerra?

Entre otras cosas, Mariano Vayas Martínez, el nieto de Agustín Vayas, habría nacido en España. No habría estudiado arquitectura en la Universidad Autónoma de México y quizás ni siquiera habría nacido porque su padre, Juan Vayas Brasseur, no habría conocido nunca a una mexicana estudiante de sociología, justo en 1968

cuando la policía ocupó la Universidad durante los terribles sucesos de la plaza de Tlatelolco. No, Mariano Vayas Martínez no habría nacido. Su padre no habría dado clases en el Colegio de México, sino en un colegio madrileño, con un mapa de España a su izquierda, un retrato de Franco a su derecha y un crucifijo sobre la pizarra, nevado por las tardes de tiza.

Durante algunos días, he intercambiado mensajes y llamadas telefónicas con Mariano y ahora me dirijo a México para conocer a Agustín Vayas, el pintor del Club de la Memoria, aquel personaje tan querido por Adolfo Prieto, el artista que dibujaba para los niños de los pueblos de su perdida España, el osado soldado que transporta los cuadros del museo del Prado durante la guerra y que se obsesiona con *Los fusilamientos de la Moncloa* después de haber visto sudar de miedo el lienzo goyesco durante una noche de guerra. Y también —no lo he olvidado— quien se llevó las cintas de Val del Omar a este país que ahora comienza a dibujarse a miles de metros bajo mis pies.

Hace muchos años, Agustín Vayas llegó a esta tierra para comenzar una nueva vida. Ni siquiera sabía si México iba a ser tan sólo una estación de paso o un lugar definitivo para morir. Esperaría y esperaría como tantos, con la esperanza de que Franco muriera, que las naciones extranjeras reaccionaran o que la resistencia interior expulsara al dictador para proclamar de nuevo la democracia, la Tercera República con la que todos los exiliados soñaban. Pero eso fue sólo un sueño, un sueño lleno de arañas de la memoria que arrastran las babas del olvido en sus patas y que al final son aniquiladas por el escorpión, con su lógica suicida.

En la foto del Club de la Memoria, comienzo a ver más cosas además de los rostros felices de aquellos amigos y de la niebla y la contraniebla que los envuelve a todos. En esa bruma, seguramente pintada por el tiempo, veo arañas que tejen telas que se confunden con esa niebla, y veo un escorpión negro que camina bajo sus pies de personajes congelados en una fotografía. Aparentemente tranquilo, sereno, pero inquietante, con su carga de muerte en la cola oscilante que amenaza con hundirse en los pies, en las raíces al aire de estos desterrados.

El escorpión, ¿quién es el escorpión que anuncia la muerte?

El avión está descendiendo. Ya es de noche y por un momento

he creído ver que el paisaje increíble de luces de México
DF
es en realidad una gran telaraña que espera a su presa. El avión aterriza sobre la gran ciudad. Y yo busco a uno de sus pasajeros en tránsito. Estoy nerviosa, impaciente. Ahora mismo dejaría abandonada mi maleta y correría a buscar la casa de Agustín Vayas, charlaría durante horas con él y le preguntaría por aquellas historias de su juventud, por la guerra, sus amigos traidores, suicidas, héroes, cobardes o valientes; por las cintas perdidas y, por supuesto, por López.

Pero paciencia. Si Agustín Vayas ha esperado tanto tiempo para contar su historia, esto no debe de ser más que un delicioso prólogo antes de que comience su gran relato. ¿Habrá escrito sus memorias? ¿Cumplió con el pacto?

Y me pregunto todo esto mientras me interno en los pasillos de este aeropuerto del
DF
, un tanto oscuro, sórdido y macilento, con techos bajos que me agobian hasta sentir que camino por un lugar lóbrego o, más bien, por un no-lugar donde siempre estoy a punto de perderme. A fin de cuentas, todos los aeropuertos son no-lugares, algo que debe de ser parecido a la tierra de los apátridas, el triste paraíso de los pasajeros en tránsito, donde no hay tiempo para mirar en los espejos, donde reina el imperio de la urgencia, el vértigo y las prisas, donde los viajeros sin destino cargan con historias en sus maletas.

¿O no era ésta una historia de espejos, relojes y maletas?

4

No es extraño que el cineasta holandés Paul Verhoeven eligiera México
DF
como escenario de su película *Desafío total*, una absurda historia de ciencia ficción protagonizada por Schwarzenegger. Una de las escenas está rodada en el metro de Insurgentes y buena parte de la cinta se grabó en los estudios de Churubusco. El
DF
puede ser el ejemplo perfecto de ciudad posmoderna, apocalíptica, absurda como un relato de ciencia ficción. Es curioso pero en *Desafio total* el protagonista contrata los servicios de una agencia de viajes que permite hacer turismo virtual a partir de la incorporación de memoria falsa o recuerdos prestados en la mente del viajero de forma que éste tiene la sensación de reconocer los lugares.

Es lo que yo siento al pasear por algunas de las calles del
DF
antiguo. Antes de llegar al Zócalo he observado los caserones porfirianos y los establecimientos de las calles que rodean este centro del mundo. Hay talleres de restaurar santitos, pequeños locales que huelen a madera y resinas donde un artesano arregla esos muñecos mutilados, quemados y azotados, que la religiosidad popular se empeña en adorar en retablos de martirologios maso quistas y perversos. Pulquerías que exhalan un viejo olor mucilaginoso por el líquido derramado en noches de borrachera. Gimnasios y salas de pesas con santuarios de ídolos —esta vez no de santitos martirizados, sino de héroes de la lucha libre— que aparecen colgados en pósters con una apariencia de indios de leyendas aztecas y personajes de cómic. Y, por fin, las iglesias con

su olor a incienso de nopal, paredes de exvotos, urnas con momias santificadas y un suelo irregular, casi ondulado. Me doy cuenta de que los edificios están hundidos, amenazan con terminar enterrados en la gran laguna sobre la que se asienta la ciudad por culpa de tantos terremotos.

Siento vértigo al pasear por esta ciudad enorme, gigantesca, monstruosa. Oigo en una radio el boletín del tiempo que narra el curioso comportamiento de la lluvia en las distintas partes de este monstruo en el que me pierdo. Ni siquiera puede abarcarla la misma nube: «En las zonas centro, sur, oriente y poniente de la Ciudad de México llueve esta mañana. Alrededor de las siete de este viernes cayó un aguacero en las colonias Nápoles, Mixcoac, Ciudad de los Deportes y Narvate. Una lluvia de mediana intensidad cayó en la zona centro, en avenidas Juárez, Hidalgo y el Zócalo. En calzada Ermita-Iztapalapa reportaron lluvia ligera. En Periférico, a la altura de Observatorio, cae llovizna».

Todo me resulta extraño y, al mismo tiempo, inquietantemente cercano, conocido, familiar. Esta memoria falsa, quizás prestada, es la que me hace pensar que este lugar ya lo recorrí hace mucho tiempo o quizás no tanto. Y entonces me acuerdo de los cuadernos de Adolfo Prieto y sus apuntes sobre el México de los exiliados, ese México que no conoció, pero que imaginó porque el que vivió aquí fue su otro yo, el que saltó al otro lado del espejo. Tal vez por eso todo me parece tan familiar, como si lo hubiera leído o visto en una película hace mucho tiempo.

Quizás también porque México es un poco más mío después de haber escuchado la historia de Mariano Vayas Martínez, pero sobre todo la de su padre, Juan Vayas Brasseur, el hijo del pintor.

—Mi papá dice que la avenida Juárez era como la calle de Alcalá, al menos hace algunos años… Ahorita nada se parece a nada o quizás todo se parece a todo, aunque hayan hermoseado algunas calles, no digo que no… Yo creo que los hijos del exilio nacimos en esa especie de limbo que es la nostalgia. No sé si me explico… Nos han criado en la nostalgia, pero no sabemos lo que es eso. La nostalgia nace de algo que se recuerda y nosotros nunca vimos lo que se supone que tenemos que recordar. ¿Me entiende? Perdone, pero siempre me pierdo en pendejadas.

Mariano y su padre me habían citado en una cafetería cerca del

Zócalo. Supongo que para comprobar que yo no era una loca. Comprendo que sospechen de alguien capaz de viajar hasta México tan sólo para hablar con un viejo pintor español olvidado.

Juan Vayas Brasseur había nacido en París, fruto de la relación entre Agustín y Marie Brasseur, una enfermera francesa a la que el pintor había conocido durante una convalecencia, poco después de salir del campo de internamiento de Saint-Cyprien. Había llegado a México en 1955 y recordaba poco de Francia. España ni siquiera era un recuerdo. Me confesó que nunca le interesó viajar a España. Ni la consideraba su patria ni tenía curiosidad por conocer el país que había expulsado y olvidado a su padre.

—España estaba siempre en boca de mi papá y de todos sus amigos. España y Franco, Franco y España… Bueno, y todos los que iban detrás, en esta historia larga que siempre cuenta: Azaña, el tal Prieto, Largo Caballero, De los Ríos… Y no le digo nada de los artistas: Lorca, Machado. Cada uno tiene un altarcito en casa. Yo he crecido rezando a esos santos y sabiendo de memoria sus martirologios. Nada de la Virgencita de Guadalupe. San Azaña y San Machado, don Antonio, claro.

Juan Vayas era un hombre alto, de pelo castaño claro y ojos grises, la piel muy blanca, al contrario que su hijo, que se mezclaba con el tono oscuro mexicano.

—A mí no se me ha perdido nada en España… Ni quiero nada de ella, aunque no le niego que me dio mucho gusto cuando mi hijo me dijo que había una investigadora española que buscaba a mi papá… Estamos muy agradecidos con usted. Es la primera persona de allá que se interesa por la vida de mi papá. ¿Le importa que le pregunte por qué?

Yo tendría que contestar que por una fotografía. Una fotografía y un pacto por la memoria, un juego de viejos amigos que sin saberlo van entrelazando su historia a través de cuadernos memoriales, cartas, confesiones y diarios que me llevan hasta aquí, hasta el

DF

, en busca del viejo pintor y su compromiso con el juego de la memoria. Arañas que tejen las telarañas de la memoria.

La cafetería tenía las paredes llenas de espejos. Era un local antiguo pero reformado, quizás había sido uno de esos cafés donde

los exiliados pasaron sus días repetidos, iguales en la desesperanza, animados por la tertulia que importaron de España, esperando el día del regreso entre cafés y gritos para espanto de los meseros mexicanos. Uno de los espejos estaba justo detrás de Juan Vayas, que seguía hablando de su padre y de algunas historias mexicanas. No pude evitar contemplar la escena en el espejo, como si estuviera fuera de ella, como si en realidad la filmara, o tal vez porque comenzaba a obsesionarme con el secreto de los cristales azogados.

—No, creo que no, esos cafés ya desaparecieron. No queda ni rastro de ellos. Los cafés mexicanos de las tertulias de españoles no existen. Y casi nadie los recuerda. No creo que aquí nadie se acuerde de ellos… Yo sí. En esos cafés pasé mi infancia y parte de mi juventud, escuchando las pláticas de aquellos hombres derrotados… Para mí eran como cuentos. Sí, desde luego, son los cuentos de mi infancia. La historia de España es para mí como un cuento, un castillo arrebatado por un ogro llamado Franco. En vez de nanas, a mí me arrullaron con canciones extrañas que hablaban de lugares y guerras lejanas. Ya ve, qué pena… Pero ahora que lo ha mencionado, me han venido a la memoria algunos, como el Tupinamba, o La Parroquia, allá por la calle de Venustiano Carranza… Qué trasnochadas pasó mi padre allí… O el Papagayo, que era muy estrecho y tenía un diván corrido desde la puerta hasta el fondo y en el que me encantaba sentarme de niño… Mi padre también iba mucho al Ambassadeurs del paseo de la Reforma y decía que se parecía mucho a ese restaurante muy famoso de Madrid, el Lardhy.

Qué curioso era pensar en esa ciudad-espejo que los exiliados habían encontrado en México, a fin de cuentas, una ciudad-lago. En su angustia de desterrados habían conseguido encontrar los parecidos, como en un juego de semejanzas con el Madrid que habían dejado atrás y que devoraba sus pesadillas de errabundos. Se reconocían en algunas calles, en algunos locales y seguro que también en las comidas.

—No me recuerde eso… Yo odio la comida española. Tan insípida, tan aceitosa y amarga. A mí, no se lo niego, me costó adaptarme a los chiles, al mole, porque me sabían feo y yo venía de Francia y tenía el paladar hecho a la mantequilla, a las cosas suaves… A mi padre nunca le gustó la comida mexicana. Le

revolvía el picante, como a sus amigos. Mi padre sólo lo pasaba bien comprando en los tianguis de frutas, por los colores exóticos, digo yo, porque luego regresaba a casa obsesionado con esos colores que decía que eran rarísimos y que quería pintarlos… Qué hombre… Creo que formaron una orden de caballeros que celebraba veladas de comida española… Alguna se celebró en casa, pero era un desastre porque mi pobre madre no tenía ni idea de cómo se hacía una tortilla española o una paella… Ella era francesa, ya sabe.

Mariano miraba con atención a su padre. ¿Qué pensaría él de todo esto? A él sí que le quedaba lejos España. Supongo que ni siquiera conocía su historia, como les había ocurrido a los nietos de Ernesto en esa Alemania aún más desmemoriada, sin lazos con las lejanas tierras de los abuelos. Mariano permanecía en silencio. Tenía los ojos y el pelo muy negro. Ya me había aficionado a buscar parecidos entre los personajes de mi fotografia y sus descendientes, como ellos hacían con las ciudades que querían convertir en espejismos de las ciudades perdidas. En Mariano adivinaba el dibujo de la sonrisa de su abuelo, el pelo muy negro, el arco de las cejas…

—Mire, le voy a referir una historia muy curiosa. ¿Sabe que aquí hubo una batalla de españoles, como en la guerra civil, pero entre escolares? La pugna de las escuelas, se llamó. Se enfrentaron los niños del instituto Luis Vives, que eran casi todos hijos de refugiados, con los pendejos del colegio Cristóbal Colón, que eran los hijos de los que aquí llaman gachupines, los españoles que vinieron antes de la guerra para hacer fortuna en México. Qué gritadera formaron. Toda la gallera española alborotada, ya ve.

Juan me narró muy emocionado aquella batalla que enfrentó a los hijos de los refugiados con los de los gachupines. Unos portaban banderas republicanas y los otros, banderas franquistas, como si en las calles de México hubiera tenido lugar una batalla más de la guerra civil, pero con piedras, escupitajos y balines escolares. Una batalla más en el otro lado del mundo. En el otro lado de los espejos. Como si hubieran cargado con todos los odios y rencores en el fondo de las maletas, en las biografías portátiles de desterrados.

—Esa historia es la única que me ha hecho sentirme español… Bueno, y alguna que otra de esas tardes en las que mi papá me leía versos de Lorca o de Machado, los santones del exilio. La Virgencita

de Guadalupe y la santa Cachucha de mi casa… ¿Sabe que todos los años monta un altarcito de muertos con sus platillos de comida, copal, un caballito tequilero y flores de cempaxóchitl…? Recuerdo que cuando era niño, yo no quería atravesar el pasillo donde había colocado el altarcito, porque me daba miedo la calva de Azaña, que yo creía que se me iba a aparecer y me reñiría por no comerme los frijolitos.

Les relaté mi búsqueda, la extraña geografía de memorias y ciudades que dibujaba esta historia, el itinerario por tantos papeles viejos y estremecedores. Pensé que a estas alturas podría unir los puntos de este paseo por el mundo y formar el contorno de un país, el país de los apátridas, del desván de todas las patrias, el cuarto oscuro donde terminaban los malditos.

Y saqué la fotografía, esa fotografía con la que había comenzado toda la historia, una imagen que seguía inquietándome, haciendo preguntas desde esa niebla que la envolvía. Reconocieron la fotografía y se miraron con una sonrisa. Supongo que la reconocían porque Agustín les habría relatado quiénes eran aquellos amigos de su juventud. Para ellos serían viejos conocidos que habitaban en esas historias del país de los cuentos en el que gobernaba el ogro malo que los había expulsado a todos. Creo que, al observar la fotografía, sintieron algo parecido a la nostalgia, aunque no recordaran nada de ese paisaje español que aparecía al fondo de la instantánea del Club de la Memoria. España… ¿Qué sería España para ellos? Ese cuento de la infancia, tan lejano como si lo hubiera contado una abuela muerta hacía muchos años.

No pude resistirme a preguntarles por las cintas perdidas de Val del Omar. Juan y Mariano se miraron con complicidad, como si confirmaran sospechas. De pronto, me di cuenta que pensaban que ésa era la verdadera razón de mi viaje, un viaje interesado con el fin de encontrar unas bobinas perdidas. Era normal. ¿Quién podía entender mi viaje por el mundo en busca de estas historias olvidadas? En el fondo yo tampoco me lo explicaba. Pero allí estaba.

Juan soltó unas monedas en la mesa, dispuesto a terminar en ese momento la conversación, añadiendo muy serio y disgustado que hacía muchos años que su padre no las tenía. Intervine explicándole, con toda la sinceridad que pude, que ésa no era ni

mucho menos la razón que me había llevado tan lejos, que las cintas no me importaban nada, que lo que de verdad deseaba por encima de todo era poder hablar con Agustín Vayas. Creo que no me hubiera importado nada arrodillarme para culminar la escena.

—Mi papá está deseando recibirla. No le oculto que desde que se enteró de su interés, no ha parado de mostrarse inquieto. Sí, está emocionado. Si quiere, puede pasarse mañana a la tarde por su casa. Pero le pido una cosa. Es un hombre derrotado. No creo que pudiera soportar un desengaño más. Si lo que de verdad le interesa son esas cintas, dígamelo y la ayudaré a buscarlas. A nosotros no nos interesan. Se lo aseguro. Durante muchos años obsesionaron a mi padre y no me gustaría que volviera a caer en el pozo de la melancolía.

Nos despedimos. Le di la mano a Juan Vayas con toda la firmeza que pude para expresarle mi confianza y agradecimiento. Creo que lo notó. Mariano sonrió y su padre dijo algo que me inquietó, como si se saliera del guión esperado de esta escena.

—Guarde cuidado en esta ciudad. El
DF
no tiene subsuelo. Todo es lodo y barro, el fondo de una laguna donde nadie puede plantar sus raíces. Siempre estará a punto de hundirse.

Luego se marchó. Me quedé mirando el espejo del café hasta que no quedó nada de sus figuras.

5

Quería haber hecho tiempo antes de mi esperada visita a Agustín Vayas, pero fue el tiempo el que me devoró. Por la mañana, una de esas mañanas soleadas de México donde casi se pueden ver los volcanes que forman ya parte más de la leyenda que del paisaje real, me fui a la Filmoteca de la Universidad Autónoma de México para ver algunas de esas películas y documentales que habían abordado el tema del exilio. Había una, casi secreta y olvidada, que el escritor José María Conget había rescatado y proyectado en diversas sedes del Instituto Cervantes cuando fue director de la institución en Nueva York. Yo la había visto en la sede del instituto en Madrid. Se trataba de *El balcón vacío*, un filme de García Ascot basado en la vida de su esposa, María Luisa Elío. La película cuenta la historia de esta mujer desterrada, una hermosa crónica hecha con la materia viscosa del recuerdo. María Luisa Elío habla de su Pamplona natal y de su infancia interrumpida por la guerra. Su voz recorre los paisajes perdidos, la casa familiar, y se pregunta quién jugó con su muñeca verde, quién abrió los cajones de su armario, quien continuó con esa historia que le robaron. Al ver aquellas imágenes tuve un estremecimiento porque recordé el mundo fingido de Adolfo Prieto y sus cuadernos de impostor, esas páginas en las que creía regresar a su casa de la calle de Toledo y se topaba con el otro, con el que podría haber sido, con alguien que había continuado con su vida interrumpida. Era la misma historia. ¿Cómo había logrado este hombre falsear un sentimiento tan profundo, el miedo más atroz de los exiliados? Creo que incluso tuve la sensación de sentir un temblor, como si el suelo se moviera —no sé si en ese preciso momento el
DF
sufrió uno de sus habituales terremotos—, y tuve que agarrarme al

asiento.

Salí de la Filmoteca, recorrí las calles de la ciudad intentando pensar como ellos, como todos los desterrados, aspirando el aire gris y sucio de esta megalópolis para ver si se parecía en algo al de Madrid. Intentar acostumbrarme a sus colores, a su aroma, a su luz, a este sol tan diferente. Como si fuera uno de ellos.

Estaba nerviosa. Se acercaba la hora de mi cita con Agustín. Pero lo que me llevaba a perderme por las calles de este
DF
era otro asunto bien distinto. Un asunto que en realidad tenía que ver con esta búsqueda de la memoria, pero no era la de una memoria ajena, sino de la mía.

Sentí frío en mitad del calor mexicano.

Vi pasar zopilotes en el cielo clarísimo.

Y corazones palpitando en las piedras sacrificiales.

Adiviné que en el suelo de las pulquerías había restos de quemaderos y conventos.

Noté la agonía de la catedral en su lento hundimiento.

Y dentro de mí no dejaba de repetir una de las frases que había oído en la película. Unas palabras que expresaban el dolor y la pérdida terrible de todos los desterrados, en el fondo, niños perdidos en los juegos de su infancia, su adolescencia o su juventud.

Bien, era el sueño de ellos. Pero también era el mío. Porque yo también lo había perdido todo, aunque hiciera mucho tiempo y ese recuerdo fuera tan lejano como los sueños del Club de la Memoria. Recordaba los rostros de mi familia. Mi infancia también arrebatada por culpa de aquel absurdo accidente.

No paraban de sonar en mi mente esas frases: «Mamá, ¿dónde estás? ¿Por qué os escondéis? Ya no quiero jugar. Salid de dónde estéis».

Yo las había dicho tantas veces…

Pero ellos nunca salieron de su escondite.

6

Todo ocurrió más o menos así:

Era un hombre bajo, encorvado, andaba con lentitud a causa de su edad avanzada, tenía los brazos muy largos, arrastraba los pies, nada quedaba de su cara redonda, del bigote negrísimo de la fotografía y que mencionaba su amigo Adolfo en los cuadernos. Sus ojos eran claros y estaban enterrados por las arrugas de los años, pero aún mostraba una de esas miradas de lejanía que tienen los marinos que siempre parecen buscar la costa.

Y olía a tabaco negro, a viejo y a óleos.

La casa de Agustín Vayas, en una de esas calles detrás de la avenida de Insurgentes, era muy pequeña, apenas un saloncito y dos habitaciones, una mínima cocina y el aseo. Pero tenía grandes ventanales. La luz de México irrumpía descarada. Claro que a esa hora llovía. La tarde en la que hablé con Agustín Vayas llovía intensamente en el
DF
. La ciudad parecía hundirse más y más en el barro, como me había advertido su hijo. Y el agua arrastraba esas huellas de callejones, de sombras y aromas sórdidos que a veces asaltan al paseante desprevenido que se pierde en el laberinto peligroso de la ciudad.

Aquella tarde lluviosa entraba una luz tamizada, frágil y blanquísima en la casa de Agustín Vayas. Una luz que alumbraba un enorme cuadro —que ocupaba casi toda la pared del saloncito—, un cuadro que yo conocía muy bien, porque era la copia pintada al óleo de la fotografía del Club de la Memoria, la instantánea que me había arrastrado, fascinada y sonámbula, al otro lado del mundo. Tardé un tiempo en reaccionar, porque hubo algo que me inquietó dentro del lienzo y que no sabría muy bien cómo explicar. Aquel cuadro era una copia perfecta de la fotografía de López. Allí estaban todos, exultantes de felicidad y juventud. Sí, de acuerdo, pero había

un detalle diferente. Era como si los rostros hubieran cambiado levemente, con un matiz imperceptible para alguien que no conociera a la perfección los detalles de aquella instantánea obsesiva. Me recordaba con cierta vaguedad uno de los sueños que había tenido en estos meses y en los que paseaba entre ellos, apartando arañas y escorpiones que se escondían en una espesa niebla. Sí, ya los había soñado, por eso me sonó tan familiar como todo lo que me ocurría en esta ciudad.

Aquellos jóvenes del cuadro estaban atravesados por ese viento sucio de la historia que los arrancó de su lugar y de su tiempo. En el cuadro de Agustín ya no eran aquellos dioses jóvenes de un tiempo pagano y feliz, atrapados por la magia de la fotografía. No, eran ellos más el tiempo, la memoria y el horror.

Sí. Creo que todo ocurrió más o menos así.

Yo le conté vagamente qué había ocurrido con sus amigos y por qué estaba allí, por qué lo había buscado desesperadamente. Él empezó a hablar y yo no pude más que caer rendida ante su relato, que interrumpía de vez en cuando para señalar a los personajes del cuadro o advertir detalles imperceptibles del lienzo. Un relato de viejo que no tiene rubor en contar sus batallitas, pesadas, repetidas, eternas, incoherentes, hilvanadas sin orden, pero en las que de vez en cuando, sin avisar, se asoma inesperado algo sorprendente, una frase extravagante de sabiduría y lucidez.

—Ahorita le enseñaré mis macetas, aquí junto a la ventana. Las crío yo, ¿sabe? Intento criar claveles, geranios, jazmines y otras cosas españolas, pero el asunto de las raíces es muy delicado. Si lo sabré yo. Cuando no les falta agua, les sobra sol o al revés… Son tantas las cosas que echo de menos: los anuncios en la fachada de la farmacia El Globo en la plaza de Antón Martín; la Cebada, donde ahorcaron a Riego; los tranvías madrileños; las corralas; la crema de batata y las perrunillas y las poleás y la mermelada de higo, se me olvidaba. Le voy a confesar algo. Yo me resisto, pero creo que el plano de Madrid está siendo devorado por alguna alimaña que anida en mi cerebro. Mire, a mí el Angelito del paseo de la Reforma, sí, ese que se cayó con el terremoto del 85 —qué temblor más espantoso, señorita, nomás lo recuerdo y me asalta el pánico, por nadita no muero aplastado aquel día—, pues a mí me parece como el Angel caído del Retiro. Alguna vez lo he pintado y siempre me

sale el ángel madrileño, qué le voy a hacer. Será un espejismo o qué sé yo. Lo mismo me volví loco, me deschaveté. Eso es lo que nos pasa a los viejos, que no regresamos. Y que ya no lo haremos nunca. Porque a mí no me queda más que me cuide la Planchada. No me mire así, es una fantasma que tenemos aquí, una enfermera que se aparece a los que están a punto de morirse, de toparse con la huesuda. Pues sí, como escribió mi amigo Otaola en una de sus novelas: «¡En esta altiplanicie nos va a llevar a todos la chingada!». Claro, es lo que me queda. Ya se marcharon todos mis amigos a tragar tierra mexicana en el sueño eterno.

Descubrí que en un mueble, junto a la ventana, estaba colocado el retablo de santones que tanto miedo había inspirado a Juan Vayas en sus noches de niño. La vela de ánimas brillaba en la calva fotografiada de Azaña, a la izquierda de un retrato de Antonio Machado —café de las Salesas, 1934, con velado espejo madrileño al fondo— y otro de García Lorca saludando tras una actuación de La Barraca. La santa trinidad de los exiliados. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El devocionario al que Agustín Vayas dedicaba sus rezos y ornamentaba el día de difuntos. La esqueletada divina que el pintor había rodeado de exvotos con recuerdos de la patria perdida: una perra chica de tiempos de la República, un platito con un puñado de tierra, una banderita, un calendario de 1933, una fotografia de la puerta de Alcalá. Agustín se dio cuenta de mi curiosidad y se acercó al altarcito.

—Usted pensará que enloquecí. Y es verdad. Se nos engusanó el cerebro con este mal del exilio, qué se le va a hacer. Son mis mártires, mis virgencitas. Son muchos años de desengaño y al final me puse a rezar. Claro que yo escogí a mis santos. Y en este altarcito está guardado todo en lo que creo. Y ya está.

El viejo Agustín Vayas se santiguó. Le temblaban las manos. Y la voz.

—Cuánto vino es el que se nos ha agriado aquí en las cenas de fin de año por culpa del malnacido que nunca se moría. Ya sabe a quién me refiero. Aquí en mi casa es el innombrable. Pues eso, que nunca se moría y nosotros venga a acudir al Panteón Español a enterrar a los nuestros, que se quedaban aquí para siempre. Para siempre… Yo, no se lo voy a negar, aquí he vivido bien. No fui un huevón, no. Trabajé pintando retratos por encargo y también

haciendo los dibujos de esas cartillas escolares en las que unas veces aparece un caballo o un ciervo que los niños tienen que copiar en clase. Y pinté muchos retratos y paisajes de nopaleras y de volcanes y de lagos. Ahora no pinto, ya estoy acabadito, pero entonces, incluso, participé en unas misiones ambulantes, como las nuestras de antes de la guerra. Se llamaban Misiones Indígenas y también viajamos por todo el país enseñando cosas a los niños de las aldeas que sólo se alimentaban de agua de maíz, porque aquí el hambre sigue siendo la misma. Qué curioso, como allí. Y habían pasado tantas cosas. Y yo estaba tan lejos… ¿Sabe una cosa? Yo no he podido olvidar las caras de aquellos niños de nuestras Misiones. Sus rostros se me aparecen y se me cuelan en los cuadros. Qué le voy a hacer. Son mis fantasmas domésticos. A veces los pinto sin que venga a cuento en un bodegón, en un paisaje o en cualquier naturaleza muerta. Y ahí están, mirándome. En mi mente siguen sonriendo. A veces me he despertado en mitad de la noche por culpa de sus sonoras carcajadas, carcajadas limpias que parecen regresar de no sé dónde… ¡Qué pura estupidez de viejo…! Chaplin, Velázquez, Goya, Calderón también son fieles habitantes de mis sueños. Todos esos personajes que nos acompañaron con el museo del Pueblo y con los que yo charlaba en las sesiones que hacíamos de dibujo al aire libre. Je, qué tiempos aquéllos… Y mi amigo el pintor Ramón Gaya. Cuánto le echo de menos. Sé que sigue vivo y leí en la prensa que le habían puesto un museo en su ciudad. Aún recuerdo sus lágrimas cuando los cuadros y los libros se quemaron en su casa madrileña que estaba al lado del Manzanares, cerca de la ermita de San Antonio, por culpa de los obuses de la guerra. Qué lágrimas, Dios mío. Jamás he visto llorar a un hombre así. Bueno, miento. Claro que miento. Cómo no voy a mentir. ¡He visto llorar a tantos hombres!

Él también lo hizo. Quiso disimular, pasar la mano rápidamente para secarse los ojos, pero era un anciano de gestos lentos y torpes. Me miró durante unos segundos. No podía hablar, se le había quebrado la voz. En sus ojos, con la niebla de los años, también estaba escrita su historia. Y yo podía leerla sin dificultad. Se calmó y siguió hablando.

—Otro buen amigo mío fue Luis Cernuda, siempre tan bien peinado y oliendo a lavandas, con su amigo Arturo Gándara, un

joven poeta y paisano también exiliado con el que había tenido una historia de amor en sus tiempos mozos allá en Sevilla. Amores que retomaron durante un tiempo. Perdone mi habladera y tanto chisme… Le estaba contando lo del museo del Pueblo, cuando hice las copias de los cuadros del Prado. Ésos sí que eran cuadros. Ahora que nadie nos oye le confesaré que a mí no me gusta nada la pintura mexicana, ni la antigua, con esos angelotes barrocos y emplumados, ni los murales gigantescos de los Rivera, Orozco y la loca esa de la Frida Kahlo, más tiesa que una escoba, con esa cara de trágica… Lo único que me hace cierta gracia es Posada, el dibujante que pintaba las calaveras y las danzas de la muerte en hojas volanderas, corridos y cancioneros: «Calaveras zalameras de las coquetas meseras. Calaveras paseadoras, difuntos parrandeadores, muertecitas voladoras, cadáveres correadores»… Sí, sí, pero yo le estaba contando lo del museo del Prado, que quién me lo iba a decir, porque luego, cuando estalló la guerra, tuve que ayudar en el traslado de los cuadros de verdad, sí, sí, los del Prado, para que no los destruyera la aviación fascista que asediaba Madrid. Aún recuerdo el terror de aquella noche en la que tuve que embalar para el viaje a Valencia el cuadro de *Los fusilamientos* de Goya. Creo que noté en el cuadro un color diferente, un latido, un miedo. No sé. Nunca he podido olvidar aquella noche.

Se quedó de nuevo callado. Hablaba sin parar y sólo interrumpía el relato para tomar aire y esperar que las páginas de su memoria se calmaran. De vez en cuando miraba a la ventana quizá para recordar que la luz de esa tarde era una luz mexicana, que estaba en el otro lado del mundo y que había llegado el momento de recopilar los recuerdos después de tantos años pudriéndose ahí dentro, en los cajones de la memoria, que por fin había llegado el día en el que podía contar su historia, de corrido, sin parar, sin pausas, que ya había esperado demasiado tiempo.

—Bueno, pues como le decía, después de aquel viaje con los cuadros del Prado abrimos las cajas que los llevaban y yo creo que ése ha sido el momento más feliz de mi vida, porque al abrirlas allí estaba España, agazapada y temblorosa. Ésa era la patria. Sí, señor. Eso no me lo ha podido borrar nadie. Ni el tiempo, ni el malnacido, ni el jodido olvido. Eso es lo único que encontrarán en mi pecho cuando me muera. Pero, perdone, perdone la platicadera. Es que yo

estoy aquí todo el día solo y cuando viene alguien a verme me pongo a hablar, y claro… Mi conversación debe de ser un cajón de sastre, una locura sin sentido, un almacén de trastos viejos como una tlapalería, esos bazares raros que tienen aquí. Tlapalería, tlaxcal, tlaconete… ¡Mecachis, dichosos nombres! Nunca me acostumbré a esas palabras aztecas. Todavía hay gente que se ríe de mí, de nuestro acento recio, seco, árido, según dicen. Aquí es que hablan tan suave, tan blando. Pero eso sí, las palabras están vivas. Es una de las cosas que más me sorprendieron en estos años mexicanos, cómo aquí las palabras españolas se alteran, se cambian, se hermosean. Cuando yo estaba abatido por la nostalgia, escuchaba a la gente y me alegraba de oírles con este español tan cantarín, lleno de palabras que parecían nuevas, aunque fueran en realidad tan viejas. Y yo pensaba: «Bueno, Agustín, si aquí las palabras están vivas y se han adaptado, ¿qué coño haces tú quejándote, como un dichoso bicho enjaulado?». Eso me cambió. Las palabras, las dichosas palabras. Me salí del huacal, de la jaula, como dicen aquí. Me acostumbré hasta a la sal de gusano que beben antes del mezcal. A todo. A mí no me pasó como a esos viejos exiliados que son puritas estatuas de sal de tanto mirar atrás, de quedarse en el pasado. No, yo no soy uno de esos fósiles que parece que se quedaron pensando en la España que dejaron, creyendo que el país no avanzaría sin ellos, que la historia de España era una historia que sólo continuaría cuando volviéramos, pero nosotros nunca volvíamos y España, como buena adúltera, siguió siéndonos infiel, acostándose todas las noches con aquel malnacido, continuando su historia sin nosotros. Sin nosotros… Pero quisiera enseñarle algo. Algo que es muy hermoso y que sé que es lo que la ha traído a usted hasta aquí. Perdone que me mueva tan lentamente, está aquí al ladito, venga, venga conmigo, acompáñeme. Es que estoy tan cansado, son tantos años y tantas guerras. ¿Le he dicho que también estuve en la segunda guerra mundial? ¡Como si no hubiera tenido bastante con la nuestra! Participé en la Resistencia liberando algunos pueblos franceses que los nazis habían ocupado. Qué pena que no se conozca la labor tan arriesgada que hicimos los españoles en esa maldita guerra. Tenga paciencia, ya llegamos, perdone mi lentitud, gracias por ayudarme a andar, no sé dónde he dejado mi bastón. Sí, es por aquí, en este cuartucho donde guardo mis cuadros

y mis cosas antiguas. Pues sí, yo vi la liberación de París. Qué día de gloria fue ése. No podré olvidarlo nunca. Nunca… Aquí lo tengo. Vea, es un cuaderno de dibujo, sí, manoseado y viejo, pero es mi álbum de la memoria. El pacto de la memoria que usted busca, ¿verdad? Está lleno de dibujos, bocetos, acuarelas y apuntes que son como las ilustraciones de mi vida. Y si pasa las páginas rápidamente, los verá como en una película. Son las ilustraciones de nuestra historia. ¿O es que creía que yo no iba a cumplir con mi pacto?

¿Cómo podría explicar lo que vi en ese cuaderno?

En ese cuaderno estaban pintadas todas las palabras, todas las lágrimas, todos los sueños rotos del Club de la Memoria. Veía un paisaje de pueblo y recordaba el relato de Adolfo Prieto sobre la llegada de aquellos jóvenes bulliciosos a la España olvidada. Pasaba otra página y aparecía un dibujo en el que se adivinaba el Madrid herido de la guerra, con edificios de fachadas derrumbadas que mostraban la intimidad de salitas y habitaciones donde colgaban cuadros aún tibios de hogar. Allí estaba también el mar sucio del Mediodía francés con sus playas de muerte convertidas en tumbas donde agonizaba la España desterrada. Había dibujado el vientre negro de las trincheras, un corro de niños felices, un jarrón de flores marchitas, un violonchelo agujereado por una bala, un paisaje de París envuelto en la niebla, un café mexicano sin parroquianos en sus mesas, vacío, deshabitado o quizás lleno de espectros.

—Este cuaderno iluminado comencé a pintarlo cuando recordé nuestro pacto, nuestro querido pacto de la memoria. Fue un día terrible en el que me sentí solo, en un purito desbarrancadero, devastado por tantos años fuera de España. Me di cuenta de que yo ya sólo era un viejo lleno de recuerdos y que antes que devorarme, los recuerdos tendrían que servir para salvarme. Entonces, comencé a dibujar todo lo que recordaba. Fue un exorcismo. Como nos ocurrió a todos. Estas memorias nos liberaron. Claro que algunas veces tengo miedo por lo que pinté en algunas de estas páginas. Creo que mis cuadros están embrujados porque nuestra juventud se quedó vagando en estos lienzos. Aquellos jóvenes, los que podríamos haber sido, son como almas en pena, atrapadas, pero que siguen viviendo su vida sin tener nada que ver con nosotros, los otros, los que fuimos después de todas las guerras, todas las

muertes, todos los olvidos. La nostalgia lo devora todo. Es como si mis cuadros tuvieran un bocado, un mordisco que los deja incompletos, mutilados. Les falta algo. Les falta España. ¿Ve que a todas las pinturas les falta un color? Es el color. El color que dejé atrás, el color de la tierra. Es un color que no he conseguido pintar, como si en este rincón del mundo no existiera esa pigmentación. Es tierra de sombra tostada, de siena, de sepia, casi un negro de marfil mezclado con un ocre quemado de tono viridiano. Es el óleo terroso veteado de amarillo pajizo que se encuentra en cualquier sala de pintura española. Por eso falta en este cuaderno iluminado… Mire, aquí están los bocetos de las aldeas que visité en mi juventud. Son aldeas pintadas a partir de vagos recuerdos. Seguro que ninguna es exactamente así. Yo invento lo que no recuerdo y probablemente algunas colinas, el color del riachuelo, el aspecto del campanario no son reales. A saber cómo funciona la memoria de un viejo tan viejo como yo. Y ésta era nuestra camioneta. ¿Ve qué caminos del infierno recorrimos? ¡Cuántas lluvias, qué ventoleras, qué solanos! Pero resistía y resistía. ¿Dónde terminaría sus días aquella furgoneta de nuestros recuerdos? Aquí están las caras de aquellos niños. ¿Y ellos? ¿Dónde estarán ahora? Pero no quiero ponerme triste. ¿Sabe? Me alegro de que me haya contado esta historia, haber sabido que Luisa Galán sigue viva. Descubrir que Ernesto se había entregado al pacto de la memoria como refugio. Sí, alguien me dijo lo de su muerte. Qué lástima. Y ahora que me cuenta la historia de ese hermoso diario que escribió Violeta, me confirma lo importante que fue aquella tarde en la que decidimos escribir nuestras memorias. ¿A que no adivina a quién se le ocurrió ese juego? Fue a Adolfo Prieto, sí, como usted dice, un farsante, un mentiroso. Parecía que adivinara lo que le iba a ocurrir, que sólo con sus recuerdos podría mirarse con dignidad ante el espejo. ¿Y dice que cuenta en esos cuadernos que estuvo viviendo en el exilio aquí en México? Ese pendejo traidor. Yo me enteré por casualidad de sus tejemanejes para salvar el pellejo cuando le hicieron el expediente de depuración. Así pudo continuar con su puesto en la Biblioteca Nacional. Fue por casualidad que me dijeron que además se convirtió en un delator. Al parecer, estuvo en una de esas comisiones de depuración y desveló la identidad de mucha gente que intentaba ocultar su participación en el bando republicano

durante la guerra. Y cómo nos engañó durante años con sus cartas. Pero a ese hijo de la chingada se le cayó el teatrito. Descubrimos que no se conformó con la delación, sino que hizo pasar por suyo el trabajo que había estado haciendo con Ernesto. Nunca le perdonamos esa traición con un amigo. Quién nos iba a decir que Adolfo iba a ser un monstruo, el veneno de nuestras vidas, alguien incapaz de soportar su traición, un maldito escorpión que mata cuando está acorralado siguiendo una lógica asesina.

¿Por qué aparecía ahora ese escorpión asesino con el que yo había soñado tantas veces? Ese escorpión que luchaba con las arañas de la memoria y siempre vencía. El sueño que me obsesionaba desde que comencé a leer las memorias del club. ¿O tendría que decir que ese escorpión es más viejo? Tan viejo como la más vieja de mis pesadillas. «Mamá, ¿dónde estás? ¿Por qué os escondéis? Ya no quiero jugar. Salid de donde estéis».

Volví a encontrarme con los ojos cansados de Agustín Vayas. Él interpretó que mi desazón se debía a su relato. A sus recuerdos. Pero no. Eran otros, eran los míos, que parecían hacerse cada vez más fuertes, como si esta historia los hubiera despertado de un letargo amable.

—Perdone, perdone, señorita, que me haya alterado tanto. Comprenda la situación. ¿A usted la ha traicionado alguna vez un amigo? ¿Alguien con quien además luchó en la guerra? ¿Alguien a quien salvó y por quién no le hubiera importado dar la vida? Eso no se supera tan fácilmente. Créame… Pero estábamos hablando, ¿de qué estábamos hablando? Discúlpeme de nuevo, ya no sé ni lo que digo. ¿Estaba hablando de mis cuadros o del pacto de la memoria? No, no me lo diga, me gusta forzar la mente, ejercitarla para que no se convierta en esa masa blanda que tienen los viejos de baba… Ah, sí, creo que le hablaba de los tiempos de las Misiones, ¿o no hemos hablado de ese tema? Bueno, da igual. Mi hijo me dijo que a usted le interesaban las cintas de aquella época, que le interesaba recuperarlas. Pero tendría que saber que yo no las tengo desde hace años. Sí, las cintas de Val del Omar. Mi gran amigo. ¿Sabe que estuvo invitado aquí en México por los estudios Churubusco durante los años sesenta? Además, recibió un premio de la Universidad por su película, ¿cómo se llamaba? *Fuego… Fuego en Castilla*, sí, así es. *Fuego en Castilla*, sus increíbles fantasmagorías,

la visión táctil del Páramo del Espanto. Magnífico título, ¿eh? Con motivo de su visita, yo decidí entregarle las cintas para que las tuviera en su archivo. A mí me las dejó casi como una herencia mi querida amiga Violeta, cuando se murió tan de sorpresa, así que me las traje a México. Las guardé en casa, las vi mil veces en un proyector que me compré para contemplar toditas las tardes de domingos aquella España perdida. Pues como le iba diciendo, quise entregarle las cintas que supuse le darían una alegría tremenda después de darlas por perdidas luego de tantos años. ¿Sabe? En las misiones hacíamos muchas cosas sin autoría, era como un trabajo colectivo, casi anónimo. No nos importaba no figurar, éramos tan jóvenes, ya tendríamos tiempo de ser egoístas. Así que me llevé una sorpresa tremenda cuando me dijo que él no había filmado aquellas imágenes, sino López. El gran López fue el camarógrafo de aquellas escenas. Así que se las entregué a su verdadero dueño.

Sí, creo que todo sucedió más o menos así…

Agustín Vayas guardó silencio. Después de mencionar al gran personaje de la historia, a ese tipo que aparecía y desaparecía de esta historia, como un truco fantástico de película de Méliès: ahora con cabeza, ahora sin cabeza. Yo no podía reaccionar. No sé cómo debió de sonar mi voz desconcertada y atropellada.

—¿López grabó esas cintas? ¿Quiere decir que usted le entregó esas cintas? ¿López vivió aquí en México? ¿No murió en Europa? Yo he buscado su tumba.

—Qué va. El bueno de López llegó a México poco después de participar en la batalla de París y librarse de la muerte en un campo de concentración. Y aquí se estableció como fotógrafo.

—Entonces, ¿cuándo murió?

—¿Y quién le dijo que López está muerto?

7

Tenía que ser allí, en la calle López. ¿Dónde si no? López vivía en un cuarto de azotea en la calle López.

López de la calle López. Fin de trayecto. Consumación de todos los espejos. El fotógrafo que fotografía la calle que lleva su nombre y a él mismo en esa azotea sobre la que se deben de sentir todos los temblores de Ciudad de México, todas las lluvias templadas de Ciudad de México, todo el sol abrumador y doloroso de Ciudad de México.

Estoy aquí en la calle López y siento como si estuviera llegando al final de estas memorias fragmentarias en las que cada uno de los personajes del Club de la Memoria ha escrito su parte, su pacto, para luego ir a morirse al cementerio donde se olvidan los recuerdos. Porque es lo único que les queda, que les cuide la Planchada, como diría Agustín.

Quién sabe si el fantasma de la Planchada ha estado ya aquí. Agustín me ha dado sólo algunos vagos e imprecisos datos sobre el López de los últimos años. Puede que ya ni siquiera exista, que se haya perdido en el cruel anonimato de tantos viejos exiliados que ya nadie recuerda.

—Hace años que López dejó de frecuentar los cafés donde nos reuníamos. Decían que estaba enfermo. Lo visité un día y estaba apocado, cansado y triste. Con la mirada vaga y como muerta. Me dio miedo. Sólo pendiente de sus fotografías, acariciando su viejo proyector. Hace tiempo que no lo veo. Yo ya no puedo salir de casa. Si me pilla una mojada, me muero. Y estas calles son un desviejadero.

Calles que desviejan. ¿Qué habrá sido de él? ¿Seguirá viviendo en este cuarto de azotea? Estoy a punto de saberlo, a punto de cerrar este cuaderno de memorias y quisiera dilatar el tiempo, no terminar nunca de leer las historias del club, que no llegue el fin, el

fundido en negro de esta película triste y hermosa sobre la memoria y sus trampas, sobre héroes y traidores, sobre valientes y cobardes. Una historia española.

Pero aquí estoy. En la puerta del edificio donde vive López, el hombre de las mil tumbas, arrebatado a la muerte y al tiempo, brujo de la fotografía y de sus hechizos. Agustín Vayas me ha hablado de los dedos heridos de López por culpa del vidrio de las placas que comenzó utilizando cuando era muy joven y practicaba el arte de atrapar el tiempo; de su obsesión por conservar lo que no pudo ser, lo truncado, lo extinto, como demostraba en su colección de niños difuntos, como exvotos fotográficos que entregaba a los derrotados padres durante los velatorios; de sus recorridos por España, antes de los tiempos misioneros, captando paisajes de una geografía que también desaparecía, emulando a los daguerrotipistas ambulantes de aquellos tiempos pioneros de prodigios, vapores y ferrocarriles.

Agustín me había contado la historia de este nigromante de la luz después de revelarme que su amigo había sobrevivido a las guerras, al terror de los campos y al larguísimo viaje de los exiliados. Me contó que él había sido uno de los pocos que vio la colección fantasmagórica que López reunió en su casa del Madrid de antes de la guerra. Tenía un álbum en el que posaban toreros, picadores, banderilleros y los toros y jacas que habían de ser sacrificados poco después en el albero. De los toreros decía que escondían un aura de sombras que la emulsión fotográfica conseguía captar si se dilataba el tiempo de exposición durante el revelado. Era un trabajo de una precisión extrema, pero López conseguía atrapar las sombras que recorrían el perfil de aquellos toreros que tenían contadas las tardes de sol y alamares. Porque todos los toreros fotografiados por López morían a las pocas semanas. Y López lo sabía, lo adivinaba por la intensidad de aquellas sombras que a veces se escapaban por el gabinete de retratos, un gabinete que estaba en un pequeño piso de la Gran Vía, junto al edificio Metrópolis, al lado del actual museo Grassy de los relojes. Sí, probablemente —y esto me estremece— separado sólo por una frágil pared a través de la cual los sonidos rítmicos y obsesivos de los relojes escapaban para fastidiar a aquel fotógrafo que ya padecía de la patología del tiempo. López padeció del mal de

los sueños intranquilos por culpa del tictac incesante de los relojes y ésta era la razón de que la angustia por atrapar el tiempo se agudizara hasta extremos enfermizos. Sus pesadillas estaban medidas por los relojes. Por eso las recordaba al despertar.

Yo lo sé muy bien. Nunca puedo olvidarlas. Nunca las he olvidado.

Entré en el edificio de la calle López. Había una angosta y oscura escalera de peldaños gastados e irregulares, como si los temblores también se hubieran cebado con su natural simetría. Las paredes tenían manchas de humedad, dibujos caprichosos de suciedad y moho, huellas de manos cansadas, de miradas que arrastraban de la calle a los hogares las miserables historias cotidianas. Llegué a la puerta que daba acceso a la azotea, pero estaba cerrada. Golpeé con un poco de desesperación. ¿Es que aquí se iba a terminar la historia, ante una estúpida puerta de metal verde, oxidada y vieja? Afortunadamente, la lluvia, el viento, los años y el descuido la habían convertido en una frágil barrera que ahora atravesaba con el corazón alterado. Me cegó la luz hiriente del
DF
. La luz de la calle López.

Me recibieron los cadáveres del aire que insuflan de vida las camisas tendidas, las sábanas que el viento convierte en sudarios al sol alegre. El cuarto de azotea estaba al final de aquellos tendederos de ropa que danzaban al ritmo caprichoso de las brisas y yo pensé que esas sábanas soleadas eran como pantallas blancas en las que de un momento a otro aparecería Charlot resbalando, proyectado por la cámara de López para que rieran niños que ya no existen. Allí estaba esperándome aquel lugar en el que desembocaban todos los ríos de la historia, donde moría el caudal de sueños de unos jóvenes misioneros, donde agonizaban los arroyos negros de las guerras, donde orillaban ya exhaustos y sin fuerza los riachuelos de la desmemoria, del dolor, de la muerte.

Junto a la puerta había una ventana. En la oscuridad me pareció ver una figura. Allí, sentado en un sillón orejero había alguien, alguien que debía de ser López. Yo temblaba, sentía la agitación que provocan miles de páginas que pasaran veloces, dejando escapar sus historias, mis historias, las historias de ellos, que terminaban aquí.

Era López y yo no podía creerlo. Apenas podía verlo en la negrura de aquel cuarto de azotea, envuelto en una penumbra impropia en un lugar con un sol tan descarado y audaz. López —o quien quiera que fuese— permanecía sentado, sin moverse, con la mirada fija en un punto muerto. Ni siquiera parecía respirar. Me asusté. Llamé a la puerta. La figura ni siquiera se inmutó. No podía creerlo, ¿es que había conseguido encontrar al hombre de las mil tumbas, al héroe de todas las guerras, para verlo justo cuando acababa de morir?

—Disculpe, señorita, ¿qué se le ofrece? —dijo alguien a mi espalda.

Era una mujer desgreñada, con un delantal sucio y cara de sorpresa. No puedo ocultar que me asustó. López —o quien quiera que fuese— seguía inalterable. Como un fantasma derrotado que quisiera dejar de vagar en las eternas ultratumbas de los proscritos del sueño eterno. López. O quien quiera que fuese…

—El señor López no recibe a nadie. Está enfermo nomás. Y ahorita está en su siesta. Yo soy su vecina, que lo cuida de vez en cuando.

Yo no sabía qué responder. Cómo le iba a contar quién era, qué hacía allí y qué buscaba. ¿Le enseñaba la fotografía? ¿Le hablaba de guerras que ella ni siquiera conocía? Decidí optar por la mentira. El oficio de Adolfo Prieto me había enseñado a saber improvisarlas. Yo debía ser una sobrina nieta de López que estaba de turismo en México, que había llegado hacía un par de días desde España y que tenía curiosidad por saber de mi pariente lejanísimo. Por ejemplo.

—Pero ¿usted sabe lo de don López? ¿Sabe que no recibe visitas? Y le diré por qué, señorita, porque no recuerda a nadie. Está muy mal. Pero pase, le abriré y así lo cuida un tantito, mientras yo le preparo la cena —dijo mientras me invitaba a pasar a un lugar que para mí era como el vientre de una fotografía embrujada, guardada en un cajón durante mucho tiempo y que ahora se llenaba de luz—. Si quiere marcharse, avíseme no vaya a ser que el viejito se escape. Una vez lo hizo y tuvimos que buscarlo bien lejecitos durante un día entero porque no recordaba dónde vivía. Virgencita de Guadalupe, qué susto…

No sé cuándo desapareció la vecina. Yo estaba atrapada en la red de las arañas de la memoria. Ni siquiera tenía miedo de que

apareciera el escorpión, que se había convertido también en un habitante de mis pesadillas. Poco a poco mis ojos se acostumbraron a la penumbra de aquel humilde departamento en los altos de la calle López. Me dio la impresión de que estaba en un cuarto de revelado para fotografías. O en un laboratorio alquímico donde se hubiera experimentado con las artes del tiempo.

No recuerdo tampoco cuánto estuve allí. Sólo que me quedé observando durante un rato a aquel espectro que siempre estaba detrás de todas las fotografías, detrás de todas las historias. El héroe que nunca moría, el hombre que escapaba de todas las tumbas del destino. Allí estaba el Jesús de *El expolio* del Greco, según la copia humorística de Agustín Vayas. ¿Qué quedaba de aquel joven de ojos grises, cejas pobladas y mentón audaz que yo había buscado en las trincheras, en las batallas, en los campos de exterminio, en los nichos de los héroes?

Un viejo. Un tristísimo viejo que se consumía.

Y que no recordaba a nadie.

Un viejo sin memoria.

Lo descubrí al ver que en algunos objetos del cuartucho colgaban letreros advirtiendo al desmemoriado que aquello era una silla y no una mesa, que la cama no era una bañera y que el desvencijado frigorífico era eso, aunque él no lo recordara.

Era cruel que quien había sido el protagonista de esta historia de la memoria se estuviera desmemoriando. Mal de alzheimer llaman a borrarse por dentro, a perderse en una niebla —ahora lo entendía todo— que nace del abismo de tus propios recuerdos. López estaba allí, pero no estaba. Yo creía haber llegado al final, al epílogo, al relato que cierra esta historia de recuerdos y me topaba con el olvido, con la desmemoria, con la nada. *Con la niebla*.

En aquella negrura de la habitación, López —o quien quiera que fuese—, derrotado por el olvido, parecía un fantasma blanquísimo, una fotografía poco impresionada, una figura envuelta en la bruma. ¿Cómo sería López antes de la niebla? ¿Cuándo fue la primera vez que olvidó algo? ¿Qué terror tendría aquel día en el que salió y se perdió por el

DF

? Supuse que vagaría por una ciudad que no conocía, quizás buscaría los cafés de su viejo Madrid o los ojos ciegos de la Cibeles,

tal y como pensaba su amigo traidor.

Observé que en las paredes estaban colgadas algunas fotografías. Me dio un vuelco el corazón al ver aquellas instantáneas entre las que busqué la del Club de la Memoria. No la vi. Quizás la habría guardado en algún cajón que ahora no recordaba.

Fui recorriendo con la vista las paredes llenas de imágenes que conseguían ocultar antiguas manchas de humedad y toda la soledad que había estremecido los años de exilio de López. El gran López, o quienquiera que fuese.

Pronto me di cuenta de que aquellas fotografías tenían un sentido. En realidad, eran como una extensión de todos los cuadernos de la memoria. Allí estaban muchas de las imágenes que Luisa Galán había relatado en sus cartas, como la de los mutilados del hospital Varsovia, o las tumbas antiguas de los cementerios. Había instantáneas del París que celebró la victoria y una fotografía de Violeta posando en una ventana mientras observa la ciudad querida. Fuma y sonríe. Es joven y feliz.

Luego había otras fotografías más extrañas, pero que yo entendía a la perfección, como si me pudiera anticipar a lo que contaban; seguramente porque era la única persona que había leído todas las memorias, porque todos cumplieron con su pacto. Me perdí por un angosto pasillo observando las imágenes de las paredes, como en un curioso *travelling* que me ayudaba a entender más la historia del club. Me detuve ante una curiosa instantánea: era un autorretrato de López realizado a través de un mecanismo de espejos. A partir de esa fotografía todo comenzaba a cambiar. Debajo de las imágenes, López había escrito algunas frases. Hermosísimas y estremecedoras frases en las que adiviné su terror ante el comienzo del olvido, cuando el alzheimer comenzaba a devorarlo. Había escrito lo que no quería que se perdiera en el abismo de la desmemoria que ya intuía. A partir de la décima fotografía del pasillo, antes de entrar en una oscura habitación, López anotaba el significado de lo fotografiado. Pero no eran simples pies de foto. Eran algo parecido a unos fotopoemas en los que captaba cosas extrañas como el ojo de un niño aldeano, el fondo de la sombra de un soldado, una cicatriz en su hombro sufrida tras una tortura en el cuartel de la Gestapo en París y que parecía sugerir —pavorosamente— el mapa herido de España, el

entierro de un amigo allá en México, una trinchera llena de ropa de muertos.

Poco a poco, las fotografías se hacían más enigmáticas hasta convertirse en manchas casi abstractas. ¿Qué buscaba? ¿Qué quería decir? ¿Retrataba aquellas sombras sin sentido porque le sugerían en lo que se estaba convirtiendo su memoria? No quedaba ni un lugar libre en el estrecho pasillo. Leía con esfuerzo aquellos fotopoemas. Creo que allí estaba escrito —y fotografiado— el cuaderno de memorias de López, su compromiso con el pacto, la fotobiografía que le había obsesionado durante toda su vida. López había preferido contemplar la vida a través de un ojo mecánico, distanciarse o quizás refugiarse detrás del objetivo.

Yo lo comprendía muy bien. Me di cuenta de que yo había hecho lo mismo. Me había escondido, refugiado dentro de las películas para olvidar mi vida. Sabía que cuando pensaba que una tarde tenía el color de una película de Murnau era porque recordaba esa tarde. Exactamente esa tarde, aunque yo creyera que sólo estaba contemplando, despreocupada y tranquila, una película de Murnau.

Pero nadie puede huir de su memoria.

Ahora mezclaba el horror de mis propias imágenes con las fotografías abstractas de López. Y tenían un inquietante parecido. Podía ver a mi madre muerta, a mi padre muerto, desangrándose en aquella carretera mientras llovía. Sangre que parecía la misma que López había fotografiado en un charco del Madrid en guerra. Llovía. Llovía tanto que la imagen se iba diluyendo hasta desaparecer. Todo lo que había querido borrar de mi vida. Lo que había enterrado en el cuarto oscuro, donde pensaba que ellos aún seguían ocultos en el macabro juego del escondite de mi infancia. Todo regresaba desde el fondo de mi memoria, aunque ahora me sentía segura. Entre el horror y yo había una máquina. Yo sólo era quien abría el obturador, enfocaba el objetivo y disparaba. Ya está.

No me di cuenta de que López se había levantado del sillón y que estaba detrás de mí. Me señalaba las fotografías. Pasaba su dedo tembloroso por los pies de las instantáneas. Quería contarme su historia. La historia de esas fotografías cuyos negativos habría llevado escondidos en su pecho, a salvo de todas las guerras. Por un momento, la figura de aquel viejo sin memoria se me hizo muy

familiar, como si hubiera descubierto que había estado en mis sueños desde hacía mucho tiempo o que en realidad fuera el abuelo que nunca conocí, porque murió antes de que yo naciera. Sí, lo recordé como en ese sueño en el que se me aparecía con el pelo muy blanco, los ojos pequeños, muy delgado, estrecho de pecho, algo encorvado y con las manos llenas de manchas. Este López —o quienquiera que fuese— que tenía ahora tan cerca había estado antes en mis sueños.

Seguí su indicación y comencé a leer los pies de las fotografías en voz alta. Él parecía enseñarme el orden de las imágenes.

Debajo de un zapato con raíces: «Nuestros cadáveres nos buscan, pobres viejos de tumbas errantes».

Un uniforme de miliciano: «Fui, soy, seré como ese soldado demediado que iba perdiendo trozos en todas las guerras. Hasta que desapareció».

Un cadáver en la calle con un tiro en la frente: «¿Cuántos muertos se escaparon en el fondo de mi objetivo?».

Una calle de París: «Reconozco estas calles por donde vagan perdidos mis sueños. Los saludo, pero al momento me doy cuenta de que no nos conocemos de nada. Me disculpo y me marcho dando la espalda a estos desconocidos».

Un fotocollage con trozos de fachadas, ¿quizás instantáneas de las casas donde vivió? Identifico un lugar: el gabinete de la Gran Vía. Justo donde imaginaba. Me estremece pensar que formo parte de esta historia y siento como si la fotografía que conozco tan bien me abdujera. López se impacienta porque no he leído el inquietante pie de la imagen: «Aquí nací, allí dormí, en ésa sufrí, en aquélla amé. ¿En cuál moriré?».

Una fotografía en blanco: «¿Dónde están las palabras? ¿Se han escondido?».

Una instantánea tomada desde la azotea de la calle López: «Estoy perdido en un sueño, en un insomnio. ¿Quién contará mi historia si yo no puedo recordarla?».

Habíamos llegado al final del pasillo. ¿Era el fin de aquellas memorias fotográficas? López me indicó que entrara en un cuarto en el que tenía apilados varios trastos. Poco a poco me di cuenta de que no se trataba de un zaquizamí, sino de un pequeño desván-museo, donde había guardado viejas máquinas fotográficas, bobinas

enlatadas, daguerrotipos y hasta un proyector de filmaciones. Nuestros pies se enredaban con las colas de los fotogramas, como en aquella película del Méliès perdido por las calles de París buscando la sala Pleyel.

López se adelantó y comenzó a acariciar el proyector con la ternura de un viejo desvalido. De pronto recordé las cintas perdidas de las Misiones. Si Agustín se las había entregado a López, debían de estar allí, en algún lugar de aquel desván donde había guardado los jirones de su memoria.

No fue difícil localizar las bobinas en un pequeño estante. Cogí una de ellas y leí: «Misiones Pedagógicas. Cinta 6. Abril de 1933». No podía creerlo. Estaba tan emocionada que no me di cuenta de que López estaba intentando hablar. Balbuceaba, apenas lo entendía.

—Yo he soñado con usted…

Se secaba las babas con la manga de su chaleco raído. Y volvía a intentar hablar. Le costaba mucho trabajo. Parecía a punto de morirse después de cada palabra.

—Es raro, porque no suelo… acordarme de mis sueños… Claro que puede que usted… no sea más que un sueño.

Tuvo una especie de mareo y estuvo a punto de tirar el proyector. Lo ayudé a sentarse en una silla. Se tranquilizó y entonces señaló el proyector. Parecía pedirme que lo encendiera. ¿Quería que viéramos juntos aquellas imágenes felices con las que había comenzado esta historia? Quizás López recordara aquel tiempo. Es lo que suele pasar a los enfermos de alzheimer. Recuerdan lo lejano y olvidan lo que acaba de ocurrir.

Yo estaba emocionada. Recordé el nerviosismo de mi amigo historiador cuando descubrió los papeles de *lord* Holland salvados milagrosamente de los bombardeos nazis en la biblioteca del Bristish Museum. Y su corazón latía, a punto de estallar, como el mío ahora. Había abierto la bobina y la película estaba intacta. Durante un momento, pensé en que lo más probable era que el material estuviera deteriorado. Pero había sobrevivido al tiempo y a todas las guerras. Primero guardado por Violeta, luego refugiado en un estante de la Casa de México en París, más tarde en el barco que llevó a Agustín a este lugar del mundo.

Coloqué la cinta en el proyector y apagué la luz. Allí estaba ese

mundo perdido. Vi la sonrisa de los niños, los ojos que habían obsesionado los recuerdos de Adolfo Prieto. Adolfo el traidor paseaba haciendo bromas —ni imaginaba lo que llegaría a ser capaz de hacer—, charlando sin parar, jugando con unos niños andrajosos. Y recordé sus cuadernos, aquellos viejos papeles en los que se había refugiado de su traición y en los que intentó contar quién le gustaría haber sido. Aquellos cuadernos que traían el hermoso dolor del pasado, donde todo permanecía intacto, inocente, a resguardo de la guerra. Me pareció que las palabras de los cuadernos de Adolfo sonaban en mi memoria como una voz en *off* que servía para narrar las imágenes que escupía el proyector. «Fue en el otoño de 1932, en una de las expediciones de las Misiones Pedagógicas. Venía con nosotros Val del Omar y toda su cacharrería del cine ambulante…»; «… Sólo vagan en mi memoria los ojos de aquellos niños y que fue allí donde nos hicimos la foto. Aquella fotografía, *antes de la niebla*…».

A su lado aparecía Luisa Galán, hermosa y oliendo a violetas. Leía ante unos niños que la escuchaban emocionados. ¿Qué estaría leyendo? En otra escena salía disfrazada de dama, lista para interpretar alguna obra de teatro en la plaza del pueblo. Acababa de llover y el suelo estaba mojado y triste. Luisa se reflejaba como en un espejo. Nada en la escena intuía a la mujer derrotada y descreída en que se convertiría, a la mujer que escribió aquellas cartas llenas de amargura.

> … No sé tú, pero yo pensaba que cuando recorríamos aquellas aldeas haciendo teatro íbamos a cambiar la vida de aquellos desgraciados. Qué estupidez. Qué ingenuos fuimos. Cada vez que me recuerdo maquillándome con coquetería para que los focos no me apagaran el rostro y vistiéndome con esas ropas de dama antigua. Pero ¿adónde quería llegar con mis hermosos zapatos acharolados pisando el fango de España?

Descubrí a Ernesto Mallo rodeado de aldeanos que miraban asustados un gramófono del que salían voces y hermosos sonidos de violonchelos antes de que los hiriera la guerra. Tuve la sensación de que Ernesto se aparecía en aquel desván donde López —o quienquiera que fuese— y yo invocábamos su memoria. Lo

arrastramos de la tumba a la que se arrojó voluntariamente, harto de tantos recuerdos amarillos. Por eso, decidió aparecer para sentarse junto a nosotros y contemplarse en el joven del pasado.

> En aquellos vinilos grabábamos las voces de las canciones infantiles, a los ancianos recitando viejos romances o a alguien que tenía la particularidad del acento de una región. Qué hermoso Archivo de la Palabra hicimos. Pero llegó la guerra y el silencio. ¿Dónde habré puesto las notas sobre aquellas voces españolas?

En otro plano aparecía Val del Omar preparando una de las sesiones de cine entre el bullicio de la gente del pueblo. También era uno de los invitados a aquel cuarto de atrás de la historia, con su calva brillante, apareciendo y desapareciendo como un guía imprevisible que yo había reconocido en los lugares de este itinerario de memorias. Sí, él no había escrito ni filmado ni pintado su pasado, pero había sido la razón de mi viaje, el personaje que encadena todas las historias. La sombra tutelar del pacto por la memoria.

Por último, Violeta Castro surgía del fondo de los fotogramas montada en una mula, llegaba a una de las aldeas después de un largo camino. Me estremeció la sonrisa de Violeta, a la que creía conocer tan bien después de leer sus diarios. Había compartido con ella las pesadillas de la guerra, la soledad y sus delirios. Pero ahora la veía sonriendo, alegre y despreocupada, con el cabello rubio ceniza un poco mojado quizás de una lluvia que los había sorprendido antes de llegar al pueblo. Sí, Violeta también hizo acto de presencia en aquel cuartucho de la memoria, aquel lugar donde tendrían que reunirse todos —los vivos y los muertos— para alegrarse por haber cumplido con el pacto. Las voces del Club de la Memoria narraban lo que ocurría en las escenas de las cintas perdidas como en una película que encadenara secuencias de sueños.

> No puedo, se escapan, huyen por esta buhardilla los pueblos dormidos, los cantizales, el retablo de fantoches, las luces de carburo, Charlot resbalando, los viejos candiles, los grabados de Goya, un encaje a la aguja, anafes y olor a aceitunas, el barro del Tajo, el conde Lucanor, el vino dulce,

un billete de tranvía Gran
Vía-Sol,
mantas traperas, el *Romance del conde Olinos*, almirez y tinajas, cantigas serranas, nuestra amistad errante, el pacto por la memoria, el sueño, este sueño, mi sueño…

Aquél era un tiempo desaparecido. El mundo que habían contado en sus memorias, el mundo al que se habían agarrado cuando llegó el horror a sus vidas. Una época olvidada por todos, guardada en un desván del otro lado del mundo por un viejo desmemoriado. Un viejo que ahora lloraba ante las imágenes. Como si de pronto hubiera recordado todo lo que alguna vez se había borrado. Yo lo observaba emocionada, abrumada por aquel océano de recuerdos que se proyectaba en la pared. Luego se acabó la cinta. Se hizo el blanco y el silencio. López se secó las lágrimas y me miró con ira.

—Ahora quiero que desaparezca porque usted trae todo mi pasado… ¿Dónde he puesto la cuchara? ¿Quién me ha quitado el plato de sopa? ¿Quién es usted? ¡Váyase! ¡Fuera, fuera…! No la conozco. ¡Fuera de aquí!

8

Fue el sonido del teléfono lo que me despertó.

Me despertó del vientre de una película. Como siempre. Refugiada por una sábana de fotogramas que me protegía de las pesadillas. O tendría que decir, de la pesadilla que aflora sin tregua y despiadada desde el fondo de la memoria en esa escena que se repite una y otra vez, pero que yo no quiero colocar en el montaje. Aun así se cuela entre los fotogramas soñados. Como en las películas de miedo. Como en las pesadillas. El monstruo siempre nos encuentra en el fondo de la cueva, al final del laberinto, en el torreón del castillo. Siempre nos encuentra y sólo nos salvaremos si nos despertamos a tiempo.

Pero aún no ha sonado el timbre del teléfono. Y yo sigo soñando.

Es un sueño de color rojo, quizás porque está hecho de tezontle, la piedra volcánica de rojo oscuro que tienen las fachadas antiguas del
DF
. Y éste era mi sueño mexicano.

En mi sueño mexicano, recorro la ciudad —no el
DF
de verdad, sino uno que reinvento a placer— con el Club de la Memoria. Todos tienen el rostro joven de la fotografía, pero sus cuerpos están llenos de tiempo, de achaques y arrugas. Huelen a ancianos y vagan perdidos por calles que sueño. Se paran en una tequilería, en un establecimiento de pollos rostizados, en una tamalería. Se emborrachan de pulque y de mezcal —sobre todo López, que filma todo el sueño— y por el suelo de los viejos cafés de espejos velados pasean escorpiones que les pican en los pies.

A mí también. Es la lógica del escorpión.

López se empeña en tomar fotografías del telson, donde el escorpión guarda su veneno. Y yo le digo que tenga cuidado, que en México hay hasta siete especies de alacranes de veneno mortal y que esos que pasean por el suelo del café pueden matarlo o quién sabe si devorarle la memoria, pero él sigue tomando instantáneas y me responde que ahora provocará un fuego para que los escorpiones se suiciden. Ernesto Mallo interviene en la conversación y asegura que los escorpiones no se suicidan, tan sólo se les arquea el cuerpo a causa de las altas temperaturas y así parece que se clavan ellos mismos el aguijón. Él conoce todos los secretos de los suicidas, así que lo creemos y callamos.

Dicen que en las noches mexicanas a veces se escucha a la Llorona, un espectro que vaga con llantina y maldad por las calles, gritando el crimen que cometió con sus hijos. Suena la Llorona, pero el Club de la Memoria se ríe de ella porque a ellos no les dan miedo la muerte y los fantasmas. Hace tiempo que tienen tratos con el más allá.

Pasamos por el bosque de Chapultepec y mis abuelitos vencidos y derrotados se confunden y dicen que en realidad estamos paseando por el parque del Retiro. Yo me doy cuenta —no sé por qué, son cosas raras de los sueños— de que estamos en la noche del 6 de agosto de 1896, el día en el que nació el cine en México. La noche en la que el presidente Porfirio Díaz presenció asombrado en uno de los salones del castillo de Chapultepec el ingenio inventado por los hermanos Lumière. Dicen que, a partir de esa noche, Porfirio nunca volvió a ser el mismo. Tanto es así que hizo que le filmaran paseando a caballo por el bosque de Chapultepec. Yo cuento esta historia a mis viejitos memoriosos que parecen asombrados por el relato, como aquellos niños de las aldeas a los que ellos contaban otras historias antes de todas las nieblas.

De pronto, Val del Omar —con su calva brillantísima en la que se reflejan las nubes mexicanas— nos lleva a otro lugar. Al instante, estamos en el sótano de la droguería Plateros con un público que llena la sala con el nerviosismo de quien asiste a un prodigio, expectantes porque no saben lo que van a ver, si un teatro de guiñol, un espectáculo de sombras chinescas o una máquina óptica de esas que todavía llamaban tutilimundi en las postrimerías del siglo XIX. El cine es todavía un niño de babas. Val del Omar explica

que todos están allí porque es el lugar donde se produjo la primera exhibición pública del cinematógrafo en México. Por eso se santigua mientras el público se impacienta como lo hacían los aldeanos cuando él tardaba demasiado en colocar la cinta en el proyector.

Luego pasan escenas a una velocidad vertiginosa. Me mareo. Creo ver películas de rumbera, de arrabal, de luchadores, de cabrito *western*, todos los géneros mexicanos que Val del Omar explica a la perfección, aunque nadie entienda nada. Después saluda al realizador ruso Eisenstein —que intentó filmar el alma mexicana— y comenta algunos detalles de la cinta *¡Que viva México!*, sobre todo del epílogo *Día de muertos*. Propone que sus amigos del club sean los figurantes para la danza de muertitos. Me incluye en el grupo, pero yo no quiero morirme. Suenan voces, esas voces nasales y mexicanas de los doblajes americanos de las series de mi infancia. Me mareo. Me mareo y suena un timbre.

Es el teléfono. Al otro lado del aparato oigo la voz de Mariano Vayas. Me dice que su abuelo ha muerto esta noche.

Y yo no sé si es que mi sueño aún no ha terminado.

9

El cine es una magia que nace de las tinieblas, del fondo oscuro de la sala. Contaré lo que escupe el proyector en la sábana de mi memoria: íbamos por una carretera, el suelo estaba mojado. Estaba lloviendo y yo lloraba. Mis hermanos bromeaban conmigo y yo lloraba para que mis padres se dieran cuenta de mi desgracia. No soportaba las bromas de mis hermanos. Mi madre se volvió para regañarme, para decirme que me callara de una vez, que no dejaba que mi padre condujera tranquilo. Y yo seguía llorando porque me sentía doblemente desgraciada. Yo era inocente y, sin embargo, cargaba con las culpas. Miraba de soslayo a mis hermanos con sus risitas cómplices. La sábana se vuelve blanca, como mis recuerdos, y quizás es entonces cuando se cuelan esos fotogramas que regresan del pasado. Y veo sangre. Y lluvia. Y a mis padres muertos. Y mis hermanos con sus risas congeladas. Nunca han podido olvidarlo. Como yo.

La voz de mi madre.

La mirada de mi padre en el espejo retrovisor.

Ésa es mi historia. Escupida en el proyector y pasada en varias sesiones. Una y otra vez. Despertándome del letargo como si yo también hubiera tenido que contar mis memorias, como si yo estuviera dentro de esa fotografía y la vida me hubiera obligado a cumplir el pacto. Como ellos.

El cine es una magia que nace de las tinieblas, del fondo oscuro de la sala… Deambulo por la sala en medio de la oscuridad. No puedo salir de ella, pero no sé qué es lo que me lo impide, como a esos burgueses de *El ángel exterminador* de Buñuel. Mi vida no es más que una sala de cine de sesión continua de la que no puedo escapar y en la que pasan películas ininterrumpidas con el fin de que yo sea capaz de olvidar. Claro que de vez en cuando se cuela un fotograma terrible: las risas de mis hermanos, la carretera mojada,

el frenazo, la sangre y un zapato, los ojos cerrados, las manos frías, la tumba en el cementerio, mojada, llena de hojas.

Un cementerio como el que ahora recorro: el Panteón Español de México, el jardín-camposanto en el que reposan tantos exiliados españoles. Veo la tumba de Emilio Prados, la de Juan Rejano, la de Luis Cernuda, que casi murió dentro de una sala de cine. Todos duermen y sienten los temblores de México todas las noches y hasta el olor lacustre de esta ciudad-espejo. Ya no recuerdan España. España es un sueño que se murió con ellos.

Voy con López. Él se agarra a mi brazo. Apenas puede andar, pero yo quería que acudiera a despedir a su amigo Agustín Vayas. Aunque quizás no recuerde quién era. Le he prometido a su vecina que sólo iba a dar un paseo y a él, como si comprendiera, se le ha iluminado el rostro. Parece un niño ilusionado al que sacan a pasear después de estar mucho tiempo castigado. O un niño de la Castilla profunda que viera por primera vez el mar sobre una pantalla de cine. Hace tantos años…

López mira a un lado y a otro, como si tuviera miedo de las tumbas que le rodean. Debe de ser esa limosna de lucidez que de vez en cuando le permite su memoria en medio de tanto olvido. Sabe que alguna de esas tumbas será la suya. Quizás muy pronto. Ya nunca regresará a España y ésta que ahora pisamos es la única tierra que le espera.

Los escorpiones son animales nocturnos que salen de noche de sus escondites para buscar a sus presas: las arañas de la memoria. Mi escorpión —con la lógica de su olvido— escogió las tinieblas de una sala de cine. Pero al final salió por culpa de las arañas de la memoria, por culpa de esta historia de recuerdos. Y ahora sólo sabe recordar. Tengo tantos recuerdos que ya no sé cuáles son los míos y cuáles los de ellos. Por ejemplo, yo ya he paseado por la luz de esta mañana de difuntos. O alguien me prestó sus recuerdos. Quizás López. Sé que en un bolsillo de su chaqueta lleva las fotografías que hice en París a las placas que recuerdan a los héroes de la Resistencia, como él, aunque nadie lo sepa, aunque nadie lo haya contado. Le conté que las hice porque creía que ésas eran las que él hubiera hecho. Y sé que ahora las considera suyas. También sé que guarda la fotografía del Club de la Memoria. Y sospecha, como yo, que junto a nosotros, recorriendo las calles de este Panteón Español,

están también los amigos del juego de la memoria: los héroes, los cobardes, los traidores, los soñadores, los impostores. Además de todos los personajes de sus fotografías: los toreros que olían a cera porque se les acercaba sigilosa la muerte, los niños difuntos de los exvotos para velorios, los niños de las aldeas con sus ojos sorprendidos. Todos capturados después de que disparara el *flash* de su cámara, ese *shock* previo a la muerte, ese camino hacia lo inmortal, hacia lo que no tiene tiempo, a lo que es ya relato y memoria.

Todos.

Los vivos y los muertos.

Y han traído sus cuadernos de memorias. Para enterrarlos con Agustín Vayas. Sus libros del bien morir, sus *ars moriendi*. Tal vez bailen la danza de la muerte que sugería Eisenstein en mi sueño. Sí, tal vez es posible que en esta mañana mexicana aparezcan todos los difuntos de este cementerio y las calaveritas de Posada y sus jarabes de ultratumba, la huesuda y todos los habitantes del Mictlán, la región de los muertos como en una escena de la película del indio Macario, que hablaba con la muerte en la víspera del día de muertos.

Suenan las paletadas sobre el ataúd de Agustín Vayas. Es curioso, creo que esta tierra tiene el color que buscaba obsesivamente en sus lienzos. El color de España que tiene la tierra de este jardín-panteón porque aquí descansan los proscritos, los hijos pródigos, los exiliados españoles.

López cierra los ojos y llora como cuando vio la película que filmó en aquellas tardes tan lejanas. Sabe que la película está a punto de terminar, que pronto aparecerán las palabras «sin fin» como en las películas de su amigo Val del Omar, que ya se ha terminado esta historia de abuelos vencidos, derrotados y perdidos en la desmemoria. Una historia que empieza en un sueño que recorre las paredes llenas de relojes impacientes de la casa Grassy donde alguien intenta atrapar el tiempo en un gabinete de fotografías. Sueños que quedaron ocultos, al acecho, para colarse en otra historia, en otra vida, en otra fotobiografía en marcha. Un sueño por capítulos, con episodios de niños de aldeas miserables, y de guerras perdidas, y de traidores, y de muerte, horrores y hambre, de victorias olvidadas, de ciudades que fueron hermosas, de trenes

y de barcos de derrotados, y de nostalgia y de nieblas. Fotogramas que van hacia delante y hacia atrás, sin saber ya cuál es el principio y cuál es el final. Ni de quién son estos recuerdos. Ésa es la historia de este sueño que está a punto de acabar. Porque sé que estoy a punto de despertar y tal vez no recuerde nada. O quizás sí.

No habrá más películas que se cuelen para que intente olvidar mi pesadilla. Porque esto es la vida. La vida es recorrer las calles de este cementerio del otro lado del mundo con el protagonista de esta historia sobre la memoria. La memoria y sus trampas. La vida es pasear para despedir a un muerto mientras deambulo con otro que está a punto de serlo. O tal vez lo es ya. López. O quienquiera que sea…

Pero yo le digo, casi en un susurro, que no se preocupe, que no tenga miedo de olvidar, porque yo contaré su historia.

Porque ahora puedo recordarlo todo.

NOTAS, AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIAS

No sé cuándo comenzó mi fascinación por el tema del exilio, pero supongo que con esta novela cierro una trilogía dedicada a la España heterodoxa y olvidada que se inició con *Memoria de cenizas*, centrada en los herejes erasmistas, siguió con *Hijos del Mediodía*, sobre letraheridos y vanguardias, y concluye ahora con *El Club de la Memoria*, que rescata a los desterrados, a esa España que tampoco pudo ser.

Esta novela tiene muchos libros detrás: memorias, epistolarios, crónicas, diarios y también biografías de personajes que han sido mis sombras tutelares. Una galería de fantasmas cuyas historias se encadenan: Max Aub, Ramón Gaya, Juan Rejano, Victoria Kent, Moreno Villa, María Teresa León, Luis Cernuda, Salazar Chapela, Manuel Andújar, María Zambrano, Alejandro Casona, Paulino Massip, Buñuel y tantos otros que escribieron para no olvidar. Y también un inventario incansable de personajes borrados por la Historia. A ellos quiero dedicarles esta obra. Y, en especial, a Adolfo Sánchez Vázquez, exiliado republicano, último protagonista de una estirpe de desterrados por sus historias, vivencias y testimonios relatados desde México o en sus breves estancias en España.

No podría dejar de reconocer la importancia que tienen muchos historiadores e investigadores en la gestación de esta novela y que desde hace años están recuperando el legado perdido de esa España del exilio. Como Teresa Ferriz, directora de la Biblioteca del Exilio (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes), que me sirvió para reconstruir la base histórica de esta novela gracias a la edición digitalizada de jornadas, seminarios y congresos, además de las valiosas reproducciones facsímiles de revistas del exilio como *Las Españas*. Y a los miembros de REDER (Red de Estudios y Difusión

del Exilio Republicano), que con sus preguntas, dudas, mensajes y aclaraciones permitieron que este libro esté lleno de historias reales que se rebelan contra el olvido navegando en los océanos de internet. Podría añadir que internet fue mi salvación para rescatar en librerías lejanas y dispersas las obras de los autores del exilio que jamás se publicaron en España o que, desgraciadamente, están descatalogadas desde hace demasiados años.

Dos publicaciones fueron esenciales como material de construcción de la novela, sobre todo, en su aspecto de imaginario iconográfico: los catálogos *Biblioteca en guerra* (edición de Blanca Calvo y Ramón Salaberría, Biblioteca Nacional, 2005) y *Las Misiones Pedagógicas* (edición de Eugenio Otero Urtaza, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Residencia de Estudiantes, 2006).

Mi más sincero agradecimiento a Manuel Aznar Soler, director del Grupo de Estudios del Exilio Literario en España (GEXEL) de la Universidad Autónoma de Barcelona, que me aportó visiones imprescindibles para hacer verosímil esta ficción. Así como a los responsables de la Biblioteca del Exilio (Abelardo Linares, Isaac Díaz Pardo, Pepe Esteban, Charo Portela, Xesús Alonso Montero, Xosé Luis Axeitos, Carlos Blanco Aguinaga, Francisco Caudet, Rafael Conte, Nigel Dennis, Eulalio Ferrer, José Carlos Mainer, James Valender, además del propio Aznar Soler y de Sánchez Vázquez), quienes desde hace algunos años están reeditando ese corpus aún ausente de la historia intelectual oficial de nuestro país.

Y, en especial, a José Luis Abellán, presidente del Ateneo de Madrid, que aparece y desaparece en mis libros, porque su clásico *El erasmismo en España* está detrás de mi primera novela y de nuevo ha aparecido para ser parte de *El Club de la Memoria* tan deudora del libro que él impulsó en los años setenta, *El exilio republicano de 1939* (Taurus), con el fin de incorporar de forma natural el legado intelectual de los transterrados. Algo que, desgraciadamente, no sé si se ha conseguido.

Fue Azucena Méndez Ardila —amiga y antigua profesora de la que sigo aprendiendo— quien me regaló en una tarde de charlas, vino y recuerdos este libro-joya emocional y bibliográfica— hoy casi inencontrable sobre el que comenzó a cimentarse la novela. Nacho González colaboró con su biblioteca fotográfica, en especial

con las reflexiones sobre las autotanatografías para comprender al personaje de López; a Antonio Salvador, que me ayudó a imaginar Toulouse. Y a mis fieles lectores Javier Rubio, por sus bienintencionados consejos; Reyes Gómez, que impulsó el libro nada más leer las primeras páginas; José María Rondón, por sus revelaciones sobre la redención del personaje, y a José María Bernáldez, por sus precisiones, por ser una enciclopedia de la España memorialística y porque antes de que se escribiera este libro ya charlábamos sobre él.

Esta novela, en la que diversas sedes del Instituto Cervantes son escenarios de la trama, tiene en uno de sus gestores culturales en Alemania, Manfred Bös, una ayuda impagable por facilitarme la documentación del verdadero ciclo que se realizó sobre Val del Omar en la sede de Bremen. También quería destacar la labor de Gonzalo Sáenz de Buruaga por su recuperación de la figura de Val del Omar, realizada a través de reveladores trabajos que me ayudaron a convertirlo en santo patrón de este viaje hacia la memoria. Y al historiador de cine Rafael Utrera por sus proyecciones de *Aguaespejo granadino* y las charlas sobre el mundo fascinante de Val del Omar.

Mi gratitud a Jorge Fabra Utray por la fotografía que sirvió como portada de la novela y en la que aparecen sus padres: Natalia Utray y Leopoldo Fabra en los tiempos de su juventud durante las Misiones Pedagógicas. Y por contarme el secreto sobre su madre, la Natacha que inspiró a Alejandro Casona su obra *Nuestra Natacha*, que recrea aquella época perdida.

También a Cecilio Gordillo y a los responsables de la revista electrónica **www.todoslosnombres.org**, que también luchan contra el olvido en este país tristemente memoricida.

Por encima de todos, a Agustín, Manoli y Sandra, las patrias de mi memoria.

Y a Lombilla, por ser el héroe de todos los exilios. Infatigable *flâneur* por el París de la liberación, paseante de la Rue de Rivoli y las fotoliteraturas del Père-Lachaise.

Para mantener correspondencia sobre la novela:
elclubdelamemoria@yahoo.es

Misioneros del Teatro y Coro del Pueblo en El Pardo, Madrid, abril de 1936. De izquierda a derecha: delante, Natalia Utray, Carmen Téllez y José Marzoa; detrás, Pilar Gobernado, Germán Somolinos, y Leopoldo Fabra. Archivo Fabra Utay.